CUMBRES BORRASCOSAS

Emily Brontë

InfoLibros.org

SINOPSIS DE CUMBRES BORRASCOSAS

Cumbres Borrascosas encierra una historia de amor que apuntaba a ser solo apasionada, pero que, por cuestiones de un cruel destino, termina convirtiéndose en una trágica historia de venganza.

Cuando el señor Earnshaw lleva al pequeño Heathcliff como hijo adoptivo a su familia tenía las mejores intenciones de formar a un hombre de bien. Sin embargo, en el transcurso de su estancia en este hogar, el pequeño gitano no termina de ser bienvenido por su hermano.

La triste vida de Heathcliff empeora cuando el señor y la señora Earnshaw mueren y es tratado como si no valiera nada, a pesar del amor profundo que Catherine, su hermana adoptiva, siente por él. Poco a poco se desatan los celos, la envidia, la venganza y el odio que reflejan, junto con el paisaje nublado y frío, la psicología atormentada de los protagonistas.

Si deseas leer más acerca de esta obra puedes visitar el siguiente enlace
Cumbres Borrascosas por Emily Brontë en InfoLibros.org

Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:

- Inglés InfoBooks.org: Wuthering Heights author Emily Brontë
- Portugués InfoLivros.org: O Morro dos Ventos Uivantes autor Emily Brontë
- Francés InfoLivres.org: Les Hauts de Hurle-Vent auteur Emily Brontë

Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites está página:

- +3.500 libros gratis en formato PDF en InfoLibros.org

C A P Í T U L O I

Regreso en este momento de visitar al dueño de mi casa. Sospecho que ese solitario vecino me dará más de un motivo de preocupación. La comarca en que he venido a residir es un verdadero paraíso, tal como un misántropo no hubiera logrado hallarlo igual en toda Inglaterra. El señor Heathcliff y yo podríamos haber sido una pareja ideal de camaradas en este bello país. Mi casero me pareció un individuo extraordinario. No dio muestra alguna de notar la espontánea simpatía que experimenté hacia él al verle. Antes bien, sus negros ojos se escondieron bajo sus párpados, y sus dedos se hundieron más profundamente en los bolsillos de su chaleco, al anunciarle yo mi nombre.

—¿El señor Heathcliff? —le había preguntado. Se limitó a inclinar la cabeza afirmativamente.

—Soy Lockwood, su nuevo inquilino. Me he apresurado a tener el gusto de visitarle para decirle que confío en que mi insistencia en alquilar la Granja de los Tordos no le habrá molestado.

—La Granja de los Tordos es mía —contestó, separándose un poco de mí,

—y ya comprenderá que a nadie le hubiera permitido que me molestase acerca de ella, si yo creyese que me incomodaba. Pase usted.

Masculló aquel «pase usted» entre dientes, y más bien como si quisiera darme a entender que me fuese al diablo. Ni siquiera tocó la puerta para corroborar sus palabras. Pero ello mismo me inclinó a aceptar la invitación, porque parecía interesante aquel hombre, más reservado, al parecer, que yo mismo.

Al ver que mi caballo empujaba la barrera de la valla, sacó la mano del chaleco, quitó la cadena de la puerta y me precedió de mala gana. Cuando llegamos al patio gritó:

—¡José! Llévate el caballo del señor Lockwood y tráenos de beber.

La doble orden dada a un mismo criado me hizo pensar que toda la servidumbre se reducía a él, lo que explicaba que entre las losas del suelo creciera la hierba y que los setos mostrasen señales de no ser cortados sino por el ganado que mordisqueaba sus hojas.

José era un hombre maduro, o, mejor dicho, un viejo. Pero, a pesar de su avanzada edad, se conservaba sano y fuerte. «¡Válgame el Señor!», Murmuró con tono de contrariedad, mientras se hacía cargo del caballo, a la vez que me miraba con tal acritud, que me fue precisa una gran dosis de benevolencia para que impetraba el auxilio divino, a fin de poder digerir bien la comida y no con motivo de mi inesperada llegada.

La casa en que habitaba el señor Heathcliff se llamaba Cumbres Borrascosas en el dialecto de la región. Y por cierto que tal nombre expresaba muy bien los rigores atmosféricos a

que la propiedad se veía sometida cuando la tempestad soplaba sobre ella. Sin duda se disfrutaba allí de buena ventilación. El aire debía de soplar con mucha violencia, a juzgar por lo inclinados que estaban algunos pinos situados junto a la casa, y algunos arbustos cuyas hojas, como si implorasen al sol, se dirigían todas en un mismo sentido. Pero el edificio era de sólida construcción, con gruesos muros, según podía apreciarse por lo profundo de las ventanas, y con recios guardacantones protegiendo sus ángulos.

Me detuve un momento en la puerta para contemplar las carátulas que ornaban la fachada. En la entrada principal leí una inscripción, que decía:

«Hareton Earnshaw» Aves de presa de formas extravagantes y figuras representando muchachitos en posturas lascivas, rodeaban la inscripción. Me hubiese complacido hacer algunos comentarios respecto a aquello y hasta pedir una breve historia del lugar a su rudo propietario; pero él permanecía ante la puerta de un modo que me indicaba su deseo de que yo entrase de una vez o me fuese, y no quise aumentar su impaciencia parándome a examinar los detalles del acceso al edificio.

Un pasillo nos condujo directamente a un salón, que en la región llaman la casa por antonomasia, y que no está precedido de vestíbulo ni antecámaras. Generalmente, esta pieza comprende, a la vez, comedor y cocina; pero en Cumbres Borrascosas la cocina no estaba allí. Al menos, no percibí indicio

alguno de que en el inmenso lugar se cocina—se nada, pese a que en las profundidades de la casa me parecía sentir ruido de utensilios culinarios. En las paredes no había cacerolas ni cacharros de cocina. En cambio, se veía en un rincón de la estancia un aparador de roble cubierto de platos apilados hasta el techo, y entre los que se veían jarros y tazones de plata. Había sobre él tortas de avena, piernas de buey y carneros curados, y jamones. Pendían sobre la chimenea varias viejas escopetas con los cañones enmohecidos y un par de pistolas de arzón. En la repisa de la chimenea había tres tarros pintados de vivos colores. El pavimento era de piedras lisas y blancas. Las sillas, antiguas, de alto respaldo, estaban pintadas de verde. Bajo el aparador vi una perra rodeada de sus cachorros, y distinguí otros perros por los rincones.

Todo ello hubiera parecido natural en la casa de uno de los campesinos del país; musculosos, de obtusa apariencia y vestidos con calzón corto y polainas. Salas así, y en ellas labriegos de tal contextura sentados a la mesa ante un jarro de espumosa cerveza, podéis ver en la comarca cuanta queráis. Mas el señor Heathcliff contrastaba con el ambiente de un modo chocante. Era moreno, y por el color de su tez parecía un gitano, si bien en sus ropas en sus modales parecía ser un caballero. Aunque ataviado con algún descuido, y pese a su ruda apariencia, su figura era erguida y arrogante.

Yo pensaba que muchos le calificarían de soberbio y hasta de grosero, pero sentía en el fondo que no debía de haber nada de

ello. Me parecía, instintivamente, que su reserva debía proceder de que era enemigo de dejar traslucir sus emociones. Debía de odiar y amar disimulándolo, y seguramente hubiera considerado como un impertinente a quien le amase o le odiase, a su vez.

Probablemente yo me precipitaba demasiado al suponer en mi huésped la manera de ser que me es peculiar a mí mismo. Quizá el señor Heathcliff rehusaba su mano al amigo que le deparaba la ocasión por motivos muy diferentes a los míos. Quizá mi carácter fuera único. Mi madre solía decirme que yo nunca sabría crearme un agradable hogar, y el verano pasado obré de un modo que acreditaba que la autora de mis días tenía razón.

Con ocasión de estar pasando un mes a la orilla del mar conocí a una verdadera beldad. Me pareció hechicera. No le dije jamás de palabra que la quería; pero si es verdad que los ojos hablan, por la expresión de los míos hubiera podido deducirse que yo estaba loco por ella. Cuando al fin lo notó, me dirigió la mirada más dulce que hubiera podido esperarse. ¿Qué hice yo entonces? Con vergüenza declaro que retrocedí, que me reconcentré en mí mismo como un caracol en su concha, que a cada mirada de la joven me alejaba más, hasta que ella, sin duda confusa ante tales demostraciones, y pensando haberse equivocado respecto a mis sentimientos, persuadió a su madre de que se debían marchar.

Esos cambios bruscos me han granjeado fama de cruel. Sólo yo sé lo erróneo que es semejante juicio.

Mi casero y yo nos sentamos frente a frente junto a la chimenea. Ambos callábamos. La perra había abandonado a sus crías, y se arrastraba entre mis piernas frunciendo el hocico y enseñando sus blancos dientes. Traté de acariciarla y emitió un largo gruñido gutural.

—Es mejor que deje usted a la perra —gruñó el señor Heathcliff, haciendo dúo al animal, a la vez que reprimía sus demostraciones feroces con un puntapié. —No está acostumbrada a caricias ni la tenemos para eso.

Se puso en pie, se acercó a una puerta lateral y gritó:

—¡José!

Percibimos a José murmurar algo en las profundidades de la bodega, pero sin dar señal alguna de acudir. En vista de ello, su amo fue a buscarle, dejándome solo con la perra y con otros dos perros mastines, que vigilaban atentamente cada uno de mis movimientos. No sintiendo deseo alguno de trabar conocimiento con sus colmillos, permanecí quieto; pero creyendo que las injurias mudas no les ofenderían, comencé a hacerles guiños y muecas. La ocurrencia fue infortunada. Alguno de mis gestos debió molestar sin duda a la señora perra, y bruscamente se lanzó sobre mis pantorrillas. La rechacé y me apresuré a interponer la mesa entre los dos. Mi acción revolucionó todo el ejército perruno. Media docena de

diablos de cuatro patas, de todos los tamaños y edades, salieron de los rincones y se precipitaron en el centro de la habitación. Mis talones y los faldones de mi casaca constituyeron desde luego el principal objetivo de sus arremetidas. Empuñé el atizador de la lumbre para hacer frente a los más voluminosos de mis asaltantes, pero, aun así, tuve que pedir socorro a gritos.

El señor Heathcliff y su criado subieron con exasperante lentitud las escaleras de la bodega. A pesar de que la sala era un infierno de gritos y ladridos, me pareció que los dos hombres no aceleraban su paso en lo más mínimo.

Por fortuna, una rozagante fregona acudió con más diligencia. Llegó con las faldas recogidas, la faz arrebatada por la proximidad de la lumbre y con los brazos desnudos. Enarboló una sartén, y sus golpes, en combinación con sus ásperas palabras, disiparon la tempestad como por arte de magia. Y cuando Heathcliff entró, en medio de la estancia sólo estaba ya conmigo la habitante de la cocina, como el mar después de una tormenta.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó él con un acento tal, que me pareció intolerable para proferirlo después de tan inhospitalaria acogida.

—Verdaderamente, se trata de diablos –repuse. —¡Creo que los cerdos endemoniados de que hablan los Evangelios no debían albergar más espíritus malignos que estos animales de usted,

señor! ¡Dejar entre ellos a un extraño es como dejarle en compañía de una manada de tigres!

—No suelen meterse con quienes están quietos —advirtió Heathcliff.

—Los perros hacen bien en vigilar. ¿Quiere usted un vaso de vino?

—No; gracias.

—¿Le han mordido?

—Si me hubiesen mordido habría visto usted en el culpable las señales de mi réplica.

Heathcliff hizo una mueca.

—Bueno, bueno... —dijo— Está usted algo excitado, señor Lockwood. Beba un poco de vino. Se reciben tan pocos invitados en esta casa que, lo confieso, ni mis perros ni yo sabemos casi cómo recibirles. ¡A su salud!

Correspondí al brindis y me tranquilicé considerando que resultaría estúpido enfurecerme por la agresión de unos perros cerriles. Por lo demás, se me antojaba que aquel sujeto empezaba a burlarse de mí, y no me pareció bien concederle otro motivo de mofa. Él, por su parte —pensando probablemente que constituiría una locura ofender a un buen inquilino—, suavizó un tanto el laconismo de su conversación, y comenzó a tratar de las ventajas y desventajas de mi nuevo

domicilio, tema que sin duda supuso que sería interesante para mí. Me pareció entendido en las cosas de que hablaba, y me sentí animado a anunciarle una segunda visita para el día siguiente. Era evidente, no obstante, que él no tenía en ello interés alguno. Sin embargo, pienso volver. Resulta asombroso lo muy sociable que soy comparado con mi casero.

C A P Í T U L O II

La tarde de ayer fue fría y brumosa. Al principio dudé entre pasarla en casa, junto al fuego, o dirigirme a través de los páramos y sobre los barrizales a Cumbres Borrascosas.

Pero después de comer (advirtiendo que como de una a dos, ya que el ama de llaves que adopté al alquilar la casa como si se tratara de una de sus dependencias, no comprende, o no quiere comprender, que deseo comer a las cinco), subiendo a mi cuarto, hallé en él a una criada arrodillada ante la chimenea y luchando para apagar las llamas con nubes de ceniza con las que levantaba una polvareda infernal. Semejante espectáculo me desanimó. Cogí el sombrero y, tras una caminata de seis kilómetros, llegué a casa de Heathcliff en el preciso instante en que comenzaban a caer los diminutos copos de un chubasco de aguanieve.

El suelo de aquellas solitarias alturas estaba cubierto de una capa de escarcha ennegrecida, y el viento estremecía de frío todos mis miembros. Al ver que mis esfuerzos para levantar la cadena que cerraba la puerta de la verja eran vanos salté por encima, avancé por el camino que bordeaban matas de grosellas y golpeé la puerta de la casa con los nudillos hasta que me dolieron. Se oía ladrar a los muy perros.

«Tan necia inhospitalidad merecía ser castigada con el aislamiento perpetuo de vuestros semejantes, ¡bellacos! —

murmuré mentalmente. Lo menos que se puede hacer es tener abiertas las puertas durante el día. Pero no me importa. ¡Entraré!» Con esta decisión sacudí el aldabón. El rostro avinagrado de José apareció en una ventana del granero.

—¿Qué quiere usted? —me interpeló. —El amo está en el corral. Dé la vuelta por la esquina del establo si quiere hablarle.

—¿No hay nadie que abra la puerta? —respondí.

—Nadie más que la señorita, y ella no le abriría aunque estuviese usted llamando insistentemente hasta la noche. Sería inútil.

—¿Por qué no? ¿No puede usted decirle que soy yo?

—¿Yo? ¡No! ¿Qué tengo yo que ver con eso? —replicó mientras se retiraba.

Comenzaba a caer una espesa nevada. Yo empuñaba ya el aldabón para volver a llamar, cuando un joven sin chaqueta y llevando al hombro una horca de labranza apareció y me dijo que le siguiera. Atravesamos un lavadero y un patio enlosado, en el que había un pozo con bomba y un palomar, y llegamos a la habitación donde el día anterior fui introducido. Un inmenso fuego de carbón y leña la caldeaba, y, al lado de la mesa, en la que estaba servida una abundante merienda, tuve la satisfacción de ver a la señorita, persona de cuya existencia no había tenido antes noticia alguna. La saludé y permanecí en pie, esperando que me invitara a sentarme. Ella me miró y no se movió de su silla ni pronunció una sola palabra.

—¡Qué tiempo tan malo! —comenté. —Lamento, señora Heathcliff, que la puerta haya sufrido las consecuencias de la negligencia de sus criados. Me ha costado un trabajo tremendo hacerme oír.

Ella no despegó los labios. La miré atentamente, y ella me correspondió con una mirada tan fría, que resultaba molesta y desagradable.

—Siéntese —gruñó la joven. —Heathcliff vendrá enseguida.

Obedecí, tosí y llamé a June, la perversa perra, que esta vez se dignó mover la cola en señal de que me reconocía.

—¡Hermoso animal! —empecé. —¿Piensa usted desprenderse de los cachorrillos, señora?

—No son míos —dijo la amable anfitriona con un tono aún más repelente que el que hubiera empleado el propio Heathcliff.

—Entonces, ¿sus favoritos serán aquellos? —continué, volviendo la mirada hacia lo que me pareció un cojín con gatos.

—Serían unos favoritos bastante extravagantes —contestó la joven desdeñosamente.

Desgraciadamente, los supuestos gatillos eran, en realidad, un montón de conejos muertos. Volví a toser, me aproximé al fuego y repetí mis comentarios sobre lo desagradable de la tarde.

—No debía usted haber salido —dijo ella, mientras se incorporaba y trataba de alcanzar dos de los tarros pintados que decoraban la chimenea.

Ahora, a la claridad de las llamas, yo podía distinguir por completo su figura. Era muy esbelta, y al parecer apenas había salido de la adolescencia. Estaba admirablemente formada y poseía la más linda carita que yo hubiese contemplado jamás. Tenía las facciones menudas, la tez muy blanca, dorados bucles que pendían sobre su delicada garganta, y unos ojos que hubieran sido irresistibles de haber ofrecido una expresión agradable. Por fortuna, para mi sensible corazón, aquella mirada no manifestaba en aquel momento más que desdén y algo como una especie de desesperación, que resultaba increíble en unos ojos tan bellos.

Como los tarros estaban fuera de su alcance, intenté auxiliarla; pero se volvió hacia mí con la airada expresión del avaro a quien alguien quiere ayudarle a contar su oro.

—No hace falta que se moleste —dijo—. Puedo cogerlos yo sola.

—Perdone —me apresuré a contestar.

—¿Está usted invitado a tomar el té? —me preguntó, poniéndose un delantal sobre el vestido y sentándose mientras sostenía en la mano una cucharada de hojas de té que había sacado del bote.

—Tomaré una taza con mucho gusto —respondí.

—¿Está usted invitado? —insistió.

—No —dije, sonriendo—; pero nadie más indicado que usted para invitarme.

Volvió a echar en el bote el té, con cuchara y todo, y de nuevo se sentó frunciendo el entrecejo, e hizo un pucherito con los labios como un niño que está a punto de llorar.

El joven, entretanto, se había puesto un andrajoso gabán, y en aquel momento me miró como si entre nosotros existiese un resentimiento mortal. Yo dudaba de si aquel personaje era un criado o no. Hablaba y vestía toscamente, sin ninguno de los detalles que Heathcliff presentaba de pertenecer a una clase superior. Su cabellera castaña estaba desgreñadísima, su bigote crecía descuidadamente y sus manos eran tan burdas como las de un labrador. Pero, con todo, ni sus ademanes ni el modo que tenía de tratar a la señora eran los de un criado. En la duda, preferí no aventurar juicio sobre él. Cinco minutos después, la llegada de Heathcliff alivió un tanto la molesta situación en que me encontraba.

—Como ve, he cumplido mi promesa —dije con acento falsamente jovial

— y temo que el mal tiempo me haga permanecer aquí media hora, si quiere usted albergarme durante ese rato...

—¿Media hora? —repuso, mientras se sacudía los blancos copos que le cubrían la ropa. —¡Me asombra que haya elegido usted estar nevando para pasear! ¿No sabe que corre el peligro de

perderse en los pantanos? Hasta quienes están familiarizados con ellos se extravían a veces. Y le aseguro que no hay probabilidad alguna de que el tiempo mejore.

—Quizá uno de sus criados pudiera servirme de guía. Se quedaría en la granja hasta mañana. ¿Puede proporcionarme uno?

—No; no me es posible.

—Bueno... pues entonces habré de confiar en mis propios medios...

—Hum...

—¡Qué! ¿Haces el té o no? —preguntó el joven del abrigo andrajoso, separando su mirada de mí para dirigirla a la mujer.

—¿Le sirvo también a ese señor? —preguntó ella.

—Vamos, termina, ¿no? —repuso él con tal brusquedad que me hizo sobresaltarme. Había hablado de una forma que delataba una naturaleza auténticamente perversa. No sentí desde aquel momento inclinación alguna a considerar a aquel hombre como un individuo extraordinario.

Cuando el té estuvo preparado y servido en la mesa, Heathcliff dijo:

—Acerque su silla, señor.

Todos nos sentamos a la mesa, incluso el tosco joven. Un silencio absoluto reinó mientras tomábamos el té.

Pensé que, puesto que yo era el responsable de aquel nublado, debía ser también quien lo disipase. Aquella taciturnidad que mostraba no debía de ser su modo habitual de comportarse. Así pues, lo intenté:

—Es curioso el considerar qué ideas tan equivocadas solemos formar a veces sobre el prójimo. Mucha gente no podría imaginar que fuese feliz una persona que llevaba una vida tan apartada del mundo como la suya, señor Heathcliff. Y, sin embargo, usted es dichoso rodeado de su familia, con su amable esposa, que, como un ángel tutelar, reina en su casa y en su corazón...

—¿Mi amable esposa? —interrumpió con diabólica sonrisa. —¿Y dónde está mi amable esposa, si se puede saber?

—Me refiero a la señora Heathcliff.

—¡Ah, ya! Quiere usted decir que su espíritu, después de desaparecido su cuerpo, se ha convertido en mi ángel de la guarda y custodia Cumbres

Borrascosas. ¿No es eso?

Comprendí que había dicho una tontería y traté de rectificarla. Debía haberme dado cuenta de la mucha edad que llevaba a la mujer, antes de suponer como cosa segura que fuera su esposa. Él contaba alrededor de cuarenta años, y en esa edad en que el vigor mental se mantiene plenamente no se supone que las

muchachas se casen con nosotros por amor. Semejante ilusión está reservada a la ancianidad. En cuanto a ella, no representaba arriba de diecisiete años.

Entonces, como un relámpago, surgió en mí esta idea: «El grosero personaje que se sienta a mi lado, bebiendo el té en un tazón y comiendo el pan con sus sucias manos, es tal vez su marido. Estas son las consecuencias del vivir lejos del mundo: ella ha debido casarse con este patán creyendo que no hay otros que valgan más que él. Es lamentable. Y yo debo procurar que, por culpa mía, no vaya a arrepentirse de su elección». Semejante reflexión podrá parecer vanidosa, pero era sincera. Mi vecino de mesa presentaba un aspecto repulsivo, mientras que me constaba por experiencia que yo era pasablemente agradable.

—La señora es mi nuera —dijo Heathcliff, en confirmación de mis suposiciones; y, al decirlo, la miró con expresión de odio.

—Entonces, el feliz dueño de la hermosa hada es usted —comenté, volviéndome hacía mi vecino.

Con esto acabé de poner las cosas mal. El joven apretó los puños, con evidente intención de atacarme. Pero se contuvo y desahogó su ira en una brutal maldición que me concernía, y de la que no me di por aludido.

—Está usted muy desacertado —dijo Heathcliff. —Ninguno de los dos tenemos la suerte de ser dueños de la buena hada a quien usted se refiere. Su esposo ha muerto. Y, puesto que he

dicho que era mi nuera, debe ser que estaba casada con mi hijo.

—Entonces, este joven es...

—Mi hijo, desde luego, no.

Y Heathcliff sonrió, como si fuerauna extravagancia atribuirle la paternidad de aquel oso.

—Mi nombre es Hareton Earnshaw —gruñó el otro— y le aconsejo que lo pronuncie con el máximo respeto.

—Creo haberlo respetado —respondí mientras me reía para mis adentros de la dignidad con que había hecho su presentación aquel individuo.

Él me miró durante tanto tiempo y con fijeza tal, que me hizo experimentar deseos de abofetearle o de echarme a reír en sus propias barbas. Comenzaba a sentirme disgustado en aquel agradable círculo familiar. Aquel ingrato ambiente neutralizaba el confortable calor que físicamente me rodeaba, y resolví no volver por tercera vez.

Concluida la colación, y en vista de que nadie pronunciaba una palabra, me acerqué a la ventana para ver el tiempo que hacía. El espectáculo era muy desagradable; la noche caía prematuramente y la ventisca barría las colinas.

—Creo que sin alguien que me guíe, no voy a poder volver a casa — exclamé, sin poder contenerme. —Los caminos deben

de estar borrados por la nieve, y aunque no lo estuvieran, es imposible ver a un pie de distancia.

—Hareton —dijo Heathcliff— lleva las ovejas a la entrada del granero y pon un madero delante. Si pasan la noche en el corral amanecerán cubiertas de nieve.

—¿Cómo me arreglaré? —continué, sintiendo que mi irritación aumentaba.

Nadie contestó a esta pregunta. Paseé la mirada a mi alrededor y no vi más que a José, que traía comida para los perros, y a la señora Heathcliff, que, inclinada sobre el fuego, se entretenía en quemar un paquete de fósforos que habían caído de la repisa de la chimenea al volver a poner el bote de té en su sitio. José, después de vaciar el recipiente en que traía la comida de los animales, rezongó:

—Me asombra que se quede usted ahí como un pasmarote cuando los demás se han ido... Pero con usted no valen palabras. Nunca se corregirá de sus malas costumbres, y acabará yéndose al diablo en derechura, como le ocurrió a su madre.

Creí que aquel sermón iba dirigido a mí, y me adelanté hacia el viejo bribón con el firme propósito de darle un puntapié y obligarle a que se callara. Pero la señora Heathcliff se me anticipó.

—¡Viejo hipócrita! ¿No temes que el diablo te lleve cuando pronuncias su nombre? Te advierto que se lo pediré al demonio

como especial favor, si no dejas de provocarme. ¡Y basta! Mira —agregó, sacando un libro de un estante

—: cada vez progreso más en la magia negra. Muy pronto seré maestra en la ciencia oculta. Y para que te enteres, la vaca roja no murió por casualidad, y tu reumatismo no es una prueba de la bondad de la Providencia...

—¡Cállese, malvada! —gritó el viejo. —¡Dios nos libre de todo mal!

—¡Estás condenado, reprobó! Sal de aquí si no quieres que te ocurra algo verdaderamente malo. Voy a modelar muñecos de barro o de cera que os reproduzcan a todos, y al primero que se extralimite, ya verás lo que le haré...

Se acordará de mí... Vete... ¡Qué te estoy mirando!

Y la pequeña bruja puso tal expresión de malignidad en sus ojos, que José salió precipitadamente, rezando y temblando, mientras murmuraba:

—¡Malvada, malvada!

Supuse que la joven había querido gastar al viejo una broma lúgubre, y en cuanto nos quedamos solos, quise interesarla en mi problema.

—Señora Heathcliff —dije con seriedad— perdone que la moleste. Una mujer con una cara como la suya tiene necesariamente que ser buena. Indíqueme alguna señal, algún lindero que me oriente para conocer mi camino. Tengo la

misma idea de por dónde se va a mi casa que la que usted pueda tener para ir a Londres.

—Vaya usted por el mismo camino que vino —me contestó, sentándose en una silla, y poniendo ante sí el libro y una bujía. —El consejo es muy simple, pero no puedo darle otro.

—En este caso, si mañana le dicen que me han hallado muerto en una ciénaga o en una zanja llena de nieve, ¿no le remorderá la conciencia?

—¿Por qué habría de remorderme? No puedo acompañarle. Ellos no me dejarían ni siquiera ir hasta la verja.

—¡Oh! Yo no le pediría por nada del mundo que saliese, para ayudarme, en una noche como ésta. No le pido que me enseñe el camino, sino que me le indique de palabra o que convenza al señor Heathcliff de que me proporcione un guía.

—¿Qué guía? En la casa no estamos más que él, Hareton Zillah, José y yo.

¿A quién elige usted?

—¿No hay mozos en la finca?

—No hay más gente que la que digo.

—Entonces, me veré obligado a quedarme.

—Eso es cosa de usted y su huésped, yo no tengo nada que ver con eso.

—Confío en que esto le sirva de lección para hacerle desistir de dar paseos

—gritó la voz de Heathcliff desde la cocina. —Yo no tengo alcobas para los visitantes. Si se queda, tendrá que dormir con Hareton o con José en la misma cama.

—Puedo dormir en una de las butacas de este cuarto —repuse.

—¡Oh, no! Un forastero, rico o pobre, es siempre un forastero. No permitiré que nadie haga guardia en la plaza cuando yo no estoy de servicio — dijo el miserable.

Mi paciencia había llegado al colmo. Me precipité hacia el patio, lanzando un juramento, y al salir tropecé con Earnshaw. La oscuridad era tan profunda, que yo no atinaba con la salida, y mientras la buscaba, asistí a una muestra del modo que tenían de tratarse entre sí los miembros de la familia. Parecía que el joven al principio, se sentía inclinado a ayudarme, porque les dijo:

—Le acompañaré hasta el parque.

—Le acompañarás al infierno —exclamó su pariente, señor o lo que fuera.

—¿Quién va a cuidar entonces de los caballos?

—La vida de un hombre vale más que el cuidado de los caballos... —dijo la señora Heathcliff con más amabilidad de la que yo esperaba. —Es preciso que vaya alguien...

—Pero no por orden tuya —se apresuró a responder Hareton. — Mejor es que te calles.

—Bueno; pues, entonces, ¡así el espíritu de ese hombre te persiga hasta tu muerte, y así el señor Heathcliff no encuentre otro inquilino para su granja hasta que ésta se derrumbe! —dijo ella con acritud.

—¡Está maldiciendo! —murmuró José, hacia quien yo me dirigía en aquel momento.

El viejo, sentado, ordeñaba las vacas a la luz de una linterna. Se la quité, y, diciéndole que se la devolvería al día siguiente, me precipité hacia una de las puertas.

— ¡Señor, señor, me ha robado la linterna! —gritó el viejo, corriendo detrás de mí. —¡Gruñón, Lobo! ¡Duro con él!

En el instante en que se abría la puertecilla a la que me dirigía, dos peludos monstruos se arrojaron a mi garganta, derribándome. La luz se apagó. Heathcliff y Hareton prorrumpieron en carcajadas. Mi humillación y mi ira llegaron al paroxismo. Afortunadamente, los animales se contentaban con arañar el suelo, abrir las fauces y mover furiosamente el rabo. Pero no me permitían levantarme, y hube de permanecer en el suelo hasta que a sus villanos dueños se les antojó. Cuando estuve en pie, conminé a aquellos miserables a que me dejasen salir, haciéndoles responsables de lo que sucediera si no me atendían, y lanzándoles apóstrofes que en su incoherente violencia hacían recordar los del rey Lear.

Mi excitación me produjo una fuerte hemorragia nasal. Heathcliff seguía riendo y yo gritando. No acierto a imaginarme en qué hubiera terminado todo aquello a no haber intervenido una persona más serena que yo y más bondadosa que Heathcliff. Zillah, la robusta ama de llaves, apareció para ver lo que sucedía. Y, suponiendo que alguien me había agredido, y no osando increpar a su amo, dirigió los tiros de artillería contra el más joven:

—No comprendo, señor Earnshaw —exclamó— qué resentimientos tiene usted contra este semejante. ¿Va usted a asesinar a las gentes en la propia puerta de su casa? ¡Nunca podré estar a gusto aquí! ¡Pobre muchacho! Está a punto de ahogarse. ¡Chis, chis! No puede usted irse en ese estado. Venga, que voy a curarle. Estese quieto.

Y, hablando así, me vertió sobre la nuca un recipiente lleno de agua helada, y luego me hizo pasar a la cocina. El señor Heathcliff, vuelto a su habitual estado de mal humor después de su explosión de regocijo, nos seguía.

El desmayo que yo sentía como secuela de todo lo sucedido me obligó a aceptar alojamiento entre aquellos muros. Heathcliff mandó a Zillah que me diese un vaso de brandy, y se retiró a una habitación interior. Ella vino con lo ordenado, que me reanimó bastante, y luego me acompañó hasta una alcoba.

C A P Í T U L O III

Mientras subía las escaleras delante de mí, la mujer me aconsejó que ocultase la bujía y procurase no hacer ruido, porque su amo tenía ideas extrañas acerca del aposento donde ella iba a instalarme, y no le agradaba que nadie durmiese allí. Le pregunté los motivos, pero me contestó que sólo llevaba en la casa dos años, y que había visto tantas cosas raras, que no sentía deseo alguno de curiosear más.

Por mi parte, la estupefacción no me dejaba lugar a averiguaciones. Cerré, pues, la puerta, y busqué el lecho. Los muebles se reducían a una percha, una silla y una enorme caja de roble, con aperturas laterales. Me aproximé a tan extraño mueble, y me cercioré de que se trataba de una especie de lecho antiguo, sin duda destinado a suplir la falta de una habitación separada para cada miembro de la familia. El tálamo formaba de por sí una pequeña habitación, y el alféizar de la ventana, contra cuya pared estaba arrimado, servía de mesa.

Hice correr una de las tablas laterales, entré llevando la luz, cerré y sentí la impresión de que me hallaba a cubierto de la vigilancia de Heathcliff o de cualquier otro de los habitantes de la casa.

Puse la bujía en el alféizar de la ventana. Había allí, en un ángulo, varios libros polvorientos, y la pared estaba cubierta de

escritos que habían sido trazados raspando la pintura. Aquellos escritos se reducían a un nombre:

«Catalina Earnshaw», repetido una y otra vez en letras de toda clase de tamaños. Pero el apellido variaba a veces, y en vez de «Catalina Earnshaw», se leía en algunos sitios «Catalina Heathcliff» o «Catalina Linton».

Estaba fatigado. Apoyé la cabeza contra la ventana, y empecé a murmurar:

«Catalina Earnshaw, Heathcliff, Linton...». Los ojos se me cerraron, y antes que transcurrieran cinco minutos, creí ver alzarse en la oscuridad una multitud de letras blancas, como lívidos espectros. El ámbito parecía lleno de

«Catalinas». Me incorporé, esperando alejar así aquel nombre que acudía a mi cerebro como un intruso, y entonces vi que el pabilo de la bujía había caído sobre uno de los viejos libros, cuya cubierta empezaba a chamuscarse, saturando el ambiente de un fuerte olor a pergamino quemado. Remedié el mal, y me senté. Sentía frío y un ligero mareo. Cogí el tomo chamuscado por la vela y lo hojeé. Era una vieja Biblia, que hedía a apolillado, y sobre una de cuyas hojas, que estaba suelta, leí: «Este libro es de Catalina Earnshaw» y una fecha de veinticinco años atrás. Cerré aquel volumen, y cogí otro, y luego varios más. La biblioteca de Catalina era escogida, y lo estropeados que estaban los tomos demostraban que habían sido muy usados, aunque no siempre para los fines propios de un libro.

Los márgenes de cada página estaban cubiertos de comentarios manuscritos, algunos de los cuales constituían sentencias aisladas. Otros eran, al parecer, retazos de un diario garrapateado por una inexperta mano infantil. Encabezando una página en blanco, descubrí, no sin regocijo, una magnífica caricatura de José, diseñada burdamente, pero con enérgicos trazos. Sentí un vivo interés hacia aquella desconocida Catalina, y traté de descifrar los jeroglíficos de su escritura.

«¡Qué ingrato domingo! —decía uno de los párrafos. —¡Cuánto daría porque papá estuviera aquí...! Hindley le sustituye muy mal, y se porta atrozmente con Heathcliff. H. y yo vamos a tener que rebelarnos, esta tarde comenzaremos.

»Todo el día estuvo lloviendo. No pudimos ir a la iglesia, y José nos reunió en el desván. Mientras Hindley y su mujer permanecían abajo, sentados junto al fuego —estoy segura de que, aunque hiciesen algo más, no por ello dejarían de leer sus Biblias— a Heathcliff, y a mí y al desdichado mozo de mulas nos ordenaron coger los devocionarios y que subiésemos. Nos hicieron sentar en un saco de trigo, y José inició su sermón, que yo esperaba que abreviase a causa del frío que se sentía allí. Pero mi esperanza resultó fallida. El sermón duró tres horas justas, y, sin embargo, mi hermano, al vernos bajar, aún tuvo la desfachatez de decir: «¿Cómo habéis terminado tan pronto?» Durante las tardes de los domingos, nos dejan jugar; pero cualquier pequeñez, una simple risa, basta para que nos manden a un rincón.

»—Os olvidáis de que aquí hay un jefe —suele decir el tirano. —Al que me exaspere, le hundo. Exijo seriedad y silencio absoluto. ¡Chico! ¿Has sido tú? Querida Francisca, dale un tirón de pelo; le he oído chasquear los dedos.

»Francisca le tiró del pelo con todas sus fuerzas. Luego se sentó en las rodillas de su esposo, y los dos empezaron a hacer niñadas, besándose y diciéndose estupideces. Entonces nosotros nos acomodamos, como a la buena de Dios, en el hueco que forma el aparador. Colgué ante nosotros nuestros delantales, como si fueran una cortina; pero enseguida, cuando llegó José, deshaciendo mi obra, me dio una bofetada y rezongó:

»—Con el amo recién enterrado, domingo como es, y las palabras del Evangelio resonando todavía en vuestros oídos, ¡y ya os ponéis a jugar! ¿No os da vergüenza? Sentaos, niños malos, y leed libros piadosos que os ayuden a pensar en la salvación de vuestras almas.

»Y a la vez que nos hablaba, nos tiró sobre las rodillas unos viejos libros y nos obligó a sentarnos de manera que el resplandor del hogar nos alumbrase en nuestra lectura. Yo no pude soportar aquella ocupación que nos quería dar. Cogí el libro y lo arrojé al rincón de los perros, diciendo que tenía odio a los libros piadosos. Heathcliff hizo lo mismo con el suyo, y entonces empezó el jaleo.

»— ¡Señor Hindley, venga! —gritó José— La señorita Catalina ha roto las tapas de La armadura de salvación y Heathcliff ha golpeado con el pie la primera parte de El camino de perdición. No es posible dejarles seguir siendo así. El difunto señor les hubiera dado lo que se merecen. Pero ¡ya se fue!

»Hindley, abandonando su paraíso, se precipitó sobre nosotros, nos cogió, a uno por el cuello y a otro por el brazo, y nos mandó a la cocina. Allí José nos aseguró que el coco vendría a buscarnos tan fijo como la luz, y nos obligó a sentarnos en distintos lugares, donde hubimos de permanecer, separados, esperando el advenimiento del prometido personaje. Yo cogí este libro y un tintero que había en un estante y abrí un poco la puerta para tener luz y poder escribir; pero mi compañero, al cabo de veinte minutos, sintió tanta impaciencia, que me propuso apoderarnos del mantón de la criada y, tapándonos con él, ir a dar una vuelta por los pantanos. ¡Qué buena idea! Así, si viene ese malvado viejo, creerá que su amenaza del coco se ha realizado, y entre tanto, nosotros estaremos fuera, y creo que no peor que aquí, a pesar de la lluvia y del viento.

»Catalina debió de realizar aquel plan sin duda. En todo caso, el siguiente comentario variaba el tema y adquiría tono de lamentación.

«¡Qué poco podía yo suponer que Hindley me hiciera llorar tanto! Me duele la cabeza hasta el punto de que no puedo ni siquiera reclinarla en la almohada. ¡Pobre Heathcliff! Hindley le llama vagabundo, y ya no le permite comer con nosotros ni

tampoco sentarse a nuestro lado. Dice que no volveremos a jugar juntos, y le amenaza con echarle de casa si le desobedece. Hasta se ha atrevido a criticar a papá por haber tratado a Heathcliff demasiado bien, y jura que volverá a ponerle en el lugar que le corresponde.

»Yo estaba ya medio dormido, y mis ojos iban del manuscrito de Catalina al texto impreso. Percibí un título grabado en rojo con muchas florituras, que decía: «Setenta veces siete y el primero de los setenta y uno. Sermón predicado por el reverendo padre Jabes Branderham en la iglesia de Gimmerden Sough» Y me dormí meditando maquinalmente en lo que diría el reverendo padre sobre aquel asunto.

Pero la mala calidad del té y la destemplanza que tenía me hicieron pasar una noche horrible. Soñé que era ya por la mañana y que regresaba a mi casa llevando a José como guía. El camino estaba cubierto de nieve, y cada vez que yo daba un tropezón, mi acompañante me amonestaba por no haber tomado un báculo de peregrino, afirmándome que sin tal adminículo nunca conseguiría regresar a mi casa, y enseñándome a la vez jactanciosamente un grueso garrote que él consideraba, al parecer, como báculo. Al principio, me parecía absurdo suponer que me fuera necesario para entrar en casa semejante cosa. Y de repente una idea me iluminó el cerebro. No íbamos a casa, sino que nos dirigíamos a escuchar el sermón del padre Branderham sobre las setenta veces siete,

en cuyo curso no sé si José, el predicador o yo, debíamos ser públicamente acusados y excomulgados.

Llegamos a la iglesia, ante la que yo, en realidad, he pasado dos o tres veces. Está situada en una hondonada, entre dos colinas, junto a un pantano, cuyo fango, según voz popular, tiene la propiedad de momificar los cadáveres. El tejado de la iglesia se ha conservado intacto hasta ahora; mas hay pocos clérigos que quieran encargarse de aquel curato, ya que el sueldo es sólo de veinte libras anuales, y la rectoral consiste únicamente en dos habitaciones, sin posibilidad alguna, además, de que los fieles contribuyan a las necesidades de su pastor ni con el suplemento de un penique. Pero, en mi sueño, un numeroso auditorio escuchaba a Jabes, quien predicaba un sermón dividido en cuatrocientas noventa partes, dedicada cada una a un distinto pecado. Lo que no puedo decir es por dónde había sacado tantos pecados el reverendo. Eran, por supuesto, de los géneros más extravagantes, y tales como yo no hubiera sido capaz de imaginármelos nunca.

¡Qué odiosa pesadilla! Yo me caía de sueño, bostezaba, daba cabezadas y volvía a despejarme. Me pellizcaba, me frotaba los párpados, me levantaba y me volvía a sentar, y a veces tocaba a José para preguntarle cuándo iba a acabar aquel sermón. Pero tuve que escucharlo hasta el fin. Cuando llegó al primero de los setenta y uno, acudió a mi cerebro una súbita idea: levantarme y acusar a Jabes Branderham como el cometedor del pecado imperdonable.

«Padre —exclamé—, sentado entre estas cuatro paredes he aguantado y perdonado las cuatrocientas noventa divisiones de su sermón. Setenta veces siete cogí el sombrero para marcharme y setenta veces siete me ha obligado a volverme a sentar. Una vez más es excesivo. Hermanos de martirio, ¡duro con él! Arrastradle y despedazadle en partículas tan pequeñas, que no vuelvan a encontrarse ni sus rastros»

«Tú eres el Hombre —gritó Jabes, después de un silencio solemne.

—Setenta veces siete te he visto hacer gestos y bostezar. Setenta veces siete consulté mi conciencia y encontré que todo ello merecía perdón. Pero el primer pecado de los setenta y uno ha sido cometido ahora, y esto es imperdonable. Hermanos, ejecutad con él lo que está escrito. ¡Honor a todos los santos!» Tras esta conclusión, los concurrentes enarbolaron sus báculos de peregrino y se arrojaron sobre mí. Al verme desarmado, entablé una lucha con José, que fue el primero en acometerme, para quitarle su garrote. Se cruzaron muchos palos, y algunos golpes destinados a mí cayeron sobre otras cabezas. Todos se apaleaban entre sí, y la iglesia retumbaba al son de los golpes. Branderham, por su parte, descargaba violentos manotazos en las tablas del púlpito, y tan vehementes fueron, que acabaron por despertarme.

Comprobé que lo que me había sugerido tal tumulto era la rama de un abeto que batía contra los cristales de la ventana

agitada por el viento. Volví a dormirme y soñé cosas más desagradables aún.

Ahora recordaba que descansaba en una caja de madera y que el cierzo y las ramas de un árbol golpeaban la ventana. Tanto me molestaba el ruido, que, en sueños, me levanté y traté de abrir el postigo. No lo conseguí, porque la falleba estaba agarrotada, y entonces rompí el cristal de un puñetazo y saqué el brazo para separar la molesta rama. Mas en lugar de ella sentí el contacto de una manecilla helada. Me poseyó un intenso terror y quise retirar el brazo; pero la manecilla me sujetaba y una voz repetía:

—¡Déjame entrar, déjame entrar!

—¿Quién eres? —pregunté, pugnando para poder soltarme.

—Catalina Linton —contestó, temblorosa. —Me había perdido en los pantanos y vuelvo ahora a casa.

No sé por qué me acordaba del apellido Linton, ya que había leído veinte veces más el apellido Earnshaw. Miré y divisé el rostro de una niña a través de la ventana. El horror me hizo obrar cruelmente, y al no lograr desasirme de la niña, apreté sus puños contra el corte del cristal hasta que la sangre brotó y empapó las sábanas. Pero ella seguía gimiendo:

—¡Déjame entrar!

Y me oprimía la mano, haciendo llegar mi terror al paroxismo.

—¿Cómo voy a dejarte entrar —dije, por fin—, si no me sueltas la mano? El fantasma aflojó su presión. Metí precipitadamente la mano por el hueco del vidrio roto, amontoné contra él una pila de libros y me tapé los oídos para no escuchar la dolorosa súplica. Estuve así alrededor de un cuarto de hora; pero en cuanto volvía a escuchar, oía el mismo ruego lastimero.

—¡Márchate! —grité. —¡No te abriré aunque me lo estés pidiendo veinte años seguidos!

—Veinte años han pasado —musitó. —Veinte años han pasado desde que me perdí.

Empezó a empujar levemente desde fuera. El montón de libros vacilaba. Intenté moverme, pero mis músculos estaban como paralizados, y, en el colmo del horror, grité.

El grito no había sido soñado. Con gran turbación sentí que unos pasos se acercaban a la puerta de la alcoba. Alguien la abrió, y por aperturas del lecho percibí luz. Me senté en la cama, sudoroso, estremecido aún de miedo. El que había entrado murmuró algunas palabras como si hablase solo, y luego dijo, en el tono de quien no espera recibir respuesta alguna:

—¿Hay alguien ahí?

Reconocí la voz de Heathcliff, y comprendiendo que era necesario revelarle mi presencia, ya que si no buscaría y acabaría encontrándome, descorrí las tablas del lecho. Tardaré en olvidar el efecto que le produjo.

Heathcliff se paró en la puerta. Vestía un camisón, sosteniendo una vela en la mano, y su faz estaba lívida. El ruido de las tablas al descorrerse le causó el efecto de una corriente eléctrica. La vela se deslizó de entre sus dedos, y su excitación era tal, que le costó mucho trabajo recuperarla.

—Soy su huésped, señor —dije, para evitar que continuase demostrándome su miedo. —He gritado sin darme cuenta mientras soñaba. Lamento haberle molestado.

—¡Dios le confunda, señor Lockwood! ¡Váyase al...!! —replicó mi casero.

—¿Quién le ha traído a esta habitación? —continuó, hundiendo las uñas en las palmas de las manos y rechinando los dientes en su esfuerzo para dominar la excitación que le poseía. ¿Quién le trajo? Dígamelo para echarle de casa inmediatamente.

—Su criada Zillah —repuse, saltando del lecho y recogiendo mis ropas.

—Haga con ella lo que le parezca, porque se lo ha merecido. Probablemente quiso probar a expensas de mí si este sitio está verdaderamente embrujado. Y le aseguro que, en realidad, está bien poblado de trasgos y duendes. Hace usted bien en tenerlo cerrado. Nadie le agradecerá a usted el dormir aquí.

—¿Qué quiere usted decir y qué está haciendo? —replicó Heathcliff.

—Acuéstese y pase la noche; pero, en nombre de Dios, no repita el escándalo de antes. No tiene otra justificación, a no ser que le estuvieran decapitando.

—Si aquella endemoniada brujita llega a entrar, a buen seguro que me hubiese estrangulado —le respondí. —No me siento con ganas de soportar más persecuciones de sus hospitalarios antepasados. El reverendo Jabes Branderham, ¿no sería tal vez pariente suyo por parte de madre? Y en cuanto a Catalina Earnshaw, o Linton, o como se llamara, ¡menuda debía de ser! Según me dijo, ha andado errando durante veinte años, lo que sin duda es justo castigo a sus pecados.

En aquel momento recordé que el apellido de Heathcliff estaba unido en el libro al de Catalina, lo que había olvidado hasta entonces. Me avergoncé de mi descortesía; pero, como si no me diese cuenta, me apresuré a añadir:

—El caso es que a primera hora de la noche estuve... —iba a decir

«hojeando esos librotes», pero me corregí y continué — repitiendo el nombre que hay escrito en esa ventana, como ejercicio para atraer el sueño...

—¿Cómo se atreve a hablarme de este modo estando en mi casa? —rugía entre tanto Heathcliff. Hace falta estar loco para hablarme así.

Se golpeaba la frente con violencia. Yo no sabía si ofenderme o seguir explicándome; pero me pareció tan conmovido, que sentí

compasión de él, y continué refiriéndole mi sueño y afirmando que nunca había oído pronunciar hasta entonces el nombre de Catalina Linton; pero que, a fuerza de verlo escrito allí, llegó a plasmar en una forma concreta al dormirme.

Mientras hablaba, Heathcliff, poco a poco, había ido retirándose de mi lado, hasta que acabó escondiéndose detrás del lecho. A juzgar por su respiración anhelante, luchaba consigo mismo para reprimir sus emociones. Fingí no darme cuenta, continué vistiéndome y comenté:

—No son todavía las tres. Yo creía que serían las seis lo menos. El tiempo aquí se hace interminable. Verdad es que sólo debían de ser las ocho cuando nos acostamos.

—En invierno nos retiramos siempre a las nueve y nos levantamos a las cuatro —replicó mi casero, reprimiendo un gemido y limpiándose una lágrima, según conjeturé por un ademán de su brazo. —Acuéstese —añadió—, ya que si baja tan temprano no hará más que estorbar. Por mi parte, sus gritos me han desvelado.

—También a mí —repuse. —Bajaré al patio y estaré paseando por él hasta que amanezca y después me iré. No tema una nueva intrusión. Lo sucedido, para siempre me ha quitado las ganas de buscar amigos, ni en el campo ni en la ciudad. Un hombre sensato debe tener bastante compañía consigo mismo.

—¡Magnifica compañía! —murmuró Heathcliff. — Coja la vela y váyase a donde quiera. Me reuniré con usted enseguida. No

salga al patio, porque los perros están sueltos. Ni al salón, porque June está allí de vigilancia. De modo que tiene que limitarse a andar por los pasillos y las escaleras. No obstante, váyase. Yo seré con usted dentro de dos minutos.

Obedecí y me alejé de la habitación cuanto pude, pero como no sabía adónde iban a parar los estrechos pasillos, me detuve, y entonces asistí a unas demostraciones supersticiosas que me extrañaron, tratándose de un hombre tan práctico, al parecer, como mi casero.

Había entrado en el lecho, y de un tirón abrió la ventana, mientras estallaba en sollozos.

—¡Ven, Catalina! —decía—, ¡Ven! Te lo suplico una vez más. ¡Oh amada de mi corazón, ven, ven al fin!

Pero el fantasma, con uno de los caprichos de todos los espectros, no se dignó aparecer. En cambio, el viento y la nieve entraron por la ventana y me apagaron la luz.

Tanto dolor y tanta angustia se transparentaban en la crisis sufrida por aquel hombre, que me retiré, reprochándome el haberle escuchado y el haberle relatado mi pesadilla, que le había afectado de tal manera por razones a que no alcanzaba mi comprensión. Descendí al piso bajo y llegué a la cocina, donde pude encender la bujía en el rescoldo de la lumbre. No se veía allí ser viviente, excepto un gato que salió de entre las cenizas y me saludó con un lastimero maullido.

Dos bancos semicirculares estaban arrimados al hogar. Me tendí en uno de ellos y el gato se instaló en el otro. Ya empezábamos ambos a dormirnos, cuando un intruso invadió nuestro retiro. Era José, que bajaba por una escalera de madera que debía de conducir a su camaranchón. Dirigió una tétrica mirada a la llama que yo había encendido, ex—pulsó al gato, ocupando su sitio, y se dedicó a cargar de tabaco una pipa que medía ocho centímetros de longitud. Debía considerar mi presencia en su santuario como una irreverencia tal que no merecía ni comentarios siquiera.

Siempre silenciosamente se llevó la pipa a la boca, se cruzó de brazos y empezó a fumar. Yo no interrumpí su placer, y él, después de aspirar la última bocanada, se levantó exhalando un hondo suspiro, y se fue tan gravemente como vino.

Sonaron cerca de mí otras pisadas más elásticas, y apenas yo abrí la boca para saludar, la cerré de nuevo al oír que Hareton Earnshaw se dedicaba a recitar en voz contenida una salmodia compuesta de tantas maldiciones como objetos iba tocando, mientras revolvía en un rincón en busca de una pala o de un azadón con que quitar la nieve. Me miró, dilató las aletas de la nariz, y tanto se le ocurrió saludarme a mí como al gato que me hacía compañía. Comprendiendo por sus preparativos que se disponía a salir, abandoné mi duro lecho y me dispuse a seguirle. Él lo observó, y con el mango de la azada me señaló una puerta.

Tal puerta comunicaba con el salón, en donde estaban ya las mujeres. Zillah avivaba el fuego con un fuelle colosal, y la señora Heathcliff, reclinada ante la lumbre, leía un libro al resplandor de las llamas. Mantenía suspendida la mano entre el fuego y sus ojos, y permanecía embebecida en la lectura, que sólo interrumpía de cuando en cuando para reprender a la cocinera si hacía saltar chispas sobre ella o para separar a alguno de los perros que a veces la rozaban con el hocico. Me sorprendió ver también allí a Heathcliff, en pie junto al hogar, de espaldas a mí, y, al parecer, concluyendo entonces de reprender a la pobre Zillah, la cual, de cuando en cuando, suspendía su tarea, se recogía una punta del delantal y suspiraba.

—En cuanto a ti, miserable... —y Heathcliff profirió una palabra que no puede transcribirse, dirigiéndose a su nuera—, ya veo que continúas con tus odiosas mañanas de siempre. Los demás trabajan para ganarse el pan que comen, y únicamente tú vives de mi caridad. ¡Fuera ese mamotreto y haz algo útil! ¡Deberías pagarme por la desgracia de estar viéndote siempre! ¿Me oyes, bestia?

—Dejaré mi libraco, porque si no me lo podría usted quitar —respondió la joven, dejándolo sobre una silla. —Pero aunque se le abrase a usted la boca injuriándome no haré más que lo que se me antoje.

Heathcliff alzó la mano, pero su interlocutora, probando que tenía costumbre de aquellas escenas, se puso de un salto fuera

de su alcance. Como tal contienda, a estilo de perro y gato, no era agradable de presenciar, me aproximé a la lumbre fingiendo no haber reparado en la disputa, y ellos tuvieron el decoro de disimular. Heathcliff, para no caer en la tentación de golpear a su nuera, se metió las manos en los bolsillos. La mujer se retiró a un rincón, y mientras estuve allí, permaneció callada como una estatua. Pero yo no me retrasé más tiempo. Decliné la invitación que me hicieron para que les acompañase a desayunar, y en cuanto apuntó la primera claridad de la aurora, salí al aire libre, que estaba frío como el hielo.

Mi casero me llamó mientras yo cruzaba el jardín, brindándose para acompañarme a través de los pantanos. Hizo bien, ya que la colina estaba convertida en un ondulante mar de nieve que ocultaba todas las desigualdades del terreno. La impresión que yo guardaba de la topografía del terreno no respondía en nada a lo que ahora veíamos, porque los hoyos estaban llenos de nieve, y los montones de piedras —reliquias del trabajo de las canteras— que bordeaban el camino, habían desaparecido bajo la bóveda. Yo había distinguido el día anterior una sucesión de hitos erguidos a lo largo del camino y blanqueados con cal, para que sirviesen de referencia en la oscuridad y también cuando las nevadas podían hacer confundir la tierra segura del camino con las movedizas charcas de sus márgenes. Pero ahora ni siquiera se percibían aquellos jalones. Mi acompañante tuvo que advertirme varias veces para impedir que yo me saliera del sendero.

Hablamos muy poco. A la entrada del parque de la granja, Heathcliff se detuvo, me dijo que suponía que ya no me extraviaría, y con una simple indicación de la cabeza nos despedimos. En la portería no había nadie, y recorrer las dos millas que distaban hasta la granja me costó dos horas, dadas las muchas veces que equivoqué el camino, extraviándome en la arboleda y hundiéndome, en ocasiones, en nieve hasta la nuca. El reloj daba las doce cuando llegué a mi casa. Había caminado a razón de un kilómetro y medio por hora desde que salí de Cumbres Borrascosas.

Mi ama de llaves y sus satélites acudieron tumultuosamente a recibirme, y me aseguraron que me daban por muerto y que pensaban en ir a buscar mi cadáver entre la nieve. Les aconsejé que se calmaran, puesto que al fin había regresado. Subí dificultosamente las escaleras y entré en mi habitación. Estaba entumecido hasta los huesos. Me cambié de ropas y paseé por la estancia treinta o cuarenta minutos para entrar en calor y luego me instalé en el despacho, tal vez demasiado lejos del alegre fuego y el humeante café que el ama de llaves había preparado con objeto de hacerme reaccionar.

C A P Í T U L O IV

Verdaderamente somos veleidosos los seres humanos. Yo que había resuelto mantenerme al margen de toda sociedad humana y que agradecía a mi buena estrella el haber venido a parar a un sitio donde mis propósitos podían realizarse plenamente; yo, desdichado de mí, me vi obligado a arriar bandera, después de aburrirme mortalmente durante toda la tarde, y, pretextando interés por conocer detalles relativos a mi alojamiento, pedí a la señora Dean, cuando me trajo la cena, que se sentase un momento con el propósito de tirarle de la lengua y mantener una conversación que o me levantase un poco el ánimo o me fastidiase definitivamente.

—Usted vive aquí hace mucho tiempo —empecé. —Me dijo que dieciséis años, ¿no?

—Dieciocho, señor. Vine al servicio de la señora cuando se casó. Al faltar la señora, el señor me conservó como ama de llaves.

—Ya...

Hubo una pausa. Pensé que no era amiga de chismorrear o que acaso lo sería sólo para sus propios asuntos. Y estos no me interesaban.

Pero, al cabo de algunos momentos, exclamó, poniendo las manos sobre las rodillas, mientras una expresión meditativa se pintaba en su rostro:

—Los tiempos han cambiado mucho desde entonces.

—Sí —comenté. —Habrá asistido usted a muchas modificaciones...

—Y a muchos disgustos también.

«Haré que la conversación recaiga sobre la familia de mi casero —pensé.

¡Debe de ser un tema entretenido! Me gustaría saber la historia de aquella bonita viuda, averiguar si es del país o no, lo cual me parece lo más probable, ya que aquel grosero indígena no la reconoce como de su casta...» Y con esta intención pregunté a la señora Dean si conocía los motivos por los cuales Heathcliff alquilaba la Granja de los Tordos, reservándose una residencia mucho peor.

—¿Acaso no es bastante rico? —interrogué.

—¡Bastante rico! Nadie sabe cuánto capital posee, y, además, lo aumenta de año en año. Es lo suficientemente rico para vivir en una casa aún mejor que esa que usted habita, pero es... muy agarrado... En cuanto ha oído hablar de un buen inquilino para la granja no ha querido desaprovechar la ocasión. No comprendo que sea tan codicioso cuando se está solo en el mundo.

—¿No tuvo un hijo?

—Sí; pero murió.

—Y la señora Heathcliff, aquella tan guapa, ¿es su viuda?

—Sí.

—¿De dónde es?

—Pero, ¡señor, si es la hija de mi difunto amo...! De soltera se llamaba Catalina Linton. Yo la crie. Me hubiera gustado que el señor Heathcliff viniera a vivir aquí para estar juntas otra vez.

—¿Catalina Linton? —exclamé, asombrado. Luego, al reflexionar, comprendí que no podía ser la Catalina Linton de la habitación en que dormí.

—¿Así que el antiguo habitante de esta casa se llamaba Linton?

—Sí, señor.

—¿Y quién es aquel Hareton Earnshaw que vive con Heathcliff? ¿Son parientes?

—No. Es el sobrino de la difunta señora Linton.

—Primo de la joven, ¿entonces?

—Sí. El marido de ella era también primo suyo. Uno, por parte de madre, otro, por parte de padre. Heathcliff se casó con la hermana del señor Linton.

—En la puerta principal de Cumbres Borrascosas he visto una inscripción que dice: «Earnshaw». Así que supongo que se trata de una familia antigua...

—Muy antigua, señor. Hareton es un postrero descendiente y Catalina la última de nosotros... quiero decir, de los Linton... ¿Ha

estado usted en Cumbres Borrascosas? Dispense la curiosidad, pero quisiera saber cómo ha encontrado a la señora.

—¿La señora Heathcliff? Me pareció muy bonita, pero creo que no es muy feliz.

—¡Oh Dios mío, no es de extrañar! ¿Y qué opina usted del amo?

—Me parece un tipo bastante áspero, señora Dean. ¿Es siempre así?

—Es áspero como el corte de una sierra y tan duro como el pedernal; cuanto menos le trate, mejor.

—Debe de haber tenido una vida muy accidentada para haberse vuelto de ese modo... ¿Sabe usted su historia?

—La sé toda, excepto quiénes fueron sus padres y dónde ganó su primer dinero. A Hareton le han dejado sin nada...

El pobre chico es el único de la parroquia que ignora la estafa que le han hecho.

—Vaya, señora Dean, pues haría usted una buena obra si me contara algo sobre esos vecinos. Si me acuesto no podré dormir. Así que siéntese usted y charlaremos un ratito...

—¡Oh, sí, señor! Precisamente tengo unas cosas que coser. Me sentaré todo el tiempo que usted quiera. Pero está usted tiritando de frío y es necesario que tome algo para reaccionar.

Y la digna señora salió presurosamente. Me senté junto al fuego. Tenía la cabeza ardiendo y el resto del cuerpo helado.

Estaba excitado y sentía los nervios en tensión. No dejaba de inquietarme el pensar en las consecuencias que pudieran tener para mi salud los incidentes de aquella visita a Cumbres Borrascosas.

El ama de llaves, volvió enseguida, trayendo un tazón humeante y una cesta de labor. Colocó la vasija en la repisa de la chimenea y se sentó, con aire de satisfacción, motivada sin duda por hallar un señor tan amigo de la familiaridad.

—Antes de venir a vivir aquí —comenzó, sin esperar que yo volviese a invitarla a contarme la historia— residí casi siempre en Cumbres Borrascosas. Mi madre había criado a Hindley Earnshaw, el padre de Hareton, y yo solía jugar con los niños. Andaba por toda la finca, ayudaba a las faenas y hacía los recados que me ordenaban. Una hermosa mañana de verano (recuerdo que era a punto de comenzar la siega) el señor Earnshaw, el amo antiguo, bajó la escalera con su ropa de viaje, dio instrucciones a José sobre las tareas del día, y dirigiéndose a Hindley, a Catalina y a mí, que estábamos almorzando juntos, preguntó a su hijo:

—¿Qué quieres que te traiga de Liverpool, pequeño? Elige lo que quieras, con tal que no abulte mucho, porque tengo que ir y volver a pie, y es una caminata de cien kilómetros.

Hindley le pidió un violín, y Catalina, que aunque no tenía todavía seis años ya sabía montar todos los caballos de la cuadra, pidió un látigo. A mí, el señor, me prometió traerme

peras y manzanas. Era bueno, aunque algo severo. Luego besó a los niños y se fue.

Durante los tres días de su ausencia, la pequeña Catalina no hacía más que preguntar por su padre. La noche del tercer día, la señora esperaba que llegase a tiempo para la cena, y fue alargándola hora tras hora. Los niños acabaron cansándose de ir a la verja para ver si su padre venía. Oscureció, la señora quería acostar a los pequeños, y ellos le rogaban que les dejara esperar. A las once, el señor apareció por fin. Se dejó caer en una silla, diciendo, entre risas y quejas, que no volvería a hacer una caminata así por todo cuanto había en los tres reinos de la Gran Bretaña.

—Y, al fin, por poco reviento —añadió, abriendo su gabán. — Mira lo que traigo aquí, mujer. No he llevado en mi vida peso más grande; acógelo como un don que nos envía Dios; aunque, por lo negro que es, parece más bien un enviado del diablo.

Le rodeamos y por encima de la cabeza de Catalina pude distinguir un sucio y andrajoso niño de cabellos negros. Aunque era lo bastante crecido para andar y hablar, ya que parecía mayor que Catalina, cuando le pusimos en pie en medio de todos, permaneció inmóvil mirándonos con turbación y hablando en una jerga ininteligible. Nos asustó, y la señora quería echarle de casa. Luego preguntó al amo que cómo se le había ocurrido traer a aquel gitanito, cuando ellos ya tenían hijos propios que cuidar. ¿Qué significaba aquello? ¿Se había vuelto loco? El señor intentó explicar lo sucedido, pero como

estaba tan fatigado y ella no dejaba de reprenderle, yo no saqué en limpio sino que el amo había encontrado al chiquillo hambriento y sin hogar ni familia en las calles de Liverpool, y había resuelto recogerlo y traerle consigo. La señora acabó calmándose y el señor Earnshaw me mandó lavarle, ponerle ropa limpia y acostarle con los niños.

Hindley y Catalina callaron y escucharon hasta que la tranquilidad se restableció. Y entonces empezaron a buscar en los bolsillos de su padre los prometidos regalos. Hindley era ya un rapaz de catorce años; pero cuando encontró en uno de los bolsillos los restos de lo que había sido un violín, rompió a llorar; y Catalina, al oír que el amo había perdido el látigo que le traía por atender al intruso, demostró su disgusto escupiendo al chiquillo y haciéndole despectivas muecas. Ello le valió un bofetón de su padre. Los hermanos se negaron en absoluto a admitirle en sus lechos, y a mí no se me ocurrió cosa mejor que dejarle en el rellano de la escalera, esperando que se marchase al llegar la mañana. Bien porque oyese sonar la voz del señor o por lo que fuera, el chico se dirigió a la habitación del amo, y éste, al averiguar cómo había llegado allí, y saber dónde yo le había dejado, castigó mi despreocupación prescindiendo de mis servicios.

Así se introdujo Heathcliff en la familia. Yo volví a la casa días después, ya que mi expulsión no llegó a ser definitiva, y encontré que habían dado al intruso el nombre de Heathcliff, que era el de un niño de los amos que había muerto muy

pequeño. Desde entonces, ese Heathcliff le sirvió de nombre y de apellido. Catalina y él hicieron muy buenas migas, pero Hindley le odiaba y yo también. Ambos le maltratábamos a menudo, y la señora no intervino nunca para defenderle.

Se comportaba como un niño adusto y paciente. Quizá estuviera acostumbrado a sufrir malos tratos. Aguantaba sin parpadear los golpes de Hindley y no vertía ni una lágrima. Si yo le pellizcaba, no hacía más que suspirar profundamente, como si por casualidad se hubiese hecho daño él solo. Cuando descubrió el señor Earnshaw que su hijo maltrataba al pobre huérfano, como él le llamaba, se enfureció. Profesaba a Heathcliff un sorprendente afecto (más incluso que a Catalina, que era muy traviesa), y creía cuanto él le decía, aunque, desde luego, en lo referente a las persecuciones de que era objeto, no llegaba a contar todas las que en realidad padecía.

De manera que, desde el principio, Heathcliff sembró en la casa la semilla de la discordia. Cuando, dos años más tarde, falleció la señora, Hindley consideraba a su padre como un tirano y a Heathcliff como a un intruso que le había robado el cariño paterno y sus privilegios de hijo. Yo compartía sus opiniones; pero cuando los niños enfermaron del sarampión cambié de criterio. Tuve que cuidarlos, y Heathcliff, mientras estuvo grave, quería tenerme siempre a su lado. Debía de parecerle que yo era muy buena para él, sin comprender que no hacía sino cumplir con mi obligación. Hay que reconocer que era el niño más pacífico que haya atendido jamás una enfermera. Mientras

Catalina y su hermano me importunaban de un modo horrible, él era manso como un cordero, si bien ello se debía a la costumbre de sufrir más que a una natural bondad.

Cuando se restableció y el médico aseguró que en parte su alivio era consecuencia de mis cuidados, me sentí agradecida hacia quien me había hecho merecer tales alabanzas. Así perdió Hindley la aliada que tenía en mí. De todos modos, mi afecto por Heathcliff no era ciego, y frecuentemente me preguntaba para mis adentros qué era lo que el amo podría ver en aquel niño, el cual, si mal no recuerdo, jamás recompensó a su protector con expresión alguna de gratitud. No es que obrase con insolencia hacia el amo, sino que demostraba indiferencia, aunque le constase que bastaba una palabra suya para que toda la casa hubiera de plegarse a sus deseos.

Recuerdo, por ejemplo, la ocasión en que el señor Earnshaw compró dos potros en la feria del pueblo y regaló uno a cada muchacho. Heathcliff eligió el más hermoso, pero habiendo notado al poco tiempo que renqueaba, dijo a Hindley:

—Tienes que cambiar de caballo conmigo, porque el mío no me agrada. Si no lo quieres hacer, le contaré a tu padre que me has dado esta semana tres palizas, y le enseñaré mi brazo lleno de cardenales.

Hindley le abofeteó.

—Lo mejor es que hagas enseguida lo que te digo —continuó Heathcliff, saliendo al portal desde la cuadra, donde estaban—. ¡Ya sabes que si hablo a tu padre te pegará!

—¡Largo de aquí, perro! —gritó Hindley amenazándole con un pilón de hierro de una romana.

—Tíramelo —dijo Heathcliff parándose. —Yo diré que te has vanagloriado de que me echarías a la calle en cuanto tu padre muera, y veremos si entonces no eres tú el que sales de esta casa.

Hindley le tiró la pesa, que alcanzó a Heathcliff en el pecho. Cayó al suelo, pero se levantó enseguida, pálido y tambaleante. A no habérselo yo impedido, hubiera ido inmediatamente a presentarse al amo, sólo para que por su estado se diera cuenta de la mala acción de Hindley.

—Coge mi caballo, gitano —rugió entonces el joven Earnshaw—, y ¡ojalá te desnuques con él! ¡Tómalo y maldito seas, miserable intruso! Anda y arranca a mi padre cuanto tiene, y demuéstrale quién eres después, engendro de Satanás. ¡Tómalo, y así te rompa a coces el cráneo!

Heathcliff se dirigió al animal y se puso a desatarlo para cambiarlo de sitio. Hindley, al terminar de hablar, le derribó de un golpe entre las pezuñas del caballo, y sin detenerse a ver si sus maldiciones se cumplían, salió corriendo.

Me asombró la serenidad con que el niño se levantó y realizó sus intenciones, cambiando, antes que nada, los arreos de las

caballerías, después de lo cual se sentó en un haz de heno, esperando le pasara el efecto del violento golpe sufrido, antes de volver a entrar en la casa. No me fue difícil con—vencerle de que atribuyese al caballo la culpa de sus contusiones. Había conseguido lo que deseaba, y lo demás le importaba poco. Viendo que casi nunca se lamentó de incidentes, como aquel, yo no le creía vengativo; pero mi equivocación fue grande, como va usted a comprobar.

C A P Í T U L O V

Según transcurría el tiempo, el señor Earnshaw no iba siendo el mismo. Tiempo atrás era un hombre enérgico y sano; pero cuando sus fuerzas le abandonaron y se vio obligado a pasarse la vida al lado de la chimenea, se convirtió en suspicaz e irritable. Se ofendía por la menor cosa y se enfurecía ante cualquier imaginaria falta de respeto. Especialmente podía apreciarse cuando se pretendía hacer a su favorito objeto de algún engaño o avasallarle. Velaba celosamente para que no le molestasen de palabra, y parecía que tenía metida en la cabeza la idea de que el cariño con que distinguía a Heathcliff hacía que todos le odiasen y deseasen perjudicarle. Esto iba en perjuicio del muchacho, porque como ninguno queríamos hacer enfadar al amo, nos plegábamos a todos los caprichos de su preferido, y con ello fomentábamos su soberbia y mal carácter. En dos o tres ocasiones, los desprecios que Hindley hacía a Heathcliff en presencia de su padre excitaron la cólera del anciano, quien cogía su bastón para golpear a su hijo y se estremecía de furor al no poder hacerlo por falta de vigor.

Finalmente, el cura (porque entonces había aquí un cura que se ganaba la vida dando lecciones a los niños de las familias Linton y Earnshaw y labrando él mismo su terreno) aconsejó que se enviara a Hindley al colegio, y el señor Earnshaw consintió en ello, aunque de mala gana, ya que decía que Hindley era torpe y que no haría nunca nada de provecho.

Yo abrigaba la esperanza de que la paz se restableciera entonces, porque me dolía mucho que el amo estuviera pagando las consecuencias de su buena acción. Suponía que los disgustos familiares estaban amargando su vejez. Por lo demás, hacía cuanto quería, y las cosas no hubieran ido del todo mal a no ser por la señorita Catalina y por José el criado. Supongo que usted le habrá visto... Era, y debe de seguir siendo, el más odioso fariseo que se haya visto nunca, siempre pronto a creerse objeto de las bendiciones divinas y a lanzar maldiciones en nombre de Dios sobre su prójimo. Sus sermones producían mucha impresión al señor Earnshaw, y a medida que éste se iba debilitando, crecía su ascendiente sobre él. No cesaba José un momento de mortificarle con consideraciones sobre la salvación eterna y sobre la necesidad de educar bien y rígidamente a sus hijos. Procuraba hacerle considerar a Hindley como a un réprobo, y le contaba largos relatos de diabluras de Heathcliff y Catalina, sin perjuicio de acumular las mayores culpas sobre ésta, con lo que creía adular las inclinaciones del padre.

Desde luego, era la niña más caprichosa y traviesa que se haya visto jamás, y nos hacía perder la paciencia mil veces al día. Desde que se levantaba hasta que se acostaba no nos dejaba estar un minuto tranquilo. Tenía siempre el genio pronto a la disputa y no daba nunca paz a la lengua. Cantaba, reía y se burlaba de todo el que no hiciese lo mismo que ella. Sin embargo, creo que no tenía malos sentimientos, porque cuando

hacía sufrir a alguien de veras se apresuraba a acudir a su lado para consolarle. Pero tenía hacia Heathcliff un excesivo afecto. No podía aplicársele castigo mayor que separarla de él, a pesar de que por su culpa siempre estaban riñéndola. Cuando jugaba, le gustaba hacer de señora, y usaba las manos más de la cuenta para imponer su voluntad. Quería hacer igual conmigo; pero yo le hice saber que no estaba dispuesta a soportar sus golpes ni sus mandatos.

El señor Earnshaw no sabía tolerar los juegos infantiles. Siempre había sido severo con los niños, y Catalina no acertaba a explicarse por qué en su ancianidad era todavía más gruñón. Sentía verdadero y maligno placer en provocarle. Era más feliz que nunca, replicándonos con mordacidad y burlándose de las piadosas invocaciones de José, buscándonos las vueltas, y, en suma, haciendo lo que más desagradaba a su padre. Además, obraba como si estuviera interesada en demostrar que tenía más imperio sobre Heathcliff, a despecho de su insolencia, que su padre con todas las bondades que le prodigaba. Después de hacer durante el día todo el mal que le era posible, al llegar la noche acudía al señor Earnshaw mimosamente, queriendo hacer las paces con él a fuerza de zalamerías.

—Vete, vete, Catalina —decía el anciano—; no me es posible quererte. Eres todavía peor que tu hermano. Anda, vete a rezar y pide a Dios que te perdone. Mucho temo que haya de pesarnos el haberte traído al mundo.

Al principio, estos razonamientos le hacían llorar, pero luego se habituó a ellos y se echaba a reír cuando su padre le mandaba que pidiese perdón de sus faltas.

Al fin llegó el momento en que terminasen los dolores del señor Earnshaw en este mundo. Murió una noche de octubre, plácidamente, estando sentado en su sillón al lado del fuego. Soplaba un fuerte viento en torno a la casa, resonando en el cañón de la chimenea. Era un viento salvaje y tempestuoso, pero no frío. Todos estábamos juntos: yo un poco apartada de la lumbre haciendo calceta, y José leyendo la Biblia. Los criados, entonces, una vez que terminaban sus faenas solían reunirse con los amos en el salón. La señorita Catalina estaba aplacada, porque se hallaba convaleciente y permanecía apoyada en las rodillas de su padre. Heathcliff se había tumbado en el suelo, con la cabeza encima de la falda de Catalina. El señor, me acuerdo muy bien, antes de caer en el letargo de que no debía salir, acariciaba la hermosa cabellera de la muchacha, y, extrañado de verla tan juiciosa, decía:

—¿Por qué no has de ser siempre una niña buena? Ella le miró, se echó a reír y repuso:

—¿Y usted, padre, por qué no había de ser bueno?

Pero viendo que se disgustaba, le besó la mano y le dijo que iba a cantar para que se adormeciese. Empezó, en efecto, a cantar en voz baja. Al cabo de un rato, los dedos del anciano se desprendieron de los cabellos de la niña y reclinó la cabeza

sobre el pecho. Le dije que se callara y que no se moviera para no despertar al amo. Durante más de media hora permanecimos en silencio, y aún hubiéramos seguido más tiempo así, a no haberse levantado José diciendo que era hora de despertar al señor para rezar y acostarse. Se adelantó y le tocó en el hombro; mas notando que no se movía, cogió la vela para observarle mejor. Cuando retiró la luz comprendí que pasaba algo anormal. Cogió a cada niño por un brazo y les dijo en voz baja que subiesen a su cuarto y rezasen solos, porque él tenía mucho que hacer aquella noche.

—Voy primero a dar las buenas noches a papá —dijo Catalina.

—¡Oh, ha muerto, Heathcliff! Ha muerto...

Y ambos empezaron a sollozar de un modo que desgarraba el alma.

Yo también comencé a llorar; pero José nos interrumpió diciéndonos que por qué nos lamentábamos por un santo que se había ido al cielo. Después me mandó ponerme el abrigo y correr a Gimmerton a buscar al médico y al sacerdote. Yo no podía comprender de qué iban a servir ya uno ni otro; pero, no obstante, salí presurosamente, a pesar del viento y la lluvia. El médico vino inmediatamente. Dejé a José explicándose con el doctor y subí al cuarto de los niños. Tenían la puerta abierta y no habían pensado en acostarse, aunque era más de medianoche; pero estaban más calmados y no necesitaban de mis consuelos. En su inocente conversación, las ingenuas

almitas se describían mutuamente las bellezas del cielo como ningún sacerdote hubiera sabido hacerlo. Mientras les escuchaba, llorando, no pude por menos de celebrar el que nos halláramos allí los tres juntos, a cubierto de mal...

C A P Í T U L O VI

El señor Hindley vino para asistir al entierro, y, con gran asombro de la vecindad, trajo una mujer con él. Nunca nos dijo quién era ni dónde había nacido. Debía de carecer de fortuna y de nombre distinguido, porque, en otro caso, no hubiera dejado de anunciar al padre su matrimonio.

Ella no causó muchas molestias en casa. Se mostraba encantada de cuanto veía, excepto lo relacionado con el sepelio. Viéndola cómo obraba durante la ceremonia, juzgué que era medio tonta. Me hizo acompañarla a su habitación, a pesar de que yo tenía que vestir a los niños, y se sentó, temblando y apretando los puños. No hacía más que preguntarme:

—¿Se lo han llevado ya?

Enseguida empezó a explicar de una manera histérica el efecto que le producía tanto luto. Viéndola estremecerse y llorar, le pregunté lo que le pasaba, y me contestó que temía morir. Me pareció que tan expuesta estaba a morir como yo. Era delgada, pero tenía la piel fresca y juvenil, y sus ojos brillaban como diamantes. Noté, sin embargo, que cualquier ruido inesperado la sobresaltaba, y que tosía de cuando en cuando; pero yo ignoraba lo que tales síntomas pronosticaban, y no sentía, además, afecto hacia ella.

Aquí, en general, señor Lockwood, no solemos simpatizar mucho con los forasteros, a no ser que ellos empiecen por simpatizar con nosotros.

El joven Earnshaw había cambiado mucho en aquellos tres años. Estaba más delgado y más pálido, y vestía y hablaba de un modo distinto. El mismo día que llegó, nos advirtió a José y a mí que debíamos limitarnos a la cocina, dejándole el salón para su uso exclusivo. Al principio pensó en acomodar para saloncito una estancia interior, empapelándola y acondicionándola; pero tanto le gustó a su mujer el salón, con su suelo blanco, su enorme chimenea, su aparador y sus platos, y tanto le satisfizo la amplitud y comodidad que se disfrutaba allí, que prefirieron utilizar aquella habitación para cuarto de estar.

Al principio, la mujer de Hindley se manifestó contenta de ver a su cuñada. Andaba con ella por la casa, jugaban juntas, la besaba y le hacía obsequios; pero pronto se cansó, y a medida que disminuía en sus muestras de cariño, Hindley se volvía más déspota. Cualquier palabra de su mujer que indicase desafecto hacia Heathcliff despertaba en él sus antiguos odios infantiles. Le hizo instalar con los criados, y le mandó que se aplicase a las mismas tareas de labranza que los otros mozos de la finca.

Al principio, Heathcliff toleró bastante resignadamente su nuevo estado. Catalina le enseñaba lo que ella aprendía, trabajaba en el campo con él y jugaban juntos. Los dos iban creciendo en un abandono completo, y el joven

amo no se preocupaba para nada de lo que hacían, con tal que no le molestaran. Ni siquiera se ocupaba de que fueran a la iglesia los domingos. Cada vez que los chicos se escapaban y José o el cura le censuraban su descuido, se limitaba a mandar que apaleasen a Heathcliff, y que castigasen sin comer a Catalina. No conocían mejor diversión que escaparse a los pantanos, y cuando se les castigaba por ello, lo tomaban a risa. Aunque el cura marcase a Catalina cuantos capítulos se le antojaran para que los aprendiera de memoria, y aunque José pegase a Heathcliff, hasta dolerle el brazo, los chiquillos lo olvidaban todo en cuanto volvían a estar juntos. Yo lloré más de una vez silenciosamente, viéndoles crecer más traviesos cada día; pero no me atrevía a decirles nada, por temor a perder el poco ascendiente que aún conservaba sobre las desamparadas criaturas. Un domingo, por la tarde, les hicieron salir al salón en virtud de alguna travesura que habían cometido, y cuando fui a buscarlos, no los encontré por ningún sitio. Registramos la casa, el patio y el establo, sin hallar huella de ellos. Finalmente, Hindley, indignado, mandó cerrar la puerta con cerrojo y prohibió que nadie les abriese si volvían durante la noche. Todos se acostaron menos yo, que me quedé en la ventana, con objeto de abrirles, si llegaban, a pesar de la prohibición del amo. Al poco rato, oí pasos y vi brillar una luz al otro lado de la verja. Me puse un pañuelo a la cabeza, y me apresuré a salir, a

fin de que no llamasen, y despertaran al señor. El recién llegado era Heathcliff, y el corazón me dio un vuelco al verle solo.

—¿Dónde está la señorita? —grité con impaciencia. —Espero que no le haya pasado nada.

—Está en la Granja de los Tordos —repuso—, estaría yo también si hubiesen tenido la atención de decirme que me quedase.

—Bueno —le dije—; pues ya pagarás las consecuencias. No pararás hasta que te echen de casa. ¿Qué teníais que hacer en la Granja de los Tordos?

—Déjame cambiar de ropa, y ya te lo contaré, Elena —contestó.

Le recomendé que procurara no despertar al amo, y mientras yo esperaba a que se desnudase para apagar la vela, continuó:

—Pues Catalina y yo salimos del lavadero pensando dar una vuelta. Luego vimos las luces de la Granja, y se nos ocurrió ir a ver si los niños de los Linton se pasan los domingos escondidos en los rincones y temblando, mientras sus padres comen, beben, ríen, cantan y se queman las pestañas delante del fuego.

¿Tú crees que lo pasan así, o bien que el criado les pronuncia sermones, les enseña el catecismo y les hace que se aprendan de carretilla una lista de nombres de la Sagrada Escritura si no contestan con acierto?

—No lo creo —respondí—, porque son niños buenos y no merecen que se

les trate como a vosotros por lo mal que os portáis.

—¡Tonterías! —replicó. —Fuimos corriendo desde las Cumbres hasta el parque sin pararnos. Catalina llegó rendida, porque iba descalza. Tendrás que buscar mañana sus zapatos en el barro. Entramos por un hueco que encontramos en el seto, subimos a tientas el sendero y nos instalamos en una maceta bajo la ventana del salón. No habían cerrado las maderas; las cortinas estaban a sólo medio echar, y una espléndida luz salía a través de los cristales. Nos empinamos, y sujetándonos al antepecho de la ventana, vimos una magnífica habitación con una alfombra carmesí. El techo era blanco como la nieve, tenía una orla dorada y pendía de él un torrente de gotas de cristal, suspendidas de una cadena de plata, y brillando con la luz, de muchas bujías. Los viejos Linton no estaban allí, y Eduardo y su hermana disponían de todo aquel cuarto para ellos. ¿Cómo no iban a ser felices? A nosotros nos hubiera parecido estar en el cielo. Y ahora vamos a ver si adivinas lo que hacían esos niños buenos que tú dices. Isabel (que me parece que tiene once años, uno menos que Catalina) estaba en un rincón, gritando como si las brujas le pinchasen con agujas ardientes. Eduardo estaba junto a la chimenea, llorando en silencio, y encima de la mesa vimos un perrito, al que casi habían partido en dos al pelearse por él, según comprendimos por los reproches que se dirigían uno a otro y por los gruñidos del animal. ¡Vaya unos tontos! ¡Pelearse por un montón de pelos calientes! Y en aquel momento lloraban porque, después de pegarle para cogerlo, ya

no lo querían ninguno de los dos. Nosotros nos moríamos de risa contemplando aquello. ¿Cuándo me has visto alguna vez, cuando estamos solos, gritar, y llorar, y revolcarnos, cada uno en un extremo del salón? ¡No cambiaría la vida que hace Eduardo Linton en la Granja de los Tordos por la que hago yo aquí ni aunque me diesen la satisfacción de poder tirar a José desde lo alto del tejado y de pintar la fachada de la casa con la sangre de Hindley!

—¡Cállate, cállate! —le interrumpí— Y, dime, Heathcliff: ¿cómo se ha quedado allí Catalina?

—Como te he dicho, nos echamos a reír. Los Linton nos oyeron, y se precipitaron a la puerta veloces como flechas. Hubo un momento de silencio, y después les oímos chillar «¡Papá, mamá, venid! ¡Ay!» Creo que era algo así lo que gritaban. Hicimos entonces un ruido espantoso para asustarlos más aún, y luego nos soltamos de la ventana y echamos a correr, porque oímos que alguien intentaba abrirla. Yo llevaba a Catalina de la mano, y le decía que se apresurase, cuando de pronto cayó al suelo. «¡Corre, Heathcliff! —me dijo—. Han soltado al perro, y me ha agarrado.» El animal la había cogido por el tobillo, Elena. Le oí gruñir. Catalina no gritó. Le habría parecido despreciable gritar aunque se hubiese visto entre los cuernos de un toro bravo. Pero yo sí grité. Lancé tantas maldiciones, que habría bastante con ellas para pulverizar a todos los diablos del infierno. Luego cogí una piedra y la metí en la boca del animal, tratando furiosamente de introducírsela en la garganta. Salió una bestia

de criado con un farol y gritó: «¡Sujeta fuerte, Espía, sujeta fuerte!» Pero en cuanto vio en qué situación se hallaba el perro, cambió de tono. El animal tenía un palmo de lengua fuera de la boca y chorreaba sangre por el hocico. El hombre cogió a Catalina, que estaba medio desvanecida, no de miedo, sino de disgusto, y se la llevó, seguido por mí, que profería toda clase de insultos y amenazas de vengarme.

—¿A quién habéis capturado, Roberto? —preguntó Linton desde la puerta.

—Espía ha agarrado a una muchachita, señor —repuso el criado—, y aquí hay también un mozalbete que me parece que es una buena pieza —añadió, sujetándome. — Seguramente los ladrones se proponían hacerlos entrar por la ventana para que abriesen la puerta cuando estuviéramos dormidos y poder así asesinarnos impunemente. ¡Calla la lengua, maldito, ladrón! Esa hazaña te costará la horca. No suelte la escopeta, señor Linton.

—No la suelto, Roberto —contestó el viejo imbécil. —Los truhanes habrán logrado enterarse de que ayer fue día de cobro, y les habrá parecido buena ocasión. ¡Entrad, entrad, que os recibiremos bien! Juan, echa la cadena. Eugenia, dale agua al perro. ¡Han venido a meterse en la ratonera! ¡Y en domingo nada menos! ¡Qué insolencia! Mira, querida María: es un niño; no tengas miedo. Pero tiene tan mala facha, que se haría un bien a la sociedad ahorcándole antes que realice los crímenes que ha de cometer, a juzgar por su catadura.

Me llevó bajo la araña del salón. La señora Linton se puso las gafas para examinarme, y los cobardes chicos se acercaron también, muy asustados. Isabel balbució:

—¡Qué horror! Enciérralo en el sótano, papá. Se parece mucho al hijo de la gitana que me robó mi faisancito domesticado. ¿Verdad, Eduardo?

Mientras me miraba, apareció Catalina, y se echó a reír al oír a Isabel. Eduardo Linton, después de contemplarla fijamente, llegó un momento en que la reconoció. Algunas veces nos hemos encontrado en la iglesia.

—¡Es Catalina Earnshaw! —exclamó. —Y mira cómo le sangra el pie, mamá.

—No digas disparates. ¡Catalina Earnshaw en compañía de un gitano! ¡Oh! Y, sin embargo, lleva luto. Pues es ella. ¡Y pensar que podría haberse quedado coja!

—¡Qué descuido tan incomprensible en su hermano! ...—dijo el señor Linton, volviéndose hacia Catalina— Verdad es que he sabido por el padre Shielded que no se ocupan para nada de su educación. ¿Y éste? ¿Quién es éste? ¡Ah, ya!, es aquel niño vagabundo que nuestro difunto vecino trajo de Liverpool.

—De todos modos es un niño malo, que no debía vivir en una casa respetable —observó la vieja señora. —¿Oíste cómo hablaba, Linton? Me disgusta que mis hijos le hayan oído. Volví a maldecirles cuanto pude — perdóname, Elena— y entonces mandaron a Roberto que me echase fuera. No quise irme sin

Catalina; pero él me llevó a la fuerza al jardín, me entregó un farol, me dijo que iba a hablar al señor Earnshaw de mi comportamiento, y, después de ordenarme que me largara, cerró la puerta. Como las cortinas seguían descorridas, volví a donde antes habíamos estado, proponiéndome romper todos los cristales de la ventana si Catalina quería irse y no se lo permitían. Pero ella estaba sentada tranquilamente en el sofá, y la señora Linton, que le había quitado el mantón de la criada, que habíamos cogido para hacer nuestra excursión, le hablaba, supongo que reprendiéndola. Como era una señorita la trataban de otra forma que a mí. La criada trajo una palangana de agua caliente y le lavaron el pie. Luego el señor Linton le ofreció un vasito de vino dulce, mientras Isabel le ponía en el regazo un plato de bollos y Eduardo permanecía silencioso a poca distancia. Después le secaron los pies, la peinaron, le pusieron unas zapatillas que le venían muy grandes y la sentaron junto al fuego. Así la dejé, lo más alegre que te puedes imaginar, repartiendo los dulces con Espía y con el perro pequeño, y a veces haciéndole cosquillas en el hocico. Todos estaban admirados de ella. Y no es extraño, porque vale mil veces más que ellos y que cualquier otra persona. ¿Verdad que sí, Elena?

—Esto traerá consecuencias, Heathcliff —le contesté, abrigándole y apagando la luz. —Eres incorregible. El señor Hindley tendrá que apelar a medidas rigurosas, ya lo verás.

Mis palabras fueron más ciertas de lo que yo deseara. Aquella aventura enfureció a Earnshaw. Para colmo, al día siguiente el señor Linton vino a hablar con el amo y le soltó tal sermón sobre su modo de educar a los niños, que Hindley se consideró obligado a tener a raya a Heathcliff. No ordenó que se le pegara, pero le comunicó que a la primera palabra que dirigiera a Catalina le echarían a la calle. La señora Earnshaw se encargó de corregir a su cuñada cuando volviese a casa por medio de la persuasión, ya que por la fuerza no lo hubiera conseguido.

C A P Í T U L O VII

Catalina estuvo cinco semanas en la Granja de los Tordos, y regresó en Navidad. La herida se le curó, y sus modales mejoraron mucho. Mientras tanto, la señora la visitó frecuentemente y puso en práctica su plan de educación, procurando despertar en Catalina la propia estimación y haciéndole valiosos regalos de vestidos y otras cosas. De modo que cuando Catalina volvió, en vez de aquella pequeña salvaje que saltaba por la casa toda despeinada, vimos apearse de una bonita jaca negra a una digna personita, cuyos rizos pendían bajo el velo de un sombrero con plumas, envuelta en un manto largo, que tenía que sostener con las manos para que no le arrastrase por el suelo.

—Te has puesto muy guapa, Catalina. No te hubiera conocido. Ahora pareces una verdadera señorita. ¿Verdad, Francisca, que Isabel Linton no puede compararse con ella?

—Isabel Linton no tiene la gracia natural que Catalina, pero es preciso que esta se deje conducir y no vuelva a hacerse intratable —repuso la esposa de Hindley. —Elena, ayuda a desvestirse a la señorita Catalina. Espera, querida, no te desarregles el peinado. Voy a quitarte el sombrero.

Cuando la despojó del manto apareció bajo él una bonita chaqueta de seda a rayas, pantalones blancos y brillantes polainas. Los perros acudieron a ella, y aunque sus ojos

resplandecían de júbilo, no se atrevió a tocar a los animales por no descomponerse el atuendo. A mí me besó, pero con precaución, pues yo estaba preparando el bollo de Navidad y me encontraba toda enharinada. Después buscó con la mirada a Heathcliff. Los señores esperaban con ansia el momento de su encuentro con él, a fin de juzgar las probabilidades que tenían de separarla definitivamente de su amigo.

Heathcliff apareció enseguida. Ya de por sí era muy Adán y nadie por su parte se cuidaba de él antes de la ausencia de Catalina; pero entonces estaba mucho más desaseado. Yo era la única que me preocupaba de hacer que se lavase una vez siquiera a la semana. Los muchachos de su edad no suelen ser amigos del agua. Así que (prescindiendo de su traje, que estaba como puede suponerse después de andar tres meses entre el barro y el polvo) tenía el cabello desgreñado y la cara y las manos cubiertas de una capa de mugre. Permanecía escondido, mirando a la preciosa Catalina que acababa de entrar, asombrado de verla tan bien ataviada y no hecha una facha como él.

—¿Y Heathcliff? —Preguntó la joven, quitándose los guantes y descubriendo unos dedos que, de no hacer nada ni salir de casa nunca, aparecían blancos y delicados.

—Sal, Heathcliff —gritó Hindley, congratulándose por anticipado del mal efecto que el muchacho, con su traza de pilluelo, iba a producir a Catalina.

—Ven a saludar a la señorita como lo han hecho los demás criados.

Catalina al ver a su amigo corrió hacia él, lo besó seis o siete veces en cada mejilla, y después, separándose un poco, le dijo, riendo:

—¡Huy, qué negro estás y qué cara de enfadado tienes! Claro, es que me he acostumbrado a ver a Eduardo y a Isabel. ¿Me has olvidado, Heathcliff?

—Dale la mano, Heathcliff —dijo Hindley, con aire de condescendencia.

—Por una vez la cosa no tiene importancia.

—No lo haré —repuso el muchacho. —No estoy dispuesto a que se rían de mí.

Y trató de alejarse, pero Catalina le sujetó.

—No quise burlarme de ti. No pude contenerme al ver tu aspecto. Anda, dame la mano siquiera. Si te lavas la cara y te peinas parecerás otro. Pero

¡ahora estás tan sucio!

Examinó los negros dedos que tenía entre los suyos y luego se miró el vestido, temiendo que con aquel contacto hubiese sufrido algo que no fuera precisamente embellecerse.

—Nadie te mandaba tocarme —dijo él, separando de un tirón su mano.

—Soy tan sucio como me da la gana, y me agrada estar sucio, y seguiré estándolo.

Y se lanzó fuera de la habitación, con gran contento de los amos y enorme turbación de Catalina, que no acababa de comprender por qué sus comentarios le habían producido tal exasperación.

Después de haber ayudado a desvestirse a la recién llegada, de poner los bollos al horno y de encender la lumbre, me senté dispuesta a entretenerme cantando villancicos, sin hacer caso a José, que me aseguraba que el tono que yo empleaba era demasiado profano. Él se marchó a su cuarto a rezar, y los señores Earnshaw distraían a la joven enseñándole varios regalitos que habían comprado para los Linton en prueba de agradecimiento por sus atenciones. Habían invitado a los Linton a pasar el siguiente día en Cumbres Borrascosas, y había sido aceptada la invitación, contando que los hijos de Linton no tuvieran que tratar con aquel «travieso chico de lenguaje soez».

Me quedé sola. La cocina olía fuertemente a las especias de los guisos. Yo miraba la brillante batería de cocina, el reluciente reloj, los vasos de plata alineados en la bandeja y la impecable limpieza de suelo, de cuyo barrido y fregado me había preocupado con especial esmero. Todo me pareció a punto y digno de alabanza, y recordé una ocasión en que el anciano amo —que siempre solía dar un vistazo en casos como aquel—, viendo lo bien que estaba todo, me había regalado un chelín,

llamándome, además «buena moza». Luego pensé en el cariño que había sentido hacia Heathcliff y en el temor que tenía

de que fuera abandonado al faltarle él, y pensando en la situación presente del muchacho, casi me dieron ganas de llorar. Considerando después que mejor que lamentar sus desdichas sería procurar remediarlas, me levanté y fui al patio a buscarle. Le encontré enseguida: estaba en la cuadra cepillando el lustroso pelo de la jaca negra y dando de comer a los demás animales.

—Apresúrate —le dije. —La cocina está muy confortable y José se ha ido a su cuarto. Procura acabar pronto para vestirte decentemente antes de que salga la señorita Catalina. Así podréis estar juntos y charlar al lado de la lumbre hasta la hora de irse a dormir.

Él siguió haciendo su faena, procurando no mirarme.

—Anda, ven —proseguí. —Necesitarás media hora para vestirte. Hay un pastel para cada uno de vosotros.

Esperé otros cinco minutos; pero en vista de que no me contestaba, me fui. Catalina comió con sus hermanos. José y yo celebramos una cena muy poco cordial, amenizada con sus censuras y malas contestaciones mías. El pastel y el queso de Heathcliff estuvieron toda la noche sobre la mesa para alimento de duendes. Él estuvo trabajando hasta las nueve, y a esa hora se fue a su habitación, siempre taciturno y obstinado. Catalina estuvo hasta muy tarde preparándolo todo para

recibir a sus nuevos amigos, y una vez que entró en la cocina para buscar a su antiguo camarada, viendo que no estaba se contentó con preguntar por él y marcharse. A la mañana siguiente, Heathcliff se levantó temprano, y como era día de fiesta, se fue, malhumorado, a los pantanos, y no volvió a aparecer hasta después de que la familia se fue a la iglesia. Pero el ayuno y la soledad debieron hacerle reflexionar, y cuando regresó, después de estar un rato conmigo, me dijo de pronto:

—Elena, vísteme. Voy a ser bueno.

—Ya era hora, Heathcliff —comenté. —Has disgustado a Catalina.

Cualquiera diría que la envidias porque la miman más que a ti.

La idea de sentir envidia hacia Catalina le resultó incomprensible, pero lo de disgustarla lo comprendió muy bien. Me preguntó, poniéndose muy serio:

—¿Se ha enojado?

—Se echó a llorar cuando le dije esta mañana que te habías ido.

—También yo he llorado esta noche —respondió—, y con más motivos que ella.

—¿Sí? ¿Qué motivos tenías para irte a la cama con el corazón lleno de soberbia y el estómago vacío? Los soberbios no hacen más que dañarse a sí mismos. Pero si estás arrepentido, debes pedirle perdón cuando vuelva. Vas arriba, le pides un beso y le

dices... Bueno; ya sabes tú lo que le tienes que decir. Pero hazlo sinceramente, y no como si ella fuera una extraña por el hecho de que la hayas visto mejor ataviada. Ahora voy a arreglármelas para vestirte de un modo que Eduardo Linton parezca un muñeco a tu lado. ¡Y claro que lo parece! Aunque eres más joven que él, eres mucho más alto y doble de ancho. Podrías turbarle de un soplo, ¿verdad?

—Sí, Elena; pero aunque yo le tumbara veinte veces, no dejaría de ser él más guapo que yo. Quisiera tener el cabello rubio y la piel blanca como él, vestir bien y tener modales como los suyos, y ser tan rico como él llegará a serlo.

—¡Eso! Y llamar a mamá constantemente, y asustarte siempre que un chico aldeano te amenace con el puño y quedarte en casa cada vez que lloviera un poco. No seas pobre de espíritu, Heathcliff. Mírate al espejo y oye lo que tienes que hacer. ¿Ves esas arrugas que tienes entre los ojos, y esas espesas cejas que se contraen en lugar de arquearse, y esos dos negros demonios que jamás abren francamente sus ventanas, sino que centellean bajo ellas corridas, como si fueran espías de Satanás? Proponte y esfuérzate en suavizar esas arrugas, levantar esos párpados sin temor y convertir esos demonios en dos ángeles que vean siempre amigos en dondequiera que no haya enemigos indudables. No adoptes ese aspecto de perro cerril, que parece justificar la justicia de los puntapiés que recibe y que odia a todos tanto como al que le maltratara.

—Sí; debo proponerme adquirir los ojos y la frente de Eduardo Linton. Ya lo deseo; pero ¿crees que haciendo lo que me dices conseguiré alguna vez tenerlos así y ser como él?

—Si eres bueno de corazón serás agradable de cara, muchacho, aunque fueras un negro. Ahora que estás lavado y peinado y pareces más alegre, ¿no es verdad que te encuentras más guapo? Te aseguro que sí. Puedes pasar por un príncipe de incógnito. ¡Y a saber si tu padre no era emperador de la China y tu madre reina de la India y si con sus rentas de una sola semana no podrían comprar Cumbres Borrascosas y la Granja de los Tordos reunidas! Quizá te robaran unos marineros y te trajeron a Inglaterra. Yo, si estuviera en tu caso, me haría figuraciones como ésas, y con ellas iría soportando las miserias que tiene que aguantar un labrador...

Mientras yo hablaba así y conseguía que Heathcliff fuese poco a poco desarrugando el ceño, oímos un estrépito que al principio sonaba en la carretera y luego llegó al patio.

Heathcliff acudió a la ventana y yo a la puerta, en el mismo momento en que los Linton se apeaban de su carruaje, todos envueltos en abrigos de pieles, y los Earnshaw descendían de sus caballos. Catalina cogió a los muchachos de la mano y se los llevó a la chimenea, donde se sentaron, y cuyo fuego enrojeció sus blancos semblantes.

Yo estimulé a Heathcliff para que acudiera y mostrara su buen talante; pero tuvo la desgracia de que, al abrir la puerta de la

cocina, tropezara con Hindley, que la estaba abriendo por el otro lado. El amo, ya porque le incomodara verle tan animado y tan arreglado, o quizá por complacer a la señora Linton, le empujó violentamente, y dijo a José:

—Hazle entrar en el desván hasta después de que hayamos comido. De lo contrario, tocaría los dulces con los dedos y robaría las frutas si se le permitiera estar un solo minuto aquí.

—No hará nada de eso, señor —me atreví a replicar. —Y espero que participe de los dulces como nosotros.

—Participará de la paliza que le pegaré si le veo por aquí abajo antes de la noche —gritó Hindley. —¡Largo, vagabundo! De modo que quieres lucirte,

¿verdad? Como te agarre esos mechones ya verás si te los pongo más largos todavía...

—Ya los tienes bastante largos —comentó el joven Linton, que acababa de aparecer en la puerta. —Le caen sobre los ojos como la crin de un caballo. No sé cómo no le dan dolor de cabeza.

Aunque hizo aquella observación sin ánimo de molestarle, Heathcliff, cuyo rudo carácter no toleraba impertinencias, y más viniendo de alguien a quien ya consideraba como su rival, cogió una fuente llena de jugo de manzana caliente y se lo tiró a la cara. El muchacho lanzó un grito que hizo acudir enseguida a Catalina y a Isabel. El señor Earnshaw cogió a Heathcliff y se lo llevó a su habitación, donde sin duda le debió de aplicar un

enérgico correctivo, ya que cuando bajó estaba sofocado y rojo como la grana. Yo cogí un trapo de cocina, limpié la cara a Eduardo y, no sin despecho, le dije que se había merecido la lección por su impertinencia. Su hermana se echó a llorar y quería volver a su casa, y Catalina, a su vez, estaba muy disgustada de lo que ocurría.

—No debiste dirigirle la palabra —dijo al joven Linton. —Estaba de mal humor; ahora le pegarán, y has estropeado la fiesta... Yo ya no tengo apetito.

¿Por qué le hablaste, Eduardo?

—Yo no le hablé —sollozó el muchacho, desprendiéndose de mis manos y terminando de limpiarse con su fino pañuelo. —Prometí a mamá no hablarle, y lo he cumplido.

—Bueno —dijo Catalina con desdén —; cállate, que viene mi hermano. No te ha matado, después de todo. No compliques más. Cállate tú también, Isabel. ¿Te ha hecho algo alguien?

—¡A sentarse, niños! —exclamó Hindley reapareciendo. —Ese bruto de chico me ha hecho entrar en calor. La próxima vez, Eduardo, tómate la venganza con tus propios puños, y eso te abrirá el apetito.

La gente menuda recobró su alegría al servirse los suculentos manjares. Todos sentían apetito después del paseo, y se consolaron fácilmente, ya que ninguno había sufrido daño grave. El señor Earnshaw trinchaba con jovialidad, y la señora animaba la mesa con su conversación. Yo atendía al servicio, y

me entristecía al ver que Catalina, con ojos enjutos y aire indiferente, partía en aquel momento un ala de ganso que tenía en su plato a punto de comer.

«¡Qué niña tan insensible!», pensé. Nunca hubiera creído que la suerte de su antiguo compañero de juego la tuviera tan sin cuidado.

Ella estaba llevándose en aquel momento un bocado a la boca, pero de pronto lo soltó; las mejillas se le enrojecieron ′ y por su rostro corrieron las lágrimas. Dejó caer el tenedor y aprovechó la ocasión de inclinarse para disimular su emoción. Durante todo el día anduvo como alma en pena procurando ver a Heathcliff. Pero éste había sido encerrado por Hindley, lo que averigüé al querer llevarle ocultamente algunas viandas.

Por la tarde se organizó un baile, y Catalina pidió que soltaran a Heathcliff, ya que si no Isabel no tendría pareja, pero no se la atendió y yo fui llamada a ocupar la vacante. El baile nos puso de buen humor, y éste aumentó cuando llegó la banda de música de Gimmerton, con sus quince músicos, entre los que había un trompeta, un trombón, clarinetes, flautas, oboes y un contrabajo, sin contar los cantantes. La banda suele recorrer en Navidad las casas ricas pidiendo aguinaldos, y su llegada es siempre acogida con alegría. Primero cantaron los villancicos de costumbre; pero después, como a la señora Earnshaw le gustaba extraordinariamente la música, les pedimos que tocasen algo más, y lo hicieron durante el tiempo que quisimos.

Aunque a Catalina le agradaba también la música, dijo que se oía mejor desde el rellano de la escalera, y con este pretexto se escabulló. Yo la seguí. Cerraron la puerta de abajo. No parecían haber reparado en nuestra ausencia. Catalina subió hasta el desván donde estaba encerrado Heathcliff. Le llamó, y aunque él al principio no quiso contestar, acabaron manteniendo una conversación a través de la puerta. Los dejé que charlaran tranquilamente, y cuando comprendí que el concierto iba a terminar y que se iba a servir la cena a los músicos, volví al desván con objeto de alejar a Catalina. Pero no la hallé. Por una claraboya había subido al tejado y por otra entrado en la buhardilla de Heathcliff. Me costó mucho convencerla de que saliera. Lo hizo en compañía de Heathcliff, y se empeñó en que le llevara a la cocina conmigo, ya que José se había ido a casa de un vecino para librarse de la «diabólica salmodia», como llamaba a la música. Yo les advertí que no contaran conmigo para engañar al señor Hindley; pero por esta vez lo haría, ya que el prisionero no había comido desde el día anterior.

Él bajó, se sentó junto a la lumbre y yo le ofrecí muchas golosinas; pero se sentía mal y no comió apenas, sin que mis intentos de entretenerle tuvieran éxito. Había apoyado los codos en las rodillas y el mentón en las manos, y permanecía silencioso. Le pregunté en qué pensaba y me respondió con gravedad:

—En el modo de hacerle pagar esto a Hindley. No sé cuánto habré de esperar, pero no me importa, si lo consigo al fin. ¡Ojalá no se muera antes!

—¡Qué vergüenza, Heathcliff! —le dije. — Sólo corresponde a Dios castigar a los malos. Nosotros tenemos que saber perdonarlos.

—No será Dios quien tenga esa satisfacción, que yo me reservo –repuso.

—Lo único que necesito es saber cómo y cuándo la alcanzaré. Pero ya acertaré con el plan conveniente. Este pensamiento me evitará sufrir más.

Me estoy dando cuenta, señor Lockwood, de que estas historias no deben tener interés para usted. No sé cómo he hablado tanto. Está usted durmiéndose. ¡Hubiera podido contarle en una docena de palabras todo lo que le interesara a usted de la vida de Heathcliff!

Después de esta interrupción, el ama de llaves se puso en pie y guardó la labor. Yo no me retiré de la chimenea. Estaba sin pizca de sueño.

—Siéntese, señora Dean —le dije—, y siga con su historia media horita más. Ha hecho bien en contarla a su manera. Me han interesado mucho sus descripciones.

—Pero, señor, ¡si están dando las once!

—Es igual; yo no suelo acostarme hasta muy tarde. Levantándome a las diez, no importa acostarse a las dos.

—Es que no debía usted dormir hasta las diez. Pierde usted lo mejor del día. Cuando a esa hora no se ha hecho ya la mitad de la faena diaria, es muy probable que no se pueda hacer el resto.

—Es lo mismo, señora Dean... Vuelva a sentarse. Creo que tendré mañana que estarme acostado hasta después de comer, porque, o mucho me equivoco, o no me libro de un buen constipado.

—Confío en que no suceda así, señor. Bien; pues daré un salto de tres años, o sea hasta que la señora Earnshaw...

—No; nada de saltos. ¿No sabe usted lo que siente el que se encuentra ocupado en mirar cómo una gata lame a sus gatillos y se indigna cuando ve que deja de lamer una de las orejas de uno de ellos?

—Creo que quien haga eso no es más que un perezoso.

—No lo crea... Bueno; yo me encuentro en ese caso ahora. De modo que cuente usted la historia con todo detalle. En sitios como éste, las gentes adquieren a los ojos del que las observa un valor que puede compararse con el de una araña a los ojos de quién la contempla en un calabozo. La araña en un calabozo tiene una importancia que no tendría en la casa de un hombre en libertad. Pero, de todos modos, el cambio no se debe sólo a la distinta situación del observador. Las gentes aquí viven más honradamente, más reconcentradas en sí mismas y menos

atraídas por la parte superficial de las cosas. En un sitio así yo sería capaz hasta de creer en un amor eterno, y eso que he creído siempre imposible que una pasión dure más de un año.

—Los de aquí, cuando se nos conoce, somos como los de cualquier otro sitio —contestó la señora Dean, algo desconcertada por mi inesperado discurso.

—Perdone, amiga mía —repuse—; pero usted misma es una negación viviente de lo que dice. Usted, aparte de algunos modismos locales muy secundarios, no suele hablar ni obrar como las personas de su clase. Tengo la evidencia de que ha pensado mucho más de lo que suelen hacerlo la mayoría de las personas de su profesión. Como no ha tenido usted que ocuparse de frivolidades, ha necesitado meditar en cosas serias.

La señora Dean se echó a reír.

—Naturalmente, me tengo por una persona sensata — replicó—; pero no creo que sea por vivir recluida entre montañas y ver sólo un aspecto de las cosas, sino por haberme sometido a una severa disciplina que me hizo aprender a tener buen juicio. Además, señor Lockwood, he leído más de lo que usted se imagina. No hay un libro de la biblioteca que yo no haya ojeado y del que no aprendiera algo, excepto los libros griegos y latinos, o los franceses... Y aun éstos sé distinguirlos unos de otros... ¿Qué más va usted a pedir a la hija de un pobre? De todos modos, si se empeña en que le siga contando la historia

como hasta ahora, lo mejor será que dé un salto; pero no de tres años, sino hasta el verano siguiente, o sea el de mil setecientos setenta y ocho, hace veintitrés años...

C A P Í T U L O VIII

Un hermoso día de junio, por la mañana, nació el primer niño que yo había de criar y el último de la antigua raza de los Earnshaw. Estábamos recogiendo heno en un prado lejano cuando vimos venir con una hora de anticipación a la muchacha que nos traía habitualmente el almuerzo.

—¡Qué niño más hermoso! —dijo. —Nunca se ha visto otro más guapo... Pero, según dice el médico, la señora vivirá muy poco. Al parecer se ha ido consumiendo durante los últimos meses. He oído como se lo decía al señor Hindley, y le ha asegurado que morirá antes del invierno. Venga a casa enseguida, Elena. Tiene que cuidar del niño, darle leche y azúcar. Me gustaría estar en su lugar, porque cuando la señora muera va usted a quedar completamente a cargo del niño.

—¿Tan enferma está? —pregunté, soltando el rastrillo y anudándome las cintas del sombrero.

—Creo que sí —repuso la muchacha—, aunque está muy animada y habla como si fuese a vivir hasta ver al pequeño hecho un hombre. No cabe en sí de alegría. Verdaderamente, el niño es una hermosura. Si yo estuviera en su caso, no me moriría. Sólo con mirar al niño sanaría, diga Kennett lo que quiera. Estoy loca por el pequeñín. La señora Archer llevó el angelito al amo, y no había hecho más que presentárselo, cuando se adelanta el viejo gruñón de Kennett, y le dice: «Señor

Earnshaw, es una fortuna que su mujer le haya dado un hijo. Cuando la vi por primera vez tuve la seguridad de que no viviría largo tiempo, y ahora puedo decirle que no pasará del invierno. No se aflija, porque la cosa no tiene remedio; pero debió haber buscado usted una esposa menos endeble.»

—¿Y qué contestó el amo? —pregunté a la muchacha.

—Creo que una blasfemia; pero no me fijé, porque estaba pendiente de ver al niño.

Y la chica empezó a describirme al nene con entusiasmo. Yo me apresuré a correr a casa, ya que tenía tantos deseos de verlo como ella; pero me daba pena de Hindley. Sabía que en su corazón sólo había lugar para dos afectos: el de su mujer y el de sí mismo. A ella la adoraba, y me parecía imposible que pudiese soportar su pérdida.

Cuando llegamos a Cumbres Borrascosas, él se hallaba en pie ante la puerta. Le pregunté cómo estaba el niño.

—A punto de echar a correr, Elena —me replicó, sonriendo.

—¿Y la señora? —osé preguntarle. —Creo que el médico dice que...

—¡Al demonio con el médico! –contestó. —Francisca está bien y la semana próxima se habrá restablecido del todo. Si subes, dile que ahora iré a verla, siempre que prometa no hablar. Me he ido de la habitación porque no quería callarse, y es preciso que

guarde silencio. Dile que el señor Kennett exige que se esté quieta.

Comuniqué aquella indicación a la señora, y ella, que parecía muy animada, respondió:

—Sólo hablé una palabra, Elena, y a pesar de ello salió dos veces llorando de la habitación. Le prometo callarme pero ello no me impedirá reírme de él.

A la pobre no le faltó el humor hasta una semana antes de morir. Su marido seguía obstinándose en que su salud mejoraba constantemente. El día en que Kennett le advirtió que ya no recetaba más medicinas, porque eran totalmente inútiles, dado el grado a que había llegado la enfermedad, Hindley le replicó:

—Ya sé que no las necesita, ni tampoco los cuidados médicos. Nunca ha estado enferma del pecho. Padeció una fiebre, sí; pero ya ha desaparecido. Su pulso es ahora tan normal como el mío y sus mejillas están frescas. A su mujer le decía lo mismo, y ella parecía creerlo. Pero una noche, mientras Francisca reclinaba la cabeza en el hombro de su esposo y le decía que pensaba levantarse al día siguiente, le acometió un leve ataque de tos. Se abrazaron y ella fue palideciendo cada vez más, hasta que expiró. El niño, Hareton, fue entregado a mis cuidados. El señor Earnshaw se conformaba, respecto al pequeño, con saber que estaba bien y con oírle llorar. Pero, por su parte, estaba desesperado. Su dolor era de los que no se manifiestan con lamentaciones. No sollozaba ni rezaba, sino

maldecía de Dios y de los hombres, y se entregó a una vida de loco libertinaje.

Ningún criado soportó mucho tiempo el tiránico comportamiento que nos daba, y sólo nos quedamos a su lado José y yo. Yo había sido su hermana de leche y me faltó valor para abandonarle. En cuanto a José, se quedó porque así podía mandar despóticamente a los jornaleros y arrendatarios, y también porque siempre se sentía a gusto dondequiera que hubiese maldades que reprochar.

Los pésimos hábitos y las malas compañías que había contraído el amo constituían un lamentable ejemplo para Catalina y Heathcliff. Éste era tratado de tal manera, que aunque hubiera sido un santo tenía que acabar convirtiéndose en un demonio. Y, en verdad, el muchacho parecía endemoniado en aquella época. La degradación de Hindley le colmaba de placer, y su aspereza y rusticidad eran cada día mayores.

Vivíamos en un infierno. El cura dejó de acudir a la casa, y terminaron imitándole todas las personas decentes. Nadie nos trataba, excepto Eduardo Linton, que a veces venía a visitar a Catalina. A los quince años, ella se transformó en la reina de la comarca. Ninguna podía igualarla, y se convirtió en un ser terco y caprichoso. Desde que había dejado de ser niña, yo no la quería y procuraba humillar su altanería por todos los medios, pero no me hacía caso. Conservó un afecto constante hacia Heathcliff, a quien quiso como a nadie, incluso al joven Linton.

Este fue mi último señor; su retrato está ahí, sobre la chimenea. Antes, al otro lado, estaba colgado el de su esposa, y es una pena que lo hayan quitado, porque así podría usted haberse hecho una idea de lo que fue. ¿Puede usted separar eso de ahí?

A la luz de la bujía que levantaba la señora Dean distinguí un rostro de finas facciones, muy semejante al de la joven de las Cumbres, pero más pensativo y menos adusto. Era un cuadro agradable. El cabello era rubio y levemente rizado en las sienes, los ojos grandes y reflexivos y en conjunto una figura que resultaba incluso demasiado graciosa. No me maravilló que Catalina le hubiese preferido a Heathcliff; pero pensando en que su opinión debía corresponder a su aspecto, me asombro que él se hubiese sentido atraído hacia Catalina.

—Es un bonito retrato —dijo. ¿Está parecido?

—Sí —repuso el ama de llaves. —En general, era así. Cuando estaba animado parecía aún más guapo.

Desde que Catalina pasara aquellas cinco semanas con los Linton, siguió manteniendo relaciones de amistad con ellos. Al disimular en su presencia su aspereza acostumbrada logró cautivarlos a todos, en especial a Isabel, que la admiraba, y a su hermano, que terminó por prendarse de ella. Como esto la complacía, tenía que desarrollar un doble modo de ser, aunque no con intención aviesa. Cuando oía comentar que Heathcliff era un joven truhan, pero que un bruto, se cuidaba mucho de no parecerse a él; pero cuando estaba en casa mostraba muy

poca inclinación a los buenos modales, que, por otra parte, no la hubieran hecho ser alabada por nadie.

El señorito Eduardo no se atrevía a ir mucho a Cumbres Borrascosas, porque la mala fama que tenía Earnshaw le asustaba y temía encontrarse con él. Le recibíamos con muchas atenciones. El amo procuraba también no ofenderle, pues no dejaba de comprender la razón de sus asiduidades, y, como no le fuera posible mostrarse amable, a lo menos procuraba no dejarse ver. Aquellas visitas me parece que no complacían mucho a Catalina. Esta carecía de malicia y no sabía ser coqueta, de modo que no le agradaba que sus dos amigos se encontrasen, porque si Heathcliff mostraba desprecio hacia Linton, ella no podía mostrarse de acuerdo, como lo hacía cuando Eduardo no estaba presente; y si Linton, a su vez, expresaba antipatía hacia Heathcliff, tampoco se atrevía a contradecirle. Yo me burlé muchas veces de sus indecisiones y de los disgustos que sufría por causa de ellas, y que trataba de ocultar. Me dirá usted que mi actitud era censurable, pero aquella joven era tan soberbia, que si quería hacerla más humilde era forzoso no compadecerla nunca. Finalmente, como no encontraba otro confidente mejor, tuvo que franquearse conmigo.

Una tarde en que el señor Earnshaw había salido, Heathcliff resolvió hacer fiesta aquel día. Creo que tenía entonces dieciséis años, y aunque no era tonto ni feo, su aspecto general resultaba repelente. La educación que en sus primeros tiempos

recibiera se había disipado. Los trabajos a que le dedicaban habían extinguido de él todo amor al estudio, y el sentimiento de superioridad que en su niñez le infundieran las atenciones del antiguo amo, ya no existía. Durante bastante tiempo se esforzó en mantenerse al nivel cultural de Catalina, pero tuvo al fin que rendirse a la evidencia. Al comprender que ya no le era posible recuperar lo perdido, se abandonó del todo, y su aspecto reflejaba su hundimiento moral. Tenía un aire innoble y grosero, del que actualmente no conserva nada; se hizo insociable en extremo, y parecía complacerse en inspirar repulsión antes que simpatía en los pocos que le trataban. Cuando estaba libre de ocupaciones seguía siendo el eterno compañero de Catalina. Pero no le expresaba nunca su afecto verbalmente, y recibía las afectuosas caricias de su amiga sin corresponderlas.

El día a que me refiero, entró en la habitación donde yo estaba ayudando a vestirse a la señorita Catalina, y anunció su decisión de no trabajar aquella tarde. Ella, que no esperaba tal resolución, había citado a Eduardo, y estaba preparándose para recibirle.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde, Catalina? —le preguntó. —¿Piensas salir?

—No; está lloviendo.

—Entonces ¿por qué te has puesto este vestido de seda? Supongo que no esperarás a nadie...

—No espero a nadie, que yo sepa —repuso ella. —Pero ¿cómo no estás ya en el campo, Heathcliff? Hace más de una hora que hemos comido. Creía que te habrías ido.

—Hindley no nos libra a menudo de su odiosa presencia — replicó el muchacho. —Hoy no pienso trabajar; me quedaré contigo.

—Mejor harías en irte —dijo la joven—, no sea que José lo cuente.

—José está cargando tierra en la peña de Penninston y no volverá hasta la noche, así que no tiene por qué enterarse.

Y Heathcliff se sentó al lado del fuego. Catalina frunció el entrecejo y reflexionó unos momentos. Al fin encontró una disculpa para preparar la llegada de su amigo, y dijo, tras un minuto de silencio:

—Isabel y Eduardo Linton hablaron de venir esta tarde. Claro que, como llueve, no espero que lo hagan; pero si se decidieran y te ven, corres peligro de que te regañen.

—Ordena a Elena que les diga que estás ocupada —insistió el muchacho.

—No me hagas irme a causa de estos tontos amigos tuyos. A veces me dan ganas de decirte que ellos... pero me callaré.

—¿Qué tienes que decir? —gritó Catalina, turbada. — ¡Ay, Elena! — agregó, desasiéndose de mis manos. —Me has despeinado

las ondas. ¡Basta, déjame! ¿Qué estaba a punto de decir, Heathcliff?

—Mira ese calendario que hay en la pared —repuso él señalando uno que estaba colgando junto a la ventana. —Las cruces marcan las tardes que has pasado con Linton; los puntos, las que hemos pasado juntos tú y yo. He marcado pacientemente todos los días. ¿Los ves?

—¡Vaya una bobada! —repuso despectivamente Catalina. —¿A qué viene eso?

—A que te des cuenta de que reparo en ello —contestó Heathcliff.

—¿Y por qué he de estar siempre contigo? —replicó ella, cada vez más irritada. —¿Para qué me sirve? ¿De qué me hablas tú? Lo que haces para distraerme, un niño de pecho lo haría; y lo que dices, lo diría un mudo.

—Antes no me decías eso, Catalina —repuso Heathcliff, muy agitado.

—No me indicabas que te aburriera mi compañía.

—¡Vaya una compañía la de una persona que no sabe nada ni dice nada! — argumentó la joven.

Él se levantó, pero antes de que tuviera tiempo de seguir hablando, sentimos un rumor de cascos de caballos, y el señorito Linton entró con la cara rebosando satisfacción. Sin duda en aquel momento pudo Catalina comparar la diferencia

que había entre los dos muchachos, porque era como pasar de una cuenca minera a un hermoso valle, y las voces y modos de ambos confirmaban la primera impresión. Linton solía hablar con dulzura y pronunciaba las palabras como usted, es decir, de un modo más suave que el que se emplea en la comarca.

—¿No me habré anticipado a la hora? —preguntó el joven. Y me dirigió una mirada.

Yo estaba secando los platos y arreglando los cajones del aparador.

—No —repuso Catalina. —¿Qué estás haciendo ahí, Elena?

—Trabajar, señorita —repuse, sin irme, porque tenía orden del señor Hindley de asistir a las entrevistas de Linton con Catalina.

Ella se me acercó y me dijo en voz baja:

—Sal de aquí y llévate tus trapos. Cuando hay gente de fuera, los criados no están en las habitaciones de los señores.

—Ahora que el amo está fuera debo trabajar —le dije—, ya que no le gusta verme hacerlo en su presencia. Estoy segura de que él me dispensará.

—También a mí me disgusta verte trabajar en presencia mía — replicó ella imperiosamente.

Estaba nerviosa a raíz de la disputa que había sostenido con Heathcliff.

—Lo lamento, señorita Catalina —respondí, continuando en mi ocupación.

Creyendo que Eduardo no la veía, me arrancó el trapo de limpieza de las manos y me aplicó un pellizco soberbio. Ya he dicho que yo no le tenía afecto, y que me complacía en humillar su orgullo siempre que me era posible. Así que me incorporé, porque estaba de rodillas, y grité con todas mis fuerzas:

—¡Señorita, esto es un atropello, y no estoy dispuesta a consentírselo!

—No te he tocado, embustera —me contestó, mientras sus dedos se aprestaban a repetir la acción.

La rabia le había encendido las mejillas, porque no sabía ocultar sus sentimientos, y siempre que se enfadaba, el rostro se le ponía encarnado como una brasa.

—Entonces, ¿esto qué es? —le contesté señalando la señal purpúrea que el brazo.

Golpeó el suelo con los pies, titubeó un momento, y después, sin poderse contener, me dio una bofetada. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¡Oh, querida Catalina! —exclamó Eduardo disgustado por su violencia e interponiéndose entre las dos.

—¡Márchate, Elena! —ordenó ella, temblando de rabia

El pequeño Hareton, que estaba siempre conmigo, comenzó también a llorar y a quejarse de la «mala tía Catalina». Entonces

ella se desbordó contra el niño, le cogió por los hombros y le sacudió terriblemente hasta que Eduardo intervino y le sujetó las manos. El niño quedó libre; pero en el mismo momento, el asombrado joven recibió en sus propias mejillas una réplica asaz contundente para ser tomada a juego. Se apartó de ella consternado.

Cogí a Hareton en brazos y me fui a la cocina, dejando la puerta abierta para ver cómo se desenlazaba aquel incidente. El visitante, ofendido, pálido y con los labios temblorosos, se dirigió a coger su sombrero.

«Haces bien —pensé para mí—. Aprende, da gracias a Dios de que ella te haya mostrado su verdadero carácter, y vete»

—¿Adónde vas? —preguntó Catalina, avanzando hacia la puerta. Él trató de pasar, pero ella dijo con energía:

— ¡No quiero que te vayas!

—Debo irme —replicó él.

—No —contestó Catalina, sujetando el picaporte. —No te vas todavía, Eduardo. Siéntate; no me dejes en este estado de ánimo. Pasaría una noche horrible y no quiero sufrir por causa tuya.

—¿Crees que debo quedarme después de haber sido ofendido? —preguntó Linton.

Catalina guardó silencio.

—Me he avergonzado de ti —continuó diciendo el joven — No volveré más.

Los ojos de Catalina brillaron y las lágrimas empezaron a brotar de sus pestañas.

—Además, has mentido —dijo él.

—No es verdad —contestó la muchacha. —Lo hice todo sin querer. Anda, márchate si quieres... Ahora me pondré a llorar, y lloraré hasta que no pueda más...

Se dejó caer de bruces en una silla y rompió en sollozos. Eduardo llegó hasta el patio y allí se paró. Resolví infundirle valor.

—La señorita —le dije— es tan caprichosa como un niño mimado. Vale más que se vaya usted a casa, porque si no es capaz de aparentar que está enferma con tal de disgustarnos.

Pero él miró a la ventana. El pobrecillo era tan capaz de irse como un gato lo es de dejar a medio matar un ratón o a medio devorar un pájaro.

«Estás perdido —pensé. —Te precipitas tú mismo hacia tu destino...» Y ocurrió lo que yo pensaba: se volvió bruscamente, entró en la casa, cerró la puerta, y cuando al cabo de un rato fui a advertirles de que el señor Earnshaw había vuelto beodo y con ganas de armar escándalo, pude comprobar que lo sucedido no había servido sino para aumentar su intimidad y para romper los diques de su timidez juvenil, hasta el punto que

habían comprendido que no sólo eran amigos, sino que estaban enamorados.

Al oír que Hindley había llegado, Linton se fue rápidamente a buscar su caballo y Catalina a su alcoba. Yo me ocupé de esconder al pequeño Hareton y de descargar la escopeta del señor, ya que él tenía la costumbre, cuando se hallaba en aquel estado, de andar con ella, con grave riesgo de la vida para cualquiera que le provocara o simplemente le hiciera alguna observación. De este modo me proponía evitar que causase daños si en su delirio se le ocurría parar el arma.

C A P Í T U L O IX

Hindley entró, como me temía, muy exasperado y pronunciando tremendas imprecaciones, sorprendiéndome en el momento en que trataba de ocultar a su hijo en la alacena de la cocina. A Hareton le espantaban tanto las muestras de afecto como ser objeto de la ira de su padre, porque, o bien corría el riesgo de que le ahogara con sus brutales abrazos, o se exponía a que le estrellara contra un muro. Así es que el niño permanecía siempre quieto en los sitios donde yo le escondía.

—¡Al fin le encuentro! —vociferó Hindley, atenazándome por el cuello. —

¡Todos os habéis conjurado para matar al niño! Ahora comprendo por qué le mantenéis siempre apartado de mí. Pero con la ayuda de Satanás, Elena, te voy a hacer tragar este cuchillo. No lo tomes a risa; acabo de echar a Kennett, cabeza abajo, en el pantano del Caballo Negro, y ya tanto se me dan dos como uno. Tengo ganas de mataros a uno de vosotros, y no pararé hasta que lo haga.

—Vaya, señor Hindley —repuse—, déjeme en paz. No me gusta el sabor a arenques del cuchillo. Mejor es que me pegue un tiro, si quiere.

—¡Quiero que te vayas al diablo! —contestó. —Ninguna ley inglesa impide que un hombre tenga una casa decorosa, y la mía es detestable. ¡Abre la boca!

—¡Ah! —dijo, soltándome de pronto. —Ahora me doy cuenta de que aquel granuja no es Hareton. Perdona, Elena. Si lo fuera, merecería que le desollaran vivo por no venir a saludarme y estarse ahí chillando como si yo fuera un espectro. Ven aquí, engendro desnaturalizado. Yo te enseñaré a engañar a un padre crédulo y bondadoso. Dime Elena: ¿no es cierto que este chico estaría mejor sin orejas? El cortárselas vuelve más feroces a los perros, a mí me gusta la ferocidad. Dame las tijeras. Apreciar tanto las orejas es un sentimiento diabólico. No por dejar de tenerlas cesaríamos de ser unos burros. Silencio, niño... ¡Anda, pero si es mi hijito! Sécate los ojos y bésame, pequeñín. ¡Cómo!

¿No quieres? ¡Bésame, Hareton, bésame, condenado! Señor, ¿cómo habré podido engendrar monstruo semejante? Le voy a partir la cabeza...

Hareton se debatía entre los brazos de su padre, llorando y pataleando, y redobló sus alaridos cuando Hindley se lo llevó a lo alto de la escalera y le suspendió en el vacío. Le grité que iba a asustar al niño y me apresuré a correr para salvarle.

Al llegar arriba, Hindley se había asomado a la barandilla escuchando un e sentía abajo, y casi se había olvidado lo que tenía entre las manos.

—¿Quién es? —me preguntó, sintiendo que alguien se acercaba al pie de la escalera.

Reconocí el paso de Heathcliff y me asomé para hacerle señas de que se detuviese, pero en el momento en que dejé de mirar al niño, éste hizo un movimiento y cayó.

Casi antes de que yo pudiera estremecerme de horror, ya había reparado en que el pequeño estaba a salvo. Heathcliff llegaba en aquel momento preciso, y, por un impulso instintivo, cogió al niño, lo puso en el suelo y miró al causante de lo ocurrido. Cuando vio que se trataba del señor Earnshaw, el rostro de Heathcliff manifestó una impresión análoga a la que sentiría un avaro que vendiese un billete de lotería de cinco chelines y se encontrase al día siguiente con que había perdido así un premio de cinco mil libras. En la expresión del rostro de Heathcliff se leía claramente cuánto le pesaba haberse convertido en instrumento del fracaso de su venganza. Yo juraría que, de no haber habido luz, hubiera remediado su error, permitiendo que el niño se estrellase contra el pavimento... Pero, en fin, gracias a Dios, Hareton se salvó, y a los pocos instantes yo me hallaba abajo, apretando contra mi corazón su preciosa carga. Hindley, reponiéndose de su borrachera, bajó muy confuso.

—Tú has tenido la culpa —me dijo. —No has debido ponerme al niño a mi alcance. ¿Se ha lastimado?

—¿Lastimado? —grité, indignada. —Tonto será si no se muere. Me asombra que su madre no se alce del sepulcro para ver cómo le trata usted. Es usted peor que un enemigo de Dios. ¡Tratar así a su propia sangre!

Quiso tocar al niño, que al sentirse conmigo se había repuesto de su susto; pero Hareton entonces comenzó de nuevo a gritar y a agitarse.

—¡Déjele! —le increpé. —Le odia, como le odian todos, por supuesto.

¡Qué familia tan feliz tiene usted y a qué bonita situación ha venido a parar!

—¡Peor será en adelante, Elena! —replicó aquel desgraciado, volviendo a recuperar su habitual aspecto de dureza. —Márchate y llévate al niño de aquí. Tú, Heathcliff, haz lo mismo. Por esta noche creo que no os mataré, a no ser que se me ocurra pegar fuego a la casa... Ya veremos.

Mientras hablaba, se sirvió una copa de brandy.

—No beba más —le rogué. —Apiádese de este pobre niño, ya que no se apiada de sí mismo.

—Con cualquiera le irá mejor que conmigo —me contestó.

—¡Tenga compasión de su propia alma! —dije, intentando arrebatarle la copa de la mano.

—¡Quia! Me encantará enviarla al infierno para castigar a su Creador — repuso. — ¡Brindo por su eterna condenación!

Bebió y nos hizo salir, no sin soltar una serie de juramentos que más vale no repetir.

—¡Qué lástima que no se mate bebiendo! —comentó Heathcliff, repitiendo a su vez otra sarta de imprecaciones cuando se cerró la puerta. — Hace todo lo posible para ello, pero es de una naturaleza muy robusta, y no lo conseguirá. El señor Kennett asegura que va a vivir más que todos los de Gimmerton y que encanecerá bebiendo, a no ser que le ocurra algo anormal.

Me senté en la cocina, y empecé a arrullar a mi corderito para dormirlo. Heathcliff cruzó la estancia, y yo pensé que se encaminaba al granero. Pero luego resultó que había preferido tumbarse en un banco, junto a la pared, y allí permanecer silencioso.

Yo mecía a Hareton sobre mis rodillas y había comenzado a cantarle una canción que empieza:

Era de noche, y lloraban los niños, cuando en sus cuevas los gnomos lo oyeron...

De pronto, la señorita Catalina asomó la cabeza por la puerta de su habitación y dijo:

—¿Estás sola, Elena?

—Sí, señorita —contesté. Entonces entró y se acercó a la lumbre. Comprendí que quería decirme algo. En su rostro leía la ansiedad. Abrió los labios como si fuera a hablar, pero se limitó a exhalar un suspiro. Continué cantando, sin hablarle, ya que no había olvidado su comportamiento de antes.

—¿En dónde está Heathcliff? —preguntó.

—Trabajando en la cuadra —le dije.

Él no me desmintió. Quizá se hubiera dormido. Hubo un silencio. Por las mejillas de Catalina se deslizaba una lágrima. Me pregunté si estaría disgustada de su conducta, lo cual hubiera constituido un hecho insólito en ella.

Pero no había tal cosa. No se preocupaba por nada, no siendo por lo que le concernía.

—¡Ay, querida! —dijo, finalmente. —¡Qué desgraciada soy!

—Es una pena —repuse— que sea usted tan difícil de contentar. Con tantos amigos y tan pocas preocupaciones, tiene motivos de sobra para estar satisfecha.

—¿Quieres guardarme un secreto, Elena? —me preguntó mirándome con aquella expresión suya que desarmaba al más enfadado, por muchos resentimientos que tuviese con ella.

—¿Merece la pena? —interrogué, menos acremente.

—Sí. Y no tengo más remedio que contártelo. Necesito saber lo que he de hacer. Eduardo Linton me ha pedido que me case con él, y ya le he contestado. Pero antes de decirte lo que le he respondido, dime tú qué hubiera debido contestarle.

—Verdaderamente, señorita, no sé qué responderle. Teniendo en cuenta la escena que le ha hecho usted presenciar esta tarde, lo mejor hubiera sido rechazarle, porque si después de ella todavía le pide relaciones, es que es un tonto completo o que está loco.

—Si sigues hablando así, no te contaré nada más —repuso, levantándose malhumorada. —Le he aceptado. Dime si he hecho mal. ¡Pronto!

—Si le ha aceptado, no hay más que hablar. ¡No va usted a retirar su palabra!

—Pero ¡quiero que me digas si he obrado con acierto! —insistió con irritado tono, retorciéndose las manos y frunciendo las cejas.

—Antes de contestar, habría que tener muchas cosas en cuenta —dije sentenciosamente. —Ante todo, ¿ama usted al señorito Eduardo?

—¿Cómo no? ¡Desde luego!

Entonces la sometí a una serie de preguntas. No era del todo indiscreto el hacerlo, ya que se trataba de una muchacha muy joven.

—¿Por qué le ama, señorita Catalina?

— ¡Qué pregunta! Le quiero, y basta.

—No es suficiente. Dígame por qué.

—Bien; porque es guapo y me gusta mucho estar con él.

—Malo... —comenté.

—Y porque es joven y de carácter alegre.

—Peor aún.

—Y porque él me ama.

—Eso no tiene nada que ver.

—Y porque llegará a ser rico y me agradará ser la señora más acomodada de la comarca, y porque estaré orgullosa de tener un marido como él.

—¡Ese es el peor argumento de todos! Y dígame ¿cómo le ama usted?

—Como todo el mundo, Elena. ¡Pareces tonta!

—No lo crea... Contésteme.

—Pues amo el suelo en que pone los pies, y el aire que le rodea, y todo lo que toca, y todas las palabras que pronuncia, y todo lo que mira, y todo lo que hace... ¡Le amo plenamente! Eso es todo.

—Bueno... y ¿qué más?

—Está bien; lo tomas a juego. ¡Es demasiada maldad! Pero ¡para mí no se trata de una broma! —dijo la joven, disgustada y contemplando distraídamente la lumbre.

—No lo tomo a juego, señorita Catalina. Usted ama al señorito Eduardo porque es guapo, y joven, y alegre y rico, y porque él la ama a usted. Lo último no significaría nada. Usted le amaría igual aunque ello no fuera así, y sólo por ello no le querría si no reuniese las demás circunstancias.

—Claro que no; le compadecería, y puede que hasta le aborreciera si fuera feo o fuera un hombre ordinario.

—Pues en el mundo hay otros jóvenes guapos y ricos y más que el señorito Eduardo.

—Hay otros, o no; el único que he visto que sea así es Eduardo.

—Pero puede usted llegar a ver algún otro, y él, además, no será siempre joven y guapo. También podría dejar de ser rico.

—Yo no tengo por qué pensar en lo por venir. Debías hablar con más sentido común.

—Pues entonces, nada... Si no piensa usted más que en el presente, cásese con el señorito Eduardo.

—Para eso no necesito tu permiso. Claro que me casaré con él. Pero no me has dicho aún si hago bien o no.

—Está muy bien si usted se casa pensando sólo en el presente. Ahora, contésteme usted ¿qué es lo que la preocupa? Su hermano se alegrará; los ancianos Linton no creo que pongan reparo alguno; va usted a salir de una casa desordenada para ir a otra muy agradable; ama usted a Eduardo, y él le ama a usted. Todo está claro y sencillo. ¿Dónde ve usted el obstáculo?

—¡Aquí y aquí o dondequiera que esté el alma! —repuso Catalina, golpeándose la frente y el pecho. —Tengo la impresión de que hago mal.

— ¡Qué cosa tan rara! No me la explico.

—Ese es mi secreto, y te lo explicaré lo mejor que pueda, si me prometes que no te vas a burlar de mí.

Se sentó a mi lado. Estaba triste, y noté que sus manos, que mantenía enlazadas, temblaban.

—Elena ¿no sueñas nunca cosas extrañas? —me dijo, después de reflexionar un instante.

—A veces —contesté.

—También yo. En ocasiones, he soñado cosas que no he olvidado nunca y que han cambiado mi modo de pensar. Han pasado por mi alma, modificando su tonalidad, como cuando al agua se le agrega vino. Y he tenido un sueño de esa clase. Te lo voy a contar; pero líbrate de sonreír.

—No lo cuente, señorita —le aconsejé. —Ya tenemos aquí bastantes penas para invocar visiones que nos angustien más. ¡Ea!, alégrese. Mire al pequeño Hareton. ¡Ese sí que no sueña nada triste! ¿Ve cómo sonríe dulcemente?

—Sí, ¡y también con cuánta dulzura reniega su padre! Supongo que te acordarás de cuando era como este niño. De todos modos, tienes que escucharme, Elena. No es muy largo. Además, no me siento con ánimos para estar alegre esta noche.

—¡No quiero oírlo! —me apresuré a contestar.

Yo era, y soy aún, muy supersticiosa en cuestión de sueños, y el semblante de Catalina se había puesto tan sombrío, que temí escuchar el presagio de alguna horrorosa desgracia. Ella se enfadó, al parecer, y no continuó. Pasó a otro tema, y me dijo:

—Yo sería muy desgraciada si estuviera en el cielo, Elena.

—Porque no es usted digna de ir a él —respondí. —Todos los pecadores serían muy desgraciados en el cielo.

—No es por esa razón. Una vez soñé que estaba en el cielo.

—Ya le he dicho, señorita, que no quiero enterarme de sus sueños. Me voy a acostar —interrumpí.

Se echó a reír, y me obligó a permanecer sentada.

—Pues soñé —dijo— que estaba en el cielo; notaba que aquello no era mi casa, y que, al fin, los ángeles se enfadaron tanto, que me echaron. Fui a caer en medio de la maleza, en lo más alto de Cumbres Borrascosas, y me desperté entre lágrimas de alegría. Ahora, con esa explicación, podrás comprender mi secreto. El mismo interés tengo en casarme con Eduardo Linton como de ir al cielo, y si mi malvado hermano no hubiera tratado tan mal al pobre Heathcliff, yo no habría pensado en ello nunca. Para mí sería una humillación casarme con Heathcliff, pero él nunca llegará a saber cuánto le quiero, y no porque sea guapo, sino porque hay más de mí en él que en mí misma. No sé de qué estarán hechas nuestras almas; pero, sean de lo que sea, la suya es igual a la mía, y, en cambio, la de Eduardo es tan diferente como el relámpago lo es de la luz o de la luna, o el hielo del fuego.

Antes de que ella hubiese terminado de hablar, noté la presencia de Heathcliff, que en aquel momento se incorporaba y salía. Sólo había escuchado hasta que oyó decir a Catalina que la humillaría casarse con él. Inmediatamente se levantó y

se fue. Pero ella, que estaba de espaldas, no reparó en sus movimientos ni en su marcha. Yo me había estremecido y le hice una señal para que se callara.

—¿Por qué? —preguntó, mirando, inquieta, en torno suyo.

—Porque José llega ya —repuse, refiriéndome al ruido del carro, que con toda oportunidad oí avanzar por el camino. —Y Heathcliff vendrá con él. ¡A lo mejor estaba ahora mismo detrás de la puerta!

—Desde la puerta no ha podido oírme —contestó. —Dame a Hareton para que le tenga mientras haces la cena, y después déjame cenar contigo. ¿Verdad que Heathcliff no se da cuenta de estas cosas, y que no sabe lo que es el amor?

—No veo por qué no ha de conocer todos estos sentimientos —repuse—, y si es de usted de quien está enamorado, seguramente será muy desdichado, ya que en cuanto usted se case, él se quedará sin amor, sin amistad y sin todo...

¿Ha pensado en las consecuencias que tendrá para él la separación, cuando se dé cuenta de que queda enteramente solo en el mundo, señorita Catalina?

—¡Qué separación ni qué quedarse solo en el mundo! —replicó, indignada. —¿Quién había de separarnos? ¡Ay del que lo intentara! Antes que abandonar a Heathcliff prescindiría de todos los Linton del mundo. No me propongo tal cosa. No me casaría si hubiera de suceder así. Heathcliff será para mí, cuando me case, lo que ha sido siempre. Eduardo tendrá que

aminorar su aversión, o, por lo menos, soportarle. Y lo hará cuando conozca mis verdaderos sentimientos. Ya lo veo, Elena, que me consideras una egoísta, pero debes comprender que si Heathcliff y yo nos casáramos tendríamos que vivir como unos mendigos. En cambio, si me caso con Linton, puedo ayudar a Heathcliff a que se libre de la opresión de mi hermano.

—¿Con el dinero de su esposo, señorita? No será eso tan fácil como usted cree. No tengo autoridad para opinar, pero me parece que ese motivo es el peor de cuantos ha dado para explicar su matrimonio con el señorito Eduardo.

—No —repuso ella. —Es el mejor. Los otros se referían a satisfacer mis caprichos y a complacer a Eduardo... Yo no puedo hacerme comprender, pero creo que tú y todos tenéis la idea de que después de esta vida hay otra. ¿Para qué había yo de ser creada, si antes de serlo ya estaba enteramente contenida aquí? Todos mis dolores en este mundo han consistido en dolores que ha sufrido Heathcliff, y los he seguido paso a paso desde que empezaron. El pensar en él llena toda mi vida. Si el mundo desapareciera y él se salvara, yo seguiría viviendo; pero si desapareciera él y lo demás continuara igual, yo no podría vivir. Mi amor a Linton es como las hojas de los árboles, y bien sé que cambiará con el tiempo; pero mi cariño a Heathcliff es como son las rocas de debajo de la tierra, que permanecen eternamente iguales sin cambiar jamás. Es un afecto del que no puedo prescindir. ¡Elena, yo soy Heathcliff! Le tengo constantemente en mi pensamiento, aunque no siempre

como una cosa agradable. Tampoco yo me agrado siempre a mí misma. No hables más de separarnos, porque es imposible...

Calló y escondió la cabeza en mi regazo. Pero yo la aparté de mí, porque me había hecho perder la paciencia con sus locuras.

—Lo único que saco en limpio de sus disparates, señorita —le dije— es que ignora usted los deberes de una mujer casada, o que es usted una mujer sin conciencia. Y no me importune con más confidencias, porque no me las callaré.

—Pero de ésta no hablará...

—No se lo prometo.

Ella iba a insistir, mas la llegada de José cortó la conversación. Catalina, con Hareton, se fue a un extremo de la cocina, y allí esperó mientras yo preparaba la cena. Una vez que estuvo a punto, José y yo empezamos a discutir acerca de quién debía llevársela al señor Hindley, y sólo nos pusimos de acuerdo cuando casi se había enfriado. El acuerdo consistió en esperar a que el amo la pidiese, ya que le temíamos cuando llevaba algún rato encerrado a solas.

—Y aquel idiota, ¿no ha vuelto del campo todavía? ¿Qué está haciendo?

¡Hay que ver qué holgazán! —dijo el viejo, al notar que Heathcliff no se hallaba allí.

—Voy a buscarle —contesté. —Debe de estar en el granero. Le llamé, pero no obtuve contestación. Cuando volví, cuchicheé al

oído de Catalina que seguramente el muchacho había escuchado parte de nuestro diálogo, y le expliqué que le había visto salir de la cocina en el momento en que ella se refería al comportamiento de su hermano con él.

Al oírme, dio un brinco, horrorizada, dejó a Hareton en un asiento y se lanzó en busca de su compañero sin reflexionar siquiera en la causa de la turbación que sentía. Tanto tiempo estuvo ausente, que José propuso que no los esperásemos más, suponiendo, con su habitual tendencia a pensar mal, que se quedaban fuera para no tener que asistir a sus largas oraciones de bendición de la mesa. Añadió, pues, en bien de las almas jóvenes, una oración más a las acostumbradas, y aún hubiera aumentado otra en acción de gracias de no haber reaparecido la señorita ordenándole que saliese enseguida para buscar a Heathcliff dondequiera que estuviese y hacerle venir.

—Necesito hablarle antes de subir —dijo. —La puerta está abierta, y él debe de encontrarse lejos, porque le he llamado desde el corral, y no contesta.

José, aunque hizo algunas objeciones, acabó por ponerse el sombrero y salir refunfuñando al verla tan excitada que no admitía contradicción. Catalina empezó a pasearse de un extremo a otro de la habitación, exclamando:

—¿Dónde estará? ¿Adónde habrá ido? ¿Qué es lo que dije, Elena? Ya no me acuerdo. ¿Estará mortificado por lo de esta

tarde? ¡Dios mío! ¿Qué habré dicho que le ofendiera? Necesito que venga. Quiero que esté aquí.

—¡Qué alboroto para nada! —repuse, aunque me sentía también bastante inquieta. — Se apura usted por poco. No creo que sea motivo de alarma el que Heathcliff pasee por los pantanos a la luz de la luna, o que esté tendido en el granero sin ganas de hablar. A lo mejor está escuchándonos. Voy a ver si lo encuentro.

Y salí de nuevo en su busca, pero sin resultado. A José le ocurrió lo mismo.

Volvió diciendo:

—¡Cuánta guerra da ese muchacho! Ha dejado abierta la verja y la jaca de la señorita se ha escapado a la pradera después de estropear dos haces de trigo. Ya le castigará el amo mañana por esos juegos endemoniados, y hará bien. Demasiada paciencia tiene por tolerar tantos descuidos. Pero no sucederá siempre igual. Lo hemos de ver. ¡Está haciendo todo lo posible para sacar al amo de sus casillas!

—Bueno; ¿has encontrado o no a Heathcliff, so bestia? —le interrumpió Catalina. — ¿Le has buscado como te mandé?

—Con más gusto hubiera buscado al caballo, y hubiera sido más razonable

—respondió. Pero no puedo encontrar ni a uno ni a otro en una noche tan negra como la de hoy. Y si silbo para llamarle, bien

cierto es que no vendrá. Puede que no estuviera tan sordo si le silbara usted.

A pesar de que estábamos en verano, la noche, en efecto, era oscurísima. Amenazaba tormenta, y yo les aconsejé que nos sentáramos, porque seguramente la lluvia haría volver a Heathcliff sin necesidad de que nos ocupásemos de encontrarle. Pero Catalina no se tranquilizó. Iba y venía, en continua agitación, de un sitio a otro. Al fin, se apoyó en el muro junto al camino, y allí permaneció a pesar de mis observaciones: unas veces llamando a Heathcliff; otras, escuchando en espera de sentirle volver, y otras, llorando desconsoladamente. Lloraba como Hareton u otro niño cualquiera lo hubiese hecho.

A medianoche la tormenta descargó violentamente sobre Cumbres Borrascosas. Fuera efecto de un rayo o del vendaval, un árbol próximo a la casa se tronchó, y una de sus grandes ramas cayó sobre el tejado, derribando parte del tubo de la chimenea, lo que hizo que se desplomara sobre el fogón una avalancha de piedras y hollín. Creímos que había caído un rayo entre nosotros, y José se hincó de rodillas para pedir a Dios que se acordara de Noé y Lot y, al enviar su castigo sobre el malo, perdonara al justo. Yo intuí que entonces también nosotros íbamos a ser alcanzados por la ira divina. En mi mente, el señor Earnshaw se me aparecía como Jonás, y, temiendo que no viniera ya, llamé a su puerta. Respondió de tal modo y con tales frases, que José hubo de impetrar a Dios, con redoblada

vehemencia, que en la hora de su ira hiciera la oportuna distinción entre justos como él y pecadores como su amo.

En fin: la tempestad cesó a los pocos minutos, sin habernos causado ni a José ni a mí mal alguno, aunque sí a Catalina, que, por haberse obstinado en continuar bajo la lluvia sin siquiera ponerse el abrigo, ni nada a la cabeza, volvió empapada. Se sentó, apoyó la cabeza en el respaldo del banco y acercó las manos al fuego.

—Vaya, señorita —le dije, tocándole en un hombro—; usted se ha empeñado en matarse... ¿Sabe qué hora es? Las doce y media. Vamos a acostarnos. No es cosa de seguir esperando a ese imbécil. Se habrá ido a Gimmerton y pernoctará allí. Ya comprenderá que no esperaremos que vuelva a estas horas. Además, temerá que el señor esté despierto y que sea él quien le abra la puerta.

—No debe de estar en Gimmerton —repuso José— y no me maravillaría que yaciese en el fondo de una ciénaga. Esto ha sido un aviso divino, y tenga en cuenta, señorita, que la próxima vez le tocaría a usted. Demos gracias al Cielo por todo. Sus designios conducen siempre a lo mejor, aun las desgracias, como dicen las Sagradas Escrituras.

Y comenzó a citar pasajes de la Biblia, mencionando los capítulos y versículos correspondientes.

Harta de insistir a la terca joven para que se secara y se cambiara de ropa, los dejé: a ella, con su tiritona, y a José, con

sus sermones, y me fui a acostar con el pequeño Hareton, que estaba profundamente dormido. Oí a José leer, luego le sentí subir la escalera, y en seguida me dormí

A la mañana siguiente me levanté algo más tarde que de costumbre, y al bajar vi a la señorita Catalina, que seguía sentada junto al hogar. El señor Hindley, soñoliento y con profundas ojeras, estaba en la cocina también y le preguntaba:

—¿Qué te pasa, Catalina? ¡Estás más abatida que un cachorro chapuzado!

¿Por qué estás tan mojada y tan pálida?

—No me pasa otra casa —contestó, malhumorada, Catalina — sino que he cogido una mojadura y siento frío.

Noté que el señor estaba ya sereno, y exclamé:

— ¡Es muy traviesa! Se caló hasta los huesos cuando la lluvia de ayer, y se ha obstinado en quedarse toda la noche al lado de la lumbre.

—¿Toda la noche?... ——exclamó, sorprendido, el señor Earnshaw —. ¿Y por qué? No habrá sido por miedo a la tempestad...

Como ni ella ni yo deseábamos mencionar a Heathcliff mientras pudiéramos evitarlo, contesté que se le había antojado quedarse allí, y ella no dijo nada.

Hacía una mañana clara y fresca. Abrí las ventanas, y los perfumes del jardín penetraron en la estancia. Pero Catalina me dijo:

—Cierra, Elena. Estoy extenuada.

Y sus dientes rechinaban, mientras se acercaba a la lumbre, casi fría.

—Está enferma —aseguró Hindley, tomándole el pulso. —Por eso no se acostó. ¡Qué condenación! Está visto que no puedo estar libre de enfermedades en esta casa. ¿Por qué te expusiste a la lluvia?

—Por andar detrás de los muchachos, como de costumbre —se apresuró a decir José, dando suelta a su maldita lengua. —Si yo estuviera en el caso de usted, señor, les daría con la puerta en las narices a todos ellos, señoritos y aldeanos. Todos los días que usted sale, el Linton se cuela aquí como un gato. Mientras tanto, la tal Elena, ¡qué es buena también!, vigila desde la cocina, y cuando usted entra por la puerta, él sale por la opuesta. Y entonces, nuestra señorona corre al lado del otro. ¡Hay que ver! ¡Andar a las doce de la noche a campo traviesa con aquel endiablado gitano de Heathcliff! Se imaginan que estoy ciego; pero se equivocan. Yo he visto al joven Linton ir y venir, y te he visto a ti, ¡so bruja! —añadió mirándome—, estar atenta y avisarlos en cuanto los cascos del señor sonaron en el camino.

—¡Silencio, insolente! —gritó Catalina. —Linton vino ayer por casualidad, Hindley, y le dije que se fuera cuando viniste, porque supuse que no te agradaría verle dada la forma en que venías.

—Mientes, Catalina; estoy seguro... Y eres una condenada idiota —repuso su hermano. —No me hables de Linton por el momento... Dime si has estado esta noche con Heathcliff. No temas que le maltrate. Le odio; pero hace poco me hizo un favor y ello detiene mis impulsos de partirle la cabeza. Lo que haré será echarle a la calle hoy mismo, y a partir de entonces tened cuidado, porque todo mi mal humor caerá sobre vosotros.

—No he visto a Heathcliff esta noche —contestó Catalina, sollozando. —Si le echas de casa, me iré con él. Pero quizá no puedas hacerlo ya. Tal vez se haya ido...

Una angustia incontenible la dominó y empezó a proferir sonidos inarticulados. Hindley le dirigió un chaparrón de groserías y la hizo subir a su cuarto amenazándola con que de lo contrario tendría verdaderos motivos para llorar. Yo hice que le obedeciera, y jamás olvidaré la escena que me dio cuando estuvo en su alcoba. Me aterrorizó hasta el punto de que pensé que iba a volverse loca, y encargué a José que corriera a llamar al médico. El señor Kennett pronosticó un comienzo de delirio; dijo que estaba enferma de gravedad, le hizo una sangría para disminuir la fiebre, y me encargó que le diese solamente leche y agua de cebada, y que la vigilase mucho para impedir que se

arrojase por la ventana o por la escalera. Enseguida se marchó, porque tenía excesivo trabajo, ya que entre las casas de sus pacientes solía haber una distancia de cuatro o cinco kilómetros.

Confieso que no me porté como una excelente enfermera, y José y el amo tampoco lo hicieron mejor que yo; pero, pese a ello y a sus propios caprichos, la enferma logró vencer la gravedad de su estado. Entretanto, la señora Linton nos hizo varias visitas, procuró ordenar las cosas de la casa; estaba siempre dándonos órdenes y reprendiéndonos, y, por fin, cuando Catalina estuvo mejor, se la llevó a convalecer a la granja, lo que por cierto le agradecimos mucho.

Pero la pobre señora tuvo motivo para arrepentirse de su gentileza, porque ella y su marido contrajeron la fiebre y fallecieron con un intervalo de pocos días.

La joven volvió a casa más violenta y más intratable que nunca. No habíamos vuelto a saber nada de Heathcliff. Un día en que ella me había hecho perder la paciencia, cometí la ligereza de achacarle la culpa de la desaparición del muchacho, lo que en realidad era la verdad pura, como a ella le constaba, y mi acusación hizo que rompiera conmigo todo trato, excepto el inevitable para las cosas de la casa. Ello duró varios meses. José cayó también en desgracia. No sabía callarse sus pensamientos y se obstinaba en seguir sermoneándola como si aún fuera una chiquilla, cuando en realidad era una mujer hecha y derecha, y, además, nuestra ama. Para colmo, el

médico había recomendado que no se la contrariase, y ella consideraba que cometíamos un crimen cuando la contradecíamos en algo. No trataba tampoco a su hermano ni a los amigos de su hermano. Hindley, a quien Kennett había hablado sinceramente, procuraba dominar sus arrebatos y no excitar el mal carácter de Catalina. Incluso se portaba con demasiada indulgencia, aunque más que por afecto lo hacía porque deseaba que ella honrase a la familia casándose con Linton. Le importaba muy poco que Catalina nos tratara a nosotros como esclavos, siempre que no le importunase a él.

Eduardo Linton se sintió tan entontecido como tantos otros lo han estado antes que él y lo seguirán estando en lo sucesivo, el día en que llevó al altar a Catalina, tres años después de la muerte de sus padres.

Contra mi gusto, me obligaron a abandonar Cumbres Borrascosas para acompañar a la joven señora. El pequeño Hareton tenía entonces cinco años y yo había empezado a enseñarle a leer. La despedida fue muy triste. Pero las lágrimas de Catalina pesaban más que las nuestras. Al principio no quise marcharme con ella, y viendo que sus ruegos no me conmovían fue a quejarse a su novio y a su hermano. El primero me ofreció un magnífico sueldo y el segundo me ordenó que me largase, ya que no necesitaba mujeres en la casa, según dijo. De Hareton se haría cargo el cura. Así que no tuve más remedio que obedecer. Dije al amo que lo que se proponía era alejar de su lado todas las personas decentes para precipitarse más

pronto en su propia ruina; besé a Hareton y me fui. Desde entonces, el niño ha sido para mí un extraño. Aunque parezca mentira, creo que ha olvidado por completo a Elena Dean, y que no se acuerda de aquellos tiempos en que él lo era todo en el mundo para ella y ella todo en el mundo para él.

Al llegar a esta altura de su relato mi ama de llaves miró el reloj y se asombró de ver que las manillas marcaban la una y media. Se negó a seguir sentada ni un segundo más, y, en verdad, yo me sentía también bastante propicio a que su relato se aplazase. Ahora que se ha ido, voy a decidirme a acostarme, a pesar del entorpecimiento que invade mis músculos y mi cabeza.

C A P Í T U L O X

¡Me he lucido con el principio que ha tenido mi vida de eremita! ¡Cuatro semanas enfermo, tosiendo constantemente! ¡Oh, estos implacables vientos y estos sombríos cielos del Norte! ¡Oh, los intransitables caminos y los calmosos médicos rurales! Pero peor que todo, incluso que la privación de todo semblante humano en torno mío, es la conminación de Kennett de que debo permanecer en casa, sin salir, hasta que apunte la primavera…

El señor Heathcliff me ha hecho el honor de visitarme. Hace siete días me envió un par de guacos, que, al parecer, son los últimos de la estación. El muy villano no está exento de responsabilidades en mi enfermedad, y no me faltaban deseos de decírselo; pero ¿cómo ofender a un hombre que tuvo la bondad de pasarse una hora a mi cabecera hablándome de temas diferentes, de píldoras y medicaciones? Su visita constituyó para mí un gran paréntesis en mi dolencia.

Aún estoy demasiado débil para leer. ¿Por qué, pues, no pedir a la señora Dean que continúe relatándome la historia de mi vecino? La dejamos en el momento en que el protagonista se había fugado y en que la heroína se casaba. Voy a llamar a mi ama de llaves; seguramente le agradará entablar una animada conversación conmigo durante un buen rato.

La señora Dean acudió.

—Dentro de veinte minutos le corresponde tomar la medicina, señor — empezó a decir.

— ¡Fuera medicinas! Lo que deseo es...

—El médico dice que debe usted suspender los polvos de...

—¡Con mucho gusto! Siéntese. No acerque los dedos a esa odiosa hilera de frascos. Saque la labor del bolsillo y continúe relatándome la historia del señor Heathcliff desde el punto en que la suspendió el otro día. ¿Concluyó su educación en el continente y volvió hecho un caballero? ¿O logró ingresar en un colegio? ¿O bien emigró a América y alcanzó una posición exprimiendo la sangre de los naturales de aquel país? ¿O es que se enriqueció más deprisa actuando en los caminos reales de Inglaterra?

—Quizá hiciera un poco de todo, señor Lockwood, pero no puedo garantizárselo. Como antes le dije, no sé cómo ganó dinero, ni cómo se las arregló para salir de la ignorancia en que había llegado a caer. Si le parece, continuaré explicándome a mi modo, si cree usted que no se fatigará y que encontrará en ello alguna distracción. ¿Se siente usted mejor hoy?

—Mucho mejor.

—Esa es una agradable novedad.

La señorita Catalina y yo nos trasladamos a la Granja de los Tordos, y ella comenzó portándose mejor de lo que yo esperaba, lo que me sorprendió bastante. Parecía estar

enamoradísima del señor Linton y también demostraba mucho afecto a su hermana. Verdad es que ellos eran muy buenos para con Catalina. Aquí no se trataba del espino inclinándose hacia la madreselva, sino de la madreselva abrazando al espino. No es que los unos se hiciesen concesiones a los otros, sino que ella se mantenía de pie y los otros se inclinaban. ¿Quién va a demostrar mal genio cuando no encuentra oposición en nadie? Yo notaba que el señor Linton tenía un miedo terrible a irritarla. Procuraba disimularlo ante ella; pero si me oía contestarle destempladamente, o veía molestarse a algún criado cuando recibía alguna orden imperiosa de su mujer, expresaba su descontento con un fruncimiento de cejas que no era corriente en él cuando se trataba de cosas que le afectasen personalmente. A veces me reprendía mi acritud, diciéndome que el ver disgustada a su esposa le producía peor efecto que recibir una puñalada. Procuré dominarme, a fin de no contrariar a un amo tan bondadoso. Durante medio año, la pólvora, al no acercarse a ella ninguna chispa, permaneció tan inofensiva como si fuese arena. Eduardo respetaba los accesos de melancolía y taciturnidad que invadían de cuando en cuando a su esposa, y los atribuía a un cambio producido en ella por la enfermedad, ya que antes no los había padecido nunca. Y cuando ella se restablecía, ambos eran perfectamente felices, y para su marido parecía que hubiera salido el sol.

Pero aquello se acabó. Indudablemente, en el fondo, cada uno debe mirar por sí mismo. Precisamente los buenos son más

egoístas que los dominantes. Y aquella dicha tuvo su fin cuando una de las partes se apercibió de que no era el objeto de los desvelos de la otra. En una tarde serena de septiembre yo volvía del huerto llevando un cesto de manzanas que acababa de recoger. Había oscurecido ya y la luna brillaba por encima de la tapia del patio produciendo sombras en los salientes de la fachada del edificio. Yo dejé el cesto en los peldaños de la escalera de la cocina y me detuve un momento para aspirar el aire tranquilo y suave. Mientras, oí detrás de mí una voz que me decía:

—Elena, ¿eres tú?

El tono profundo de aquella voz no me era desconocido del todo. Me volví para ver quién hablaba, algo desconcertada, ya que la puerta estaba cerrada y no había visto aproximarse a nadie a la escalera. En el portal distinguí una sombra, y al avanzar hacia allí me encontré con un hombre alto y moreno, vestido de negro. Estaba apoyado en la puerta y tenía puesta la mano en el picaporte, como si tuviese la intención de abrir él mismo.

«¿Quién será? —pensé. —No es la voz del señor Earnshaw.»

—Llevo una hora esperando —me dijo—, quieto como un muerto. No me atreví a entrar. ¿Es que no me conoces? ¡No soy un extraño para ti!

Un rayo de luna iluminó sus facciones. Tenía las mejillas lívidas y negras patillas las adornaban. Sus cejas eran sombrías y sus

ojos profundos, inconfundibles. Yo recordaba íntegramente la expresión de aquellos ojos.

—¡Oh! —exclamé, levantando las manos con asombro, y aun dudando de si debía considerarle como a un visitante corriente. —¿Es posible que sea usted?

—Sí; soy Heathcliff —respondió, dirigiendo la vista a las ventanas, en las que se reflejaba la luna, pero de las que no salía ninguna luz. —¿Están en casa?

¿Está Catalina? ¿No te alegras de verme, Elena? No te asustes. Vamos, dime si ella está aquí. Necesito hablar a tu señora. Anúnciale que una persona de Gimmerton desea verla.

—No sé lo que le parecerá —dije. —Estoy asombrada. Esto le va a hacer perder la cabeza. Sí; usted es Heathcliff... Pero ¡qué cambiado está! Me parece imposible. ¿Ha sido usted soldado?

—Haz lo que te he dicho —me interrumpió impaciente—mente. ¡No puedo esperar más!

Entré; pero al llegar al salón donde estaban los señores me quedé parada sin saber qué decir. Al fin les pregunté, como pretexto, si querían que encendiese la luz, y abrí la puerta.

Ellos estaban sentados junto a una ventana abierta desde la que se veían los árboles del jardín, las incultas frondas del parque, el valle de Gimmerton cubierto por una franja de bruma... Cumbres Borrascosas se alzaba al fondo, sobre la neblina. Pero la casa no se divisaba, ya que está construida en

la otra ladera del monte. El paisaje, habitación y los que había en ella estaban sumidos en una maravillosa paz. Me era muy violento dar el recado, y principiaba a iniciar la marcha sin transmitirlo, cuando un impulso de locura me hizo volverme y decir:

—Hay ahí una persona de Gimmerton que desea verla señora.

—¿Qué quiere? —preguntó la señora Linton.

—No se lo he preguntado —repuse.

—Bien. Echa las cortinas y trae el té. En seguida vengo. Salió de la habitación el señor había venido.

—Una persona que la señora no esperaba –repuse— Heathcliff; ¿no se acuerda? Aquel que vivía en casa del señor Earnshaw.

—¡Ah, el gitano, el mozo de labranza! ¿Cómo no le has dicho a Catalina quién era?

—No le llame por esos nombres, señor —le aconsejé—, porque ella se ofendería si le oyera. Cuando se fue estuvo muy disgustada. Seguramente se alegrará de verle volver.

El señor Linton se asomó a una ventana que daba al patio y gritó a su mujer

—No estés ahí, querida. Haz entrar a ese visitante.

Oí rechinar el picaporte y Catalina subió corriendo, toda sofocada y con una excitación tal, que hasta borraba de su

rostro toda señal de alegría. Viéndola, casi parecía, por su exaltación, que había asistido a una terrible desgracia.

—¡Eduardo, Eduardo, —exclamó ella, jadeante— ¡Eduardo, amor mío: Heathcliff ha vuelto!

Y le abrazaba hasta casi ahogarle.

—Bien, bien —repuso su esposo, un tanto mohíno. —No creo que por eso hayas de estrangularme. No me parece que ese Heathcliff sea un tesoro maravilloso. ¡No es como para volverse locos porque haya vuelto!

—Ya sé que no te agrada mucho —replicó Catalina, reprimiéndose un poco. —Pero tenéis que ser amigos ahora, aunque sólo sea por mí. ¿Le digo que suba?

—¿Al salón?

—¿Dónde si no? —contestó ella.

Él, algo molesto, indicó que el sitio oportuno hubiera sido la cocina. Ella le contempló entre risueña y contrariada.

—No —contestó. —No voy a estar yo en la cocina. Elena, trae dos mesas... Una para el señor y la señorita Isabel que son nobles, y otra para Heathcliff y para mí, que somos plebeyos. ¿Te parece bien, querido? ¿O prefieres que le reciba en otra parte? Si es así, dilo. Voy a buscar a nuestro visitante. ¡Me parece una felicidad demasiado grande para que sea verdadera!

Iba a volver a salir, pero Eduardo la detuvo.

—Mándale subir —me ordenó—, y tú, Catalina, alégrate, si quieres; pero no hagas cosas absurdas. No hay por qué dar el espectáculo de recibir a un criado huido como a un hermano.

Bajé y encontré a Heathcliff esperando en el portal que le hiciesen subir. Me siguió en silencio y le conduje a presencia de los amos, cuyas encendidas mejillas delataban la reciente discusión. La señora se ruborizó más aún, y corrió hacia Heathcliff, le cogió las manos e hizo que Linton y él se las estrechasen, aunque a regañadientes. A la luz del fuego y de las bujías me asombró más aún la transformación de Heathcliff.

Se había convertido en un hombre alto, atlético y bien constituido. Mi amo parecía un jovenzuelo a su lado. Viendo su erguido continente se pensaba que debía de haber servido en el Ejército. Su semblante mostraba una expresión más firme y resuelta que el del señor Linton, dejaba transparentar inteligencia y no conservaba huella alguna de su antigua inferioridad. En sus cejas fruncidas y en el negro fulgor de ojos persistía aún algo de su nativa ferocidad, pero dominada. Sus modales eran dignos y sobrios, aunque no graciosos. Mi amo quedó, al notar todo aquello, tan estupefacto como yo misma. Estuvo un momento indeciso, sin saber cómo dirigirse a él. Heathcliff dejó caer la mano y esperó hasta que Linton optó por hablarle.

—Siéntese —dijo, al fin. —Mi mujer, recordando los viejos tiempos, me ha pedido que le acoja con cordialidad. No hay que decir que cuanto a ella la satisface, me complace a mí.

—Lo mismo digo —repuso Heathcliff. —Pasaré con mucho gusto aquí una o dos horas.

Catalina no apartaba los ojos de él, como si temiese que se desvaneciera cuando dejara de contemplarle. Heathcliff sólo la miraba de cuando en cuando, y en sus ojos se pintaba el placer que le producía el volver a ver a su amiga. Estaban tan satisfechos, que ni siquiera les quedaba lugar para sentirse turbados. El señor Linton, al contrario, palidecía cada vez más, y su enojo llegó al extremo cuando su mujer se puso en pie, cruzó la habitación, cogió las manos de Heathcliff y comenzó a reír.

—Mañana pensaré haber soñado —exclamó. —Me parecerá imposible haberte visto, tocado y oído otra vez. No te merecías esta acogida, Heathcliff.

¡En tres años de ausencia, en ninguna ocasión te has acordado de mí!

—Más de lo que tú hayas pensado en mí, Catalina. Hace poco me enteré de tu matrimonio, y entonces, mientras esperaba abajo, sólo tenía un pensamiento: verte, contemplar tu mirada de sorpresa y de acaso fingido placer, arreglar las cuentas que tengo pendientes con Hindley y quitarme de en medio por mis propias manos. El modo que has tenido de recibirme ha disipado estas ideas en mí; pero procura no recibirme la próxima vez de otro modo. Mas no... Creo que no me despedirás otra vez. ¿Te disgustó mi ausencia realmente? Había motivos.

Desde que me separé de ti he vivido amargamente. Perdóname... ¡Todo lo he hecho por ti!

—Haz el favor de sentarte, Catalina, porque de lo contrario vamos a tomar el té frío —dijo el señor Linton, que se esforzaba por dominarse. —Doquiera que el señor Heathcliff vaya a pasar esta noche, tendrá seguramente que andar mucho, y yo, por mi parte, siento sed.

Catalina se sentó, acudió Isabel y yo me retiré. La colación no duró más de diez minutos. La señora apenas probó bocado y Eduardo tampoco. El visitante no estuvo más de una hora. Cuando salió le pregunté si se iba a Gimmerton.

—Voy a Cumbres Borrascosas —repuso. —El señor Earnshaw me invitó cuando estuve esta tarde a visitarle.

¡De manera que había visto al señor Earnshaw y éste le había invitado! Acaso Heathcliff había adquirido hábitos hipócritas y regresaba con el propósito de actuar perversamente, de una forma disimulada y pérfida. Tuve el presentimiento de que hubiera sido preferible que permaneciera lejos de nosotros.

A medianoche la señora Linton vino a mi alcoba, se sentó junto a mi lecho y me tiró del cabello.

—No consigo dormirme, Elena —me dijo como explicación. —Siento la necesidad de que alguien comparta mi dicha. Eduardo está disgustado porque me alegro de una cosa que no le interesa, se niega a hablar y no dice más que tonterías y recriminaciones, y me trata de cruel porque quiero hablarle de

esto cuando se encuentra, según él, cansado y muerto de sueño. Dice que se siente mal; en cuanto algo le contraría siempre sale con lo mismo. Le hice algunos elogios de Heathcliff, y entonces, o por envidia o porque en realidad le duela la cabeza, se ha puesto a llorar. Me he levantado y me he ido.

—No debía usted elogiar a Heathcliff en presencia suya —contesté. —Ya sabe que de muchachos se odiaban. Tampoco a Heathcliff le hubiera agradado oír elogios de su esposo. Los hombres son así. No hable usted a su esposo de Heathcliff, a no ser que quiera usted provocar un choque entre ellos.

—Eso es señal de inferioridad —dijo Catalina. —Yo no envidio el rubio cabello de Isabel, ni su piel blanca, ni el cariño que toda la familia siente hacía ella. Cuando discuto por algo con Isabel, tú te pones de parte suya, y yo cedo en todo, como una madre débil y condescendiente. A su hermano le gusta que seamos buenas amigas, y a mí también. Pero son dos niños mimados, que se figuran que el mundo ha sido creado para complacerles. Yo procuro complacerles, sí; pero no dejo de pensar que les sentaría bien una lección.

—Está usted equivocada, señora Linton —dije—; son ellos los que procuran complacerla a usted. Me consta lo que pasaría en caso contrario. Ellos podrán tener algún capricho; pero, en cambio, no hacen más que amoldarse a todos sus deseos. Y desee usted, señora, que no se presente alguna ocasión de probar su carácter, porque si llega ese caso, esos que usted

supone inferiores y débiles demostrarán tanta energía como usted misma.

—En ese caso, lucharemos hasta la muerte, ¿no? —repuso Catalina, echándose a reír. —Tengo tanta confianza en el amor de Eduardo, que creo que podría hasta matarle sin que él se defendiese.

Yo entonces le aconsejé que estimara aquel cariño en cuanto valía.

—Ya lo estimo —contestó—, pero él no debería romper en lágrimas por pequeñeces. Eso es una niñería. Cuando le he dicho que Heathcliff merecía ahora el respeto de todos y que cualquiera se honraría con su amistad, ha debido mostrarse de acuerdo conmigo. Tiene que acostumbrarse a él y hasta podría llegar a apreciarle. Heathcliff se portó bien con él, si tenemos en cuenta los motivos que tiene para no sentir simpatía hacia su persona.

—¿Qué opina de su visita a Cumbres Borrascosas? —dije. —Al parecer, se ha corregido en todo y perdona a sus enemigos, como buen cristiano.

—Estoy tan asombrada como tú —repuso ella. —Según él ha explicado, fue allí para preguntar por mí, pensando que tú seguirías viviendo en la casa. José se lo dijo a Hindley, y éste salió y empezó a hacerle preguntas sobre su vida. Luego le mandó pasar. Había varias personas jugando a las cartas, y Heathcliff tomó parte en el juego. Mi hermano le ganó algún

dinero, y viendo que lo tenía en abundancia, le pidió que volviese de nuevo. Hindley es tan dejado, que no comprenderá la imprudencia que comete buscando la amistad de aquel a quien tanto ha ofendido. Heathcliff dice que si ha accedido a reanudar las relaciones con mi hermano es para poder verme con más frecuencia de lo que le sería posible si viviese en Gimmerton. Piensa pagar bien los gastos de su alojamiento en Cumbres Borrascosas, y esto complacerá a mi hermano, que siempre ha sido codicioso, a pesar de que cuanto coge con una mano lo tira con la otra.

—Mal sitio es para vivir un joven —dije—. ¿No teme usted las consecuencias, señora Linton?

—Para mi amigo, no. Es lo bastante precavido para librarse de todo riesgo. Si algo temo, es por Hindley; pero tan bajo ha caído moralmente, que dudo que pueda descender más. Respecto a daño físico, yo medio entre ambos. El regreso de Heathcliff me ha reconciliado con Dios y con los hombres. ¡He sufrido mucho, Elena! Si él comprende cuánto, sentirá vergüenza de ensombrecer mi alegría con sus rencores. Y todo lo he aguantado por cariño hacia él. Pero ya pasó. En adelante, estoy dispuesta a soportarlo todo. Si el más ínfimo de los seres me diese un bofetón en una mejilla, no sólo le ofrecería la otra, sino que le pediría, además, que me perdonase. Y, para demostrarlo, voy ahora mismo a hacer las paces con Eduardo. Buenas noches.

¡Soy tan buena como un ángel!

Se fue, pues, muy satisfecha de sí misma, y a la mañana siguiente se hizo evidente el resultado de su decisión. Eduardo, aunque algo violento aún por la excesiva animación de Catalina, había cejado en su enfado, y hasta consintió en que ella fuese aquella tarde con Isabel a Cumbres Borrascosas. Ella, en cambio, le mostró tanto amor y le hizo tantas caricias, que la casa durante varios días fue un paraíso.

Heathcliff —en realidad debo decir ya el señor Heathcliff— era discreto al principio en las visitas que hacía a la Granja de los Tordos, como si midiese hasta dónde podía llegar con su presencia sin incomodar al señor. Catalina, a su vez, procuró moderar sus transportes de alegría cuando llegaba él, y así consiguió Heathcliff imponer su asiduidad. El carácter reservado que le distinguía desde la infancia le permitía reprimir la exteriorización de su afecto. Mi amo se sosegó momentáneamente. Pero pronto había de encontrar motivos de inquietud.

El nuevo manantial de sus desventuras fue el amor que de repente sintió Isabel Linton hacia Heathcliff. Isabel era una hermosa muchacha de dieciocho años, de apariencia muy infantil, muy inteligente y también de genio muy violento si se la irritaba. Su hermano, que la quería mucho, quedó consternado cuando notó sus sentimientos.

Aparte de la bajeza que significaba un matrimonio con un hombre ordinario y la posibilidad de que sus bienes, si no tenía hijos, pasaran a manos de aquel personaje, el amo comprendía

bien que, en el fondo, el carácter de Heathcliff, pese a las apariencias, no se había modificado. Y temblaba ante la idea de entregarle a Isabel. Él atribuyó lo ocurrido a maniobras de Heathcliff, aunque, en verdad, Isabel se había enamorado espontáneamente, sin que Heathcliff le correspondiera.

Durante cierto tiempo, todos veníamos notando que un secreto disgusto consumía a la señorita Isabel. Se hizo hosca y susceptible, y con cualquier pretexto reñía con Catalina, a riesgo de acabar con la poca paciencia de su cuñada. Al principio, supusimos que no estaba bien de salud, ya que la veíamos adelgazar y decaer ostensiblemente. Pero, al fin, un día se manifestó impertinente hasta el colmo. Se negó a desayunar, diciendo que los criados no la obedecían, que Eduardo no se ocupaba de ella y que Catalina la tenía cohibida. Agregó que se había enfriado porque habían dejado el fuego apagado y las puertas abiertas expresamente para molestarla, y aún dijo otras simplezas. En respuesta, la señora Linton le ordenó que se acostara y la amenazó con llamar al médico. Al oír hablar de Kennett, la joven respondió en el acto que disfrutaba de una excelente salud y que era la dureza de Catalina lo que la hacía sufrir.

—¿Que soy dura contigo, niña mimada? —dijo la señora—. ¿Cuándo he sido dura contigo?

—Ayer.

—¿Ayer? —exclamó su cuñada— ¿En qué momento?

—Cuando salimos a pasear con el señor Heathcliff me dijiste que podía irme a donde quisiera para quedarte sola con él.

—¿Y a eso le llamas dureza? Era una indirecta para que nos dejaras solos, porque nuestra conversación no era interesante para ti —dijo Catalina, riendo

—No —replicó la joven. —Querías que me fuera porque sabías que me agradaba estar allí.

—¿Se habrá vuelto loca? —me dijo la señora Linton. —Voy a repetir nuestra conversación, palabra por palabra, Isabel, y luego me dirás qué interés podía ofrecerte.

—No me importaba la conversación —repuso Isabel. Lo que me interesaba era estar con...

—¿Con...? —interrogó Catalina.

—Con él, y por eso me hiciste marcharme —repuso Isabel. —Tú obras como el perro del hortelano, Catalina, y no puedes soportar que amen a nadie más que a ti misma.

—Eres una impertinente —dijo la señora Linton. No puedo creer en tanta estupidez. ¿Es posible que desees que Heathcliff te admire y que le consideres un hombre agradable? Supongo que no...

—Le amo más de lo que tú puedas amar a Eduardo —contestó la muchacha —, y estoy segura de que él me amaría si tú no te mezclaras entre ambos.

—¡Ni aunque me dieran un reino quisiera estar en tu caso! —dijo Catalina.

—Elena, ayúdame a hacerle comprender que está loca. Dile, dile quién es Heathcliff: un ser indómito, sin cultura, sin refinamiento; un campo árido cubierto de abrojos y pedernal. Más capaz sería yo de poner a aquel canario en medio del parque un día de invierno que aprobar que te enamores de Heathcliff. Mira, niña, esa idea se te ha metido en la cabeza porque no le conoces. Escucha: no te figures que oculta tesoros de bondad y ternura bajo una apariencia hosca. No imagines que es un diamante en bruto o la ostra que contiene una perla, no. Es un hombre implacable y feroz como un lobo. Yo jamás le digo que deje tranquilos a éste o a aquel de sus enemigos en nombre del daño que podrá causarles, sino en nombre de mi voluntad. Si te unieses a él, Isabel, y encontrara que le estorbas, te aplastaría como si fueses un huevo de gorrión. Es absolutamente incapaz de amar a una Linton, aunque muy capaz de casarse contigo por tu fortuna y por lo que puedes llegar a tener. El vicio que le domina ahora es el amor al dinero. Te lo he retratado tal como es. Fíjate en que soy amiga suya, y en que si él realmente hubiera pensado en casarse contigo, puede que yo no hubiera dicho nada, para que cayeras en sus redes.

Pero la señora Linton miró con indignación a su cuñada.

— ¡Qué vergüenza! —dijo. —¡Eres peor que veinte enemigos, mala amiga!

—¿No me crees? ¿Te figuras que hablo así por egoísmo?

—Estoy segura —respondió Isabel—, y me horroriza verte.

—Está bien —contestó Catalina. —Yo te he hablado lo que debía. Ahora, haz lo que te parezca bien.

—¡Cuánto egoísmo tengo que aguantar! —exclamó Isabel, llorando, cuando su cuñada salió de la habitación. —Todos se ponen contra mí. Ella ha mentido, ¿no es cierto, Elena? El señor Heathcliff es un alma digna y sincera, y no un demonio. De lo contrario, no hubiera vuelto a acordarse de Catalina.

—No piense más en él, señorita —le aconsejé. —El señor Heathcliff es un pájaro de mal agüero: no le conviene a usted. No puedo negar que es verdad cuanto ha dicho la señora Linton. Ella lo conoce mejor que yo y que nadie, y nunca le hubiera pintado más malo de lo que es. Las personas honradas no ocultan sus actos. Y él, ¿cómo se ha enriquecido? ¿Qué hace en Cumbres Borrascosas, en donde vive el hombre a quien aborrece? Se asegura que el señor Earnshaw marcha cada vez peor desde que vino Heathcliff. Ambos se pasan la noche en vela. Hindley ha hipotecado todas sus tierras y no hace más que jugar y beber. Me enteré de ello hace una semana; me lo contó José, a quien encontré en Gimmerton. Me dijo: «Vamos a acabar viendo al juzgado en casa, Elena. El uno, antes se dejaría cortar un dedo que ayudar al otro a salir del pantano en que se hunde más cada vez. Y éste es el amo, Elena. Y la cosa

avanza deprisa. No teme ni a la justicia, ni a San Juan, ni a San Pedro, ni a San Mateo, ni a nadie. Al contrario: se ríe de ellos. Y ¿qué me dices del tal Heathcliff? ¡Ya puede reírse, ya, de ese juego diabólico! ¿No os cuenta, cuando os visita, la buena vida que se da entre nosotros? Pues se levantan al caer el sol, cierran las ventanas, juegan y beben brandy hasta el mediodía del día siguiente. Entonces, aquel loco se marcha a su cámara, jurando, y el otro miserable se embolsa los dineros, duerme, se harta de comer y después va a divertirse con la mujer de su vecino. Por supuesto que cuenta a doña Catalina cómo se está hinchando la bolsa con el dinero del amo, que en paz descanse. Hindley se precipita por el camino de perdición, a lo que él le estimula cuanto puede». José, señorita Isabel, es un viejo bribón, pero no un embustero, y

¿verdad que, si su relato sobre Heathcliff es cierto, usted no se casaría jamás

con un hombre así?

—No te quiero escuchar, Elena —me dijo Isabel. —Te has puesto de acuerdo con los demás... ¡Con qué malevolencia procuráis todos convencerme de que no hay dicha posible en el mundo!

No sé si hubiera llegado a dominar su capricho o no, porque tuve poco tiempo para reflexionar sobre él. Al día siguiente hubo un juicio en la villa cercana, y mi amo tuvo que asistir. Heathcliff, enterado de ello, nos visitó más temprano que de costumbre. Catalina e Isabel estaban en la biblioteca, y

permanecían silenciosas, mirándose con hostilidad. Isabel estaba alarmada por la indiscreta revelación que había hecho, y Catalina realmente ofendida contra su cuñada, de la que se burlaba, pero a la que no quería permitir que se burlase de ella a su vez. Cuando vio por la ventana que llegaba Heathcliff, se alegró. Yo estaba limpiando la chimenea, y descubrí en sus labios una maligna sonrisa. Isabel, absorta en sus reflexiones o en la lectura, no percibió a Heathcliff hasta que éste entró, y cuando ya era tarde para irse, lo que hubiera hecho, sin duda, de buena gana.

—Llegas oportunamente —exclamó jovialmente la señora, acercándole una silla. — Allí tienes a dos mujeres necesitadas de un tercero que rompa el hielo que se ha establecido entre ellas. Heathcliff, me enorgullezco de haber encontrado a alguien que aún te quiere más que yo. Sin duda te sentirás halagado. No; no es Elena; no la mires... Se trata de mi pobre cuñadita, a la que se le parte el corazón sólo con verte. ¡En tus manos está llegar a ser hermano de Eduardo! ¡No te vayas, Isabel! —exclamó sujetando a la joven que, indignada, quería marcharse. —Nos peleábamos por ti como gatas, Heathcliff, y me ha vencido en nuestro torneo de alabanzas y admiraciones. Aún me ha dicho más, y es que si yo me separara de vosotros por un momento, te flecharía de tal modo, que tu alma quedaría eternamente ligada a la suya, mientras que yo sería relegada al olvido.

—¡Catalina! —dijo Isabel, procurando apelar a toda su dignidad. —Te agradeceré que te atengas a la verdad y que no te burles

de mí ni aun en broma. Señor Heathcliff, tenga la bondad de pedir a su amiga que me deje. Ella olvida que usted y yo no somos amigos íntimos y que a mí me disgusta lo que la divierte a ella.

Pero el visitante no contestó. Tomó asiento, indiferente a la admiración que había despertado. Isabel se volvió a su cuñada y le rogó que la dejase en paz.

—¡Quia! —respondió la señora Linton. —No quiero que me llames otra vez el perro del hortelano. Tienes que quedarte. Heathcliff, ¿no te congratulan mis agradables noticias? Isabel dice que el amor que Eduardo siente hacia mí no es nada en comparación al que siente hacia ti. Dijo algo parecido, ¿verdad, Elena? Y no ha querido comer desde que ayer le hice separarse de tu lado.

—Me parece —dijo Heathcliff, volviéndose hacia ella —que no está de acuerdo contigo y que, al menos por ahora, no siente deseo alguno de estar a mi lado.

Y contempló fijamente a Isabel con la expresión con que pudiera mirar a uno de esos extraños y repulsivos animales que se contemplan por su rareza a pesar de la repugnancia que producen. La jovencita no podía más. Se ruborizó y palideció en el espacio de pocos segundos y, al ver que no lograba desasirse de Catalina, esgrimió sus uñas y trazó en la piel de su cuñada varios sangrientos arañazos.

—¡Caramba, qué tigresa! —exclamó la señora Linton soltándola al sentir el dolor. — ¡Por amor de Dios, márchate y que no te vea yo la cara! ¡Mira que mostrar tus garras a tu preferido...! ¡Eres tonta! ¿No comprendes lo que él pensará? Fíjate, Heathcliff, qué instrumentos de tortura. ¡Cuidado con los ojos!

—Le cortaría los dedos como osara amenazarme —dijo él brutalmente cuando la joven hubo salido. —Pero ¿por qué has atormentado a esa muchacha, Catalina? No hablabas en serio, ¿eh?

—He dicho la verdad —repuso ella. —Está sufriendo por ti hace varias semanas. Esta mañana se puso furiosa porque le mencioné todos tus defectos, a fin de aminorar la pasión que siente hacia ti. No pienses más en ello. Sólo me he propuesto castigarla por su insolencia. La quiero demasiado, Heathcliff, para dejarte que la caces y la devores.

—Y yo la quiero lo suficientemente poco para no proponérmelo —contestó él—, a no ser que lo hiciera para proceder con ella como un vampiro. Oirías cosas extraordinarias si yo viviera con esa asquerosa muñeca. Lo habitual sería pintarle en la cara todos los colores del arco iris y ponerle a menudo negros esos ojos azules tan odiosamente parecidos a los de su hermano.

—Pero ¡si son deliciosos! —dijo Catalina. —Son ojos de paloma, ojos de ángel...

—Es la heredera de su hermano, ¿no? —preguntó él tras un corto silencio.

—Me disgustaría que lo fuese —contestó Catalina. —¡Quiera el Cielo que antes de que eso suceda, media docena de sobrinos lo hereden todo! No pienses en esto y recuerda que codiciar los bienes de tu prójimo equivale, en este caso, a codiciar los míos.

—No serían menos tuyos si los tuviera yo —observó Heathcliff. —Pero aunque Isabel sea tonta, no creo que sea tan loca como todo eso. Lo mejor es dejarlo, como tú dices.

No hablaron más de ello, y Catalina debió incluso de olvidarlo. Pero el otro debió de recordar aquello varias veces durante la tarde. Le noté sonreír sin motivo aparente y caer en una meditación de mal agüero cada vez que la señora Linton salía de la habitación.

Resolví vigilarle. Yo me sentía más inclinada al amo que a Catalina, ya que él era bueno y honrado. Es verdad que respecto a ella no podía decirse que no lo fuese, pero yo confiaba muy poco en sus principios y tenía escasísima simpatía hacia sus sentimientos. Ansiaba algo que librase a la Granja y a la vez a Cumbres Borrascosas de la mala in—fluencia de Heathcliff. Sus visitas eran una obsesión para mí. Y creo que también para el amo. Su residencia en Cumbres Borrascosas nos preocupaba extraordinariamente. Yo tenía la impresión de que Dios había abandonado allí, en plena locura, a la oveja descarriada, y que el lobo esperaba, atento, el momento oportuno para precipitarse sobre ella y destrozarla.

C A P Í T U L O XI

A veces, meditando sobre estas cosas a solas, me levantaba, poseída de un súbito terror, me ponía el sombrero y se me ocurría ir a ver lo que sucedía en Cumbres Borrascosas. Tenía la convicción de que mi deber era hablar a Hindley de lo que la gente decía de él. Pero cuando recordaba lo empecinado que estaba en sus vicios, me faltaba valor para entrar en su casa, comprendiendo que mis palabras sólo podrían surtir efectos muy dudosos.

Una vez, yendo a Gimmerton me desvié un tanto de mi camino y me paré ante la cerca de la propiedad. Era una tarde clara y fría. La tierra estaba desolada por el invierno y el camino se extendía ante mi vista endurecido y seco. Llegué a una bifurcación del sendero. Hay allí un jalón de piedra arenisca que tiene grabadas las letras C.B. en su cara que mira al norte; G., en la que mira al este, y G.T. en la que da al sudeste. Esta piedra sirve para marcar las distintas direcciones: las cumbres, el pueblo y la granja. El sol bañaba con sus dorados rayos la parte alta del hito. Esto me hizo pensar en el verano, y un aluvión de infantiles recuerdos acudió a mi mente. Aquel sitio era el preferido por Hindley y por mí veinte años atrás. Durante largo rato estuve contemplando el mojón. Inclinándome, vi junto a su base un agujero donde solíamos almacenar guijarros, conchas de caracol y otras menudencias, que todavía continuaban allí. Y

tuve la alucinación de que veía a mi antiguo compañero de juegos excavando la tierra con un pedazo de pizarra.

—¡Pobre Hindley! —murmuré sin querer.

Me pareció que el niño alzaba el rostro y me miraba a la cara. La visión desapareció inmediatamente, pero en el acto experimenté un vivo deseo de ir a Cumbres Borrascosas. Un sentimiento supersticioso me impulsaba.

«¡Podría haber muerto o estar a punto de morir!», pensé, relacionando aquella alucinación con un presagio fatídico.

Mi agitación aumentaba a medida que me iba acercando a la casa, y al final temblaba todo mi cuerpo. Al ver un niño desgreñado apoyando la cabeza contra los barrotes de la verja tuve la impresión de que la aparición se había adelantado a mí. Pero pensando más despacio comprendí que debía ser Hareton, mi Hareton, al que no veía hacía tiempo.

—¡Dios te bendiga, querido! —exclamé. —Hareton, soy Elena, tu ama.

Se separó de mí y cogió un pedrusco.

—He venido a ver a tu padre, Hareton —le dije, comprendiendo que, si se acordaba de Elena, al menos no recordaba mi figura.

Esgrimió la piedra y, aunque intenté calmarle, me la arrojó, alcanzándome en el sombrero. Al propio tiempo, el pequeño soltó una retahíla de maldiciones que, conscientes o no, emitía con la firmeza de quien sabe lo que dice. Sentí más dolor que

cólera y me faltó poco para llorar. Saqué una naranja del bolsillo y se la ofrecí. Dudó un momento, y, de pronto, me la quitó bruscamente de las manos, como si creyera que intentaba engañarle. Le mostré otra, pero guardándome bien de ponerla al alcance de su mano.

—¿Quién te ha enseñado esas bonitas palabras, hijo? —le pregunté. —¿El cura?

—¡Malditos seáis el cura y tú! —contestó. —¡Dame eso!

—Si me dices quién te ha enseñado a hablar así, te lo daré.

—El diablo de papá —replicó.

—Y papá, ¿qué te enseña? —seguí preguntando.

Se lanzó sobre la fruta, pero yo la quité pronto de su alcance.

—Nada —me contestó. —No quiere que esté a su lado, porque reniego de él y digo palabrotas.

—¿Y es acaso el diablo quien te enseña a maldecir a papá?

— ¡Ah!, no.

—¿Quién entonces?

—Heathcliff.

Le pregunté si quería al señor Heathcliff y me dijo que sí. Al preguntarle los motivos, repuso:

—Porque él trata mal a papá, como papá me trata a mí, y porque él reniega de papá, como papá reniega de mí, y porque me deja hacer todo lo que quiero.

—Entonces, ¿el cura no te enseña a leer y escribir?

—No. Han dicho que le partirían la cabeza si entrara por la puerta.

¡Heathcliff lo ha jurado!

Le di la naranja y encargué que dijera a su padre que una mujer llamada Elena Dean quería verle. Se dirigió a la casa por el sendero; pero en lugar de Hindley salió Heathcliff. Al verle, eché a correr como si hubiera visto a un fantasma. Esto no tiene relación con el asunto de la señorita Isabel más que porque influyó para que yo redoblara mis precauciones y procurara que el influjo pernicioso de aquel hombre no se extendiera a la Granja, lo cual me costó, por cierto, una disputa con la señora Linton.

El primer día que Heathcliff volvió a casa, la señorita Isabel estaba en el corral dando de comer a las palomas. Hacía tres días que no hablaba con su cuñada, pero había prescindido también de sus protestas, con gran contento de todos. Heathcliff, generalmente, no decía a Isabel ni una palabra superflua; pero esta vez, después de lanzar una ojeada a la casa —yo estaba en la ventana de la cocina, pero me retiré para que no me viera, se acercó a ella y le habló. La joven estaba turbada y parecía ansiosa de alejarse, pero él la retuvo por el brazo. Isabel separó la cara. Él le hizo una pregunta a la que la señorita no quería contestar, al parecer. Él volvió a mirar

a la casa, y, creyendo que nadie le veía, tuvo el descaro de besar a Isabel.

—¡Oh, judas, traidor! —proferí. —¿Conque eres también un villano, un hipócrita seductor?

—¿Qué pasa, Elena? —dijo Catalina, que entraba en aquel momento, sin que yo, absorta en la escena que contemplaba, lo hubiese notado.

—¡Su miserable amigo! —exclamé furiosa. —¡El villano Heathcliff! Ya entra; nos ha visto... ¡A ver qué excusa le da a usted para explicarle por qué hace el amor a la señorita después de haber dicho que la despreciaba!

La señora Linton vio cómo Isabel se soltaba y echaba a correr. Heathcliff entró inmediatamente. Yo di rienda suelta a mi indignación, pero Catalina me mandó callar, amenazándome con expulsarme de la cocina.

—¡Cualquiera diría que tú eres la señora! —exclamó. Procura no meterte en lo que no te importa —y agregó, dirigiéndose a Heathcliff—: ¿Qué te propones? Ya te he advertido que dejes en paz a Isabel. Prescinde de hacerlo, a no ser que te hayas cansado de venir aquí y quisieras que Linton te prohíba la entrada.

—¡Dios lo quiera! —contestó el rufián. —¡Le odio cada día más! Si Dios no le conserva paciente y pacífico, acabaré por no resistir el deseo que siento de enviarle al otro mundo.

—¡Cállate y no me exasperes! —ordenó Catalina. —¿Por qué has olvidado lo que te dije? ¿Fue Isabel la que te buscó?

—¿Qué te importa? —contestó. —Puedo besarla, si ella lo consiente. No soy tu marido; no tienes derecho a estar celosa.

—No estoy celosa de ti, sino por ti —contestó la señora. —Cálmate. Si te gusta Isabel, te casarás con ella. Pero dime si la amas de verdad, Heathcliff.

¿Ves cómo no contestas? Estoy segura de que no te interesa.

—¿Aprobaría el señor Linton que su hermana se casase con ese hombre?

—interrogué.

—Lo aprobaría —replicó Catalina con tono decisivo.

—También podría evitarse esa molestia —dijo Heathcliff—, porque yo no necesito su consentimiento para nada. Y a ti, Catalina, te diré dos palabras, ya que se presenta la oportunidad. Entérate de que me has tratado horriblemente,

¿comprendes?, horriblemente. Si te figuras que no lo sé, eres mema; y si te imaginas que me consuelas con palabras dulces, eres una idiota; y si piensas que no me tomaré venganza de ello, pronto te convencerás de lo contrario. Me alegro de que me hayas dicho el secreto de tu cuñada, y te juro que sabré sacarle partido. ¡No te interpongas en mi camino!

—Pero ¿qué es esto? —exclamó, asombrada, la señora Linton. —¡Qué te he tratado mal y vas a vengarte! ¿Cómo vas a vengarte, ingrato? ¿Cuándo te he tratado horriblemente yo?

—No me vengaré de ti —dijo Heathcliff con menos violencia. —No es ése mi proyecto. El tirano oprime a sus esclavos, y estos, en lugar de volverse contra él, se vengan en los que tienen debajo. Atorméntame cuanto quieras, si ello te divierte, pero déjame divertirme del mismo modo, y guárdate muy bien de burlarte de mí. Ya que has derruido mi palacio, no te empeñes en erigir en sus ruinas una choza y hacerme habitar en ella por caridad. Si yo creyese que tenías interés en que me casase con Isabel, me haría un tajo en la garganta antes de hacerlo.

—¿Así que lo que te ofende es que yo no esté celosa? —gritó Catalina.

—Pues no me volveré a preocupar de buscarte esposa, no te apures. Sería como ofrecer al diablo un alma condenada. Te encanta provocar tragedias. Ahora que Eduardo ha dominado el disgusto que le produjo tu llegada y que yo empiezo a estar tranquila, tú te empeñas en buscar camorra. Peléate con Eduardo, si quieres, y engaña a su hermana, y así te habrás vengado de mí, y mucho más de lo que pudieras imaginarte.

La conversación cesó por el momento. La señora Linton se sentó, ceñuda y silenciosa, al lado del fuego. El demonio, que había estado sumiso a ella, se había convertido en indomable. Heathcliff permaneció en pie ante la lumbre, cruzado de brazos,

maquinando, sin duda, perversos planes, y yo los abandoné y me fui a buscar al amo. Éste estaba extrañado de no ver a su mujer.

—¿Has visto a la señora? —me preguntó.

—Está en la cocina, señor —respondí. —Está enfadada por la conducta que observa el señor Heathcliff, y, si me quiere usted hacer caso, creo que convendría poner coto a sus visitas. A veces es peligroso ser demasiado bueno…

Le relaté la escena del patio y la disputa que se había producido a continuación, tan exactamente como me lo permitió mi atrevimiento. Pensaba que no causaría mucho perjuicio a la señora, a no ser que ella misma se empeñase en causárselo tomando la defensa del intruso. El señor Linton tuvo que contenerse mucho para oírme hasta el fin. Y sus frases indicaban claramente que no dejaba por un momento de achacar a su mujer toda la culpa de lo ocurrido.

—¡Esto es intolerable! —exclamó. —¡Es ignominioso que le tenga por amigo y que me obligue a aceptar su trato! Llama a dos de los criados. Catalina no continuará discutiendo con ese rufián. ¡Ya he sido demasiado condescendiente!

Mandó a los sirvientes que esperasen en el pasillo, y, seguido por mí, se dirigió a la cocina. La señora, en aquel instante, hablaba acaloradamente. Heathcliff estaba junto a la ventana, algo acobardado, al parecer, por los reproches de Catalina. Fue

el primero en ver al señor, y le hizo un gesto para que callase. Ella le obedeció inmediatamente.

—¿Qué es esto? —dijo Linton dirigiéndose a Catalina—. ¿Qué noción tienes del decoro para permanecer aquí después de lo que te ha dicho ese miserable? Tal vez no das importancia a sus palabras porque estás acostumbrada a su clase de conversación. Pero yo no lo estoy ni quiero estarlo.

—¿Has permanecido escuchando en la puerta, Eduardo? —preguntó ella en tono calculadoramente frío, a fin de provocar a su esposo, mostrándole a la vez su desprecio.

Heathcliff, al oír a Eduardo, había levantado la vista, y ahora, al hablar Catalina, soltó la carcajada, con el propósito de que Linton reparara en él. Y lo consiguió, pero no que Eduardo perdiera al momento el dominio de sí mismo.

—Hasta hoy he sido tolerante con usted, señor —pronunció mi amo secamente. —No porque desconociera su despreciable carácter, sino porque creía que no toda la culpa de tenerla era suya. Y también porque Catalina deseaba conservar su amistad. Pero si accedía a ello, no pienso continuar obrando así. Su sola presencia es un veneno mortal capaz de contagiar al ser más virtuoso. Por tanto, y para evitar más graves consecuencias, le prohíbo desde hoy que vuelva a poner los pies en esta casa, y le exijo que salga de ella inmediatamente. Le prevengo que si tarda en hacerlo más de tres minutos saldrá de un modo ignominioso: a viva fuerza.

Heathcliff examinó lenta y desdeñosamente a su adversario.

—Catalina, tu corderito me amenaza como un toro. Está exponiéndose a tener un tropiezo con mis puños. ¡Por Dios, señor Linton, siento de veras que no tenga usted ni un mal puñetazo!

El amo miró hacia el pasillo y me hizo una señal para que fuese a llamar a los criados. No quería, sin duda, exponerse a un choque directo. Obedecí; pero la señora, dándose cuenta, me siguió, y, al ir yo a llamarles, me apartó bruscamente y cerró la puerta con llave.

—¡Estupendo procedimiento! —dijo como contestando a la irritada y sorprendente mirada que le dirigió su marido. —Si no tienes valor para pegarle, preséntale tus excusas o date por vencido. Será tu justo castigo por afectar una valentía que no posees. ¡Antes me tragaré la llave que entregártela! Así recompensáis mis bondades los dos. Mi benevolencia hacia el débil carácter de uno y el mal carácter del otro, la pagáis así. Estaba defendiéndoos a ti y a tu hermana, Eduardo... ¡Ojalá te zurre Heathcliff hasta hundirte, ya que has llegado a pensar tan mal de mí!

Eduardo intentó arrancar la llave a Catalina; pero ella la arrojó al fuego, y él, asaltado de un temblor nervioso, y después de hacer esfuerzos sobrehumanos para dominarse, angustiado y humillado, hubo de dejarse caer en una silla, cubriéndose la cara con las manos.

—¡Oh cielos! En los tiempos heroicos este suceso habría valido para que te armaran caballero... —exclamó la señora. — Estarnos vencidos... Tan capaz sería Heathcliff ahora de alzar un dedo contra ti, como un rey de enviar su ejército contra una madriguera de ratones. Levántate, hombre, que nadie te va a lastimar... No; no eres un cordero, sino una liebre...

—¡Disfruta en paz de este cobarde que tiene la sangre de horchata! — dijo su amigo. —Te felicito por la elección. ¿De modo que me dejaste por un pobre diablo como éste? No le daré de bofetadas, pero me complacerá asestarle un puntapié. Y ¿qué hacer? ¿Está llorando o se ha desmayado?

Se acercó a Linton y empujó la silla en que éste estaba sentado. Hubiese hecho mejor en mantenerse a distancia. Mi amo se levantó y le asestó en plena garganta un golpe capaz de derribar al hombre más vigoroso. Durante un minuto Heathcliff quedó sin aliento. El señor Linton, entretanto, salió al patio por la puerta de escape y se dirigió hacia la entrada principal.

—¿Ves? ¡Se acabaron tus visitas! —gritó Catalina. —¡Vete inmediatamente! Eduardo volverá con dos pistolas y media docena de criados. Si nos ha oído, no nos perdonará jamás. ¡Qué mala pasada me has jugado, Heathcliff! Vete, vete. No quiero verte en la situación en que ha estado Eduardo antes.

—¿Crees que voy a tragarme el golpe que me ha dado? —rugió él. —¡No, en nombre del diablo! Antes de salir le machacaré como a un perro... ¡si no le aplasto ahora contra el suelo tendré

que acabar matándole...! Así que si aprecias en algo su existencia, déjame esperarle.

—Él no vendrá —dije, no dudando en arriesgar una inexactitud. —Allí vienen el cochero y los dos jardineros con sendos garrotes. ¡Supongo que no le agradará a usted que le arrojen violentamente de la casa! El amo, probablemente, se limitará a ver desde las ventanas del salón cómo se cumplen sus órdenes.

El cochero y los jardineros estaban, en efecto, allí; pero Linton los acompañaba. Ya habían entrado en el patio.

Heathcliff meditó un momento, y le pareció mejor evitar una lucha contra tres criados. Cogió el atizador de la lumbre, saltó la cerradura de la puerta y se escapó por un lado mientras los demás entraban por otro.

La señora, presa de una gran excitación, me pidió que la acompañara a su aposento. Desconocía mi intervención en lo sucedido y procuré que se mantuviera en su ignorancia.

—Estoy fuera de mí, Elena —exclamó, dejándose caer en el sofá. —Parece que están golpeándome la cabeza mil martillos de herrería. Que Isabel no aparezca ante mi vista, porque ella es la culpable de todo. Cuando veas a Eduardo dile que estoy a punto de enfermar gravemente. ¡Así sea verdad! ¡No sabes lo angustiada que me siento! Si viene, me insultará. Yo le responderé, y no sé adónde iríamos a parar. Hazlo, Elena. Tú sabes que no he obrado mal en todo este asunto. ¿Qué espíritu pérfido incitó a Eduardo a escuchar en la puerta? Es verdad

que, después de que tú saliste, Heathcliff habló de un modo injurioso; pero yo hubiera logrado quitarle de la cabeza la idea de lo de Isabel, y no hubiera pasado nada. Todo se ha estropeado por esa obsesión de oír hablar mal de sí mismas, que constituye la manía de ciertas personas. Si Eduardo no hubiese oído lo que hablábamos, ¿le hubiese sucedido algo malo por ello? Después de que me soltó aquella rociada, cuando yo acababa de reñir con Heathcliff por él, ya no me importaba nada lo que pasase entre ellos, puesto que, sucediera lo que sucediera, quedaríamos distanciados durante mucho tiempo. Ya que no puedo seguir teniendo por amigo a Heathcliff, y ya que Eduardo no deja de ser celoso, procuraré desgarrarles el corazón a los dos desgarrando el mío propio. ¡Así acabaremos antes! Pero eso sólo lo haré en caso extremo, y no quiero que a Linton le coja de sorpresa. Hasta ahora ha procedido con discreción y ha procurado no provocarme. Hazle comprender que sería peligroso abandonar esa línea de conducta. Recuérdale la violencia de mi carácter. ¡Si consiguieras que desapareciese esa expresión de frialdad que tiene en el semblante y lograras que me tratase mejor!

Sin duda debió de ser exasperante para la señora la serena indiferencia con que recibí instrucciones. Yo presumí que una persona que podía especular de antemano sobre el giro que daría a sus arrebatos de ira, podría, de proponérselo, dominar también esos arrebatos. Y no me pareció ser yo la llamada a multiplicar los disgustos de su marido mediante aquella especie

de coacción. Así que nada le dije cuando éste acudió; pero no me atreví a escuchar, a fin de ver si disputaban.

Él habló primero.

—Quédate donde estás, Catalina —dijo, sin rencor, y muy abatido. — No he venido a disputar ni a hacer las paces. Sólo deseo que me digas si, después de lo ocurrido, tienes el propósito de seguir siendo amiga de...

—¡Y yo te exijo que me dejes en paz! —respondió golpeando el suelo con el pie. —No hablemos de ello ahora. Tú no perderás tu sangre fría, porque por tus venas no corre más que agua helada; pero mi sangre está hirviendo y tu frialdad me excita hasta lo inconcebible.

—Contesta a mi pregunta —repuso el señor. Tus violencias no me intimidan. —Ya he visto que, cuando te lo propones, permaneces tan imperturbable como cualquiera. ¿Estás dispuesta a prescindir de Heathcliff, o prefieres prescindir de mí? No cabe ser amiga de los dos, y te exijo que te decidas por uno de nosotros.

—Y yo te exijo que me dejes en paz —respondió ella enfureciéndose. —

¡Te lo ruego! ¿No ves que casi no puedo sostenerme en pie? ¡Déjame, Eduardo!

Tiró violentamente de la campanilla, y yo acudí sin prisa alguna. Aquellos insensatos arrebatos de cólera ponían a prueba la

paciencia de un santo. La vi golpearse la cabeza contra el brazo del sofá y rechinar los dientes de tal modo que parecía que iba a destrozárselos. El señor Linton la miraba compungido y casi arrepentido de su energía anterior. Me mandó traer un vaso de agua. Ella no podía casi ni hablar. No quiso beber, y entonces le rocié el rostro con el agua. Un instante después se tendió en el sofá, puso los ojos en blanco y sus mejillas palidecieron como las de una muerta. Linton estaba atemorizado.

—No es nada —murmuré. —Quería que él cediera; pero en el fondo me sentía acongojada.

—Está sangrando por la boca —me dijo el señor, estremeciéndose.

—No haga caso —repuse.

Y le manifesté que ella se había propuesto, antes de entrar él, darle el espectáculo de un ataque de locura. Cometí la imprudencia de decirlo en voz alta. Catalina me oyó, y se puso repentinamente de pie. Los cabellos despeinados le caían sobre los hombros y los tendones del cuello y de los brazos se le habían hinchado de un modo espantoso. Me preparé, como mínimo, a que me rompiese los huesos. Pero no fue así; se limitó a precipitarse fuera del cuarto. El amo me mandó que la siguiera, y lo hice hasta la puerta de su alcoba, cuya puerta cerró para librarse de mí.

A la mañana siguiente no bajó a desayunar. Subí a preguntarle si le llevaba el desayuno, y me contestó categóricamente que

no. Lo mismo sucedió a las horas de comer y de tomar el té. Al día siguiente recibí la misma contestación. El señor Linton se pasaba el tiempo en la biblioteca, sin preguntar por su esposa. Había mantenido con Isabel una conversación de una hora, en el curso de la cual pretendió obtener de ella una contestación definitiva respecto a que rechazaría a Heathcliff, sin lograr más que evasivas. Entonces él le juró solemnemente que si ella persistía en la locura de dar esperanzas a aquel indigno sujeto terminarían las relaciones entre los dos hermanos.

C A P Í T U L O XII

Mientras la señorita Isabel vagaba por el parque y por el jardín y su hermano continuaba encerrado en la biblioteca, probablemente esperando que Catalina se arrepintiese y pidiese perdón, ella seguía obstinada en prolongar su ayuno. Seguramente creía que Eduardo estaba medio muerto de nostalgia y que sólo el orgullo le impedía arrojarse a sus pies. Por mi parte, yo me limitaba a atender a mis obligaciones, bien persuadida de que el único espíritu razonable que había entre los muros de la Granja se alojaba en mi cuerpo. No empleé, pues, palabras de compasión con la señora ni traté de consolar al señor, que se sentía ansioso de oír pronunciar el nombre de su esposa, ya que no pudiese oír su voz.

Resolví dejar que se las compusieran como pudiesen, y mi decisión surtió efectos, como yo había pensado desde el primer momento.

Al tercer día, la señora se asomó a la puerta de su habitación y pidió que le renovase el agua, que se le había agotado, y que le llevase un tazón de sopa de leche, porque se sentía morir. Supuse que esta exclamación iba dirigida a los oídos de su esposo. Pero como no creía en ella me guardé bien de transmitirla, y me limité a llevar a Catalina té y unos bizcochos. Comió y bebió ávidamente, y luego se recostó sobre la almohada, apretó los puños y comenzó a gemir.

—Quisiera morirme —decía. No le importo nada a nadie. No debía haber tomado eso —y agregó—: No; no quiero morir. Él no me ama y me olvidaría.

—¿Desea algo, la señora? —pregunté, sin hacer caso de sus exageraciones.

—¿Qué hace mi flemático marido? —repuso ella, apartándose del rostro, que se le había demacrado mucho en aquellos días, sus enmarañados cabellos.

—¿Se ha muerto, o está aletargado?

—Ni lo uno ni lo otro, señora. Está bien, aunque al parecer algo ocupado, ya que se pasa el día entre los libros desde que no tiene otra compañía.

Si yo hubiese sabido el estado en que Catalina se encontraba realmente, no le hubiese hablado en aquella forma; pero creí que fingía su estado anormal.

—¡De modo que entre sus libros —gritó—, mientras yo estoy al borde del sepulcro! Pero, ¡Dios mío!, ¿no sabe lo mal que me encuentro? —y, mirándose a un espejo, añadió— ¿Es ésta Catalina Linton? Quizá él crea que se trata de algún disgusto sin importancia. Debes decirle que es algo muy grave. Mira: si no es tarde para todo, una vez que yo sepa cuáles son sus sentimientos hacia mí, he de adoptar una de estas dos soluciones: o dejarme morir, o procurar restablecerme y marcharme. ¿Me has dicho la verdad? ¿Es cierto que no se preocupa de mí?

—¿Cómo va a figurarse el señor que esté usted tan loca como para dejarse morir de hambre?

—¿Crees que no? ¡Persuádele, convéncele de que estoy dispuesta a hacerlo!

—Se olvida usted, señora, de que hoy mismo ha tomado ya algún alimento...

—¡Me mataría ahora mismo —me contestó— si estuviese segura de que con ello le mataba a él también! Llevo tres noches sin poder cerrar los párpados. ¡Cuánto he sufrido! Empiezo a imaginarme que tú no me quieres tampoco. ¡Y yo que me figuraba que, aunque todos se odiasen unos a otros, no podían dejar de amarme a mí! Ahora, en poco tiempo, todos se han convertido en enemigos míos. ¡Es horrible morir rodeada de esos rostros impasibles! Isabel no se atreve a entrar en la habitación por miedo a contemplar el espectáculo de Catalina muerta. ¡Ya me parece distinguir a Eduardo, en pie a su lado, dando gracias al Cielo porque la paz se ha restablecido en su casa, y volviendo a los librotes! ¡Parece mentira que se ocupe de sus libros mientras yo estoy muriéndome!

El pensamiento de que su marido permanecía filosóficamente resignado, como yo le había dicho, le resultaba inaguantable.

A fuerza de dar vueltas a esta idea en su cerebro se puso frenética, y en su desvarío rasgó el almohadón con los dientes. Luego se irguió toda encendida y me mandó que abriese la ventana. Le opuse objeciones, porque estábamos en pleno

invierno y el viento nordeste soplaba entonces con mucha fuerza.

Pero la expresión de su cara y sus bruscos cambios de tono me alarmaron mucho. Recordé las indicaciones del doctor respecto a que no debíamos contrariarla. Un minuto antes estaba furiosa, y, en cambio, ahora, sin darse cuenta de que no le había hecho caso, se había apoyado sobre mi brazo y se entretenía en sacar las plumas de la almohada por los desgarrones que había hecho con los dientes. Colocaba las plumas sobre la sábana y las reunía con arreglo a sus diferentes clases.

—Esta es de pavo —murmuraba para sí—, y esta de pato salvaje, y esta de pichón. ¡Claro, cómo voy a morirme si me ponen plumas de pichón en las almohadas! Pero cuando me acueste, las tiraré. Esta es de cerceta, y esta de ave fría. La reconocería entre mil; este pájaro solía revolotear sobre nuestras cabezas cuando íbamos a través de los pantanos. Buscaba su nido porque las nubes bajas le hacían presentir la lluvia. Esta pluma ha sido cogida en los matorrales. En invierno encontramos una vez su nido lleno de pequeños esqueletos. Heathcliff había puesto junto a él una trampa, y los pájaros padres no se atrevieron a entrar. Desde entonces le hice prometer que no volvería a matar ninguna ave fría, y me obedeció. ¡Hay más! ¿Habrá disparado sobre mis aves frías, Elena? ¿No están manchadas de sangre algunas de estas plumas? Déjame que lo vea...

—Vamos, no se dedique a esa tarea pueril —le dije, mientras volvía el almohadón del otro lado, ya que por encima estaba lleno de agujeros.

—Acuéstese y cierre los ojos. Está usted delirando. ¡Qué torbellino ha armado usted! Las plumas vuelan como copos de nieve.

Empecé a recogerlas.

—Me pareces una vieja, Elena —dijo ella, delirando. —Tienes el cabello gris y estás encorvada. Esta cama es la cueva encantada que hay al pie de la colina de Pennistons, y tú andas cogiendo guijarros para arrojárselos a los novillos. Me aseguras que son copos de nieve. Dentro de cincuenta años serás así, aunque ahora no lo seas. Te engañas, no estoy delirando. Si delirara me hubiera figurado que eras, en efecto, una bruja y hubiera creído encontrarme realmente en la cueva de la colina de Pennistons. Percibo muy bien que ahora es de noche y que en la mesa hay dos velas que hacen brillar ese armario tan negro como el azabache.

—¿Qué armario negro? —pregunté. — ¿Está usted soñando?

—El armario está apoyado en la pared, como siempre — replicó. —¡Qué raro es! Distingo en él una cueva.

—En este cuarto no ha habido un armario nunca —respondí. Y levanté las cortinas del lecho para poder vigilarla mejor.

—Pero ¿no ves aquella cara? —me dijo, señalando a la suya propia, que se reflejaba en el espejo.

En vista de que no me era posible hacerle comprender que el rostro que veía era el suyo, me levanté y tapé el espejo con un chal.

—La cara sigue estando detrás —dijo, anhelante—, y se ha movido.

¿Quién será? Tengo miedo de que aparezca cuando te vayas. ¡Elena, este cuarto está embrujado! Me espanta quedarme sola.

Le cogí las manos y traté de calmarla. Se estremecía convulsivamente y miraba al espejo con fijeza.

—No hay nadie en el cuarto, señora —repetí. —Era su propio rostro, como sabe usted muy bien.

—¡Yo misma! —exclamó suspirando. —Y el reloj da las doce... ¡Es horrible!

Y se tapó los ojos con las sábanas. Pretendí dirigirme a la puerta para avisar a su marido, pero me detuvo un penetrante grito de Catalina. El chal acababa de caer al suelo.

—¡Vamos! —exclamé. —¿Qué sucede? ¿Quién es el cobarde ahora? ¿No ve usted, señora, que es su cara la que se refleja en el espejo?

Se asió a mí, y unos momentos después su semblante se había serenado, y a su lividez sucedía el rubor.

—¡Oh, querida! —dijo. — Pensaba estar en mi casa, en mi cuarto de Cumbres Borrascosas. Como estoy tan débil, se me turbó el cerebro y he gritado sin darme cuenta. No lo digas a nadie y siéntate a mi lado. Tengo miedo de volver a sufrir estas horribles pesadillas.

—Le convendría dormir, señora —le aconsejé. —Estos padecimientos le enseñarán a no probar otra vez a morirse de hambre.

—¡Quién estuviera en mi lecho, en mi vieja casa! —suspiró amargamente, retorciéndose las manos. —¡Oh aquel viento que sopla entre los abetos, bajo las sábanas! Abre para que pueda respirarlo; viene directo de los pantanos.

Para tranquilizarla abrí la ventana por unos minutos, y una helada ráfaga de aire penetró en la habitación. Cerré la ventana y me volví a mi sitio. La joven yacía inmóvil: el rostro cubierto de lágrimas, con el espíritu abatido por la debilidad que se apoderaba de su cuerpo. Nuestra orgullosa Catalina estaba a la altura de un niño miedoso.

—¿Cuánto tiempo hace que me encerré aquí? —preguntó, de repente.

—Se encerró el lunes por la tarde —repuse—, y ahora estamos en la noche del jueves, o, más exactamente, en la madrugada del viernes.

—¿De la misma semana? —comentó con extrañeza. —¿Es posible que sólo haya pasado tan poco tiempo?

—Demasiado, sin embargo, para alimentarse durante él sólo de agua y de mal humor —contesté.

—Me han parecido horas interminables —dijo ella, dubitativa. —Debe de haber transcurrido más tiempo. Recuerdo que después de que ellos riñeron yo me fui al salón, que Eduardo estuvo muy cruel y muy provocativo y que vine a este cuarto desesperada. En cuanto eché el cerrojo se me nubló la cabeza y caí al suelo. No pude advertir a Eduardo que estaba segura de sufrir un arrebato de locura, si seguía desesperándome, porque perdí el uso de la palabra y del pensamiento. No sentía más impulso que el de huir de él. Antes de que pudiese recobrarme, empezó a oscurecer, y te diré lo que pensé y lo que he seguido imaginándome, hasta el punto de hacerme temer perder la razón. Mientras estaba tendida al pie de la mesa, distinguiendo confusamente el marco gris de la ventana, me figuraba estar en mi lecho de tablas de Cumbres Borrascosas, y mi corazón sentía un dolor agudo. Traté de comprender lo que me sucedía, pensé y me pareció como si los siete últimos años de mi vida no hubieran existido. Yo era aún niña, papá acababa de morir y el disgusto que sentía era por la orden de Hindley de que me separase de Heathcliff. Me encontraba sola por primera vez, y al despertar, tras una noche de llanto, alcé la mano para separar las tablas del lecho. Tropecé con la mesa, pasé la mano por la alfombra y entonces recuperé la memoria. Y aquella angustia se anuló ante un frenesí de mayor desesperación... No comprendo por qué me sentía tan desdichada...

Pero imagínate que a los doce años de edad me hubieran sacado de Cumbres Borrascosas y me hubieran traído a la Granja de los Tordos para ser la esposa de Eduardo Linton, y tendrás una idea del profundo abismo en que me sentí lanzada... Mueve cuanto quieras la cabeza, que no por ello dejarás de tener parte de culpa. Si hubieras hablado a Eduardo como debías, habrías conseguido que me dejara tranquila. ¡Me estoy abrasando! Quisiera estar al aire libre, ser una niña fuerte y salvaje, reírme de las injurias en lugar de enloquecer cuando se me dirigen. En cuanto digo unas cuantas palabras me bulle tumultuosamente toda la sangre. ¡Y yo volvería a ser la de siempre si me hallase de nuevo entre los matorrales y los pantanos! Abre otra vez la ventana de par en par y déjala abierta. ¿Qué haces? ¿Por qué no me obedeces?

—Porque no quiero matarla de frío —contesté.

—Querrás decir que porque no quieres darme una probabilidad de revivir

—dijo ella, con rencor. —Pero aún no estoy impedida, y yo misma la abriré.

Saltó del lecho, y antes de que yo pudiera oponerme, atravesó la habitación y abrió la ventana, sin cuidarse del aire glacial que soplaba alrededor de sus hombros y que cortaba como un cuchillo. Le pedí que se retirara; se negó y quise obligarla a la fuerza. Pero el delirio le daba más fuerza que la que yo pudiera desarrollar. No había luna, y una oscura sombra lo invadía todo.

No brillaba una sola luz. En Cumbres Borrascosas no se veía resplandor alguno, mas ella aseguraba que distinguía las luces de la casa.

—¡Mira! —gritó. —Aquella luz es la de mi cuarto y aquella otra del desván donde duerme José. Sin duda está esperando que yo vuelva a casa para cerrar la verja. Aún tendrá que esperar un buen rato. Es un mal camino, muy desagradable de recorrer. Hay que pasar por la iglesia de Gimmerton. A menudo nos hemos desafiado a permanecer entre las tumbas llamando a los muertos. Heathcliff: si te desafío ahora, ¿te atreverás? Podrán sepultarme si quieren, a cuatro metros de profundidad y hasta ponerme la iglesia encima, pero yo no me quedaré allí hasta que tú no decidas quedarte también conmigo.

¡Nunca!

Hizo una pausa, y dijo luego, con una extraña sonrisa:

—Estás pensando en que sería mejor que fuese yo a buscarte... Bueno; pues encuéntrame un camino que no pase por el cementerio. ¡Qué despacio vas! Cálmate: me seguirás siempre.

Comprendiendo que era inútil razonar con ella, ya que evidentemente tenía la razón alterada, me ocupaba en buscar algo con qué cubrirla, cuando sentí rechinar el picaporte, y entró el señor Linton, con gran consternación por mi parte. Pasaba por el corredor, y al oírnos hablar, la curiosidad o el temor, le impulsaron a penetrar en la alcoba.

—¡Oh, señor! —exclamé, ahogando así la exclamación que le asomaba a los labios ante el espectáculo que distinguía en la habitación. —La señora está enferma y no puedo con ella. Haga el favor de venir y convénzala de que se acueste. Olvide su enfado; ya sabe que no se puede hacer con ella más que lo que ella quiere.

—¿Estás enferma, Catalina? —dijo él, corriendo hacia nosotras. —Cierra la ventana, Elena. ¿Qué te sucede, Catalina?

Se interrumpió. El aspecto de la señora le dejó terriblemente sorprendido, y volvió hacia mí sus ojos asombrados.

—Lleva consumiéndose aquí varios días —dije—, negándose a tomar alimentos y sin quejarse de nada. Hasta hoy no ha permitido pasar a nadie, y no hemos hablado a usted del estado en que se encuentra, porque nosotros mismos lo ignorábamos. No creo que sea nada de gravedad...

Yo misma comprendí que mi explicación era pobre. Mi amo frunció las cejas.

—¿Que no es nada de gravedad, Elena Dean? Ya me explicarás mejor tu silencio sobre esto —dijo con severidad.

Cogió en brazos a su mujer y la miró angustiado. Al principio ella no daba señales de reconocerle. Pero el delirio que la embargaba no era permanente todavía. Sus ojos, un momento velados por la contemplación de la oscuridad del exterior, acabaron reparando en el hombre que la tenía entre sus brazos.

—¿A qué vienes ahora, Eduardo Linton? —dijo con colérica vivacidad.

—Eres de esos que siempre llegan cuando no hacen falta, y nunca cuando interesa que lleguen. Ya veo que vas a empezar ahora con lamentaciones, pero no por ello conseguirás que deje de irme a mi morada definitiva antes de que concluya la primavera. Y no reposaré en el panteón de los Linton, sino en una fosa al aire libre, con una simple losa encima. Tú por tu parte haz lo que quieras: vete con los Linton o ven conmigo.

—¿Qué dices, Catalina? –preguntó. —¿Es que ya no soy nada para ti?

¿Acaso estás enamorada de ese miserable Heath...?

—¡Silencio! —gritó la señora. —¡Cállate, o me tiro ahora mismo por la ventana! Y tú podrías entonces tener mi cuerpo, pero mi alma estará allí, en las Cumbres, antes de que puedas volver a tocarme. No te necesito, Eduardo. Vuelve a ocuparte de tus libros. Te vendría bien para consolarte, porque yo no he de volver a servirte de consuelo.

—Señor —interrumpí—: está delirando. Ha estado desvariando toda la tarde. Cuidémosla bien, procuremos que esté tranquila, y pronto se restablecerá. En lo sucesivo debemos tener cuidado de no disgustarla.

—No sigas dándome consejos —interrumpió el señor. — Conocías el modo de ser de la señora, y, sin embargo, me has incitado a contrariarla. ¡Parece mentira que no me hayas dicho

nada de su estado durante estos tres días! ¡Qué crueldad! ¡Oh, Catalina está desfigurada, como si hubiese padecido una enfermedad de muchos meses!

Me defendí de aquellas acusaciones. ¿Qué culpa tenía yo de la aviesa inclinación de Catalina?

—Me constaba —dije— que la señora era terca y dominante, pero ignoraba que usted desease fomentar su mal carácter. No sabía que debiese tolerar los abusos del señor Heathcliff por no contrariar a la señora. ¡Así me paga usted el haber cumplido mis deberes de sirvienta leal! ¡Aprenderé para otra vez! En lo sucesivo usted se informará de las cosas por sus propios ojos.

—Si vuelves a venirme con chismes, prescindiré de tus servicios —repuso

él.

—Ya comprendo —repuse. —Por lo visto, el señor Heathcliff está

autorizado para hacer el amor a la señorita y para predisponer a la señora contra el señor cuando usted está ausente.

Catalina, no por tener la mente algo perturbada, dejaba de prestar oído atento a nuestra conversación.

—¡Oh, traidora Elena! —exclamó. —Ella es mi solapada enemiga. ¡Bruja!

¡Déjame, Eduardo, y verás cómo le hago arrepentirse!

Bajo sus párpados fulguró un relámpago de insanía, y trató de soltarse de los brazos de Linton. Yo resolví ir a buscar al médico de mi propia iniciativa, y salí de la estancia. Al atravesar por el jardín distinguí, colgado de un garfio de la pared, un objeto blanco que se movía extrañamente. No quise que me quedase en la mente la duda de que pudiese ser un alma del otro mundo, y, a pesar de mi prisa, me paré a averiguar de qué se trataba. Quedé estupefacta al reconocer al galguito de la señorita Isabel, colgado con un pañuelo al cuello y medio ahogado. Solté el animal y lo dejé libre. Cuando Isabel se había ido a acostar, yo vi subir al galgo detrás de ella, y no me podía explicar quién fuera el malvado que le había hecho objeto de tal barbarie. Mientras lo desataba, creí sentir el lejano galope de un caballo, ruido asaz inusitado para oírlo a las dos de la madrugada, pero yo tenía tanta prisa que casi no reparé en ello.

Encontré al señor Kennett saliendo de su casa para visitar a un enfermo, y lo que le relaté de la dolencia de Catalina le indujo a acompañarme inmediatamente. Como Kennett es un hombre sencillo y franco, me confesó que dudaba mucho de que Catalina sobreviviera a aquel segundo ataque.

—Esto debe de tener alguna causa especial, Elena —me dijo. — ¿Qué ha sucedido? Una mujer tan fuerte como Catalina no enferma por pequeñeces. Personas como ella pierden la salud rara vez, pero cuando ello sucede es ardua empresa librarles de sus males. ¿Cómo comenzó esto?

—El amo le informará —contesté. —Usted conoce el carácter violento de los Earnshaw, y no ignora que la señorita Catalina los deja a todos en mantillas. Lo único que puedo decirle es que lo ocurrido se inició por una disputa, y que, después de una explosión de furor, sufrió un ataque. Ella lo ha explicado así: nosotros no lo vimos, porque se encerró en su alcoba. Luego se negó a tomar alimento, y ahora delira unas veces y otras se entrega a sueños fantásticos. Aún nos reconoce, pero su cabeza está llena de ideas muy extrañas.

—El señor Linton estará muy disgustado...

—¡Tanto, que se rompería la cabeza si pasase algo! Procure no alarmarle más de lo conveniente.

—Ya advertí que se anduviera con cuidado, y ahora hay que atenerse a las consecuencias de no haberme atendido —repuso el médico. —¿Ha intimado el señor Linton con Heathcliff últimamente?

—Heathcliff iba a la Granja —reconocí—, pero no porque ello le agradara al amo, sino aprovechando su amistad de la infancia con la señora. Ahora se le ha invitado a no molestar con sus visitas, como consecuencia de ciertas intolerables aspiraciones que manifestó respecto a la señorita Isabel. No creo que vuelva otra vez por casa.

—¿Le ha rechazado la señorita? —preguntó el médico.

—Ella no me hace confidencias —respondí.

—Sí: Isabel hace lo que le parece —dijo él—, pero obra como una locuela. Me consta que anoche (¡qué hermosa noche hacía, por cierto!) estuvo paseando con Heathcliff por el jardín, y que él la quiso convencer de que huyeran juntos. Ella se negó, pero accedió a hacerlo el próximo día que se vieran. Lo sé de buena tinta. Lo que no sé es a qué día se referían.

Sobrecogida de nuevos temores al saber aquella noticia, me adelanté a Kennett y eché a correr. En el jardín encontré al perrito ladrando. Cuando abrí la verja, empezó a correr de un lado a otro, olfateando la hierba, y hasta se hubiera marchado al camino de no impedírselo yo. Subí al cuarto de Isabel: estaba vacío. Acaso de haber sabido a tiempo la enfermedad de la señora, ello hubiera evitado que realizara su loca determinación. Pero ya no había nada que hacer. No era posible alcanzar a los fugitivos. Yo no iba a perseguirlos, ni era cosa de aumentar con una angustia más la zozobra que ya padecía mi amo. No me quedaba más remedio que callar y dejar correr las cosas. Me apresuré a anunciar al señor la llegada del médico. Catalina se había dormido con un sueño agitado. Su marido había logrado tranquilizarla un poco, e inclinado sobre ella, examinaba las más leves contracciones de su semblante.

El médico, después de reconocer a la enferma, nos dio esperanzas sobre su estado, siempre que le procuráramos una tranquilidad completa.

Yo creí que, más que un peligro mortal, temía la locura incurable.

Ni el señor Linton ni yo pudimos dormir en toda la noche. No nos acostamos siquiera. Los criados se levantaron más pronto que de costumbre y se les veía dialogando en voz baja sobre lo ocurrido. Al notar que la señorita Isabel no estaba levantada aún, comentaron también el caso. Su hermano, a su vez, pareció ofenderse del poco interés que Isabel demostraba a su cuñada. Yo quería no ser la primera en avisar la fuga. Ello corrió a cargo de una doncella que había ido a Gimmerton a hacer un recado, y que al regresar se precipitó hacia nosotros llena de excitación y diciendo a grandes voces:

—¡Oh, señor! ¡Amo, la señorita...!

—¡No alborotes tanto! —exclamé.

—Habla bajo, María —dijo el señor. —¿Qué pasa?

—¡La señorita ha huido con Heathcliff! —exclamó la muchacha.

—No es verdad —profirió Linton, agitadísimo. ¡No puede ser verdad!

¿Cómo se te ha ocurrido tal cosa? ¡Vete a buscarla, Elena! ¡Es increíble!

Mientras hablaba se llevó a la criada hasta la puerta, y allí le preguntó por qué hacía aquella afirmación.

—Encontré en el camino a un mozo que trae leche a la Granja, y me preguntó si estábamos disgustados. Creyendo que se

refería a la enfermedad de la señora, le dije que sí. Entonces me contestó. «¿Habrán enviado a alguien en su persecución?» Me quedé asombrada. Él, notando que yo no sabía nada, me dijo que una señora y un caballero se habían detenido a la puerta de un herrador para clavar la herradura de un caballo, cerca de Gimmerton. La hija del herrador se asomó a la puerta y vio que el hombre era Heathcliff. Este entregó una moneda de oro para pagar. La señora tenía el rostro cubierto con un manto, pero, al beber un vaso de agua que había pedido, se descubrió y entonces pudieron verla. Luego Heathcliff y la señorita huyeron. La moza lo había contado ya en todo el pueblo.

Yo, por cubrir el expediente, me asomé al cuarto de Isabel, y al volver confirmé el relato de la sirvienta. El señor estaba otra vez a la cabecera de la cama, y cuando me vio entrar comprendió por mi aspecto lo sucedido.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—Isabel se ha ido voluntariamente —me respondió el señor. —Era libre de hacerlo. No me menciones más su nombre. Ha renegado de mí.

No habló más sobre el asunto. No realizó busca alguna, limitándose a ordenarme que, cuando se supiese su nueva morada, enviase a Isabel cuanto le pertenecía.

C A P Í T U L O XIII

Dos meses permanecieron ausentes los fugitivos. Durante aquel intervalo la señora sufrió y dominó lo más agudo de una fiebre cerebral, como diagnosticaron su dolencia. Ninguna madre hubiera cuidado a su hijo con más devoción que Eduardo cuidó a su esposa. Día y noche estuvo a su lado, soportando cuantas molestias le producía. Kennett no ignoraba que aquello que él salvaba de la tumba sólo serviría para aumentar los desvelos de Linton con un nuevo manantial de preocupaciones. Eduardo sacrificaba su salud y sus energías para conservar la vida de una piltrafa humana. No obstante, su gratitud y su alegría fueron inmensas cuando Catalina estuvo fuera de peligro. Horas enteras permanecía sentado a su lado, vigilando los progresos de su salud, y esperando en el fondo que su esposa recobrase también el equilibrio mental y volviera a ser lo que había sido antes.

La primera vez que ella salió de su habitación la contemplaron ansiosamente.

—Son las primeras flores que brotan en las Cumbres — exclamó. Me recuerdan los vientos templados que funden los hielos, el cálido sol y las últimas nieves, Eduardo, ¿sopla el viento del Sur? ¿Se ha fundido la nieve ya?

—Aquí ya no hay nieve, querida —contestó su marido. —Sólo se divisan dos manchas blancas en toda la extensión de los

pantanos. El cielo está azul, las alondras cantan y los riachuelos llevan mucha corriente. La primavera del año pasado, Catalina, yo temblaba de impaciencia de tenerte conmigo bajo este techo. Ahora, en cambio, quisiera verte en aquellas colinas. El aire de allí es tan puro que te curaría.

—Sólo iré a aquel sitio una vez más —dijo ella. —Me dejarás allí, y allí me quedaré para siempre. Así, dentro de un año volverás a suspirar por tenerme aquí contigo; recordarás este día y pensarás que ahora eres feliz.

Linton la acarició y le prodigó las más dulces palabras; pero Catalina, al contemplar las flores, rompió a llorar involuntariamente. Como nos parecía que en realidad estaba mejor, llegamos a la conclusión de que, al ser su larga reclusión en aquel cuarto la causa de su abatimiento, éste podía remediarse parcialmente cambiándola de lugar.

El amo me mandó que encendiera la chimenea del salón, hacía tanto tiempo abandonado, y que colocara en él un sillón junto a la ventana. Catalina pasó un largo rato en esta habitación y se reanimó con el calor y con la vista de los objetos que la rodeaban, los cuales, aunque le eran familiares, diferían de los que veía a diario y que asociaba con sus delirios. No pudiendo al oscurecer convencerla de volver a su cuarto, al que se negó a ir de nuevo, le arreglé un lecho en el sofá, en tanto que disponíamos otro aposento. Este cuarto donde está ahora usted fue el que arreglamos.

Poco después, Catalina ya estaba lo suficientemente fuerte para andar por la casa apoyándose en el brazo de Eduardo. Yo estaba persuadida de que se curaría. De ello dependería también que el señor encontrase de nuevo consuelo en sus tribulaciones, ya que todos esperábamos el próximo nacimiento de un heredero.

Isabel, seis semanas después de su fuga, envió a su hermano una nota participándole su matrimonio con Heathcliff. Era una carta muy seca, pero llevaba una posdata a lápiz que dejaba entrever el remoto deseo de una reconciliación, añadiendo que no había estado en su voluntad evitar lo sucedido, y que ahora ya no tenía remedio. Linton no contestó, según se me figura, y quince días después yo recibía una larga carta, increíble en una recién casada que debía estar aún en plena luna de miel. Voy a leerla, porque la conservo. Todo recuerdo de un difunto es precioso, si se le sigue estimando como cuando estaba vivo.

«Querida Elena: Al llegar anoche a Cumbres Borrascosas, se me informó por primera vez de que Catalina ha estado y está todavía muy enferma. No creo oportuno escribirle. M e parece que mi hermano está muy disgustado conmigo, puesto que no me escribe. Como, no obstante, siento la necesidad de dirigirme a alguien, te escribo a ti.

Dile a Eduardo que quisiera, con todo mi corazón, volverle a ver, que mi alma volvió a la Granja de los Tordosa las veinticuatro horas de haber salido de ella, y que en ella está en este momento. Dile que experimento el mayor afecto hacia él y

hacia Catalina y que yo no puedo hacer lo que hace mi alma (estas palabras están subrayadas en la carta), aunque creo que tampoco nadie en esa casa tiene por qué esperarme. Pero que Eduardo no piense que es por olvido o por falta de cariño. Que se figure lo que le parezca más acertado.

El resto de esta carta va dirigido a ti. Contéstame, ante todo, a dos preguntas:

La primera es ésta: ¿Cómo te las arreglabas para llevarte bien con todos cuando vivías aquí? Porque yo no encuentro el modo de entenderme con los que merodean.

La segunda pregunta me interesa mucho: Heathcliff, ¿es un ser humano? Y si lo es, ¿está loco? ¿O es un demonio? No hace falta que te explique los motivos de estas preguntas. Explícame tú, si puedes, cuando vengas a verme, qué clase de ser es este con el que me he casado. No me escribas, pero cuando vengas procura que Eduardo te dé algún recado para mí.

Te voy a contar la acogida que me han hecho en las Cumbres, mi nueva casa, al parecer. Te lo cuento por entretenerme, no para quejarme de tales o cuales faltas de comodidad. ¡Si esto fuera lo único que hubiera de malo y lo demás no existiera, creo que me pondría a bailar de júbilo!

Cuando terminábamos de cruzar los pantanos, ya se ponía el sol: debían ser sobre las seis. Heathcliff perdió media hora en inspeccionar el parque y los jardines, con lo cual ya era de noche cuando nos apeamos en el patio enlosado de la quinta.

Vuestro antiguo criado, José, salió a recibirnos de un modo que habla muy alto de su cortesía. Lo primero que hizo fue levantar hasta la altura de mi rostro la bujía que llevaba en la mano, esbozar un guiño maligno, sacar hacia delante el labio inferior y volverla espalda. Después se hizo cargo de los caballos, los llevó a la cuadra y reapareció al fin para cerrar la puerta exterior, como si moráramos en un castillo antiguo.

Heathcliff habló un rato con él, y yo entretanto entré en la cocina, que es una especie de sucia cueva que probablemente no conocerías si volvieras a verla, pues ha cambiado mucho. Cerca del fuego estaba un niño robusto, con aspecto de pilluelo, algo parecido a Catalina en los ojos y la boca.

«Debe de ser el sobrino de Eduardo —pensé—,y, por tanto, es pariente mío hasta cierto punto. Así que debo darle la mano y besarle. Procuremos establecer desde el principio relaciones amistosas en esta casa» Me acerqué a él y, tratando de cogerte la mano, le dije:

—¿Cómo estás, queridito? Él me replicó unas palabras ininteligibles.

—¿Vamos a ser amigos, Hareton? —agregué.

Me contestó con un juramento, y añadió la amenaza de azuzar a Tragón contra mí sino me marchaba.

—¡Arriba, Tragón—gritó el desventurado al perro, que estaba en un rincón. Y añadió, mirándome:

—¿Qué? ¿Te marchas?

El instinto de conservación me hizo complacerle. Salí y esperé a que llegaran los demás. Pero Heathcliff no aparecía por lado alguno, y José, a quien le pedí que me acompañase a mi cuarto, contestó:

—¡Cha,cha,cha...! ¿Ha oído nunca un cristiano hablar de esta manera?

¡Qué cháchara! ¡Cualquiera la entiende!

—¡Digo que me acompañe a la casa! —grité, creyendo que sería sordo, y bastante enojada de su grosería.

—¡Quia! Tengo cosas más importantes que hacer.

Y continuó ocupándose en sus menesteres, moviendo las mandíbulas y mirando despreciativamente mi vestido y mi rostro. Creo que tanto como el primero tenía de bonito debía tener el segundo de apenado.

Di la vuelta al patio, y llegué a otra puerta, a la que llamé, esperando que apareciese algún criado más servicial. Al poco rato abrió un hombre alto y delgado. No llevaba corbata y tenía un aspecto terrible de abandono. Una maraña de cabellos que caían hasta sus hombros desfiguraba su semblante. Sus ojos parecían una copia de los de Catalina.

—¿Qué quiere? –me preguntó. —¿Quién es usted?

—Mi nombre de soltera era Isabel Linton —repuse. —Ya me conoce usted. Me he casado hace poco con el señor Heathcliff,

que es quien me ha traído aquí, supongo que con el consentimiento de usted.

—¿De manera que él ha vuelto? —preguntó el solitario, con un repentino fulgor en su mirada de lobo hambriento.

—Sí—dije—, pero me dejó a la puerta de la cocina, y cuando quise entrar, su hijo me ahuyentó azuzando un perro contra mí.

—¡Veo que el maldito villano ha cumplido su palabra! —rezongó el hombre, mirando tras de mí como si buscase a Heathcliff.

Ya me arrepentía de haber llamado a aquella puerta, y me disponía a marcharme, cuando él me mandó pasar y cerró la puerta con llave. En la habitación había un gran fuego, que constituía la única iluminación de la estancia. El suelo era de un sucio tono grisáceo, y los platos, que siendo yo niña me llamaban tanto la atención por su brillo, estaban cubiertos de polvo y de moho. Pregunté si podía llamar a la doncella para que me llevase a mi habitación. Earnshaw no se dignó contestarme. Se paseaba con las manos en los bolsillos, completamente ajeno a mi presencia al parecer, y tal era su profunda abstracción y tan misantrópico aspecto presentaba, que no me atrevía a importunarle una vez más.

No te asombrarás, Elena, de que te diga que me sentí muy triste en aquel hogar inhospitalario, mil veces peor que la soledad, y, sin embargo, situado a sólo seis kilómetros de mi antigua y agradable casa, donde habitan las únicas personas a quienes quiero en el mundo. Pero era lo mismo que si en lugar

de seis kilómetros nos separara el Océano. Un abismo infranqueable, en todo caso...

La pena que más me angustiaba era la de no tener a quien recurrir para hallar un amigo o a un aliado contra Heathcliff. Por un lado, me alegraba de haber ido a vivir a Cumbres Borrascosas para no tener que estar sola con él, pero sabía ya cómo era la gente de esta casa, y no temía que interviniese en nuestros asuntos.

Durante un largo y angustioso rato permanecí entregada a mis reflexiones. Sonaron las ocho, las nueve, y mi acompañante continuaba entregado a su paseo, inclinando la cabeza sobre el pecho y guardando absoluto silencio, excepto alguna amarga exclamación que se le escapaba de cuando en cuando. Procuré escuchar con la esperanza de oír en la casa la voz de alguna mujer, y me sentí embargada de tan lúgubres angustias y tan dolorosos pensamientos, que al fin no pude contener una crisis de llanto. Ni yo misma me di cuenta de cuánta era mi aflicción hasta que Earnshaw, sorprendido, se paró ante mí. Aprovechando aquel momento, exclamé:

—Estoy fatigada y quisiera descansar. ¿Quiere decir me dónde está la doncella para ir a buscarla, ya que ella no viene a buscarme a mí?

—No tenemos doncella —repuso. —Tendrá usted que cuidarse a sí misma.

—¿Y dónde voy a dormir? —dije, sollozando.

La fatiga y la pena me habían hecho perder ya hasta la dignidad.

—José le enseñará el cuarto de Heathcliff—contestó. —Abra la puerta y le hallará allí.

Cuando iba a obedecer, agregó con singular acento:

—Cierre la puerta con llave y cerrojo. No lo olvide.

—¿Por qué, señor Earnshaw? —inquirí, ya que la idea de encerrarme con Heathcliff a solas no me seducía.

—¡Mire esto! —contestó, sacando del bolsillo una pistola con una navaja de muelles de doble hoja unida alarma. —¿Verdad que constituye una tentación para un hombre desesperado? Pues no hay ni una sola noche que pueda dominar el deseo de ir a probarla a la puerta de Heathcliff. El día que la encuentre abierta, es hombre perdido. Todas las noches lo hago inevitablemente, aunque antes no dejo de pensaren múltiples razones que me aconsejan no efectuarlo.

Hay sin duda algún demonio que quiere que le mate para desbaratar mis propios planes. Procure usted, si ama a Heathcliff, luchar contra este demonio, porque, cuando le llegue la hora, ni todos los ángeles del cielo reunidos podrían salvarle.

Examiné el arma con curiosidad, y un horrible pensamiento vino a mi mente: lo fuerte que yo me sentiría si tuviese semejante artefacto en mi poder. La expresión, no de asombro, sino de codicia que mi cara adoptó durante un segundo, asombró a

aquel hombre. Me arrebató de las manos la pistola, que yo había cogido para examinarla, cerró la navaja y escondió el arma.

—No me importa que le hable de esto —dijo. —Puede ponerle en guardia y velar por él. Ya veo que sabe usted las relaciones que nos unen puesto que no se espanta del peligro que él corre.

—¿Qué le ha hecho Heathcliff para justificar ese odio terrible? —pregunté. —¿No valdría más decirle que se fuera?

—¡No! —gritó Earnshaw —Si trata de abandonarme, le mato. Intente usted persuadirle de hacerlo y será usted responsable de su asesinato. ¿Cree usted que voy a perder todo lo mío sin esperanza de recuperarlo? ¿Cree que voy a consentir que Hareton sea un mendigo? ¡Maldición! Haré que Heathcliff me lo devuelva todo, y luego le arrancaré su sangre, y después el diablo se apoderará de su alma. ¡Cuándo vaya al infierno, éste se volverá mil veces más horrible con su presencia!

Yo sabía por ti, Elena, que tu amo está al borde de la locura. Lo estaba, por lo menos, la noche pasada. Tal miedo me producía su proximidad, que hasta la aspereza de José me parecía agradable en comparación.

Reanudó sus silenciosos paseos, y yo entonces así el picaporte y corría la cocina. José atendía la lumbre, sobre la que había colgada una olla, y tenía a su lado un cuenco de madera con sopa de avena. El contenido de la olla comenzaba a hervir, y él dio media vuelta con el fin de hundir las manos en el cazo.

Suponiendo que todo aquello estaría destinado a la cena, resolví cocinar algo que resultara comestible, ya que me sentía con apetito, y exclamé:

—Yo haré la sopa.

Le quité la vasija y comencé a despojarme de la ropa de montar.

–El señor Earnshaw —agregué— me ha dicho que debo cuidarme yo misma. No voy a andar aquí con remilgos, porque temo que me moriría de hambre.

—¡Dios mío! —profirió. —¡Si ahora que he conseguido acostumbrarme a los dos amos, voy a tener que empezar a soportar otras órdenes y a tener que obedecer a una señora, será cosa de marcharse! Creí que no tendría que salir nunca de esta casa, pero no habrá más remedio que hacerlo.

Me puse a la tarea prescindiendo de sus lamentaciones, y no pude por menos que suspirar al recordar las épocas en que tal trabajo hubiera sido un entretenimiento para mí. El recuerdo de las venturas perdidas me angustiaba, y a mayor angustia, más vivamente agitaba el batidor y más deprisa caían en el agua los puñados de harina. José contemplaba furioso mi modo de cocinar.

—¡Qué barbaridad! —comentaba. —Te quedas sin sopa esta noche Hareton. ¡Otra vez! En su lugar, yo echaría cazo y todo. Vamos, eche usted de una vez toda esa porquería y así

concluirá antes. ¡sí, hombre, sí! ¡Plaf! Me asombra que no se haya torcido el fondo del cacharro.

El preparado que vertía en los tazones era, en verdad lo confieso, menos que mediano. Había en la mesa cuatro tazones y un jarro de leche. Hareton lo cogió, se lo aplicó a los labios y comenzó a beber, vertiéndosele parte por las comisuras de la boca. Yo le reprendí y le dije que la leche se bebía en vasos, y que yo no la tomaría después de llevarse él el jarro a la boca. El viejo rufián se mostró muy enojado de mis escrúpulos, y me aseguró con insistencia que el chico valía tanto como yo y que estaba sano.

El chiquillo continuaba sorbiendo y babeando, y me miraba ceñudo, como si me desafiara.

—Me voy a cenara otro sitio —dije. —¿No hay aquí algo parecido a un salón.

—¿Salón? —se enojó José. —No; no hay salón. Si nuestra compañía no le conviene, tiene la de los amos, y si la de ellos no le gusta, la nuestra.

—Me voy arriba —repuse. —Enséñeme una habitación. Puse mi tazón en una bandeja y me fui a buscar más leche yo misma.

El hombre se levantó a regañadientes y me acompañó al piso superior.

Llegamos al desván y me fue mostrando sus distintas divisiones.

—Aquí hay un cuarto que no está mal para comer en él una sopa —dijo.

—En aquel rincón hay un montón de trigo limpio. De todos modos, ponga encima el pañuelo si quiere preservar su elegante vestido.

El tal cuarto era una buhardilla donde olía a cebada y a trigo, y contra las paredes se apilaban los sacos.

—¡Vaya! —dije molesta. —No voy a dormir aquí. Muéstreme una alcoba.

—¡Una alcoba! Ahora le enseñaré todas las que hay. Aquella es la mía.

Y me señaló otro camaranchón sólo distinto del primero porque había en él una cama baja y grande, sin cortinas y con una colcha de color.

—Su alcoba no me interesa —dije. —Enséñeme la alcoba del señor Heathcliff.

—Haberlo dicho antes—replicó, como si le hubiese hablado de algo extraordinario. —Ya le hubiera contestado que no perdiera el tiempo, puesto que es seguro que allí no le dejará entrar. Este hombre no permite el paso a nadie.

—¡Linda casa y magníficos habitantes! —repuse. —Ya veo que la quintaesencia de la locura humana invadió mi alma el día que me casé con ese hombre. En fin: no importa; otras habitaciones

habrá. ¡Dese prisa y enséñeme algún sitio donde poder instalarme!

Bajó sin contestar y me llevó a una habitación que, por las trazas, debía de ser la mejor. Había una buena alfombra, aunque cubierta de polvo, una chimenea con una orla de papel pintado que se caía a pedazos, una excelente cama de roble con cortinas carmesí modernas y costosas... Pero todo tenía un aspecto descuidadísimo. Las cortinas colgaban de cualquier manera, medio arrancadas de sus anillas, y la varilla metálica que las sustentaba estaba torcida, de modo que los cortinajes arrastraban por el suelo. Las sillas estaban estropeadas y grandes desperfectos afeaban el empapelado de las paredes.

Me preparaba a posesionarme de la alcoba, cuando oí decir a mi torpe guía:

—Esta es la habitación del amo.

Entretanto, la cena se había enfriado, el apetito disipado, y se me había agotado la paciencia. Insistí violentamente en que se me diese un sitio donde descansar.

—¿Dónde demonios?...—comenzó el bendito viejo. —¡Dios me perdone!

¿Dónde demonios quiere instalarse usted? ¡Vaya una lata! Ya le he enseñado todo, menos el tabuco de Hareton. No hay en toda la casa otro sitio donde dormir.

Furiosa ya, tiré al suelo la bandeja y cuanto contenía. Después me senté en el rellano de la escalera y rompía llorar.

—¡Muy bien, señorita, muy bien! —dijo José. — Ahora, cuando el amo encuentre los restos de los cacharros, verá la que se arma. ¡Qué mujer tan necia! Merece usted no comer hasta Navidad, ya que ha arrojado al suelo el pan nuestro de cada día. Pero me parece que no le durarán mucho esos arrebatos. ¿Se figura que Heathcliff le va a aguantar semejantes modales? No quisiera otra cosa sino que la hubiera visto en este momento. Era bastante.

Mientras me reprendía, cogió la vela, se dirigió a su cuchitril y me dejó sumida en tinieblas.

Después de mi arranque de cólera, medité y comprendí que era preciso dominar mi orgullo y procurar no excitarme. Encontré un auxiliar imprevisto en tragón, al que no tardé en reconocer como hijo de nuestro viejo Espía. De cachorrillo había estado en la Granja, y mi padre se lo había regalado al señor Hindley. Debió de conocerme, porque me frotó la nariz con su hocico como saludo, y luego empezó a comerse la sopa derramada, mientras yo andaba por los peldaños cogiendo los cacharros que tirara y limpiando con el pañuelo las manchas de leche de la barandilla.

Estábamos terminando la faena cuando sentimos los pasos de Earnshaw en el corredor. El perro encogió el rabo y se acurrucó contra la pared. Yo me deslicé por la puerta más cercana. El

ruido de una caída escaleras abajo y varios aullidos lastimeros me hicieron comprender que el perro no había podido esquivar el encuentro. Earnshaw no me vio; fui más afortunada. Pero un momento después llegó José con Hareton, en cuyo cuarto yo me había refugiado, y me dijo:

—Creo que ya está la casa vacía. Queda sitio para las dos: usted y su soberbia. Ocúpelo y permanezca con el que todo lo ve y todo lo sabe y no desprecie ni aun las malas compañías.

Me acomodé en una silla al lado del fuego, y a poco me dormí profundamente. Pero mi sueño, aunque agradable, duró muy poco. Heathcliff, al llegar, me despertó y me preguntó amablemente qué hacía allí. Le dije que no me había acostado todavía porque él tenía en el bolsillo la llave de nuestro cuarto. La expresión de nuestro le ofendió inmensamente, juró que no era ni sería jamás mío y dijo...

Pero te hago gracia de su lenguaje y de su comportamiento habitual. Él procura excitar mi odio por todos los medios. Su modo de obrar me produce a veces una estupefacción que me hace olvidar el temor que siento. Y eso que un tigre o una serpiente venenosa no me atemorizarían más que él. Me habló de la enfermedad de Catalina y culpó a mi hermano de ser el causante de ella, agregando que me consideraba como si yo fuese el propio Eduardo a efectos de vengarse...

¡Le odio! ¡Qué desgraciada soy y qué necia he sido! Pero no hables en casa de todo esto. Te espero con afán. No faltes. Isabel»

C A P Í T U L O XIV

En cuanto leí aquella carta fui a ver al amo, y le dije que su hermana estaba en Cumbres Borrascosas y que me había escrito interesándose por Catalina, manifestándome que tenía interés en verle a él y que deseaba recibir alguna indicación de haber sido perdonada.

—Nada tengo que perdonarle —repuso Linton. —Vete a verla, si quieres, y dile que no estoy enfadado, sino entristecido, porque pienso, además, que es imposible que sea feliz. Pero que no espere que voy a ir a verla. Nos hemos separado para siempre. Sólo me haría rectificar si el villano con quien se ha casado se marchara de aquí.

—¿Por qué no le escribe unas líneas? —insinué, suplicante.

—Porque no quiero tener nada de común con la familia de Heathcliff — respondió.

Aquella frialdad me deprimió infinitamente. En todo el tiempo que duró mi camino hacia las Cumbres no hice más que pensar en la manera de repetir, suavizadas, a Isabel las palabras de su hermano. Se diría que ella había estado esperando mi visita desde primera hora. Al subir por la senda del jardín la distinguí detrás de una persiana y le hice una señal con la cabeza; pero ella desapareció, como si desease que no se la viera. Entré sin llamar. Aquella casa, antes tan alegre, ofrecía un lúgubre aspecto de desolación. Creo que yo, en el caso de mi señora,

hubiera procurado limpiar algo la cocina y quitar el polvo de los muebles; pero el ambiente se había apoderado de ella. Su hermoso rostro estaba des—cuidado y pálido, y tenía despeinados los cabellos. Al parecer, no se había arreglado la ropa desde el día anterior.

Hindley no estaba. Heathcliff se hallaba sentado ante una mesa revolviendo unos papeles de su cartera. Al verme, me saludó con amabilidad y me ofreció una silla. Era el único que tenía buen aspecto en aquella casa; creo que mejor aspecto que nunca. Tanto había cambiado la decoración, que cualquier forastero le habría tomado a él por un auténtico caballero y a su esposa por una vulgar pordiosera.

Isabel se adelantó impacientemente hacia mí, alargando la mano como si esperase recibir la carta que aguardaba que le escribiese su hermano. Volví la cabeza negativamente. A pesar de todo, me siguió hasta el mueble donde fui a poner mi sombrero, y me preguntó en voz baja si no traía algo para ella.

Heathcliff comprendió el objeto de sus evoluciones, y dijo:

—Si tienes algo que dar a Isabel, dáselo, Elena. Entre nosotros no hay secretos.

—No traigo nada —repuse, suponiendo que lo mejor era decir la verdad.

—Mi amo me ha encargado que diga a su hermana que, por el momento, no debe contar con visitas ni cartas suyas. Le envía la expresión de su afecto, le desea que sea muy feliz y le

perdona el dolor que le causó. Pero entiende que debe evitarse toda relación que, según dice, no valdría la pena.

La señora Heathcliff volvió a sentarse junto a la ventana. Sus labios temblaban ligeramente. Su esposo se sentó a mi lado y comenzó a hacerme preguntas relativas a Catalina.

Traté de contarle solamente lo que me pareciera oportuno, pero él logró averiguar casi todo lo relativo al origen de la enfermedad. Censuré a Catalina como culpable de su propio mal, y acabé manifestando mi opinión de que el propio Heathcliff seguiría el ejemplo de Linton y evitaría todo contacto con la familia.

—La señora Linton ha comenzado a convalecer —terminé —; pero, aunque ha salvado la vida, no volverá nunca a ser la Catalina de antes. Si tiene usted afecto hacia ella, no debe interponerse más en su camino. Más le diré: creo que debería usted marcharse de la comarca. La Catalina Linton de ahora no se parece a la Catalina Earnshaw de antes. Tanto ha cambiado, que el hombre que vive con ella sólo podrá hacerlo recordando lo que fue anteriormente y en nombre del deber.

—Posible es —respondió Heathcliff— que tu amo no sienta otros impulsos que los del deber hacia su esposa. Pero ¿crees que dejaré a Catalina entregada a esos sentimientos? ¿Crees que mi cariño a Catalina es comparable con el suyo? Antes de salir de esta casa, has de prometerme que me proporcionarás una entrevista con ella. De todos modos, la veré, quieras o no.

—Ni usted debe hacerlo —contesté— ni podrá nunca contar conmigo para ello. La señora no resistirá otro choque entre usted y el señor.

—Tú puedes evitarlo —repuso él—, y, en último caso, si fuera así, me parece que habría motivos para apelar a un recurso extremo. ¿Crees que Catalina sufriría mucho si perdiese a su marido? Sólo me contiene el temor de la pena que ello pudiera causarle. Ya ves lo diferentes que son nuestros sentimientos. De haber estado él en mi lugar y yo en el suyo, jamás hubiera osado alzar mi mano contra él. Mírame con toda la incredulidad que quieras, pero es así. Jamás le hubiera arrojado de su compañía mientras ella le recibiera con satisfacción. Ahora que, apenas hubiera dejado de mostrarle afecto, ¡le habría arrancado el corazón y bebido su sangre! Pero hasta ese momento me hubiera dejado descuartizar antes que tocar un cabello de su cabeza.

—Sí —le interrumpí—; pero da la impresión de que le tiene sin cuidado a usted deshacer toda esperanza de curación volviendo a producirle nuevos disgustos con su presencia.

—Bien sabes, Elena —contestó—, que no me ha olvidado. Te consta que por cada pensamiento que dedica a Linton a mí me dedica mil. Sólo dudé un momento, al volver este verano. Pero únicamente hubiera confirmado tal idea si Catalina me declarase que era verdad. Y en ese caso no existirían ya, ni Linton, ni Hindley, ni nada... Mi existencia sin ella sería un infierno. Pero fui un estúpido al suponer, aunque fuese por un

solo momento, que ella preferiría el afecto de Eduardo Linton al mío. Si él la amase con toda la fuerza de su alma mezquina, no la amaría en ochenta años tanto como yo en un día. Y Catalina tiene un corazón como el mío. Antes se podría meter el mar en un cubo que el amor de ella pudiera reducirse a él. Le quiere poco más que a su perro o a su caballo. No le amará nunca como a mí. ¿Cómo va a amar en él lo que no existe?

—Catalina y Eduardo se quieren tanto como cualquier otro matrimonio — exclamó bruscamente Isabel. Nadie posee el derecho de hablar de esta manera, y no te consentiré que desprecies a mi hermano en presencia mía.

—También a ti tu hermano te quiere mucho, ¿no? —comentó Heathcliff despreciativamente. Mira cómo se apresura a dejarte abandonada a tu propia suerte.

—Él ignora cuánto sufro —dijo ella. No se lo he contado.

—Eso quiere decir que le has contado algo.

—Le escribí para anunciarle que me casaba. Tú mismo viste la carta.

—¿No has vuelto a escribirle?

—No.

—Me duele ver lo desmejorada que está la señorita —intervine yo. —Se ve que le falta el amor de alguien, aunque no esté yo autorizada para decir de quién.

—Me parece —repuso Heathcliff— que el amor que le falta es el amor propio. ¡Está convertida en una verdadera fregona! Se ha cansado enseguida de complacerme. Aunque te parezca mentira, el mismo día de nuestra boda ya estaba llorando por volver a su casa. Pero precisamente por lo poco limpia que es, se sentirá a sus anchas en esta casa, y ya me preocuparé yo de que no me ridiculice escapándose de ella.

—Debía usted pensar, señor —repliqué—, que la señora Heathcliff está acostumbrada a que la atiendan y cuiden, ya que la educaron, como hija única que era, en medio de mimos y regalos. Usted debe proporcionarle una doncella y la debe tratar con benevolencia. Piense usted lo que piense sobre Eduardo, no tiene derecho a dudar del amor de la señorita, ya que, de otro modo, no hubiese abandonado, para seguirle, las comodidades que la rodean ni hubiese dejado a los suyos para acompañarle a este horrible desierto.

—Si abandonó su casa —argumentó él— fue porque creyó que era un héroe de novela y esperaba toda clase de cosas de mi caballeresca pleitesía hacia sus encantos. De tal modo se comporta respecto a mi carácter y tales ideas se ha formado sobre mí, que dudo en suponerla un ser dotado de razón. Pero empieza a conocerme ya. Ha prescindido de las estúpidas sonrisas y de las muecas extravagantes con que quería fascinarme al principio, y noto que disminuye la incapacidad que padecía de comprender que yo hablaba en serio cuando expresaba mis opiniones sobre su estupidez. Para averiguar

que no la amaba tuvo que hacer un inmenso esfuerzo de imaginación. Hasta temí que no hubiera modo humano de hacérselo comprender. Pero, en fin, lo ha comprendido mal o bien, puesto que esta mañana me dio la admirable prueba de talento de manifestarme que he logrado conseguir que ella me aborrezca.

¡Te garantizo que ha sido un trabajo digno de Hércules! Si cumple lo que me ha dicho, se lo agradeceré en el alma. Vaya, Isabel, ¿has dicho la verdad?

¿Estás segura de que me odias? Sospecho que ella hubiera preferido que yo me comportara ante ti deshecho en dulzura, porque la pura verdad ofende su soberbia. Me tiene sin cuidado. Ella sabe que el amor no era mutuo. Jamás la engañé a este respecto. No dirá que le haya dado ni una prueba de amor. Lo primero que hice cuando salimos de la Granja juntos fue ahorcar a su perro, y cuando quiso defenderle, me oyó expresar claramente mi deseo de ahorcar a todo cuanto se relacionara con los Linton, excepto un solo ser. Quizá creyera que la excepción se refería a ella misma y le tuviera sin cuidado que se hiciera mal a todos los demás, con tal que su valiosa persona quedase exenta de daño. Y dime, ¿no constituye el colmo de la mentecatez de esta despreciable mujer el suponer que yo podría llegar a amarla? Puedes decir a tu amo, Elena, que jamás he tropezado con nadie más abyecto que su hermana. Deshonra hasta el propio nombre de los Linton. Alguna vez he intentado suavizar mis experimentos para

probar hasta dónde llegaba su paciencia, y siempre he visto que se apresuraba a arrastrarse vergonzosamente ante mí. Agrega, para tranquilidad de su fraternal corazón, que me mantengo estrictamente dentro de los límites que me permite la ley. Hasta el presente he evitado todo pretexto que le valiera para pedir la separación aunque, si quiere irse, no seré yo quien me oponga a ello. La satisfacción de poderla atormentar no compensa el disgusto de tener que soportar su presencia.

—Habla usted como hablaría un loco, señor Heathcliff —le dije. —Su mujer está, sin duda, convencida de ello, y por esa causa le ha aguantado tanto. Pero ya que usted dice que se puede marchar, supongo que aprovechará la ocasión. Opino, señora, que no estará usted tan loca como para quedarse voluntariamente con él.

—Elena —replicó Isabel, con una expresión en sus ojos que patentizaba que, en efecto, el éxito de su marido en hacerse odiar había sido absoluto—, no creas ni una palabra de cuanto dice. Es un diablo, un monstruo, y no un ser humano. Ya he probado antes de irme y no me ha dejado deseos de repetir la experiencia. Te ruego, Elena, que no menciones esta vil conversación ni a mi hermano ni a Catalina. Que diga lo que quiera, lo que en realidad se propone es desesperar a Eduardo. Asegura que se ha casado conmigo para cobrar ascendiente sobre mi hermano; pero antes de darle el placer de conseguirlo preferiré que me mate. ¡Ojalá lo haga! No aspiro a otra felicidad que a la de morirme o preferiblemente, verle muerto a él.

—Todo eso es magnífico —dijo Heathcliff. —Si alguna vez te citan como testigo, ya sabes lo que piensa Isabel, Elena. Anota lo que me dice: me conviene. No, Isabel, no... Como no estás en condiciones de cuidar de ti misma, yo, tu protector según la ley, debo ser el encargado de tenerte bajo mi guarda. Y ahora, sube. Tengo que decir a Elena una cosa en secreto. Por allí no; te he dicho que arriba. ¿No ves que ése es el camino de la escalera?

La tomó de un brazo, la arrojó de la habitación, y al volver exclamó:

—No puedo ser compasivo, no puedo... Cuanto más veo retorcerse a los gusanos, más ansío aplastarlos, y cuanto más los pisoteo, más aumento el dolor...

—Pero ¿sabe usted acaso lo que es ser compasivo? —respondí, mientras cogía precipitadamente el sombrero. —¿Lo ha sido alguna vez en el curso de su vida?

—No te vayas aún —dijo, al notar mis preparativos de marcha. —Escucha un momento. O te persuado a que me procures una entrevista con Catalina, o te obligo a ello. E inmediatamente. No me propongo causar daño alguno. Ni siquiera molestar a Linton. Sólo quiero que ella misma me diga cómo se encuentra, y preguntarle si puedo hacer algo en su favor. Anoche pasé seis horas rondando el jardín de la Granja, y hoy volveré, y siempre, hasta que logre entrar. Si me encuentro con Eduardo, no titubearé en golpearle hasta que no pueda impedirme la

entrada. Y si sus criados acuden, ya me desembarazaré de ellos con estas pistolas. ¿Verdad que valdrá más que no me sea necesario chocar con ellos o con tu amo? Y a ti te es tan fácil... Yo te diría cuando me propongo ir; tú podrás facilitarme la entrada, vigilar y después verme marchar sin que tu conciencia tuviese nada de que reprocharse. Así se evitarían males mayores.

Yo me negué a desempeñar tan bajo papel y le afeé su intención de volver a destruir la tranquilidad de la señora Linton.

—Cualquier cosa le causa un trastorno inmenso —le aseguré. —Está hecha un verdadero manojo de nervios. No resistirá la sorpresa: estoy segura de que no... ¡Y no insista, señor, porque tendré que avisar de ello a mi amo, y él tomará disposiciones para impedir lo que se propone usted!

—Y yo a mí vez tomaré disposiciones para asegurarme de ti —repuso Heathcliff. No saldrás de Cumbres Borrascosas hasta mañana por la mañana.

¿Qué es eso de que Catalina no podrá resistir la sorpresa de volver a verme? Además, no me propongo sorprenderla. Tú la puedes preparar y preguntarle si me permite ir. Me has dicho que no le hablan de mí ni menciona nunca mi nombre... ¡Cómo lo va a hacer si está prohibido pronunciarlo en vuestra casa! Se imagina que todos vosotros sois espías de su marido. Tengo la evidencia de que estáis haciéndole la vida imposible. Sólo en el

hecho de que calle percibo una prueba de lo que siente. ¡Vaya una demostración de sosiego que es el que suela sentir angustias y preocupaciones! ¿Cómo diablos dejaría de sentirse trastornada, viviendo en ese horrible aislamiento? Y luego, ese despreciable ser que la cuida «porque es su deber...» «¡Su deber!» Antes germinaría en un tiesto la semilla de roble que él logre restablecer a su esposa con ese género de cuidados. Vaya, concluyamos. ¿Optas por quedarte aquí mientras yo me abro paso a la fuerza, entre Linton y sus criados, hasta Catalina? ¿O prefieres obrar amistosamente, como hasta ahora? Resuelve pronto, porque si continúas encerrada en tu obstinación, no tengo un minuto que perder.

Por más que argumenté y me negué, acabé teniendo que ceder. Consentí en llevar a mi señora una carta de Heathcliff y en avisarle si ella accedía a verle aprovechando la primera ocasión en que Linton estuviera fuera de casa. Yo procuraría quedarme aparte y me las ingeniaría para que la servidumbre no se diese cuenta de aquella visita.

No sé si obré bien o mal. Acaso mal. Pero yo me proponía con ello evitar otras violencias y hasta pensé que acaso el encuentro produjese una reacción favorable en la dolencia de Catalina. Después, al recordar los reproches que el señor Linton me hiciera por contarle historias, como él decía, me tranquilicé algo más y me prometí finalmente que aquella traición, si así podía llamarse, sería la última. Pero, con todo, volví a casa más

triste de lo que había salido de ella, y antes de resolverme a entregar la carta de Heathcliff a la señora Linton dudé mucho.

—Allí veo venir al médico. Voy a bajar y a decirle que se encuentra usted mejor, señor Lockwood. Este relato es un poco prolijo y todavía nos hará gastar una mañana más en contarlo entero.

«Prolijo y lúgubre —pensé, mientras la buena señora bajaba a recibir al médico. No es del estilo que yo hubiera, elegido para entretenerme. En fin: ¡qué le vamos a hacer! Convertiré las amargas hierbas que me propina la señora Dean en salutíferas medicinas y procuraré no dejarme fascinar por los brillantes ojos de Catalina Heathcliff. ¡Sería muy notable, ciertamente, que se me ocurriera enamorarme de esa joven y la hija resultase una segunda edición de su madre!»

C A P Í T U L O XV

Ha transcurrido una semana más. Heme aquí más cerca, pues, de la salud y de la primavera. Ya he oído en todas sus partes la historia de mi vecino, de boca de la señora Dean, cuyo relato reproduciré, aunque procurando extractarlo un poco. Pero conservaré su estilo, porque encuentro que narra muy bien y no me siento lo bastante fuerte para mejorarlo.

La tarde que fui a Cumbres Borrascosas —siguió contándome— estaba tan segura como si lo hubiera visto que Heathcliff rondaba por los alrededores. Procuré no salir de casa en consecuencia, ya que llevaba su carta en el bolsillo y no quería exponerme a sus reproches y amenazas por no haberla entregado. Pero yo había resuelto no dársela a Catalina hasta que el amo no estuviera fuera, pues no sabía cómo reaccionaría la señora. De modo que no se la entregué hasta tres días más tarde. Al cuarto, que era domingo, se la llevé a su habitación, cuando todos se marcharon para ir a la iglesia. En la casa sólo habíamos quedado otro criado y yo. Era habitual dejar cerradas las puertas; pero aquel día era tan agradable, que las dejamos abiertas. Y con objeto de cumplir mi misión encargué al criado que fuese a comprar naranjas al pueblo para la señora. El criado se fue y yo subí.

La señora Linton estaba sentada junto a la ventana abierta. Vestía de blanco y llevaba un chal sobre los hombros. Su espesó

y largo cabello, cortado al comienzo de su enfermedad, caía en trenzas sobre sus hombros. Había cambiado mucho, como yo dijera a Heathcliff; pero, no obstante, cuando estaba serena, ostentaba una especie de belleza sobrenatural. En lugar de su antiguo fulgor, sus ojos poseían ahora una melancólica dulzura. No parecía que mirase lo que la rodeaba, sino que contemplase cosas muy lejanas, algo que no fuera ya de este mundo. Su rostro estaba aún pálido; pero no tan demacrado como antes, y el aspecto que le daba su estado mental, aunque impresionaba dolorosamente, despertaba más interés aún hacia ella en los que la veían. Creo que aquel aspecto suyo indicaba de modo claro que estaba condenada a morir...

Sobre el alféizar de la ventana había un libro, y el viento agitaba sus páginas. Debió de ser Linton quien lo puso allí, ya que ella no se preocupaba jamás de leer ni de hacer nada, a pesar de que él intentaba distraerla por todos los medios. Catalina se daba cuenta de ello, y lo soportaba tranquilamente cuando estaba de buen humor, aunque a veces dejaba escapar un reprimido suspiro, y otras, con besos y tristes sonrisas, le impedía continuar haciendo aquello que él pensaba que la distraía. En ocasiones parecía enojada, ocultaba la cara entre las manos, y entonces hasta empujaba a su marido para que saliese, lo que él se apresuraba a hacer, creyendo mejor en tales casos que estuviese sola.

Sonaban a lo lejos las campanas de Gimmerton, y el melodioso rumor del arroyo que regaba el valle acariciaba dulcemente los

oídos. Cuando los árboles estaban poblados de hojas, el rumor de la fronda agitada por el viento apagaba el del fluir del arroyo. En Cumbres Borrascosas se escuchaba con gran intensidad durante los días que seguían a un gran deshielo o a una temporada de lluvias. Evidentemente, oyendo el ruido del arroyo, Catalina debía estar pensando en Cumbres Borrascosas, en el supuesto de que pensara y oyera algo, puesto que su mirada vaga y errática parecía mostrar que estaba ausente de toda clase de cosas materiales.

—Me han dado una carta para usted, señora —le dije, depositándosela en su mano, que tenía apoyada en la rodilla. —¿La abro?

—Sí —repuso Catalina sin alterar la expresión de su mirada. La abrí. Era brevísima.

—Léala usted —proseguí.

Ella dejó caer el pliego. Volví a colocarlo en su regazo y esperé; pero viendo que no prestaba atención alguna dije:

—¿Quiere que la lea yo? Es del señor Heathcliff.

Se sobresaltó y cruzó por sus ojos un relámpago que indicaba que luchaba para coordinar las ideas. Cogió la carta, la repasó superficialmente y suspiró al leer la firma. Pero no se había dado cuenta de su contenido, porque al

preguntarle qué contestación debía transmitir, me miró con una expresión interrogativa y angustiada.

—Quiere verla —repuse, adivinando lo que quería significarme. — Está esperando impaciente en el jardín.

Mientras yo hablaba, noté que el perro que estaba en el jardín, se erguía, estiraba las orejas, y luego, desistiendo de ladrar y moviendo la cola, daba a entender que quien se acercaba le era conocido. La señora Linton se asomó a la ventana y escuchó conteniendo la respiración. Un minuto después sentimos pasos en el vestíbulo. La puerta abierta representaba una tentación harto fuerte para Heathcliff. Sin duda pensó que yo no había cumplido mi promesa y resolvió confiar en su propia audacia.

Catalina miraba ansiosamente hacia la entrada de la habitación. Heathcliff, al principio, no encontraba el cuarto, y la señora me hizo una señal para que fuera a recibirle; pero él apareció antes de que llegase yo a la puerta y un momento después ambos se estrechaban en un apretado abrazo.

Durante cinco minutos él no le habló, limitándose a abrazarla y a besarla más veces que lo hubiese hecho en toda su vida. En otra ocasión, mi señora habría sido la primera en besarle. Bien eché de ver que él sentía, al verla, la misma impresión que yo, y que estaba convencido de que Catalina no recobraría la salud.

—¡Oh, querida Catalina! ¡No podré resistirlo! —dijo, al fin, en tono de desesperación. Y la miró con tal intensidad, que creí

que aquella mirada le haría deshacerse en lágrimas. Pero sus ojos, aunque ardían de angustia, permanecían secos.

—Me habéis desgarrado el corazón entre tú y Eduardo, Heathcliff —dijo Catalina, mirándole ceñuda. —Y ahora os lamentáis como si fuerais vosotros los dignos de lástima. No te compadezco. Has conseguido tu objeto, me has matado. Tú eres muy fuerte. ¿Cuántos años piensas vivir después de que yo muera?

Heathcliff había puesto una rodilla en tierra para abrazarla. Fue a levantarse, pero ella le sujetó el cabello y le hizo permanecer en aquella postura.

—Quisiera tenerte así —dijo— hasta que ambos muriéramos. No me importa nada que sufras. ¿Por qué no has de sufrir? También sufro yo. ¿Me olvidarás, Heathcliff? ¿Serás capaz de ser feliz después de que yo haya sido enterrada? Dentro de veinte años dirás quizás: «Aquí está la tumba de Catalina Earnshaw. Mucho la he amado, pero la perdí, y ya ha pasado todo. Luego he amado a otras muchachas. Quiero más a mis hijos que lo que la quise a ella, y me apenará más morir y dejarlos que me alegrará el ir a reunirme con la mujer que quise.» ¿Verdad que dirás eso, Heathcliff?

—No me atormentes, Catalina, que me siento tan loco como tú —gritó él. Había desprendido la cabeza de las manos de su amiga y le rechinaban los dientes.

El cuadro que ambos presentaban era singular y terrible. Catalina podía, en verdad, considerar que el cielo sería un destierro para ella, a no ser que su mal carácter quedara sepultado con su carne perecedera. En sus pálidas mejillas, sus labios exangües y sus brillantes ojos, se pintaba una expresión rencorosa. Apretaba entre sus crispados dedos un mechón del cabello de Heathcliff, que había arrancado al aferrarle. Él, por su parte, la había cogido ahora por el brazo, y de tal manera la oprimía, que, cuando la soltó, distinguí cuatro amoratadas huellas en los brazos de Catalina.

—Sin duda estás poseída del demonio —dijo él con ferocidad— al hablarme de esa manera cuando te estás muriendo, ¿no comprendes que tus palabras se grabarán en mi memoria como un hierro ardiendo, y que seguiré acordándome de ellas cuando tú ya no existas? Te consta que mientes al decir que yo te he matado, y te consta también que tanto podré olvidarte como olvidar mi propia existencia. ¿No basta a tu diabólico egoísmo el pensar que, cuando tú descanses en paz, yo me retorceré entre todas las torturas del infierno?

—Es que no descansaré en paz —dijo lastimeramente Catalina.

Y cayó otra vez en un estado de abatimiento. Se sentía latir su corazón con tumultuosa irregularidad. Cuando pudo dominar el frenesí que la embargaba, dijo más suavemente:

—No te deseo, Heathcliff, penas más grandes que las que he padecido yo. Sólo quisiera que nunca nos separáramos. Si una

sola palabra mía te doliera, piensa que yo sentiré cuando esté bajo tierra tu mismo dolor. ¡Perdóname, ven! Arrodíllate. Nunca me has hecho daño alguno. Si estás ofendido, ello me dolerá a mí más que a ti mis palabras duras. ¡Ven! ¿No quieres?

Heathcliff se recostó en el respaldo de la silla de Catalina y volvió el rostro. Ella se ladeó para poder verle; pero él, para impedirlo, se volvió de espaldas, se acercó a la chimenea y permaneció silencioso.

La señora Linton le siguió con la mirada. Encontrados sentimientos nacían en su alma. Al fin, tras una prolongada pausa, exclamó, dirigiéndose a mí:

—¿Ves, Elena? No es capaz de ceder un solo instante, ni aun tratándose de retardar el momento de mi muerte. ¡Qué modo de amarme! Me da igual... Pero éste no es mi Heathcliff. Yo seguiré amándole como si lo fuera, y será esa imagen la que llevaré conmigo, ya que ella es la que habita en mi alma. Esta prisión en que me hallo es lo que me fatiga —añadió. Estoy harta de este encierro. Ansío volar al mundo esplendoroso que hay más allá de él. Lo vislumbro entre lágrimas y sufrimientos, y, sin embargo, Elena, me parece tan glorioso, que siento pena de ti, que te consideras satisfecha de estar fuerte y sana... Dentro de poco me habré remontado sobre todos vosotros. ¡Y pienso que él no estará conmigo entonces! —continuó como si hablase consigo misma. Yo creía que él quería estar también conmigo en el más allá. Heathcliff, querido mío, no quiero que te enfades... ¡Ven a mi lado, Heathcliff!

Se incorporó y se apoyó en uno de los brazos del sillón. Heathcliff se volvió hacia ella con una expresión de inmensa desesperanza en la mirada. Sus ojos, ahora húmedos, centelleaban al contemplarla, y su pecho se agitaba convulsivamente. Un instante estuvieron separados; luego Catalina se precipitó hacia él, y él la abrazó de tal modo que temí que mi señora no saliera con vida de sus brazos. Cuando se separaron, ella cayó como exánime sobre la silla, y Heathcliff se desplomó en otra inmediata. Me acerqué a ver si la señora se había desmayado, y él, rechinando los dientes, echando espuma por la boca, me separó con furor. Me pareció que no me hallaba en compañía de seres humanos.

Traté de hablarle, pero no parecía entenderme, y acabé apartándome llena de turbación.

A poco, Catalina hizo un movimiento, y esto me tranquilizó. Levantó la mano, cogió la cabeza de Heathcliff y acercó su mejilla a la suya. Heathcliff la cubrió de exasperadas caricias y le dijo, con marcado acento feroz:

—Ahora me demuestras lo cruel y falsa que has sido conmigo. ¿Por qué me desdeñaste? ¿Por qué hiciste traición a tu propia alma? No sé decirte ni una palabra de consuelo, no te la mereces... Bésame y llora todo lo que quieras, arráncame besos y lágrimas, que ellas te abrasarán y serán tu condenación. Tú misma te has matado. Si me querías, ¿con qué derecho me abandonaste? ¡Y por un mezquino capricho que sentiste hacia Linton! Ni la miseria, ni la bajeza, ni aun la muerte nos hubiera

separado, y tú, sin embargo, nos separaste por tu propia voluntad. No soy yo quien ha desgarrado tu corazón. Has sido tú, y al desgarrártelo has destrozado el mío. Y si yo soy más fuerte, ¡peor para mí!

¿Para qué quiero vivir cuando tú...? ¡Oh Dios, quisiera estar contigo en la tumba!

—¡Déjame! —contestó Catalina sollozando. —Si he causado mal, lo pago con mi muerte. Basta. También tú me abandonaste; pero no te lo reprocho y te he perdonado. ¡Perdóname tú también!

—¡Perdonarte cuando veo esos ojos y toco esas manos enflaquecidas! Bésame, pero no me mires. Sí; te perdono. ¡Amo a quien me mata! Pero ¿cómo puedo perdonar a quien acaba con tu vida?

Callaron, juntaron sus rostros y mutuamente se bañaron en lágrimas. No sé si me equivoqué al suponer que Heathcliff lloraba también; pero, en verdad, el caso no era para menos.

Yo me sentía inquieta. Caía la tarde y se veía salir ya a la gente de la iglesia de Gimmerton y esparcirse por el valle. El criado que había enviado al pueblo estaba de regreso.

—El oficio religioso ha concluido —anuncié— y el señor volverá antes de media hora.

Heathcliff profirió un juramento y abrazó más apretadamente aún a Catalina, que permaneció inmóvil. A poco distinguí a los

criados que avanzaban en grupo por el camino. El señor Linton los seguía a corta distancia. Abrió por sí mismo la verja. Parecía extasiado en contemplar la belleza de la tarde estival y aspirar sus suaves perfumes.

—Ya ha llegado —exclamé—, ¡Baje enseguida, por Dios! No encontrará usted a nadie en la escalera principal. Ocúltese entre los árboles hasta que el señor haya entrado.

—Debo irme, Catalina —dijo Heathcliff, separándose de sus brazos.

—Pero, de no morirme, te volveré a ver antes de que te hayas dormido... No me separaré ni cinco metros de tu ventana.

—No te irás —repuso ella, sujetándole con todas sus fuerzas. —No tienes por qué irte.

—Vuelvo antes de una hora —aseguró él. —La señora insistió:

—No te vayas ni un instante.

—Me es forzoso marcharme —repitió, alarmado, Heathcliff. —Linton estará aquí dentro de un momento.

Por su deseo, él se hubiera levantado y desprendido de ella a viva fuerza; pero Catalina le sujetó firmemente, mientras pronunciaba expresiones entrecortadas. En su rostro se transparentaba una decidida resolución.

—¡No! —gritó. —¡No te vayas! Eduardo no nos hará nada. ¡Es la última vez, Heathcliff, me muero!

—¡Maldito imbécil! Ya ha llegado —exclamó Heathcliff dejándose caer otra vez en la silla. —¡Calla, Catalina! ¡Calla, alma mía! Si me matase ahora, moriría bendiciéndole.

Y volvieron a unirse en un estrecho abrazo. Sentí subir a mi amo por la escalera. Un sudor frío bañaba mi frente. Estaba horrorizada.

—Pero ¿es que va usted a hacer caso de sus delirios? —dije a Heathcliff fuera de mí. — No sabe lo que dice. ¿Es que se propone usted perderla aprovechando que le falta la razón? Levántese y márchese inmediatamente. Este crimen sería el más odioso de cuantos haya cometido usted. Todos nos perderemos por culpa suya; el señor, la señora y yo.

Grité y me retorcí las manos con desesperación. Al oírme gritar, el señor Linton se apresuró más aún. No dejó de aliviar un tanto mi turbación al ver que los brazos de Catalina, dejando de oprimir a Heathcliff, caían lánguida— mente y su cabeza se inclinaba con laxitud.

«Se ha desmayado o se ha muerto —pensé. Mejor. Vale más que muera que no que siga siendo una causa de desgracia para todos los que la rodean» Eduardo, pálido de estupor y de ira al divisar al inesperado visitante, se lanzó hacia él. No sé lo que se proponía. Pero Heathcliff le detuvo en seco poniéndole entre los brazos el inmóvil cuerpo de su esposa.

—Si no es usted un demonio —dijo Linton—, ayúdeme primero a atenderla y ya hablaremos después.

Heathcliff se marchó al salón y permaneció sentado. El señor Linton recurrió a mí, y entre los dos, con grandes esfuerzos, logramos reanimar a Catalina. Pero había perdido la razón completamente: suspiraba, emitía quejidos inarticulados y no reconocía a nadie. Eduardo, en su ansiedad por su esposa, se olvidó de su odiado rival. Aproveché la primera oportunidad que tuve para ir a rogarle que se fuese, afirmándole que Catalina estaba un poco repuesta y que a la mañana siguiente le llevaría noticias suyas.

—Saldré de la casa —dijo él—, pero permaneceré en el jardín. No te olvides de cumplir tu palabra mañana, Elena. Estaré bajo aquellos pinos; tenlo en cuenta. De lo contrario, volveré, esté Linton o no.

Echó una rápida mirada por la puerta entreabierta de la alcoba, y al comprobar que, al parecer, yo no había faltado a la verdad, se fue, librando a la casa de su perniciosa presencia.

C A P Í T U L O XVI

A las doce de aquella noche nació la Catalina que usted ha conocido en Cumbres Borrascosas: una niña de siete meses. Dos horas después moría su madre, sin haber llegado a recobrar el sentido suficiente para reconocer a Eduardo o echar de menos a Heathcliff. El señor Linton se sintió traspasado de dolor por la pérdida de su esposa. No quiero hablar de ello; es demasiado penoso. Alimentaba su disgusto, a lo que se me alcanza, la pena de no tener un heredero varón. También yo sentía lo mismo mientras contemplaba a la huerfanita y maldecía mentalmente al viejo Linton, por haber decidido que en aquel caso fuese heredera su hija y no su hijo, que hubiera, a mi juicio, resultado lo más natural.

Aquella niña llegó con verdadera inoportunidad. Si la pobrecita se hubiese muerto llorando en las primeras horas de su existencia, a todos en aquel momento nos hubiera tenido sin cuidado. Más tarde rectificamos; pero el principio de su vida fue tan lamentable como probablemente será su fin.

La mañana siguiente amaneció alegre y clara. La luz del sol se filtraba, tamizándose, a través de las persianas, y con un dulce resplandor iluminaba el lecho y a la que en él yacía. Eduardo tenía los ojos cerrados y reclinaba la cabeza en la almohada. Sus hermosas facciones estaban tan pálidas como las del cuerpo que yacía a su lado. Su rostro transparentaba una

angustia infinita, y, en cambio, el rostro de la muerta reflejaba una infinita paz. Tenía los párpados cerrados y los labios ligeramente sonrientes. Creo que un ángel no hubiera estado más bello que ella. Me comunicó su serenidad. Jamás sentí más serena mi alma que mientras estuve contemplando aquella inmóvil imagen del reposo eterno. Me acordé, y hasta repetí las palabras que Catalina pronunciara poco antes: se había remontado sobre todos nosotros. Fuese que se encontrara en la tierra todavía, o ya en el cielo su espíritu, indudablemente estaba con Dios...

Tal vez sea una cosa peculiar mía; pero el caso es que muy pocas veces dejo de sentir una impresión interna de beatitud cuando velo un muerto, salvo si algún afligido allegado suyo me acompaña. Me parece apreciar en la muerte un reposo que ni el infierno ni la tierra son capaces de quebrantar, y me invade la sensación de un futuro eterno y sin sombras. Sí; la eternidad. Allí donde la vida no tiene límites en su duración, ni el amor en sus transportes, ni la felicidad en su plenitud. Y entonces comprendí el egoísmo que encerraba un amor como el de Linton, que de tan amarga manera lamentaba la liberación de Catalina.

Claro está que, en rigor, teniendo en cuenta la agitada y rebelde vida que había llevado, cabía dudar de si entraría o no en el reino de los cielos; pero la contemplación de aquel cadáver con su aspecto sereno eliminaba toda duda de que el alma que la alentó gozaba ahora de la misma paz inefable que aquel exánime cuerpo.

—¿Usted cree —preguntó la señora Dean— que personas así pueden ser felices en el otro mundo? Daría algo bueno por saberlo.

No contesté a la interrogación de mi ama de llaves, pregunta que me pareció un tanto poco ortodoxa. Y ella continuó diciendo:

—Temo al pensar en la vida de Catalina Linton, que no es muy dichosa en el otro mundo. Pero, en fin, dejémosla tranquila, que ya está en presencia de su Creador...

Como el amo parecía dormir, me aventuré a escaparme al exterior poco después de salir el sol. Los criados se imaginaron que yo salía para desentumecer mis sentidos, fatigados del prolongado velatorio; pero, en realidad, lo que me proponía era hablar al señor Heathcliff, quien había pasado la noche entre los pinos y no debía de haber sentido el movimiento de la granja, a no ser que hubiese oído el galope del caballo del criado que enviáramos a Gimmerton. De estar más próximo, el movimiento de puertas y luces le habría hecho comprender, probablemente, que pasaba algo grave. Yo sentía a la vez deseo y temor de encontrarle. Por un lado, me urgía comunicarle la terrible noticia, y por otro, no sabía cómo hacerlo para no irritarle.

Le vi en el parque, apoyado contra un añoso fresno, destocado y con el cabello impregnado del rocío, que goteaba desde las ramas lentamente. Debía de llevar mucho tiempo en aquella

actitud, porque reparé en una pareja de mirlos que iban y venían a menos de un metro de distancia de él, ocupándose en construir su nido y tan ajenos a la presencia de Heathcliff como si fuera un tronco de árbol. Al acercarme, echaron a volar, y él, levantando los ojos, me dijo:

—¡Ha muerto! ¡Tanto esperar para acabar recibiendo esa noticia! Vamos; fuera ese pañuelo. No me vengas con llantos... ¡Idos todos al diablo! ¿De qué le servirán vuestras lágrimas?

Yo lloraba tanto por él como por ella. Es frecuente compadecer a personas que son incapaces de experimentar tal sentimiento hacia el prójimo y hasta hacia sí mismos. Al verle se me ocurrió que quizá sabía ya lo sucedido y que se había resignado y rezaba, porque movía los labios y bajaba la vista.

—Ha muerto —contesté, enjugando mi llanto— y está en el cielo, adonde todos iríamos a reunirnos con ella si aprovecháramos la lección y dejáramos el mal camino para seguir el bueno.

—¿Acaso ha muerto como una santa? —preguntó sarcásticamente Heathcliff. —Vaya... Cuéntame... ¿Cómo ha muerto...?

Quiso pronunciar el nombre de la señora; pero la voz expiró en sus labios y se los mordió. Se notaba en él una silenciosa lucha interna.

— ¿Cómo ha muerto? —volvió a preguntar.

Noté que pese a toda su audacia insolente se sentía más tranquilo teniendo a alguien a su lado. Un profundo temblor recorría todo su cuerpo.

«¡Desdichado! —pensé—. Tienes corazón y nervios como cualquier otro.

¿Por qué ese empeño en ocultarlos? ¡Tu soberbia no engañará a Dios! Le estás provocando a que te atormente y humille hasta hacerte estallar» —Murió mansa como un cordero —repuse—. Suspiró, hizo un movimiento como un niño al despertar y cayó en un letargo. A los cinco minutos sentí que su corazón palpitaba fuerte... Y luego, nada...

—¿Habló de mí? —preguntó él, vacilante, como si temiera oír los detalles que me pedía.

—Desde que usted se separó de ella no volvió en sí ni reconoció a nadie. Sus ideas eran confusas, y había retrocedido en sus pensamientos a los años de su infancia. Su vida ha concluido en un dulce sueño. ¡Ojalá despierte de la misma manera en el otro mundo!

—¡Ojalá despierte entre mil tormentos! —gritó él con espantosa vehemencia, pateando y vociferando en un brusco acceso de furor. —Ha sido falsa hasta el fin. ¿Dónde estás? En la vida imperecedera del cielo, no. ¿Dónde estás? Me has dicho que no te importan mis sufrimientos. Pero yo no repetiré más que una plegaria: «¡Catalina! ¡Haga Dios que no reposes mientras yo viva!» Si es cierto que yo te maté, persígueme. Se asegura que

la víctima persigue a su asesino. Hazlo, pues; sígueme hasta que me enloquezcas. Pero no me dejes solo en este abismo. ¡Oh! ¡No puedo vivir sin mi vida! ¡No puedo vivir sin mi alma!

Apoyó la cabeza contra el árbol y cerró los ojos. No parecía un hombre que sufre, sino una fiera acosada cuyas carnes desgarran las armas de los cazadores. En el tronco del árbol distinguí varias manchas de sangre, y sus manos y frente estaban manchadas también. Escenas idénticas a aquella debían de haber sucedido durante la noche. Más que compasión, sentí miedo; pero me era penoso dejarle en aquel estado. Él fue quien, al darse cuenta de que yo seguía allí, me gritó que me fuera, lo que hice enseguida, puesto que no podía consolarle ni devolverle la tranquilidad. Hasta el viernes siguiente —día en que había de celebrarse el funeral— Catalina permaneció en su ataúd, en el salón, que estaba cubierto de plantas y flores. Todos menos yo ignoraron que Linton pasó allí todo aquel tiempo sin descansar apenas un momento. A su vez, Heathcliff también pasaba fuera las noches, por lo menos, sin reposar tampoco ni un minuto. El martes, aprovechando un instante en que el amo, rendido de fatiga, se había retirado para dormir un par de horas, abrí una de las ventanas, a fin de que Heathcliff pudiera dar a su adorada un último adiós. Aprovechó la oportunidad y entró sin hacer el más ligero ruido. Sólo pude darme cuenta de que había penetrado al apreciar lo desordenadas que estaban las ropas en torno del rostro del cadáver y hallar en el suelo un rizo rubio. Examinado con

cuidado, comprobé que había sido arrancado de un dije que Catalina llevaba al cuello, y sustituido por un negro rizo de los cabellos de Heathcliff. Yo uní ambos cabellos en el medallón y los guardé en él.

Se invitó al señor Earnshaw a que acudiese al entierro de su hermana, pero no apareció ni se excusó siquiera. A Isabel no se le avisó. De modo que el duelo estuvo compuesto, aparte de mi amo, solamente de criados y colonos.

Con gran extrañeza de los aldeanos, Catalina no fue enterrada en el panteón de la familia Linton ni entre las tumbas de los Earnshaw. Se abrió una fosa en un verde rincón del cementerio. El muro es tan bajo por aquel lado, que los brezos y los arándanos trepan sobre él y se inclinan sobre la tumba. Su esposo yace ahora en el mismo sitio, y una sencilla lápida con una piedra gris al pie cubre la sepultura de cada uno.

C A P Í T U L O XVII

El día del entierro fue el único que hizo bueno aquel mes, hasta el anochecer. El viento cambió de dirección y empezó a llover y luego a nevar. Al otro día resultaba increíble que hubiéramos disfrutado ya tres semanas de buena temperatura. Las flores quedaron ocultas bajo la nieve, las alondras enmudecieron y las hojas tempranas de los árboles se ennegrecieron, como si hubieran sido heridas de muerte. ¡Aquella mañana transcurrió más lúgubre y triste! El señor no salió de su habitación. Yo me instalé en la solitaria sala, con la niña en brazos, y mientras le mecía miraba caer la nieve a través de la ventana. De pronto, la puerta se abrió y entró una mujer jadeando y riéndose. Me enfurecí y me asombré. Imaginando al principio que era una de las criadas grité:

—¡Silencio! ¿Qué diría el señor Linton si te oyese reír ahora?

—Perdona —contestó una voz que me era conocida—; pero sé que Eduardo está acostado y no he podido contenerme.

Mientras hablaba, se acercó a la lumbre, apretándose los costados con las manos.

—He volado más que corrido desde las Cumbres aquí —continuó—, y me he caído no sé cuántas veces. Ya te lo explicaré todo. Únicamente quiero que ordenes que enganchen el coche para irme a Gimmerton y que me busquen algunos vestidos en el armario.

La recién llegada era la esposa de Heathcliff. El cabello le caía sobre los hombros y estaba empapada en agua y la cubrían aún algunos copos de nieve. Llevaba el vestido que solía usar de soltera: un vestido escotado, con manga corta, y no tenía cubierta la cabeza ni abrigado el cuello. En los pies calzaba unas leves chinelas. Para colmo, tenía una herida en el cuello junto a la oreja, aunque no sangraba, porque el frío coagulaba la sangre, y su rostro estaba blanco como el papel y lleno de arañazos y de contusiones.

—¡Oh, señorita! —exclamé. —No ordenaré nada ni la escucharé hasta que no se haya cambiado esa ropa mojada. Además, esta noche no irá usted a Gimmerton. De modo que no hace falta enganchar el coche.

—Me iré aunque sea a pie —repuso. —Respecto a mudarme, está bien.

Mira cómo sangro ahora por el cuello. Con el calor, me duele.

Hasta que no mandé disponer el carruaje y encargué a una criada que preparase ropas se negó a que la atendiese y le curase la herida. Cuando todo estuvo hecho, se sentó al fuego ante una taza de té y dijo:

—Siéntate, Elena. Quítame de delante la niña de Catalina. No quiero verla. No creas que no me ha afectado la muerte de mi cuñada. He llorado por ella como el que más. Nos separamos enfadadas y no me lo perdono. Esto bastaría para que no

pudiese querer a ese ser dichoso. Mira lo que hago con lo único que llevo de él.

Arrancó de sus dedos una alianza de oro y la tiró.

—Quiero pisotearla y quemarla luego —dijo con rabia pueril. Y arrojó el anillo a la lumbre.

—¡Así! Ya me comprará otro si logra encontrarme. Es capaz de venir con tal de perturbar a Eduardo. No me atrevo a quedarme por temor a que acuda esa idea a su malvada cabeza. Además, Eduardo no se ha portado bien, ¿no es cierto? Sólo por absoluta necesidad me he refugiado aquí. Si me hubieran dicho que estaba levantado, me habría quedado en la cocina para calentarme y pedirte que me llevases lo más necesario, a fin de huir de mi..., ¡de ese maldito demonio hecho hombre! ¡Estaba furioso! ¡Si llega a cogerme! ...

Siento que Earnshaw no sea más fuerte que él, porque, en ese caso, no me hubiera marchado hasta ver cómo le acogotaba.

—Hable más despacio, señorita —interrumpí. —De lo contrario, se le va a caer el pañuelo que le he puesto y va a volver a sangrarle ese corte. Beba el té, respire y no se ría tanto. No va bien ni con su estado ni con lo ocurrido en esta casa.

—Tienes razón —repuso. —Pero oye cómo llora esa niña. Haz que se la lleven por una hora, que es lo que pienso estar aquí.

Llamé a una criada, le entregué la pequeña y pregunté a Isabel qué era lo que le había decidido a abandonar Cumbres

Borrascosas en una noche como aquella y por qué no quería quedarse.

—Debiera y quisiera hacerlo para atender y consolar a Eduardo y cuidar de la niña, ya que ésta es mi verdadera casa. Pero Heathcliff no me dejaría.

¿Crees que soportaría el saber que yo estaba tranquila y que aquí reinaba la paz? ¡Se apresuraría a venir a perturbarnos! Estoy segura de que me odia tanto, que no puede tolerar mi presencia. Cada vez que me ve, los músculos de su cara se contraen en una expresión de odio. Ahora bien: como no puede soportarme, estoy segura de que no va a perseguirme a través de toda Inglaterra. Así, pues, debo irme muy lejos. Ya no deseo que me mate, prefiero que se mate él. Ha conseguido extinguir mi amor. Ahora me siento libre. Sólo puedo recordar cómo le amaba, pero de un modo vago, y aún imaginar cómo le amaría si... Pero no; aunque me hubiese adorado, no habría dejado de mostrar su infernal carácter. Sólo un gusto tan pervertido como el de Catalina podía llegar a tener afecto hacia este hombre. ¡Qué monstruo! Quisiera verle completamente borrado del mundo y de mi recuerdo.

—Vamos, calle —le dije. —Sea más compasiva. Es un ser humano, al fin.

Hay otros peores que él.

—No es un ser humano —repuso— y no tiene derecho a que le compadezca. Le entregué mi corazón, y después de

desgarrármelo me lo ha tirado a la cara. Los humanos sentimos con el corazón, Elena; y desde que desgarró el mío no me es posible sentir nada hacia él, ni sentiría nada, mientras él no muera, aunque llorase lágrimas de sangre. ¡No, ya no soy capaz de sentir!

Isabel rompió a llorar; pero se secó las lágrimas inmediatamente y continuó:

—Te diré por qué tuve que huir. Llegué a excitar su ira hasta un extremo que sobrepasó su infernal prudencia y se entregó a violencias contra mí. Al ver que había logrado exasperarle sentí cierta satisfacción; luego despertó en mí el instinto de conservación y hui. ¡Ojalá no vuelva a caer en sus manos de nuevo!

»Como supondrás —continuó—, el señor Earnshaw se proponía ir al entierro. No bebió, quiero decir que sólo se emborrachó a medias, así estuvo hasta las seis, en que se acostó. A las doce se levantó con lo que se llama la resaca de la embriaguez; de un humor de perros, por tanto, y con tanta gana de ir a la iglesia como al baile. De modo que se sentó al fuego y empezó a beber. Heathcliff, ¡me escalofría pronunciar su nombre!, casi no apareció por casa desde el domingo. No sé si le daban de comer los ángeles o quién. Pero con nosotros no come hace una semana. Al apuntar el alba se encerraba en su habitación, ¡como si temiese que alguien buscara su agradable compañía!, y allí se entregaba a fervientes plegarias.

»Pero te advierto que el dios que invocaba es sólo polvo y ceniza, y al invocarle lo confundía de extraña manera con el propio demonio que le engendró a él. Terminadas estas magníficas oraciones, que duraban hasta enronquecer y ahogársele la voz en la garganta, se iba inmediatamente camino de la Granja. ¡Cómo que me extraña que Eduardo no le haya hecho vigilar por un alguacil! Por mi parte, aunque lo de Catalina me entristecía mucho, me sentía como si tuviese una fiesta al disfrutar de tal libertad. Así que recuperé mis energías hasta el punto de poder escuchar los sermones de José sin echarme a llorar y de poder andar por la casa con más seguridad de la acostumbrada. José y Hareton son detestables hasta el punto de que la horrible charla de Hindley me resultaba mejor que estar con ellos.

»Cuando Heathcliff está en casa —siguió diciendo Isabel—, muchas veces tengo que reunirme con los dos en la cocina, para no morirme de hambre y para no tener que vagar a solas por las lóbregas y solitarias habitaciones. En cambio, ahora que no estaba, pude permanecer tranquilamente sentada ante una mesa al lado del hogar, sin ocuparme del señor Earnshaw, que a su vez no se preocupa de mí. Ahora está más tranquilo que antes, aunque más huraño aún, y no se enfurece si no se le provoca. José asegura que Dios le ha tocado el corazón y que se ha salvado por la prueba del fuego. Pero, en fin, eso no me importa. Anoche estuve en mi rincón leyendo hasta cerca de las doce. Me asustaba el irme arriba. Afuera se sentía la ventisca.

Yo pensaba en el cementerio y en la fosa recién abierta. Tan pronto como separaba los ojos del libro, la escena acudía a mi imaginación. En cuanto a Hindley, estaba sentado delante de mí, y acaso pensara en lo mismo. Cuando estuvo suficientemente embriagado, dejó de beber y permaneció dos o tres horas sin despegar los labios. En la casa no se oía otro rumor que el del viento batiendo en las ventanas, el chirrido de la lumbre y el chasquido que yo hacía a veces al despabilar la vela. Hareton y José se debían de estar durmiendo. Me sentía muy triste, y de cuando en cuando suspiraba profundamente. De pronto, en medio del silencio, se sintió el ruido del picaporte de la cocina. Sin duda, la tempestad había hecho regresar a Heathcliff más pronto de lo habitual. Pero como aquella puerta estaba cerrada con llave, hubo de desistir, y le sentimos dar la vuelta para entrar por la otra. Me levanté, casi sin poder sofocar la exclamación que acudía a mis labios, lo que hizo que mi compañero se volviera y me mirara.

»—Si no tiene usted nada que objetar —me dijo—, haré aguardar a Heathcliff cinco minutos.

»—Por mí puede usted hacerle esperar toda la noche — repuse. —¡Ea, eche la llave y corta el cerrojo!

»Earnshaw lo efectuó así antes de que el otro llegase a la puerta principal. Luego acercó su silla a la mesa, y me miró como si quisiese hallar en mis ojos un reflejo del ardiente odio que llameaba en los suyos. Claro está que como él en aquel momento tenía la expresión y los sentimientos de un asesino, no

pudo hallar completa correspondencia en mi mirada; pero, aun así, encontró en ella lo suficiente para animarle.

»—Usted y yo —expuso— tenemos cuentas que arreglar con el hombre que está ahí fuera. Si no fuésemos cobardes, podríamos ponernos de acuerdo para la venganza. ¿Es usted tan mansa como su hermano y está dispuesta a sufrir eternamente sin intentar desquitarse?

»—Estoy harta de aguantarle —repliqué—; pero emplear la traición y la violencia es exponerse a emplear un arma de dos filos con la que puede herirse el mismo que la maneja.

»—¡La traición y la violencia son los medios que han de utilizarse con quien los emplea! —gritó Hindley. Señora Heathcliff, no necesito de usted, sino que no intervenga ni grite. ¿Se siente capaz de hacerlo? Creo que debiera usted experimentar tanto placer como yo en asistir a la muerte de ese demonio. Él acarreará, de lo contrario, la muerte de usted y la ruina mía. ¡Maldito sea!

¡Está llamando a la puerta como si fuera el amo! Prométame estar callada, y antes de que dé la una aquel reloj, y sólo faltan tres minutos, habrá quedado usted libre de ese hombre.

»Hablando así sacó el arma que te he descrito en otra ocasión, Elena, y se dispuso a apagar la vela, pero yo se lo impedí.

»—No callaré —le dije. —No lo toque. ¡Deje la puerta cerrada, pero no le haga nada!

» ¡Estoy resuelto, y cumpliré lo que me propongo! —exclamó Hindley.

—Haré justicia a Hareton y un favor a usted misma, aunque no quiera. Y ni siquiera tiene usted que preocuparse de salvarme. Catalina ya no vive, y nadie tiene por qué avergonzarse de mí. Ha llegado el momento de acabar.

»Tan fácil como con él me hubiera sido luchar con un oso o razonar con un perturbado. Sólo me quedaba una solución: correr a la ventana y avisar a la presunta víctima.

»—Mejor será que no insistas en entrar —le dije desde la ventana. — Si lo haces, el señor Earnshaw está dispuesto a pegarte un tiro.

»—Más te valdría abrirme la puerta —replicó Heathcliff, añadiendo algunas galantes expresiones que más vale no repetir.

»—Bien; pues allá tú —repliqué. —Yo he hecho lo que debía. Ahora, entra, y que te mate si quiere.

»Cerré la ventana y me volví junto al fuego, sin afectar por su suerte una hipócrita ansiedad que estaba muy lejos de sentir. Earnshaw, furioso, me increpó con violencia, acusándome de cobarde y diciéndome que aún amaba al villano. Pero en lo que yo pensaba en el fondo, sin sentir remordimiento alguno de conciencia, era en lo muy conveniente que sería para Earnshaw que Heathcliff le librara del peso de la vida y en lo muy conveniente que sería para mí que Hindley me librase de

Heathcliff. Mientras yo reflexionaba sobre estos temas, el cristal de la ventana saltó en pedazos, y a través del agujero apareció el negro rostro de aquel hombre. Pero como el marco era demasiado estrecho para que pasase, sonreí, pensando que me hallaba a salvo de él. Heathcliff tenía el cabello y la ropa cubiertos de nieve, y sus dientes, agudos como los de un caníbal, brillaban en la oscuridad.

»—Ábreme, Isabel, o te arrepentirás —rugió él, bufando, como decía José.

»—No quiero cometer un crimen —repuse. —El señor Hindley te espera con un cuchillo y una pistola.

»—Ábreme la puerta de la cocina —respondió.

»—Hindley llegará antes que yo —alegué. —¡Poco vale ese amor que tienes hacia Catalina, cuando no arrostras por él un poco de nieve! En tu lugar, Heathcliff, yo iría a tenderme sobre su tumba como un perro fiel. ¿No es verdad que ahora te parece que no vale la pena vivir? Me has hecho comprender que Catalina era la única alegría de tu vida. No sé cómo vas a poder existir sin ella.

»—¡Ah! —exclamó Hindley, dirigiéndose hacia mí. —¿Está ahí Heathcliff?

Si logro sacar el brazo, podré...

»Temo que me consideres como una malvada, Elena. El caso es que yo no hubiera contribuido a que atentaran a la vida de

aquel hombre por nada del mundo. Pero confieso que experimenté una desilusión cuando alargó el brazo hacia Earnshaw a través de la ventana y le arrancó el arma.

»Al hacerlo, la pistola se disparó y el cuchillo se cerró, clavándose en la mano de su propio dueño. Heathcliff se lo quitó a viva fuerza, sin cuidarse de que, al hacerlo, el filo desgarraba la carne de Hindley. Después, con una piedra rompió las maderas de la ventana y pudo pasar. Su adversario, agotado por el dolor y por la pérdida de sangre, había caído desvanecido. El miserable le pateó y pisoteó y le golpeó fuertemente la cabeza contra el suelo, mientras me sujetaba con la otra mano para impedirme que llamara a José. Le costó un verdadero esfuerzo no rematar a su enemigo. Al fin, ya sin aliento, lo arrastró y comenzó a vendarle la herida con movimientos brutales, maldiciéndole y escupiéndole a la vez con tanta violencia como antes lo había pateado. Entonces, al soltarme, corrí a buscar al viejo, quien me comprendió enseguida y bajó las escaleras de dos en dos.

»— ¿Qué pasa? —preguntó.

»Pasa que tu amo está loco —respondió Heathcliff—, y que, como siga así, le haré encerrar en un manicomio. Y tú, perro, ¿cómo es que me has cerrado la puerta? ¿Qué rezongas ahí? ¡Ea!, no voy a ser yo quien le cure. Lávale eso, y ten cuidado con las chispas de la bujía. Ten en cuenta que la mitad de sangre de este hombre está convertida en aguardiente.

»Heathcliff le dio un empellón hacia el herido y le arrojó una toalla; pero José, en vez de ocuparse de la cura, empezó a recitar una oración tan extravagante, que no pude contener la risa. Yo me hallaba en tal estado de insensibilidad, que nada me conmovía. Me pasaba lo que a algunos condenados al pie del cadalso.

»—¿Con qué le ha asesinado usted? —exclamó José. —¡Y que yo tenga que asistir a semejante cosa! ¡Dios quiera que...!

» ¡Me había olvidado de ti! —dijo el tirano. —Vaya, encárgate de eso. ¡Al suelo! Conque ¿también tú conspiras con él contra mí, víbora? ¡Cúrale!

»Me sacudió hasta hacerme rechinar los dientes, y me arrojó junto a José. Éste, sin perder la serenidad, terminó de rezar y después se levantó, anunciando su decisión de dirigirse a la Granja. Decía que el señor Linton, como magistrado que era, no dejaría de intervenir en el asunto, aunque se le hubiesen muerto cincuenta mujeres. Tan empeñado se manifestó en su resolución, que a Heathcliff le pareció que era oportuno que yo relatase lo sucedido, y a fuerza de insidiosas preguntas, me hizo explicar cómo se habían desarrollado las cosas. No obstante, costó mucho convencer al viejo de que el agresor no había sido Heathcliff. Al fin, cuando apreció que el señor Earnshaw no había muerto, le dio un trago de aguardiente, y entonces recobró Hindley el conocimiento. Heathcliff, comprendiendo que su adversario ignoraba los malos tratos de que había sido objeto mientras se hallaba desmayado, le increpó, llamándolo

alcoholizado y delirante; le dijo que olvidaría la atroz agresión que había perpetrado contra él y le recomendó que fuese a dormir. Después nos dejó solos, y yo me fui a mi habitación, encantada de haber salido tan bien librada de aquellos sucesos.

»Cuando bajé esta mañana, a eso de las once, el señor Earnshaw estaba sentado junto al fuego, muy enfermo en apariencia. Su ángel malo estaba a su lado, y parecía tan decaído como el mismo Hindley. Comí con apetito a pesar de todo, y no dejaba de experimentar cierta sensación de superioridad al sentir la conciencia tranquila, cada vez que miraba a uno de los dos. Al acabar, me aproximé al fuego —libertad inusitada en mí—, dando vuelta por detrás del señor Earnshaw, y me acurruqué en un rincón detrás de su silla.

»Heathcliff no me miraba, y yo pude entonces examinarle a mi sabor. Tenía contraída la frente, esa frente que antes me pareciera tan varonil y ahora me parecía tan diabólica. Sus ojos habían perdido su brillo como consecuencia del insomnio y acaso el llanto. Sus labios cerrados, carentes de su habitual expresión sarcástica, delataban una profunda tristeza. Aquel dolor, en otro, me hubiera impresionado.

Pero se trataba de él, y no pude resistir el deseo de arrojar un dardo al enemigo caído. Sólo en aquel momento de debilidad podía permitirme la satisfacción de devolverle parte del mal que me había hecho.

—¡Oh, qué vergüenza, señorita! —interrumpí. —Cualquiera pensaría que no ha abierto usted una Biblia en su vida. Le debía bastar con ver cómo Dios humilla a sus enemigos. No está bien añadir el castigo propio al enviado por Dios.

—En principio estoy de acuerdo, Elena —me contestó—; pero en aquel caso, el mal de Heathcliff no me satisfacía si yo no intervenía en él. Hubiera preferido que sufriera menos, pero que sus sufrimientos se debieran a mí. Sólo llegaría a perdonarle si lograra devolverle, uno a uno, todos los sufrimientos que me ha producido. Ya que fue él el primero en afrentarme, que fuera él el primero en pedirme perdón. Y entonces puede que me fuera también dable mostrarme generosa. Pero como no me puedo vengar por mí misma, tampoco me será posible concederle el perdón.

»Hindley pidió agua, y al dársela le pregunté cómo se encontraba.

»—No tan mal como yo quisiera —repuso. —Pero, aparte del brazo, me duele todo el cuerpo como si hubiese luchado con una legión de demonios.

»—No, me asombra —contesté. —Catalina solía decir que ella mediaba entre usted y Heathcliff para impedir cualquier daño físico. Afortunadamente, los muertos no se levantan de sus tumbas; pues, si no, ella hubiese asistido ayer a una escena que le hubiese repugnado bastante. ¿No se siente usted molido como si le hubieran magullado las carnes?

—¿Qué me quiere usted decir? —inquirió Hindley. —¿Es posible que ese hombre me golpeara cuando yo yacía sin sentido?

»—Le pateó, le pisoteó y le golpeó contra el suelo — respondí. — Por su gusto le hubiera desgarrado con sus propios dientes. Sólo es hombre en apariencia. En lo demás, es un demonio.

»Los dos miramos el rostro de nuestro enemigo. Pero él, abstraído en su dolor, no reparaba en nada. En su cara se pintaba el siniestro sesgo de sus pensamientos.

»—¡Iría con gusto al infierno con tal que Dios me diese fuerzas para estrangularle antes de morir! —gimió Earnshaw, intentando levantarse y volviendo a desplomarse enseguida, desesperado al comprender su impotencia para atacarle.

»—Basta con que haya matado a uno de ustedes —comenté yo en voz alta.

—Todos en la Granja saben que su hermana viviría aún a no ser por Heathcliff. A fin de cuentas, su odio vale más que su amor. Cuando me acuerdo de lo felices que éramos Catalina y todos antes de que él apareciera, siento deseos de maldecir aquel día.

»Seguramente Heathcliff reconoció cuan verdadero era lo que yo decía, sin reparar en el hecho de que fuera yo quien lo aseverara. Un raudal de lágrimas cayó de sus ojos, y después suspiró ruidosamente. Yo le miré y me eché a reír desdeñosamente. Sus ojos, esos ojos que parecen ventanas del infierno, se dirigieron un momento hacia mí, pero estaba tan abatido, que no temí en absoluto volver a reírme.

»—Quítate de delante —me dijo, o más bien creí entenderle, puesto que sólo hablaba de modo inarticulado.

»—Perdona —repliqué—; pero yo quería a Catalina, y ahora que ya no vive, debo ocuparme de su hermano... Hindley tiene sus mismos ojos, que tú has amoratado a golpes, y...

»—¡Levántate, imbécil, si no quieres que te mate de un puntapié! —gritó él, iniciando un movimiento. Yo inicié otro, preparándome a huir.

»—Si la pobre Catalina —seguí diciendo, sin dejar de mantenerme alerta

— se hubiese casado contigo y adoptado el grotesco y degradante nombre de señora de Heathcliff, pronto la hubieras puesto como a su hermano. Sólo que ella no lo hubiera soportado y te habría dado pruebas palpables de ello...

»Como Earnshaw estaba entre él y yo, no pretendió cogerme. Pero asió un cuchillo que había en la mesa y me lo tiró a la cara. Me dio junto a la oreja. Le contesté con una injuria que debió de llegarle más adentro que a mí el cuchillo, y gané la puerta. Lo último que vi fue a Earnshaw intentando detenerle y a ambos cayendo enlazados ante el hogar. Al pasar por la cocina dije a José que se apresurara a auxiliar a su amo. Tropecé con Hareton, que jugaba en una silla con unos cachorrillos, y me lancé, feliz como un alma que huye del purgatorio, cuesta abajo por el áspero camino. Después corrí a campo traviesa hacia la

luz que brillaba en la Granja. Preferiría ir al infierno para toda la eternidad antes que volver a Cumbres Borrascosas.

Isabel calló, tomó té, se levantó, se puso un chal y un sombrero que le trajimos, se subió a una silla para besar los retratos de Catalina y Eduardo, y sin atender mis súplicas de que se quedase siquiera una hora más, se fue en el coche, acompañada de Fanny, gozosa de haber vuelto a reunirse con su dueña. No volvió más; pero desde entonces se escribió periódicamente con el señor. Creo que se instaló en el Sur, cerca de Londres. A los pocos meses dio a luz a un niño, al que puso el nombre de Linton, y que, según nos comunicó, era una criatura caprichosa y enfermiza.

El señor Heathcliff me encontró un día en el pueblo y quiso saber dónde vivía Isabel. Yo me negué a decírselo y él no se preocupó mucho de insistirme, aunque me advirtió que se guardase bien de volver con su hermano, porque no la dejaría vivir con él. No obstante, probablemente por algún otro criado, logró descubrir el domicilio de su esposa, si bien no la molestó, lo que ella achacaría probablemente al odio que le inspiraba. Solía preguntarme por el niño cuando me veía, y al saber el nombre que le habían dado, exclamó:

—Por lo visto se proponen que yo odie al chico también...

—Creo que lo único que desean es que usted no se ocupe de él para nada

—respondí.

—Pues que no se olviden de que, cuando yo quiera, le traeré conmigo.

Afortunadamente, Isabel murió cuando el muchacho contaba unos doce años de edad.

El día que siguió a la inesperada visita de Isabel no tuve ocasión de hablar con el amo. Él eludía toda conversación y yo no me sentía con humor de hablar. Cuando al fin le conté la fuga de su hermana, manifestó alegría, porque odiaba a Heathcliff tanto como se lo permitía la dulzura de su carácter. Tanta aversión sentía hacia su enemigo, que dejaba de acudir a los sitios donde existía la posibilidad de verle o de oír hablar de él. Dimitió su cargo de magistrado, no iba a la iglesia, no pasaba por el pueblo y vivía recluido en casa, sin salir más que para pasear por el parque, llegarse hasta los pantanos o visitar la tumba de su esposa. Y aun esto lo hacía a horas en que no fuera fácil encontrar a nadie. Pero era tan bueno, que no podía ser siempre desgraciado. Con el tiempo se resignó y hasta le invadió una melancolía suave. Conservaba celosamente el recuerdo de Catalina y esperaba reunirse con ella en el mundo mejor al que no dudaba que había ido.

No dejó de encontrar consuelo en su hija. Aunque los primeros días pareció indiferente a ella, esa frialdad acabó fundiéndose como la nieve en abril, y aun antes de que la niña supiese andar ni hablar reinaba en su corazón despóticamente. Se la bautizó con el nombre de Catalina; pero él nunca la llamó así, sino Cati.

En cambio, a su esposa nunca le había dado tal nombre, tal vez porque Heathcliff lo hacía.

Creo que quería más a su hija porque le recordaba a su esposa que por ser hija suya.

Al comparar su caso con el de Hindley, yo no lograba comprender bien cómo ambos en un mismo caso habían seguido tan opuestos caminos. Hindley, que parecía más fuerte, había manifestado ser más débil. Al hundirse el barco que capitaneaba, abandonó su puesto, dejándolo entregado a la confusión, mientras Linton, al contrario, había confiado en Dios y demostrado el valor de un corazón leal y fiel. Este esperó y el otro había desesperado. Cada cual eligió su propia suerte y recibió la justa recompensa de sus respectivas actitudes. En fin, señor Lockwood: no creo que usted necesite para nada mis deducciones morales, que sabrá sacar por cuenta propia.

Earnshaw acabó como era de suponer. A los seis meses de morir su hermana, falleció él. En la Granja supimos muy poco de su estado. Fue el señor Kennett quien nos lo comunicó.

—Elena —dijo una mañana temprano, entrando en el patio a caballo—,

¿quién crees que ha muerto?

—¿Quién? —exclamé, temblando.

—Adivina —contestó—, y coge la punta de tu delantal; te va a ser necesario.

—Seguramente no se trata del señor Heathcliff —repuse. —¿Ibas a llorar por él? No, Heathcliff está robusto y fuerte, en apariencia al menos. Le he visto ahora mismo. Por cierto que ha engordado mucho desde que perdió a su amiga.

—¿Quién ha muerto, pues, señor Kennett? —dije, impaciente.

—¡Hindley Earnshaw! Tu viejo amigo y malvado compañero mío. No se ha portado bien conmigo últimamente, pero... Ya te dije que llorarías. ¡Pobre muchacho! Murió, según era de esperar, borracho como una cuba. Lo he sentido. Siempre se lamenta la falta de un camarada... ¡Aunque me haya hecho muchas más perrerías de las que puedas imaginarte! Y el caso es que sólo tenía tu edad: veintisiete años. ¡Cualquiera lo diría!

Ese golpe me impresionó más que la muerte de Catalina. Antiguos recuerdos se agolpaban en mi corazón. Me senté en el umbral de la puerta, dije al señor Kennett que buscase otro criado que le anunciase, y rompí a llorar. Me preocupaba mucho pensar si Hindley habría fallecido de muerte natural o no, y a tanto llegó mi inquietud sobre ello, que pedí permiso al amo para ir a Cumbres Borrascosas. El señor Linton no quería; pero yo le hice comprender que mi hermano de leche tenía tanto derecho como el propio señor a mis atenciones póstumas, y que Hareton era sobrino de su esposa, por lo que él debía instituirse en tutor suyo a falta de más cercanos parientes, examinar la herencia y ver cómo andaban los asuntos de su difunto cuñado. Al fin me encargó que viese a su abogado y me dio permiso para ir a las Cumbres. El abogado lo había sido

también de Earnshaw. Cuando le hablé de aquello y le pedí que me acompañase, me contestó que valdría más dejar en paz a Heathcliff, y que la situación de Hareton era poco más o menos la de un mendigo.

—El padre ha muerto cargado de deudas —me explicó—. Toda la herencia está hipotecada, y lo mejor para Hareton será que procure ganarse el cariño del acreedor de su padre.

Al llegar a las Cumbres encontré a José muy afectado, y me expresó su satisfacción por mi llegada. El señor Heathcliff dijo que mi presencia no era precisa; pero que me quedase, si me parecía bien, y que ordenase lo necesario para el sepelio.

—En realidad, ese loco debía ser enterrado sin ceremonia alguna al borde de un camino —dijo. Ayer le dejé sólo diez minutos por casualidad, y en el intervalo me cerró la puerta y se pasó la noche bebiendo hasta que se mató. Esta mañana, al oír que resoplaba como un caballo, tuvimos que saltar la cerradura. Estaba tendido sobre el banco, y no hubiera despertado aunque le desollásemos. Envié a buscar a Kennett; pero antes de que viniera, ya la bestia se había convertido en carroña. Estaba muerto, rígido y helado, y no se podía hacer nada por él.

El viejo criado confirmó el relato, pero agregó:

—Habría valido más que hubiera ido él a buscar al médico. Yo habría atendido al amo mejor. Cuando me fui no había muerto aún.

Insistí en que el entierro debía ser solemne. Heathcliff me autorizó a organizarlo como quisiera, aunque recordándome que tuviera en cuenta que el dinero que se gastara había de salir de su bolsillo. Se mostraba indiferente y duro. Podía apreciarse en él algo como la satisfacción de quien ha terminado un trabajo con éxito. Hasta en un momento dado, creí notar en él un principio de exaltación. Fue cuando sacaban el ataúd de la casa. Acompañó al duelo.

¡Hasta ese punto extremó su hipocresía!

Le vi sentar a Hareton a la mesa y murmurar como complacido:

—¡Vaya, chiquito, ya eres mío! Si la rama crece tan torcida como el tronco, con el mismo viento la derribaremos.

El pequeño pareció alegrarse de aquellas palabras, agarró las patillas de Heathcliff y le dio palmaditas en la cara.

Pero yo comprendí bien lo que Heathcliff quería decir, y advertí:

—Este niño debe venir conmigo a la Granja de los Tordos. No hay cosa en el mundo sobre la que tenga usted menos derecho que sobre este pequeño.

—¿Lo ha dicho Linton? —me preguntó.

—Sí; me ha ordenado que me lo lleve —repuse.

—Bueno —respondió el villano. —No quiero discusiones sobre el asunto. Pero me siento inclinado a ver qué maña me doy para educar a un niño. Así que si os lleváis a ese haré venir conmigo al mío. Díselo a tu amo.

Con esto nos dejó imposibilitados de obrar. Repetí sus palabras a Eduardo Linton, y éste, que por su parte no sentía gran interés en ello, no volvió a hablar del tema para nada.

Ahora, el antiguo huésped de Cumbres Borrascosas se había convertido en su dueño. Tomó posesión definitiva, probando legalmente que la finca estaba hipotecada, ya que Hindley había ido estableciendo hipotecas sucesivas sobre toda la propiedad. El acreedor era el propio Heathcliff. Y por eso Hareton, que debía ser el hombre más acomodado de la región, está sometido ahora al enemigo de su padre, y vive como un criado en su propia casa, aunque sin recibir salario alguno, e incapaz de volver por sus fueros, ya que ignora el atropello de que ha sido víctima.

C A P Í T U L O XVIII

Los doce años que siguieron a aquella triste época —prosiguió diciendo la señora Dean— fueron los más dichosos de toda mi vida. Mis únicas preocupaciones consistían en las pequeñas enfermedades que sufría la niña, como todo niño padece, sea rico o pobre. A los seis meses empezó a crecer como un pino y andaba y hasta hablaba a su manera antes que las plantas floreciesen dos veces sobre la tumba de la señora Linton. Era el más hechicero ser que haya alegrado jamás una casa desolada. Tenía los negros ojos de los Earnshaw, y la blanca piel y los rubios cabellos de los Linton. Su carácter era altivo, pero no brusco, y su corazón sensible y afectuoso en extremo. No se parecía a su madre. Era dulce y mansa como una paloma. Tenía la voz suave y la expresión pensativa. Jamás se enfurecía por nada. Empero es preciso confesar que contaba entre sus cualidades algunos defectos. Ante todo, su tendencia a mostrarse insolente y la torcida manera de ser que todo niño mimado, sea bueno o malo, demuestra. Si alguno la contrariaba, salía siempre con lo mismo: «Se lo diré a papá» Cuando él la reprendía, aunque sólo fuese con un gesto, ella consideraba el suceso como una terrible desgracia. Pero me parece que el señor no le dirigió jamás una palabra áspera. El mismo se preocupó de instruirla. Afortunadamente, era inteligente y curiosa, y aprendió muy deprisa.

A los trece años de edad aún no había cruzado ni una sola vez el recinto del parque sin ir acompañada. En alguna ocasión el señor Linton se la llevaba a pasear a dos o tres kilómetros de distancia, pero no la confiaba a nadie más. Para la niña, la palabra Gimmerton no quería decir nada. No había entrado en otra casa que en la suya, no siendo en la iglesia. Para ella no existían ni Cumbres Borrascosas ni el señor Heathcliff. Vivía en perfecta reclusión y parecía contenta de su estado. A veces, mientras miraba el paisaje desde la ventana, me preguntaba:

—Elena, ¿cuánto se tardaría en llegar a lo alto de aquellos montes? ¿Y sabes tú que hay al otro lado? ¿Allí está el mar?

—No, señorita —contestaba yo. Hay otros montes iguales.

—¿Qué aspecto tienen esas rocas doradas cuando se está junto a ellas? — me preguntó un día.

El despeñadero del risco de Penniston atraía mucho su atención, sobre todo cuando el sol poniente bañaba su cima dejando en penumbra el resto del panorama. Yo le dije que eran áridas masas de piedra, entre cuyas grietas crecía algún que otro árbol raquítico.

—¿Y cómo brillan tanto después de oscurecer? —siguió preguntando.

—Porque están mucho más altas que nosotros –repuse. —Usted no podría subir a esas rocas, son demasiado abruptas y altas. En invierno nieva allí antes que en sitio alguno. Hasta en pleno verano he hallado nieve yo en una grieta que hay al nordeste.

—Si tú has estado —dijo, regocijada—, también yo podré ir cuando sea mayor. ¿Papá ha estado allí, Elena?

—Su papá le diría —me apresuré a contestar— que ese sitio no merece la pena de visitarlo. El campo por donde pasea usted con él es mucho más hermoso, y el parque de esta casa es el sitio más bonito del mundo.

—Pero yo conozco el parque, y ese sitio no —murmuró ella como para sí.

—¡Cuánto me gustaría mirar desde lo alto de aquella cumbre! Tengo que ir alguna vez en mi jaquita Minny.

Una de las criadas le habló un día de la Cueva Encantada. Esto le interesó tanto, que no hizo más que marear al señor Linton con su insistencia en ir a visitarla. Él le prometió que la complacería cuando fuera mayor. Pero la niña contaba su edad de mes en mes, y frecuentemente preguntaba:

— ¿Soy ya bastante grande?

Mas Eduardo no tenía deseo alguno de ir, porque el camino pasaba cerca de Cumbres Borrascosas, y esto no le placía. Solía, pues, contestar:

—Aún no, querida, aún no.

Como dije, la señora Heathcliff no vivió más que doce años después de haber abandonado a su esposo. Su débil constitución era un mal congénito en la familia. Ni ella ni su hermano disfrutaban de la robustez que es común en la

comarca. No sé de qué murió, pero creo que los dos de lo mismo: una especie de fiebre lenta, que en un momento dado consumía las energías rápidamente. Así que llegó un momento en que escribió a su hermano para advertirle del probable desenlace funesto a que la abocaba una enferme—dad que venía padeciendo desde cuatro meses atrás, y le rogaba que fuese a verla, ya que tenían que arreglar muchas cosas y deseaba entregarle a Linton antes de morir. Esperaba que Heathcliff dejase a Linton a cargo de su hermano como le habían dejado a cargo de ella, y le alegraba la convicción que albergaba de que su padre no deseaba ocuparse del niño. El amo se apresuró a cumplir su deseo. Al irse dejó a Cati a mi custodia, recomendándome mucho que no la dejase salir del parque ni siquiera conmigo. No pasaba por su cerebro la idea de que sola pudiese andar por parte alguna.

Tres semanas estuvo fuera. La niña, al principio, pasaba su tiempo en un rincón de la biblioteca, y tan triste que no jugaba ni leía. Pero a esta tranquilidad sucedió una etapa de inquietud. Y como yo estaba ya algo madura y muy ocupada en mis quehaceres, encontré un medio de que se divirtiese, sin que me molestase. Le enviaba a pasear por la finca, a caballo o a pie, y cuando volvía escuchaba pacientemente el relato de sus reales o imaginarias aventuras.

Empezó el verano, y tanto se aficionó Cati a aquellas solitarias excursiones, que muchas veces salía después de desayunar y no volvía hasta la hora de la cena. Luego entretenía la velada

contándome fantásticas historias. Yo no temía que saliera del parque, porque la verja estaba cerrada, y aunque se hubiese hallado abierta, pensaba yo que ella no se arriesgaría a salir sola. Pero desgraciadamente me equivoqué. Una mañana, a las ocho, Cati vino a buscarme y me dijo que aquel día ella era un mercader árabe que iba a atravesar el desierto, y que necesitaba muchas provisiones para sí y para su caravana, consistente en el caballo y en tres camellos. Los camellos eran un gran sabueso y dos perros pachones. Preparé un paquete de golosinas y lo metí en una cesta que colgué del arzón. Saltó ligera como una sílfide sobre la jaca y partió alegremente al trote, con su sombrero de alas anchas que la defendía contra el sol de julio, riendo y mofándose de mis exhortaciones de que volviera pronto y no galopara. Pero a la hora del té no volvió. El sabueso, que era un perro viejo, poco amigo ya de tales andanzas, regresó, mas no ella ni los dos pachones. Envié a buscarla, y al final, viendo que nadie la encontraba, partí yo misma, junto a los límites de la finca hallé a un campesino y le pregunté si había visto a la señorita.

—La vi por la mañana —respondió. —Me pidió que le cortara una vara de avellano y luego hizo saltar a su jaca por encima del seto.

Imagínese cómo me puse al oír tal cosa. Inmediatamente pensé que se había dirigido al risco de Penniston. Me precipité a través de un agujero del seto que el hombre estaba arreglando, y corrí hacia la carretera. Anduve kilómetros y kilómetros hasta

que avisté Cumbres Borrascosas. Y como Penniston dista dos kilómetros de la casa de Heathcliff, y seis de la Granja, empecé a temer que la noche caería antes de que yo llegase al risco.

«A lo mejor ha resbalado trepando por las rocas — imaginé— y se ha matado o se ha roto un hueso»

Mi ansiedad disminuyó algo cuando, al pasar junto a las Cumbres, distinguí a Carlitos, el más fiero de los perros que acompañaban a Cati, tendido bajo la ventana, con la cabeza tumefacta y sangrando por una oreja. Me dirigí a la puerta y llamé fuertemente. Una mujer que yo conocía de Gimmerton y que había ido a las Cumbres como sirvienta al morir Earnshaw, me abrió:

—¿Viene usted a buscar a la señorita? —dijo. —Está aquí y no le ha pasado nada. Pero me alegro de que el amo no haya venido.

—¿Así que no está en casa? —dije, casi sin poder respirar por la fatiga de la carrera y por la inquietud que sentía un momento antes.

—Él y José están fuera —repuso— y volverán dentro de una hora poco más o menos. Pase y descansará usted.

Entré y vi a mi oveja descarriada sentada junto al hogar en una sillita que había pertenecido a su madre cuando era niña. Había colgado su sombrero en la pared, y al parecer estaba a sus anchas. Reía y hablaba animadamente con Hareton —que era entonces un arrogante mozo de dieciocho años—, y él la miraba

sin comprender casi nada de aquel chorro de palabras con que le abrumaba.

—Está bien, señorita —exclamé, disimulando mi satisfacción bajo una máscara de enfado. —Éste habrá sido el último paseo que dé hasta que vuelva su papá. No volveré a dejarla salir de casa sola. Es usted una niña traviesa.

—¡Ay, Elena! —gritó ella alegremente, corriendo hacia mí—. ¡Qué bonita historia tengo para contar esta noche! ¿Cómo me has encontrado? ¿Has estado aquí alguna vez antes de ahora?

—Póngase el sombrero y vámonos enseguida —dije. —Estoy muy enfadada con usted, señorita Cati. No, no haga pucheritos, que con eso no me quita usted el susto que me ha dado. ¡Cuándo pienso en cuánto me encargó el señor Linton que no saliera usted de casa, y cómo se me ha escapado usted! No nos fiaremos de usted nunca más.

—Pues ¿qué he hecho? —repuso ella, reprimiendo un sollozo. —Papá no te encargó nada de lo que dices. Él no se enfada nunca como tú.

—¡Venga, venga! —exclamé. —¡Qué vergüenza! ¡Con trece años que tiene ya y hacer estas chiquilladas!

Le dije esto porque ella se había vuelto a quitar el sombrero y se había escapado de mi alcance.

—No riña a la nena, señora Dean —dijo la criada. —Fuimos nosotros los que la entretuvimos. Ella quería haber seguido su

camino por no causarle preocupación. Hareton se ofreció a acompañarla, y a mí me pareció bien, porque el camino es muy malo y muy difícil.

Entretanto, Hareton estaba en pie, con las manos en los bolsillos, y no parecía muy satisfecho de mi aparición.

—Vamos —dije—, no me haga esperar más. Dentro de diez minutos será ya de noche. ¿Y la jaca? ¿Y Fénix? Le advierto que si no se apresura me marcho y la dejo a usted aquí. ¡Vamos!

—La jaca está en el patio —respondió— y Fénix encerrado. Le han mordido a él y a Carlitos. Me proponía decírtelo, pero no te contaré nada por haberte enfadado.

Me preparé a ponerle el sombrero; pero ella, viendo que los demás adoptaban su partida, empezó a correr de un sitio a otro, escondiéndose detrás de los muebles. Todos se reían de mí, hasta que me hicieron gritar, ya enfurecida:

—¡Si usted supiera a quién pertenece esta casa, señorita Cati, no volvería a poner los pies en ella!

—Es de su padre, ¿verdad? —preguntó ella a Hareton.

—No —replicó él, ruborizándose y apartando la vista.

No se atrevía a mirarla frente a frente. Y por cierto que ambos tenían idénticos los ojos.

—¿Entonces, de su amo? —insistió ella.

Él se ruborizó más aún, profirió un juramento en voz baja y se retiró.

—¿Quién es el amo de la casa? —preguntó la muchacha dirigiéndose a mí.

—Este joven me ha hablado de un modo que me hizo creer que era el hijo del propietario. No me ha llamado señorita, si es un criado, debiera haberlo hecho.

Hareton se puso sombrío al oír aquella pueril observación. Yo logré que ella se resolviese al fin a acompañarme.

—Tráigame el caballo —dijo la joven, hablando a su primo como lo hubiera hecho a un mozo de cuadra. —Puede usted acompañarme. Quiero ver aparecer al cazador fantasma del pantano, y las hadas de que me ha hablado usted, pero apresúrese. ¡Vamos, tráigame el caballo!

—Primero te veré condenada que ser tu criado –dijo.

—¡Cómo! —exclamó Cati sorprendida.

—Condenada he dicho, bruja insolente.

—Vea con qué buena compañía ha venido usted a encontrarse, señorita Cati —interrumpí yo. ¡Ea!, no dispute con él. Cojamos a Minny nosotras mismas y vayámonos.

—¿Cómo se atreve a hablarme así, Elena? —preguntó ella, saltándosele las lágrimas. Y agregó: ¿Cómo no hace lo que le digo? ¡Malvado! Contaré a papá lo que me ha dicho.

Hareton se preocupó muy poco de la amenaza. Cati se volvió a la mujer.

—Tráigame la jaca —dijo— y suelte a mi perro inmediatamente.

—No hay que tener tantos humos, señorita —repuso la criada. —No perdería usted nada con ser más atenta.

Yo no soy sirvienta suya, y el señor Hareton, aunque no sea hijo del amo, es primo de usted.

—¡Mi primo! —exclamó desdeñosamente Cati.

—Sí, su primo.

—¿Cómo les permites decir esas cosas, Elena? —me interpeló Cati. —A mi primo ha ido a buscarle a Londres papá. ¡Vaya! ¡Este mi primo! —exclamó, disgustada ante la idea de que pudiese ser primo suyo semejante patán.

—Uno puede tener muchos primos de todas clases, señorita —contesté yo

—, y no valer menos por ello. Con no buscar su compañía, si no le agrada, está resuelto todo.

—No, Elena; no puede ser mi primo —insistió la joven. Y, como si tal idea la asustase, se refugió en mis brazos.

Yo estaba muy disgustada contra ella y contra la criada por lo que mutuamente se habían descubierto. Comprendía que Heathcliff sería enseguida informado del regreso de Linton con el hijo de Isabel y comprendía también que la joven no dejaría

de preguntar a su padre acerca de aquel primo tan hosco. En cuanto a Hareton, que ya había reaccionado del disgusto que le produjera ser tomado por un criado, pareció lamentar la pena de su prima, se dirigió a ella, después de haber sacado la jaca a la puerta, y le quiso regalar un cachorrillo de los que había en la perrera. Ella le contempló con horror, interrumpiendo sus lamentos para mirarle.

Semejante antipatía hacia el joven me hizo sonreír. Él, en realidad, era un mozo bien formado, bien parecido y robusto, aunque vistiera la ropa propia de los trabajos que hacía en la finca. Yo creía notar en su rostro mejores cualidades que las que su padre tuviera, cualidades que sin duda hubieran florecido copiosamente al desarrollarse en un ambiente más apropiado. Me parece que Heathcliff no lo había maltratado físicamente, a lo cual era opuesto por regla general. Parecía haber aplicado su malignidad a hacer de Hareton un bruto. No le había enseñado a leer ni a escribir, ni le reprendía ninguna de sus costumbres censurables, salvo las que molestaban al propio Heathcliff. Nunca le ayudó a dar un paso hacia el bien ni a separarse un paso del mal. José, con las adulaciones que le dedicaba en concepto de jefe de la familia, acabó de estropearle. Y, así como cuando Heathcliff y Catalina Earnshaw eran niños, cargaba sobre ellos todas las culpas, hasta agotar la paciencia del señor, ahora acusaba de todos los defectos de Hareton al usurpador de su herencia.

Cuando Hareton juraba, José no le respondía. Se diría que le complacía verle seguir el mal camino. Creía que su alma estaba condenada; pero el pensar que Heathcliff ten—dría que responder de ello ante el tribunal divino, le consolaba. Había infundido al joven el orgullo de su nombre y de su alcurnia. Y le hubiera gustado despertar en él un vivo odio hacia Heathcliff; pero se lo impedía el temor que sentía hacia éste, por lo cual se limitaba a dirigirle vagas amenazas proferidas entre gruñidos. No es que yo crea estar bien informada de cómo se vivía entonces en Cumbres Borrascosas, ya que hablo de oídas. Los colonos aseguraban que el señor Heathcliff era más cruel y duro para sus arrendatarios que todos los amos anteriores; pero la casa ahora, administrada por una mujer, tenía cierto aspecto, y las orgías de los tiempos de Hindley habían dejado de celebrarse. El nuevo amo era harto lúgubre para gustar de compañía alguna, ni buena ni mala, y ha seguido siendo igual hasta ahora.

En fin: con todo esto no adelanto nada en mi historia. La señorita Cati rechazó el regalo del cachorro y pidió sus perros. Ambos aparecieron renqueando, y las dos, muy mohínas, nos volvimos a casa. No pude obtener de la joven otra explicación de sus andanzas sino que se había dirigido a la peña de Penniston, como yo supuse, y que al pasar junto a Cumbres Borrascosas había sido atacado su perruno cortejo por los canes de Hareton. El combate duró bastante, hasta que sus amos respectivos lograron imponerse.

Así trabaron los primos conocimiento. Cati dijo a Hareton adónde iba, y él le sirvió de guía, mostrándole todos los secretos de la Cueva Encantada. Mas como yo había caído en desgracia, no tuve la fortuna de saber lo que Cati hubiera visto en aquellos prodigiosos lugares. Pero sí noté que su improvisado guía había sido su favorito hasta el instante en que ella le ofendió llamándole criado, cuando la sirvienta de Heathcliff le comunicó que era primo suyo. El lenguaje que Earnshaw había usado para con ella la tenía hondamente disgustada. Ella, que en la Granja era siempre «querida», «amor mío», «ángel» y «reina», había sido injuriada por un extraño... No podía comprender, y me costó mucho arrancarle la promesa de que no se lo contaría a su padre. Le dije que éste tenía mucha aversión hacia los habitantes de Cumbres Borrascosas y que se disgustaría si supiese que ella había estado allí. Insistí, sobre todo, en que si su papá se enteraba de mi negligencia, causante de su escapatoria, me despediría. A Cati la asustó esta perspectiva, y no dijo nada. Era, en el fondo, una muchachita muy buena.

C A P Í T U L O XVIX

Una carta orlada de negro nos anunció el retorno del amo. En ella se contenían instrucciones para preparar el luto de su hermana y la instalación de su sobrino. Cati estaba encantada con la idea de volver a ver a su padre, y no hacía más que hablar de su verdadero primo, como ella decía. Por fin, llegó la tarde en que el amo debía regresar. Desde por la mañana, la joven se había ocupado en sus pequeños quehaceres y en vestirse de negro (aunque la pobre no sentía dolor alguno por la muerte de su desconocida tía). Finalmente, me obligó a que fuera con ella hasta la entrada de la finca para recibir a los viajeros.

—Linton tiene seis meses justos menos que yo —me decía mientras pisábamos el verde césped de las praderas, bajo la sombra de los árboles. —

¡Cuánto me gustará tener un compañero para jugar! La tía Isabel envió una vez a papá un rizo del cabello de Linton: era tan fino como el mío, pero más rubio. Lo he guardado en una cajita de cristal, y siempre he pensado que me gustaría mucho ver a su dueño. ¡Y papá viene también! ¡Querido papá!

¡Vamos de prisa, Elena!

Se adelantó corriendo y se volvió atrás muchas veces antes de que yo llegara lentamente a la verja. Nos sentamos en un ribazo

del camino cubierto de hierba, pero Cati no estaba tranquila un solo momento.

—¡Cuánto tardan! ¡Ay, mira, una nube de polvo en la carretera! ¡Ya llegan!

¡Ah, no! ¿Por qué no nos adelantamos un kilómetro, Elena? Sólo hasta aquel grupo de árboles, ¿ves? Allí...

Pero yo me negué. Al fin apareció el carruaje. Cati empezó a gritar en cuanto divisó la faz de su padre en la ventanilla. Él se apeó tan anheloso como ella misma, y ambos se abrazaron, sin ocuparse de nadie más. Entre tanto, yo miré dentro del coche. Linton venía dormido en un rincón, envuelto en un abrigo de piel como si estuviéramos en invierno. Era un muchacho pálido y delicado, parecidísimo al señor, pero con un aspecto enfermizo que éste no tenía. Eduardo, al ver que yo miraba a su sobrino, me mandó cerrar la portezuela para que el niño no se enfriase. Cati quería verle; pero su padre se obstinó en que le acompañara, y los dos subieron a pie por el parque, mientras yo me adelantaba para prevenir a los criados.

—Querida —dijo el señor—, tu primo no está tan fuerte como tú, y hace poco que ha perdido a su madre. Así que por ahora no podrá jugar contigo. Tampoco le hables demasiado. Déjale que duerma esta noche, ¿quieres?

—Sí, sí, papá —respondió Catalina—; pero quiero verle, y él no ha sacado la cabeza siquiera.

El coche se paró, despertó el muchacho y su tío le cogió y le bajó a tierra.

—Mira a tu prima Cati, Linton —le dijo, haciéndoles darse la mano. —Te quiere mucho, así que procura no disgustarla llorando, ¿eh? Ponte alegre; el viaje se ha acabado y no tienes que hacer más que pasarlo bien y divertirte.

—Entonces, déjame ir a acostar —contestó el niño, soltando la mano de Cati y llevándosela a los ojos, donde asomaban algunas lágrimas.

—Vaya, hay que ser un niño bueno —murmuré yo, mientras le conducía adentro. —Va usted a hacer que llore su primita. Mire qué triste se ha puesto viéndole llorar.

Sería por él o no, pero su prima había puesto efectivamente una expresión muy triste también. Subieron los tres a la biblioteca y se sirvió el té. Yo quité a Linton el abrigo y la gorra. Le senté en una silla, pero en cuanto estuvo sentado empezó a llorar otra vez. El señor le preguntó qué le pasaba.

—Estoy mal en esta silla —repuso el muchacho.

—Pues siéntate en el sofá y Elena te llevará allí el té —repuso pacientemente el señor.

Yo comprendí que su buen carácter había sido puesto a prueba durante el viaje. Linton se dirigió al sofá. Cati se sentó a su lado en un taburete, sosteniendo la taza en la mano. Al principio guardó silencio, pero luego empezó a hacer caricias a su

primito, a besarle en las mejillas y a ofrecerle té en un plato como si fuera un bebé. A él le agradó aquello, y en su rostro se dibujó una sonrisa.

—Esto le convendrá —dijo el amo. —Si podemos tenerle con nosotros, la presencia de una niña de su misma edad le infundirá ánimos, y si desea adquirir fuerzas lo conseguirá.

«Eso será, en efecto, si podemos tenerle con nosotros», pensé bastante preocupada. Yo me imaginé lo que sería de aquel muchacho entre su padre y Hareton. Pero nuestras dudas se resolvieron pronto. Había yo llevado a los niños a sus habitaciones y dejado dormido ya a Linton, y estaba en el vestíbulo encendiendo una vela para la alcoba del señor, cuando apareció una criada y me manifestó que José, el criado de Heathcliff, deseaba hablar con el amo.

—¡Qué hora tan intempestiva, y más sabiendo que el señor regresa de un largo viaje! —dije. —Voy a hablar yo primero con él.

José, entretanto, había cruzado ya la cocina y entraba en el vestíbulo. Iba vestido con el traje de los días de fiesta, tenía en su rostro la más agria de sus expresiones, y mientras sostenía en una mano el sombrero y en la otra el bastón, se limpiaba las botas en la alfombrilla.

—Buenas noches, José —le dije. — ¿Qué te trae por aquí?

—Con quien tengo que hablar es con el señor Linton —repuso.

—El señor Linton se está acostando ya, y a no ser que tengas que decirle algo muy urgente, no podrá recibirte...

Vale más que te sientes y me digas lo que sea.

—¿Cuál es el cuarto del señor? —contestó él, mirando todas las puertas cerradas.

En vista de su insistencia, subí a la habitación de mala gana y anuncié al señor la presencia del importuno visitante, aconsejándole que le mandara volver otro día. Pero José me había seguido, entró, se plantó apoyado en su bastón y empezó a hablar en voz fuerte, como quien se prepara a discutir.

—Heathcliff me envía a buscar a su hijo, y no me iré sin él.

Eduardo Linton permaneció silencioso un momento. Una expresión de pena se pintó en su rostro. Se compadecía del niño y recordaba las angustiosas recomendaciones de Isabel para que le tomase a su cargo. Pero por más que buscó, no encontró pretexto alguno para una negativa. Cualquier intento de su parte hubiera dado más derechos al reclamante. Tenía, pues, que ceder. No obstante, no quiso despertar al muchacho.

—Diga al señor Heathcliff —respondió con serenidad— que su hijo irá mañana a Cumbres Borrascosas. Pero ahora no, porque está acostado ya. Dígale también que su madre le confió a mis cuidados.

—No —insistió José golpeando el suelo con el bastón. —Todo eso no conduce a nada. A Heathcliff no le importan nada la

madre del niño ni usted. Lo que quiere es al chico, y ahora mismo.

—Esta noche, no —repitió mi amo. —Váyase y transmita a su amo lo que le he dicho. Acompáñele, Elena. ¡Váyase...!

Y como el viejo persistiera en no irse, le cogió de un brazo y le sacó a la fuerza, cerrando la puerta tras él.

—¡Está bien! —gritó José mientras se iba. — Mañana vendrá mi amo y veremos si se atreve a echarle también.

C A P Í T U L O XX

Para evitar la posibilidad de que se cumpliese aquella amenaza, el señor Linton, al día siguiente, temprano de mañana, me encargó que llevase al niño a casa de su padre en la jaca de Cati, y me advirtió:

—Como ahora no vamos a poder intervenir en el destino que le espera, sea bueno o malo, di únicamente a mi hija que el padre de Linton ha enviado a buscarle, pero no le digas dónde está, para impedir que sienta deseos de visitar Cumbres Borrascosas.

Linton no quería levantarse a las cinco de la mañana, y menos al saber que se trataba de continuar el viaje. Pero yo le dije que era sólo cuestión de ir a pasar una temporada con su padre, el señor Heathcliff, que tenía muchos deseos de conocerle.

—¿Mi padre? —contestó. —Mamá nunca me habló de mi padre. Prefiero quedarme con el tío. ¿Dónde vive mi padre?

—Vive cerca de aquí —contesté. —Cuando esté usted fuerte puede venir andando. Debe usted alegrarse de verle y de estar con él, y debe procurar quererle como ha querido usted a su mamá.

—¿Cómo no me hablaba mamá de él y por qué no vivían juntos? — preguntó Linton.

—Porque él tenía que estar aquí por sus asuntos —alegué—, y a su mamá su mala salud le obligaba a vivir en el Sur.

—¿Y por qué no me habló de mi padre? Del tío me hablaba mucho, y me acostumbró a que le quisiera. Pero quisiera que comprendiese que ¿cómo voy a querer a papá si no le conozco?

—Todos los niños quieren a sus padres —contesté. —Su madre no le hablaría para evitar que usted quisiese irse con él. Vamos. Un paseíto a caballo en una mañana tan hermosa es preferible a dormir una hora más.

—¿Vendrá con nosotros la niña de ayer? —me preguntó Linton.

—Ahora no —repuse.

—¿Y el tío?

—No. Yo le acompañaré.

Linton, asombrado y sombrío, se hundió en la almohada.

—No me iré sin el tío —acabó diciendo. —No comprendo por qué se empeña usted en que me vaya.

Yo quise convencerle, pero se resistió de tal modo que tuve que apelar al auxilio del señor. Al fin, el pobre niño salió, después de recibir muchas falsas promesas de que su ausencia sería breve y de que Eduardo y Cati le visitarían con frecuencia.

El aire, el sol y la marcha reposada de Minny contribuyeron a alegrarle un poco. Comenzó a hacerme preguntas sobre la nueva casa:

—Cumbres Borrascosas, ¿es un sitio tan hermoso como la Granja de los Tordos? —me interrogó, mientras se volvía para

lanzar una última mirada al valle, del cual se levantaba entonces una leve neblina hacia el azul.

—No tiene tantos árboles —contesté— y no es tan grande, pero desde allí se ve un hermoso panorama, y el aire es más puro y más fresco. Puede que le parezca una casa algo antigua y lóbrega, pero es la segunda de la comarca. Y podrá usted dar paseos por los campos de las inmediaciones. Hareton Earnshaw, que es primo de la señorita Cati, y hasta cierto punto de usted, le enseñará todo lo que hay de bonito en los alrededores. Cuando haga buen tiempo puede usted coger un libro y marcharse a leer al campo. Se encontrará a veces con su tío, que suele pasearse por las colinas.

—¿Cómo es mi padre? ¿Es tan joven y tan guapo como el tío?

—Es tan joven como el tío —respondí—, pero tiene negro el cabello y los ojos. Es más alto y más grueso también, y a primera vista aparenta ser severo. Quizá no le parezca a usted cariñoso ni afable; pero trátele, no obstante, con cariño y él le querrá a usted más que su tío, porque al fin, naturalmente, es usted su hijo.

—¿De modo que no me parezco a él? —siguió preguntando Linton.

Porque, si tiene negro el cabello y los ojos...

—No se le parece mucho —repuse. Yo pensé que nada.

—¡Cuánto me asombra que él no fuera nunca a ver a mamá, ¿me ha visto alguna vez siendo pequeño? Yo no me acuerdo.

—Cuatrocientos ochenta kilómetros son mucha distancia —le dije— y diez años no son para una persona mayor lo mismo que para usted. El señor Heathcliff se propondría seguramente ir de un momento a otro, y nunca llegaba la ocasión. Vale más que no le haga usted preguntas sobre ello.

El muchacho calló durante el resto del camino, hasta que nos detuvimos a la puerta de la casa. Allí miró atentamente la fachada de sillería, las ventanas, los árboles torcidos y los groselleros. Hizo un movimiento con la cabeza, significando su disgusto, pero no dijo nada. Yo me dirigí a abrir la puerta antes de que él se apease. Eran las seis y media y en la casa acababan de tomar el desayuno. La criada estaba limpiando la mesa. José explicaba a su amo algo que se refería a su caballo, y Hareton se disponía a salir.

—¡Hola, Elena! —me dijo Heathcliff al verme. —Me temía tener que ir en persona a buscar lo que es mío. Me lo has traído, ¿no? Vamos a ver qué tal es.

Se levantó y se dirigió a la puerta, seguido por José y por Hareton. El pobre Linton los miró a los tres.

—¡Qué aspecto tiene! —dijo José, después de una detenida inspección.

—Me parece, señor, que le han echado a perder su hijo.

Heathcliff, que miraba al niño fijamente, soltó una carcajada de desprecio.

—¡Dios mío, qué encanto de niño! Parece que le han criado con caracoles y con leche agria. El diablo me lleve si no es aún peor de lo que yo esperaba, y eso que no me hacía muchas ilusiones.

Mandé al niño que se apeara y entrase. Él no había comprendido bien las palabras de su padre, ni aún tenía seguridad de que fuera su padre aquel extraño. Me miraba con creciente temor, y cuando Heathcliff se sentó y le mandó acercarse, él se agarró a mi falda y empezó a llorar.

—¡Ta, ta, ta! —dijo Heathcliff. Le cogió, le atrajo hacia él, y tomándole por la barbilla, añadió: Nada de tonterías. No vamos a hacerte nada, Linton.

¿No te llamas así? Verdaderamente, eres el retrato de tu madre. ¿Qué hay mío en ti, pollito?

Le quitó el sombrero y le echó hacia atrás los rizos. Le palpó los brazos y manos. Linton dejó de llorar y contempló a su vez al hombre con sus grandes ojos azules.

—¿Me conoces? —preguntó Heathcliff, después de cerciorarse de la fragilidad de los miembros de su hijo.

—No —dijo Linton, mirándole con temor. —¿Ni te han hablado de mí?

—No.

—No, ¿eh? Tu madre debía haberse avergonzado de no despertar tu cariño hacia mí. Bueno, pues entérate: eres mi hijo, y tu madre fue una malvada bribona al no explicarte qué clase de padre tienes. ¡Vamos, te ruborizas! Algo es convencerse de que no tienes blanca la sangre también. Ahora a ser buen chico. Elena, siéntate, si estás cansada, y vuélvete a tu casa, si no. Ya supongo que contarás en la Granja todo lo que estás viendo y oyendo. Y el chico no se hará al ambiente mientras no se quede con nosotros solo.

—Espero, señor Heathcliff —contesté—, que se portará bien con el niño, porque de lo contrario no le tendrá mucho tiempo a su lado. Piense que es el único familiar que le queda.

—Seré buenísimo con él, no tengas miedo —repuso. Ahora que nadie más lo será. Procuraré monopolizar su afecto. Y para empezar mis bondades, ¡José, trae algo de desayunar al niño! Hareton, cachorro del diablo, vete a trabajar — y cuando ambos se fueron, agregó—: Sí, Elena, mi hijo es el futuro propietario de tu casa y no quiero que muera hasta estar seguro de que yo seré su heredero. Además, es hijo mío, y quiero ver a mi descendiente dueño exclusivo de los bienes de los Linton y a estos o a sus descendientes cultivando las tierras de sus padres a las órdenes de mi hijo. Es lo único que me interesa de este chico. Le odio por lo que me evoca, y le desprecio por lo que es. Pero lo que te he dicho basta para que le cuide y le atienda tanto como tu amo pueda atender y cuidar a su hija. He preparado para él una habitación lindamente

amueblada y he encargado a un maestro que venga, desde una distancia de treinta kilómetros, a darle lección tres veces a la semana. A Hareton le he mandado que le obedezca, y, en fin, he hecho todo lo necesario para que Linton se sienta superior a los demás de la casa. Pero me disgusta que valga tan poco. Lo único que me hubiera consolado es que fuese digno de mí, y he experimentado una desilusión viendo que es un pobre infeliz que no sabe hacer otra cosa que llorar.

José llegó trayendo un tazón de sopa de leche. Linton, después de dar muchas vueltas al cacharro, dijo que no lo quería. El viejo criado, según noté, sentía hacia el niño el mismo desprecio que su padre, pero procuraba disimularlo, teniendo en cuenta el deseo de Heathcliff de que le respetaran.

—¿Conque no quiere comerlo? —dijo José en voz muy baja. —Pues el señorito Hareton no comía otra cosa cuando era niño, y era tan bueno como usted.

—Llévatelo —repuso Linton. No lo quiero.

José, indignado, cogió el tazón y se lo presentó a Heathcliff.

—¿Qué hay en esto de malo? —preguntó.

—No creo que haya nada malo —dijo Heathcliff.

—Pues su hijo no quiere comerlo —respondió José. —Pero ¡se saldrá con la suya! Su madre era lo mismo. Pensaba que todos éramos unos asquerosos y que nuestro contacto ensuciaba el trigo con el que había de cocer su pan.

—Guárdate de mencionar a su madre —gruñó Heathcliff, enojado. —Trae algo que le guste, y basta. ¿Qué suele comer, Elena?

Indiqué que le convendría té o leche hervida, y la criada recibió orden de prepararlo. Yo reflexioné que el egoísmo de su padre contribuiría a su bienestar. Heathcliff veía que su delicada salud exigía tratarle con cuidado. Y pensé que el señor se consolaría cuando se lo dijese. Entretanto, como ya no tenía pretexto para quedarme, salí al patio, aprovechando un momento en que Linton estaba ocupado en rechazar tímidamente las muestras de amistad que le quería prodigar un mastín. Pero él se dio cuenta de mi marcha.

Al cerrar la puerta le oí gritar repetidamente: ¡No se vaya! ¡No quiero quedarme aquí! Se cerró la puerta y le impidieron salir. Monté en Minny y así concluyó mi breve custodia del muchacho.

C A P Í T U L O XXI

Pasamos el día ocupados en consolar a la pequeña Cati. Se levantó muy temprano, impaciente por ver a su primo, y tanto lloró y se lamentó al saber que se había marchado, que Eduardo tuvo que consolarla, prometiéndole que el niño volvería en breve, si bien añadió: «Si lo consigo» Algo la calmó con esta promesa, y, sin embargo, tanto puede el tiempo, que cuando volvió a ver a Linton le había olvidado, hasta el punto de no reconocerle.

Siempre que yo encontraba a la criada de Cumbres Borrascosas le preguntaba por el niño, y ella me solía contestar que vivía casi tan encerrado como Cati, y que rara vez se le veía. Su salud seguía siendo delicada, y resultaba un huésped bastante molesto. El señor Heathcliff le quería cada vez menos, a pesar de que trataba de disimularlo. Le molestaba su voz y no podía aguantar largo tiempo su presencia. Hablaba poco con él. Linton estudiaba y pasaba las tardes en una salita, cuando no se quedaba en cama, ya que era muy frecuente que sufriese catarros, accesos de tos y todo género de dolencias.

—No he visto otro ser más melindroso ni más apocado —decía la criada.

—Si dejo la ventana un poco abierta por la tarde, se pone fuera de sí, como si fuese a entrar la muerte por ella. En pleno verano necesita estar junto al fuego, le incomoda el humo de la pipa de

José y hay que tenerle siempre preparados bombones y golosinas, y leche y más leche. Se pasa el tiempo al lado de la lumbre, envuelto en un abrigo de pieles, teniendo al alcance de su mano tostadas y algo que beber. Y si alguna vez Hareton, que no es malo, a pesar de su tosquedad, va a distraerle, siempre salen uno renegando y otro llorando. Se me figura que al amo le agradaría que Earnshaw moliese al niño a palos, si no se tratara de su hijo, y creo que sería capaz de echarle de casa si supiera lo mucho que el chico se cuida. Pero el señor no entra nunca en la salita, y si Linton empieza a hacer tonterías de esas en el salón, le manda enseguida irse a su cuarto.

Estas explicaciones me hicieron comprender que el joven en medio de un ambiente donde no encontraba simpatía alguna, se había hecho egoísta e ingrato, si es que no lo era ya de nacimiento, y cesé de interesarme por él, por más que no dejara de lamentar que no le hubieran permitido estar con nosotros. Pero el señor Linton me estimulaba a que me informase de él, y creo que le hubiera agradado verle, porque una vez incluso me mandó preguntar a la criada si el muchacho no solía ir al pueblo.

Ella me contestó que había ido con su padre a caballo dos o tres veces, y que siempre había vuelto rendido para varios días. La criada a que me refiero se marchó dos años después de llegar el niño.

En la Granja el tiempo transcurría plácidamente. Llegó el momento en que la señorita Cati cumplió los dieciséis años. No

celebrábamos nunca el día de su cumpleaños, porque era también el aniversario de la muerte de su madre. Su padre pasaba aquellos días en la biblioteca, y al oscurecer se iba al cementerio de Gimmerton, donde se quedaba a veces hasta medianoche. Catalina tenía que divertirse sola. Aquel año, el veinte de marzo hizo un tiempo excelente, y después de que su padre hubo salido, la señora bajó vestida y me dijo que había pedido permiso al señor para que paseáramos juntas por el borde de los pantanos, con tal que no tardáramos en volver más de una hora.

—¡Anda, Elena! —me dijo entusiasmada. —Quiero ir allí, ¿ves? Por donde suelen ir las cercetas. Quiero ver si tienen nidos.

—Eso debe de estar lejos —respondí—, porque no suelen anidar junto a los pantanos.

—No, no está lejos —me aseguró. —He ido con papá hasta las cercanías.

Me puse el sombrero y salimos. Cati corría ante mí, yendo y viniendo como un perrillo juguetón. Al principio lo pasé bien. Cantaban las alondras, y mi niña mimada estaba encantadora, con sus dorados bucles colgando hada atrás, y sus mejillas, tan puras y encendidas como una rosa silvestre. Era un ángel entonces. Verdaderamente, era imposible no desear proporcionarle todas las alegrías que se pudiese.

—Pero, señorita —dije, después de un buen rato—, ¿dónde están las cercetas? Estamos lejos ya de casa.

—Es un poco más allá, solo un poco —repetía invariablemente. — Ahora sube esa colina, bordea esa orilla y verás qué pronto hago que los pájaros echen a volar.

Pero tantas colinas había que subir y tantas orillas que bordear, que al fin, me cansé y le grité que era necesario volverse ya. Pero no me oyó, porque se había adelantado mucho, y la tuve que seguir contra mi deseo. Empezó a descender una hondonada. En aquel momento estábamos más cerca de Cumbres Borrascosas que de su casa. De pronto vi que la habían abordado dos personas y en una de ellas reconocí al propio Heathcliff.

Habían sorprendido a Cati en el acto de coger, o al menos dispersar, unos nidos de aves. Aquellas extensiones pertenecían a Heathcliff y él estaba amonestando a la cazadora furtiva.

—No he cogido pájaro alguno —dijo ella, enseñando sus manos para demostrarlo. — Papá me dijo que anidaban aquí y quería ver cómo son sus huevos.

Yo llegaba en aquel momento. Heathcliff me miró maliciosamente y le preguntó:

—¿Quién es su papá?

—El señor Linton, de la Granja de los Tordos —repuso ella. —Ya he supuesto que usted no me conocía, pues de lo contrario no me hubiera hablado de esa forma.

—¿Así que usted supone que su papá es digno de mucha estimación y respeto? —le preguntó él irónicamente.

—¿Quién es usted? —repuso ella mirando a Heathcliff con curiosidad. —A ese hombre ya le he visto otra vez. ¿Es hijo suyo?

Y señalaba a Hareton, a quien los dos años transcurridos le habían hecho ganar en fuerza y estatura; pero que continuaba por lo demás tan torpe como antes.

—Señorita Cati —intervine—, tenemos que volver. Hace tres horas que salimos de casa.

—No, no es mi hijo —contestó Heathcliff. —Pero tengo uno, y también le conoce usted. Aunque su aya tenga prisa, creo que sería mejor que vinieran a descansar un poco a casa. Sólo con dar la vuelta a esta colina ya estamos allí. Será usted bien recibida, descansará un poco y volverá a la Granja en cuanto quiera.

Yo insistí a Cati para que no aceptáramos la invitación, pero ella respondió:

—¿Por qué no? Estoy cansada y no vamos a sentarnos aquí. El suelo está húmedo. ¡Anda, Elena! Dice, además, que conozco a su hijo. Yo creo que se equivoca. Vive en aquella casa donde estuve cuando volví de la peña de Penniston, ¿no?

—Exactamente —dijo Heathcliff. —Cállate, Elena. Le gustará ver nuestra casa. Hareton, vete delante con la muchacha. Tú ven conmigo, Elena.

—No irá a semejante sitio —grité. Y traté de soltarme de Heathcliff, que me había cogido por un brazo. Pero Hareton había desaparecido por un lado del camino.

—Esto es un atropello, señor Heathcliff —le reproché—. Ella verá a Linton; cuando volvamos le contará a su padre y todas las culpas me las cargaré yo.

—Deseo que vea a Linton —repuso. —Está estos días de mejor aspecto. No será difícil conseguir que la muchacha no hable de la visita... ¿Qué mal hay en ello?

—Hay el mal de que su padre me odiaría si supiese que la he dejado entrar en casa de usted. Además, estoy segura de que usted lleva algún mal fin — repliqué.

—Mi fin es honradísimo —dijo—, y te lo voy a declarar. Quiero que los dos primos se enamoren y se casen. Ya ves que soy generoso con tu amo. La chica no tiene otras perspectivas. Si ella se casara con Linton, la designaría como coheredera.

—Lo sería de todos modos si Linton muriese —repuse—, y ya sabe usted que la salud de éste es muy precaria.

—No lo sería —replicó—, porque ninguna cláusula del testamento lo menciona, y yo sería el heredero. Pero para evitar pleitos, quiero que se casen.

—Y yo no quiero que ella entre en esa casa conmigo —respondí.

Catalina había llegado ya a la verja. Heathcliff aconsejó que me tranquilizase y nos precedió por el sendero. La señorita le miraba como pretendiendo darse cuenta de qué clase de hombre era; pero él le correspondía con sonrisas, y al hablarle suavizaba su voz. Llegué a imaginar que la memoria de la madre le hacía simpatizar con la joven. Encontramos a Linton junto al fuego. Venía de pasear por el campo, tenía aún puesta la gorra y en aquel momento estaba pidiendo a José calzado seco. Le faltaban pocos meses para cumplir los dieciséis años, y estaba muy crecido para su edad. Seguía teniendo bellas facciones, y en sus ojos y en su piel se notaban los saludables efectos del aire y el sol que acababa de tomar durante su paseo.

—¿Le conoce? —preguntó Heathcliff a Cati.

—¿Es su hijo? —dijo ella mirando, dudosa, a los dos.

—Sí; pero ¿cree que es la primera vez que le ve? Haga memoria. Linton,

¿no te acuerdas de tu prima?

—¿Linton? —exclamó Catalina, agradablemente sorprendida. ¿Es éste el pequeño Linton de antes? Pero ¡si está más alto que yo!

Él se adelantó hacia ella, se besaron y ambos se miraron asombrados del cambio que habían experimentado los dos.

Cati estaba ya completamente desarrollada. Era a la vez llena y esbelta, flexible como el acero y rebosante de animación y salud. En cuanto a Linton, tenía lánguidos los ademanes y las miradas, y era muy endeble de complexión; pero la gracia de sus maneras compensaba aquellos defectos. Luego de haber cambiado muchas caricias con él, su prima se dirigió al señor Heathcliff, que estaba junto a la puerta fingiendo mirar afuera; pero, en realidad, mirando exclusivamente lo que pasaba dentro.

—¿Así que es usted tío mío? —dijo la joven, abrazándole—. ¿Y por qué no va a vernos a la Granja de los Tordos? Es raro vivir tan próximos y no visitarnos nunca. ¿Por qué su—cede así?

—Antes de que tú nacieras yo iba alguna vez. Anda, déjate de besos...

Dáselos a Linton. Dármelos a mí es perder el tiempo.

— ¡Qué mala eres, Elena! —exclamó Cati, viniendo hacia mí para prodigarme también sus zalamerías. —¡Mira que no dejarme entrar! En adelante, vendré todas las mañanas. ¿Puedo hacerlo, tío? ¿Y puede venir conmigo papá? ¿No le gustará veros?

—Claro que sí —repuso él, disimulando la mueca de aversión que le inspiraban los dos presuntos visitantes. Mejor será que te diga que tu padre y yo reñimos terriblemente una vez, y si le cuentas que me visitas, es muy fácil que te lo prohíba. Así que si quieres seguir viendo a tu primo, vale más que no se lo digas a tu padre.

—¿Por qué riñeron? —preguntó entonces Catalina, disgustada.

—Porque él creyó que yo era demasiado pobre para casarme con su hermana —exclamó Heathcliff. —Se disgustó conmigo cuando lo hicimos, y no me perdonó jamás.

—Eso no está bien —dijo la muchacha. Pero Linton y yo no tenemos la culpa. En vez de venir yo, es mejor que él vaya a la Granja.

—Está demasiado lejos para mí, Cati —respondió su primo—. Andar seis kilómetros me mataría. Ven tú cuando puedas; por lo menos, una vez a la semana.

Heathcliff miró con desprecio a su hijo.

—Me temo que voy a perder el tiempo, Elena –rezongó—. Catalina verá que su primo es tonto, y le mandará al diablo. ¡Si hubiera sido Hareton! Te aseguro que me lamento continuamente de que no sea como él, a pesar de lo degradado que Hareton está. Si el chico fuera otro, yo le querría. No, no hay miedo de que ella se enamore. No creo que pase de los dieciocho años.

¡Maldito tonto! No se ocupa más que de secarse los pies, y ni mira a su prima.

¡Linton!

— ¿Qué, papá?

—¿No hay nada que puedas enseñar a tu prima? ¿Ni un mal conejo o un nido de comadrejas? Anda, hombre; deja de cambiarte el calzado, llévala al jardín y enséñale tu caballo.

—¿No prefieres sentarte aquí? —preguntó él a Cati, indicando en su tono la poca gana que tenía de moverse.

—No sé... —contestó ella, dirigiendo a la puerta una mirada que indicaba que prefería hacer algo a sentarse.

Pero él se acomodó en su silla y se aproximó más al fuego. Heathcliff se fue a buscar a Hareton. Se notaba que el joven acababa de lavarse en sus mejillas brillantes y su cabello mojado.

—Quiero hacerle una pregunta, tío —dijo Catalina. —Este no es primo mío, ¿verdad?

—Sí —contestó él. —Es sobrino de tu madre. ¿No te agrada? Catalina le miró con extrañeza.

—¿No es un buen mozo? —siguió Heathcliff.

La joven se alzó sobre las puntas de los pies y habló a Heathcliff al oído. Él se echó a reír. Hareton se puso sombrío, y yo reparé en que era muy suspicaz para algunas cosas.

Pero Heathcliff le tranquilizó al decirle:

—¡Ea, Hareton, te preferimos a ti! Me ha dicho que eres un... ¿un qué? Bueno, no me acuerdo... Una cosa agradable. Acompáñala a dar una vuelta y pórtate como un gentil hombre. No digas palabrotas, no la mires cuando ella no te mire a ti, ruborízate

cuando se ruborice ella, háblale con dulzura y no lleves las manos en los bolsillos. Anda, trátala todo lo mejor que puedas.

Y miró a la pareja cuando pasaron ante la ventana. Hareton no miraba a su compañera, y parecía tan atento al paisaje como un pintor o un turista. Cati le miró a su vez de un modo muy poco lisonjero. Después se dedicó a encontrar objetos que atrajesen su interés, y, a falta de conversación, canturreaba.

—Con lo que le he dicho —indicó Heathcliff—, verás cómo no pronuncia ni una palabra. Elena, cuando yo tenía su edad o poco menos, ¿era tan estúpido como él?

—Era usted peor —precisé—, porque era usted aún más huraño.

—¡Cuánto me satisface verle así! —siguió Heathcliff, expresando sus pensamientos en voz alta. —Ha colmado mis esperanzas. Si hubiese sido un tonto de nacimiento, no estaría tan contento. Pero no es tonto, no, y comprendo todos sus sentimientos, ya que yo mismo antes que él los he experimentado. Ahora me hago cargo de cuánto padece, aunque no es, por supuesto, más que un principio de lo que padecerá después. Y no logrará desprenderse jamás de su zafiedad y su ignorancia. Lo he hecho todavía más vil de lo que su miserable padre quiso hacerme a mí. Le he acostumbrado a despreciar cuanto no es brutal, y llega al extremo de vanagloriarse de su rudeza. ¿Qué pensaría Hindley de su hijo si pudiera verle? ¡Estaría tan orgulloso de él como yo del mío! Con la diferencia de que

Hareton es oro en bruto que hace el papel de ladrillo y este otro es latón que hace menesteres de vajilla de plata. El mío no vale nada, y, sin embargo, le haré que prospere todo cuanto se lo permitan sus cualidades. El otro tiene excelentes cualidades, que le he hecho desperdiciar. ¡Y lo grande es que Hareton me quiere como un condenado! En esto he vencido a Hindley. ¡Si el granuja pudiera levantarse de su sepultura para venir a echarme en cara el mal que he hecho a su hijo, éste sería el primero en venir a defenderme, ya que me considera como el mejor amigo que pudiera tener en el mundo!

Esta idea hizo soltar a Heathcliff una carcajada diabólica. No le repliqué, ni él lo esperaba. Mientras tanto, Linton, que estaba sentado harto lejos de nosotros para poder oír nuestra conversación, empezó a agitarse y a dar muestras de que lamentaba no haber salido con Cati. Su padre distinguió cómo miraba hacia la ventana. La mano del muchacho se dirigía, irresoluta, hacia su gorra.

—¡Vamos, perezoso, levántate! —dijo con fingida bonachonería. —Vete con ellos. Están junto a las colmenas.

Linton reunió sus energías y abandonó el hogar. Cuando salía, oí por la ventana, que estaba abierta, cómo Cati preguntaba a Hareton el significado de la inscripción que había sobre la puerta. Pero Hareton levantó los ojos y se rascó la cabeza como hubiera hecho un verdadero rústico.

—No sé leer ese condenado escrito —contestó.

—¿Que no puedes leerlo? —respondió Cati. —Yo sí que lo leo; pero lo que quiero es saber por qué está ahí.

Linton soltó una risotada, primera manifestación de alegría que daba.

—No sabe leer —comunicó a su prima. —Supongo que te asombrará saber que es un burro tan grande.

—¿Está bien de la cabeza? —preguntó Catalina seriamente. — Sólo le he hecho dos preguntas; pero creo que no me entiende, y, además, me habla de un modo tal, que tampoco yo le comprendo.

Linton se volvió a reír, y miró despreciativamente a Hareton, que no pareció ofenderse por ello.

—¿Verdad que todo es cuestión de pereza, Hareton? — dijo—. Mi prima se imagina que eres un idiota. Entérate de a lo que conduce despreciar los libracos, como tú dices. ¿Has oído cómo pronuncia, Cati?

—¿Pa qué diablos necesito tener buena pronuncia? —respondió Hareton.

Y siguió hablando a su manera, con gran regocijo de mi señorita.

—¿Y pa qué diablos necesitas mencionar al diablo en esa frase? —dijo Linton, haciéndole burla. — Papá te ha ordenado hablar correctamente, y no dices dos palabras sin cometer una incorrección. Procura portarte como un caballero.

—Si no tuvieras más de chica que de chico, te tumbaba de un puñetazo — contestó el otro, marchándose con el rostro encendido, ya que comprendía que le había afrentado y no acertaba a reaccionar de otra manera.

Heathcliff, que lo había oído todo tan bien como yo, sonrió; pero enseguida miró con animosidad a la pareja, que se había quedado hablando en el portal. El muchacho se animaba al referir anécdotas relativas a Hareton. En cuanto a ella, celebraba sus comentarios, sin reparar en que denotaban un espíritu perverso. Con todo ello, yo empecé a aborrecer a Linton, y me sentí inclinada a justificar el desprecio que sentía hacia él su padre.

Estuvimos hasta la tarde. El señor no salió de su habitación, y esta feliz circunstancia impidió que notara nuestra larga ausencia. Mientras volvíamos, intenté explicar a la joven quiénes eran aquellos con los que habíamos estado; pero a ella se le antojaba que mi prevención era injusta.

—Yo veo que le das la razón a papá —me dijo. —No eres imparcial. La prueba es que me has tenido engañada todos estos años asegurándome que Linton vivía lejos de aquí. Estoy incomodada; mas como, por otro lado, me siento muy satisfecha, no te digo nada. Pero no hables mal de mi tío. Ten en cuenta que es mi pariente. Voy a reñir a papá por no tratarse con él.

Tuve que renunciar a mi intento de disuadirla de su equivocación. No habló de la visita aquella noche, porque no vio al señor Linton. Pero al día siguiente le soltó todo, y aunque, por un lado, esto me disgustaba, me complacía, por otro, pensar que el señor acertaría a aconsejarla mejor que yo.

—Papá —dijo Cati, después de saludarle—, ¿a quién crees que vi ayer cuando salí de paseo? Noto que te estremeces. Claro; como no obré bien... Escúchame y sabrás cómo he descubierto que tú y Elena me estabais engañando diciéndome que Linton vivía muy lejos, a la vez que afectaban compadecerme cuando yo seguía hablando de él.

Contó todo lo sucedido. El señor no dijo nada hasta que ella terminó, y sólo de cuando en cuando me miraba con expresión de reproche. Al final le preguntó si conocía las razones por las que le había ocultado la proximidad de Linton.

—Porque tú no quieres al señor Heathcliff —contestó ella. —¿De modo que piensas, Cati, que me preocupan más mis sentimientos que los tuyos? No es que yo no quiera al señor Heathcliff, sino que él no me quiere a mí. Además, es el hombre más diabólico que ha existido, y se goza en dañar y arruinar a los que odia, aunque no le den motivo para ello. Yo sabía que no podías tratar a tu primo sin tratarle a él, y me constaba que él te odiaría por ser hija mía. Por eso y por tu propio bien procuré impedir que le vieses. Me proponía explicártelo cuando fueras mayor, y lamento no habértelo dicho antes.

—El señor Heathcliff se portó muy atentamente conmigo —contestó Cati, recalcitrante. —Me dijo que puedo ver a mi primo cuando quiera, y que eres tú quien no le ha perdonado que él se casara con la tía Isabel. El tío está dispuesto a permitir que me trate con Linton, y tú, no.

Entonces el amo le explicó sucintamente lo sucedido con Isabel y el procedimiento por el que las Cumbres habían pasado a manos de Heathcliff. No se extendió en muchos detalles; pero, por pocos que fueran, bastaban para ilustrar a Cati, dada la animosidad con que los expresó su padre, que seguía odiando a su enemigo, a quien consideraba como el causante de la muerte de la señora, sentimiento que no le abandonaba jamás. La señorita Cati, que era incapaz de hacer mal a nadie, salvo pequeñas faltas de desobediencia, quedó asombrada al oír explicar el carácter de aquel hombre, capaz de prolongar durante años enteros sus planes de venganza sin sentir remordimiento alguno. Tan afectada nos pareció, que el señor creyó superfluo seguir hablando más. Y sólo agregó:

—Ya te diré más adelante, hija mía, por qué deseo que no vayas a su casa.

Ahora ocúpate de tus cosas, y no pienses más en eso.

Cati dio un beso a su padre, y luego dedicó, como siempre, dos horas a sus lecciones. Dimos una vuelta por el parque, y no hubo otra novedad. Pero a la noche, mientras yo la ayudaba a desnudarse, se echó a llorar.

—¿No le da vergüenza, niña? —la increpé. —Si tuviera usted aflicciones de veras, no lloraría por una contrariedad tan insignificante. Figúrese que su padre y yo faltáramos y que usted se quedara sola en el mundo. ¿Qué sentiría usted entonces? Compare lo que sufriría, en un caso así, con esta pequeña contrariedad, y dará usted gracias a Dios, que le concede suficientes amigos lo bastante buenos para no tener que suspirar por otros.

—No lloro por mí, Elena —respondió. — Lloro por Linton, que me espera, y que tendrá mañana el desengaño de no verme ir.

—No se figure —repuse— que él piensa en usted tanto como usted en él. Ya tiene a Hareton para hacerle compañía. Nadie en el mundo lloraría por dejar de tratar a un pariente al que ha visto dos veces en toda su vida. Linton comprenderá lo que ha pasado y no se acordará más de usted.

—Podía escribirle una nota explicándole por qué no voy y mandarle unos libros que le he prometido prestarle. ¿Por qué no hacerlo, Elena?

—No —respondí resueltamente—, porque él, entonces, le contestaría a usted, y sería el cuento de nunca acabar. Hay que cortar las cosas de raíz, como lo ha mandado su papá.

—Pero una notita... —dijo suplicante.

—Nada de notitas —dije. —Acuéstese.

Me dirigió una mirada tal, que me abstuve de besarla después de desearle buenas noches. La tapé y salí muy disgustada. Pero, arrepintiéndome de mi dureza, volví para rectificar, y la encontré sentada a la mesa escribiendo con un lápiz una nota, que escondió al verme entrar.

—Voy a apagar la vela —dije. —Y si le escribe usted, no encontrará quien le lleve la carta.

Y apagué, recibiendo, al hacerlo, un golpe en la mano y varias violentas recriminaciones, tras las cuales Cati se encerró en su cuarto. La carta, con todo, fue terminada, y enviada por un lechero que iba al pueblo. Pero yo no me enteré hasta más adelante. Transcurrieron varias semanas, y Catalina abandonó su actitud violenta. Tomó entonces la costumbre de ocultarse por los rincones. Si cuando estaba leyendo me acercaba a ella, se sobresaltaba y procuraba esconder el libro, pero no lo suficiente para que yo dejase de ver que tenía papeles sucios entre las hojas. Solía bajar temprano de mañana a la cocina, y andaba por allí como en espera de algo. Dio en la costumbre de echar la llave a un cajoncito que tenía en la biblioteca para su uso.

Un día observé que en el cajoncito, que en aquel momento estaba ella ordenando, en lugar de las chucherías y los juguetes que eran su contenido habitual, había numerosos pliegos de papel. La curiosidad y la sospecha me decidieron a echar una ojeada a sus misteriosos tesoros. Aprovechando una noche en que ella y el señor se habían acostado pronto, busqué entre mis

llaves hasta hallar una que valía para abrir aquel cajón, saqué cuanto había en él y me lo llevé a mi cuarto. Como había supuesto, era una correspondencia procedente de Linton Heathcliff. Las cartas de fecha más antigua eran tímidas y breves; pero las sucesivas contenían encendidas frases de amor, que por su exaltada insensatez parecían propias de un colegial, pero que mostraban acá y acullá, ciertos rasgos que me parecieron de mano más experta. Algunas principiaban expresando enérgicos sentimientos, y luego concluían de un modo afectado, tal como el que emplearía un estudiante para dirigirse a una figura amorosa inexistente. No sé lo que aquello parecería a Cati, pero a mí me dio la impresión de una cosa ridícula. Finalmente, las até juntas y volví a cerrar el cajón.

Como tenía por costumbre, la señorita bajó a la cocina muy temprano. Al llegar el muchacho que traía la leche, mientras la criada la vertía en el jarro, la señorita salió y deslizó un papel en el bolsillo del jubón del rapaz, a la vez que recogía algo de él. Dando un rodeo, atajé al chico, quien defendió esforzadamente la integridad de su misiva. Pero al fin logré arrebatársela y le hice irse amenazándole con fieros males en caso contrario. Leí la carta de amor de Cati. Era mucho más sencilla y más expresiva que la de su primo. Moví la cabeza y me volví pensativa a casa. Como llovía, Catalina no bajó aquel día al parque. Al terminar de estudiar acudió a su cajón. Su padre estaba sentado a la mesa, leyendo. Yo, adrede, estaba arreglando unos flecos descosidos de la cortina de la ventana.

Un pájaro que hubiese hallado su nido vacío no hubiera, con sus trinos y agitación, manifestado más angustia que la de Cati al exclamar:

—¡Oh!

Y su rostro, que un momento antes expresaba una perfecta felicidad, se alteró completamente. El señor Linton levantó los ojos.

—¿Qué te pasa, hijita? ¿Te has lastimado?

Ella comprendió que su padre no era el descubridor del tesoro escondido.

—No —repuso. —Elena, ven arriba conmigo. Me encuentro indispuesta. La acompañé.

—Tú las has cogido, Elena —me dijo, cayendo arrodillada delante de mí.

— Devuélvemelas y no le digas nada a papá, y no volveré a hacerlo. ¿Se lo has dicho a papá, Elena?

—Ha ido usted muy lejos, señorita Cati —dije severamente. ¡Debía darle vergüenza! ¡Y vaya una hojarasca que lee usted en sus ratos de ocio! ¡Si parecen cuartillas destinadas a publicarse! ¿Qué dirá el señor cuando se lo enseñe? No lo he hecho aún, pero no se figure que guardaré el secreto. Y el colmo es que ha debido usted ser la que empezó, porque a él creo que no se le hubiera ocurrido nunca.

—No es verdad —respondió Cati, sollozando con desconsuelo. —No había pensado en amarle hasta que...

—¡Amarle! —exclamé, subrayando la palabra con tanto desdén como me fue posible. —Es como si yo amase al molinero que una vez al año viene a comprar el trigo. ¡Si no ha visto usted cuatro horas a Linton, sumando las dos veces! ¡Ea!, voy a llevar a su padre estas chiquilladas, y ya veremos lo que él opina de ese amor.

Ella dio un salto para coger su correspondencia, pero yo la mantuve levantada sobre mi cabeza. Me suplicó frenéticamente que la quemase o hiciera con ella lo que quisiera menos enseñarla a su padre. Como a mí todo aquello me parecía una puerilidad y estaba más cerca de reírme que de reprochárselo, cedí, no sin preguntarle previamente:

—Si las quemo, ¿me promete usted no volver a mandar ni a recibir cartas, ni libros, ni rizos de cabellos, ni sortijas, ni juguetes?

—No nos enviamos juguetes —exclamó Cati.

—Ni nada, señorita. Si no me lo promete, voy a su papá.

—Te lo prometo, Elena —me dijo. —Échalas al fuego...

Pero, al hacerlo, ello le resultó tan doloroso que me rogó que guardase una o dos siquiera. Yo comencé a echarlas a la lumbre.

—¡Oh cruel! Quiero siquiera una —dijo, metiendo la mano entre las llamas y sacando un pliego medio chamuscado, no sin menoscabo de sus dedos.

—Entonces también yo quiero algunas para enseñárselas a su papá — repliqué, envolviendo las demás en el pañuelo y dirigiéndome a la puerta.

Lanzó al fuego los trozos medio quemados y me excitó a consumar el holocausto. Cuando estuvo terminado, removí las cenizas y las sepulté bajo una paletada de carbón. Se fue ofendidísima a su cuarto sin decir palabra. Bajé y dije al amo que la señorita estaba mejor, pero que era preferible que reposase un poco. Cati no bajó a comer ni reapareció hasta la hora del té. Estaba pálida y tenía los ojos enrojecidos, pero se mantenía serena. Cuando a la mañana siguiente llegó la carta acostumbrada, la contesté con un trozo de papel, en el que escribí: «Se ruega al señor Linton que no envíe más cartas a la señorita Cati, porque ella no las recibirá» Y desde aquel momento el muchachito venía siempre con los bolsillos vacíos.

C A P Í T U L O XXII

Transcurrió el verano y comenzó el otoño. Pasó el día de San Miguel y aún algunos de nuestros prados no estaban segados. El señor Linton solía ir a presenciar la siega con su hija. Un día permaneció en el campo hasta muy tarde, y como hacía frío y humedad, atrapó un catarro que le tuvo recluido en casa casi todo el invierno.

La pobre Cati estaba entristecida y sombría desde que su novela de amor tuviera aquel desenlace. Su padre dijo que le convenía leer menos y moverse más. Ya que él no podía acompañarla, determiné sustituirle yo en lo posible. Pero sólo podía destinar a ello dos horas o tres al día, y, además, mi compañía no le agradaba tanto como la de su padre.

Una tarde —era a principios de noviembre o fines de octubre y las hojas caídas alfombraban los caminos, mientras el frío cielo azul se cubría de nubes que auguraban una fuerte lluvia— rogué a mi señorita que renunciásemos por aquel día al paseo. Pero no quiso, y tuve que acompañarla hasta el fondo del parque, paseo casi maquinal que solía dar cuando se sentía de mal humor. Y esto sucedía siempre que su padre se encontraba peor que lo corriente aunque nunca nos lo confesaba. Pero nosotras lo notábamos en su aspecto. Ella andaba sin alegría y no retozaba como antiguamente. A veces se pasaba la mano por la mejilla, como si se limpiase algo. Yo buscaba a mi

alrededor alguna cosa que la distrajera. A un lado del camino se erguía una pendiente donde crecían varios avellanos y robles, cuyas raíces salían al exterior. Como el suelo no podía resistir su peso más que a duras penas, algunos se habían inclinado de tal modo por efecto del viento, que estaban en posición casi horizontal. Cuando Cati era más niña solía subirse a aquellos troncos, se sentaba en las ramas y se columpiaba en ellas a más de seis metros por encima del suelo. Yo la reprendía siempre que la veía así, pero sin resolverme a hacerla bajar. Y allí permanecía largas horas, mecida por la brisa, cantando antiguas canciones que yo le había enseñado y distrayéndose en ver cómo los pájaros anidados en las mismas ramas alimentaban a sus polluelos y les incitaban a volar. Y así, la muchacha se sentía feliz.

—Mire, señorita —dije—: debajo de las raíces de ese árbol hay aún una campánula azul. Es la última que queda de tantas como había en julio, cuando las praderas estaban cubiertas de ellas como de una nube de color violáceo.

¿Quiere usted cogerla para mostrársela a su papá?

Cati miró mucho rato la solitaria flor y después repuso:

—No, no quiero arrancarla. Parece que está triste, ¿verdad, Elena?

—Sí —convine. —Tan triste como usted. Tiene usted pálidas las mejillas.

Deme la mano y echemos a correr. Pero ¡qué despacio anda, señorita! Casi rcho más deprisa yo.

Ella continuó andando lentamente. A veces se paraba a contemplar el césped o alguna seta que se destacaba, amarillenta, entre la hierba. Y en ocasiones se pasaba la mano por el rostro.

—¡Oh, querida Catalina! ¿Está usted llorando? —dije, acercándome a ella y poniéndole la mano en un hombro. — No se disguste usted. Su papá está ya mejor de su resfriado. Debe agradecer a Dios que no sea algo peor.

—Ya verás cómo será algo peor —contestó. —¿Qué haré cuando papá y tú me abandonéis y me encuentre sola? No he olvidado aquellas palabras que me dijiste una vez, Elena. ¡Qué triste me parecerá el mundo cuando papá y tú hayáis muerto!

—No se puede asegurar que eso no le suceda antes a usted — aduje. No se debe predecir la desgracia. Supongo que pasarán muchos años antes de que faltemos los dos. Su papá es joven y yo no tengo más que cuarenta y cinco años. Mi madre vivió hasta los ochenta. Suponga que el señor viva hasta los sesenta años tan sólo, y ya ve si quedan años, señorita. Es una tontería lamentarse de una desgracia con veinte años de anticipación.

—Pues la tía Isabel era más joven que papá —respondió, con la esperanza de que yo la consolase otra vez.

—A la tía Isabel no pudimos asistirla nosotros –repliqué. — Además, no fue tan feliz como el señor y no tenía tantos

motivos para vivir. Lo que usted debe hacer es cuidar a su padre y evitarle todo motivo de disgusto. No le voy a ocultar que conseguiría usted matarle si obrase como una insensata y siguiera enamorada del hijo de un hombre que desea ver al amo en la tumba y se manifestase contrariada por una separación que él le impuso con mucha razón.

—Lo único que en el momento me preocupa es la enfermedad de papá — dijo Cati. —Sólo me interesa que se restablezca pronto. Mientras yo tenga uso de razón no haré ni diré nunca nada que pueda disgustarle. Le quiero más que a mí misma, Elena, y todas las noches rezo para no morir antes que él, por no apenarle. Ya ves si le quiero.

—Habla usted muy bien —le dije. —Pero procure demostrarlo con hechos, y cuando él se haya restablecido no olvide la resolución que ha adoptado usted en este momento en que está preocupada por su salud.

Según íbamos hablando nos acercábamos a una puerta que comunicaba con el exterior de la finca. Mi señorita trepó alegremente a lo alto del muro para coger algunos rojos escaramujos que adornaban los rosales silvestres que daban sombra al camino. Al inclinarse para alcanzarlos se le cayó el sombrero. Como la puerta estaba cerrada, saltó ágilmente. Pero el volver a encaramarse no fue tan sencillo. Las piedras eran lisas y no había hendidura entre ellas, y las zarzas dificultaban la subida. Yo no me acordé de ello hasta que le oí decir, entre risas:

—Elena, no puedo subir. Vete a buscar la llave o tendré que dar la vuelta a toda la tapia.

—Espere un momento —dije—, que voy a probar las llaves de un manojo que llevo en el bolsillo. Si no, iré a casa a buscarla.

Mientras probaba todas las llaves sin resultado, Catalina bailaba y saltaba delante de la puerta. Ya me preparaba yo a ir a buscar la llave, cuando sentí el trote de un caballo. Cati cesó de saltar y yo sentí que el trote de un caballo se detenía.

—¿Quién es? —pregunté.

—Te ruego que abras la puerta, Elena —murmuró Cati con ansiedad. Una voz grave, que supuse que era la del jinete, dijo:

—Me alegro de encontrarla, señorita Linton. Tengo que hablar con usted.

Hemos de tener una explicación.

—No quiero hablar con usted, señor Heathcliff —contestó Cati. —Papá dice que es usted un hombre malo y que nos aborrece, Elena opina lo mismo.

—Eso no tiene nada que ver —oí decir a Heathcliff. — Sea como sea, yo no aborrezco a mi hijo, y a él me refiero. ¿No solía usted escribirse con él hace unos meses? ¿De modo que jugaban a hacerse el amor? Merecen ustedes dos una buena zurra, y en especial, usted, que es la de más edad y la menos sensible de ambos. Yo he cogido sus cartas, y si no se pone usted en razón se las mandaré a su padre. Usted se cansó del juego y

abandonó a Linton, ¿eh? Pues entérese de que le abandonó en plena desesperación. Él tomó aquello en serio, está enamorado de usted, y, por mi vida, que le aseguro que se muere, y no metafóricamente, sino muy en realidad. ¡Ni Hareton tomándole el pelo seis semanas seguidas ni yo con las medidas más enérgicas que pueda usted imaginarse, hemos logrado nada! Como usted no le cure, antes del verano habrá muerto.

—No engañe tan descaradamente a la pobrecita —grité yo desde dentro.

—Haga el favor de seguir su camino. ¿Cómo puede mentir así? Espere, señorita Cati, que voy a saltar la cerradura con una piedra. No crea todos esos disparates. Comprenda que es imposible que haya quien se muera de amor por una desconocida.

—No sabía que hubiera escuchas —murmuró el villano al sentirse descubierto. —Mi querida Elena, ya sabes que te estimo, pero no puedo con tus chismorreos. ¿Cómo te atreves a engañar a esta pobre niña diciendo que la aborrezco e inventando cuentos de miedo para que tome horror a mi casa? Vaya, Catalina Linton, preciosa, aproveche el que toda esta semana estaré fuera de casa, y vaya a ver si he mentido o no. Póngase en su lugar y piense lo que sentiría si su indiferente enamorado rehusara consolarle por no darse un pequeño paseo. No cometa ese error. ¡Le juro que va derecho a la tumba, y que sólo puede usted salvarle! ¡Se lo juro por mi salvación eterna!

La cerradura saltó y yo salí.

—Te juro que Linton está muriéndose —dijo Heathcliff mirándome con dureza. —Y el dolor y la decepción están apresurando su muerte, Elena. Si no quieres dejar ir a la muchacha, ve tú y lo verás. Yo no vuelvo hasta la semana que viene. Ni siquiera tu amo se opondrá.

—¡Entre! —dije a Cati, cogiéndola por un brazo. Ella le miraba conturbadísima, incapaz de percatarse de la falsedad de su interlocutor a través de la severidad de sus facciones.

Él se acercó a ella y dijo:

—Si he de ser sincero, señorita Catalina, yo cuido muy mal a Linton, y José y Hareton peor aún. No tenemos paciencia... Él está ansioso de ternura y cariño, y las dulces palabras de usted serían su mejor medicina. No haga caso de los crueles consejos de la señora Dean. Sea generosa y procure verle. Él se pasa el día y la noche soñando con usted y creyendo que le odia, puesto que se niega a visitarle.

Yo cerré la puerta, apoyé una gruesa piedra contra ella, abrí mi paraguas, porque la lluvia arreciaba, y cubrí con él a la señorita. Volvimos tan deprisa a casa que no tuvimos ni tiempo de hablar de Heathcliff. Pero adiviné que el alma de Cati quedaba ensombrecida. En su triste semblante se notaba que había creído cuanto él había dicho.

Antes de que llegáramos, el señor se había retirado a descansar. Cati entró en su habitación y vio que dormía

profundamente. Entonces volvió y me pidió que la acompañara a la biblioteca. Tomamos juntas el té; luego ella se sentó en la alfombra y me rogó que no le hablase, porque se sentía extenuada. Cogí un libro y fingí leerlo. En cuanto ella creyó que yo estaba entregada a la lectura, empezó a llorar. La dejé que se desahogara un poco y luego le reproché el que creyese en las afirmaciones de Heathcliff. Pero tuve la desventura de no lograr convencerla ni contrarrestar en nada las palabras de aquel hombre.

—Puede que tengas razón, Elena —dijo la joven—, pero no me sentiré tranquila hasta cerciorarme de ello. Es necesario que haga saber a Linton que si no le escribo no es por culpa mía, y que no han cambiado mis sentimientos hacia él.

Hubiera sido inútil insistir. Aquella noche nos separamos incomodadas, pero al otro día ambas caminábamos hacia las Cumbres. Yo me había determinado a ceder, con la remota esperanza de que el propio Linton nos manifestaría que aquella estúpida historia carecía de realidad.

C A P Í T U L O XXIII

A la lluvia de la noche siguió una mañana brumosa, con escarcha y ligera llovizna. Arroyos improvisados descendían, rumorosos, de las colinas, dificultando nuestro camino. Yo, mojada y furiosa, estaba muy a punto de sacar partido de cualquier circunstancia que favoreciese mi opinión. Entramos por la cocina, a fin de asegurarnos que era verdad que el señor Heathcliff estaba ausente, pues yo no creía nada de cuanto decía.

José se hallaba sentado. En torno suyo había organizado un paraíso para su personal placer; a su lado crepitaba el fuego; sobre la mesa a que estaba instalado había un enorme vaso de cerveza rodeado de gruesas rebanadas de tarta de avena, y en la boca tenía su negra pipa. Cati se acercó a la lumbre para calentarse. Cuando pregunté al viejo si estaba el amo, tardó tanto en responderme que tuve que repetírselo, temiendo que se hubiera quedado sordo.

—¡No está! —masculló. Así que te puedes volver por donde has venido.

—¡José! —gritó una voz desde dentro. —Llevo un siglo llamándote.

Vamos, ven, no queda fuego.

José se limitó a aspirar más vigorosamente el humo de su pipa y contemplar insistentemente la lumbre. La criada y Hareton no aparecían por parte alguna. Reconociendo la voz de Linton, entramos en su habitación.

—¡Ojalá te mueras abandonado en un desván! —prorrumpió el muchacho, creyendo, al sentir que nos acercábamos, que nuestros pasos eran los de José.

Y al ver que se había confundido, se turbó. Cati corrió hacia él.

—¿Eres tú, Cati? —dijo, levantando la cabeza del respaldo del sillón en que estaba sentado. — No me abraces tan fuerte, porque me ahogas. Papá me dijo que vendrías a verme. Cierra la puerta, haz el favor. Esas odiosas gentes no quieren traer carbón para el fuego. ¡Y hace tanto frío...!

Yo misma llevé el carbón y revolví el fuego. Él se quejó de que le cubría de ceniza, pero tosía de tal modo y parecía tan enfermo que no me atreví a reprenderle por su desagradecimiento.

—¿Te alegras de verme, Linton? ¿Puedo serte útil en algo? — preguntó Cati.

—¿Por qué no viniste antes? —repuso él. —Debiste venir en vez de escribirme. No sabes cuánto me cansaba escribiendo aquellas largas cartas. Hubiera preferido hablar contigo. Ahora ya no estoy ni para hablar ni para nada. ¿Y Zillah? ¿Quiere usted, Elena, ver si está en la cocina?

Yo no me sentía muy dispuesta a obedecerle, tanto más cuanto no siquiera me había agradecido el arreglarle el fuego, y respondí:

—Allí está José únicamente.

—Tengo sed —dijo Linton. —Zillah no hace más que escaparse a Gimmerton desde que mi padre se fue. ¡Es una miserable! Y tengo que bajar aquí, porque si estoy arriba no me hacen caso cuando les llamo.

—¿Su padre se cuida de usted, señorito? —le pregunté.

—Por lo menos hace que los demás me atiendan —contestó. —¿Sabes, Cati? Aquel animal de Hareton se burla de mí. Le odio a él y a todos éstos. Son odiosos.

Cati cogió un jarro de agua que halló en el aparador y llenó un vaso. Él le rogó que añadiese una cucharada de vino de una botella que había encima de la mesa, y después de beber se mostró más amable.

—¿Estás contento de verme? —volvió a preguntar la joven, animándose al ver en el rostro de su primo un esbozo de sonrisa.

—Sí. Es muy agradable oír una voz como la tuya. Pero papá me aseguraba que no venías porque no querías, y esto me disgustaba. Me acusaba de ser un hombre despreciable, y afirmaba que de haberse hallado él en mi lugar sería a estas

horas el amo de la Granja. Pero ¿verdad que no me desprecias, Cati?

—¿Yo? —repuso ella. —Después de a papá y a Elena, te quiero más que a nada en el mundo. Pero no tengo simpatías al señor Heathcliff y cuando él esté aquí no vendré. ¿Pasará fuera muchos días?

—Muchos, no... Pero suele irse a los pantanos desde que empezó la temporada de caza, y tú podrías estar conmigo una hora o dos cuando está ausente. Anda, prométemelo. Procuraré no ser molesto contigo. Tú no me ofenderás, y no te disgustará atenderme, ¿verdad, Cati?

—No —afirmó la joven, acariciándole el cabello. —Si papá me lo permitiera, pasaría la mitad del tiempo contigo. ¡Qué guapo eres! Me gustaría que fueras mi hermano.

—¿Me querrías entonces tanto como a tu padre? —dijo más animado. — El mío dice que si fueras mi esposa me amarías más que a nadie en el mundo, y por eso quisiera que estuviésemos casados.

—Más que a mi padre, no es posible —aseguró ella gravemente. —A veces los hombres odian a sus mujeres, pero nunca a sus padres y hermanos. Así que

si fueras mi hermano vivirías siempre con nosotros, y papá te querría tanto como a mí.

Linton negó que los esposos odien a sus mujeres; pero ella insistió en que sí, y como prueba citó la antipatía que el padre de Linton había mostrado hacia la tía Isabel. Yo intenté cambiar la conversación; pero antes de conseguirlo, ya Catalina había soltado todo lo que sabía al respecto. Linton, enfadado, aseguró que aquello no era cierto.

—Mi padre me lo contó, y él no miente —contestó ella.

—El mío desprecia al tuyo y asegura que es un imbécil —replicó Linton.

—Tu padre es un malvado —aseveró Cati a su vez. —No sé cómo eres capaz de repetir sus palabras. ¡Muy malo debe haber sido cuando obligó a la tía Isabel a abandonarle!

—No me contradigas. Ella no le abandonó.

— ¡Sí le abandonó! —insistió la joven.

—Pues mira —dijo Linton. —Tu madre no amaba a tu padre, para que te enteres.

—¡Oh! —exclamó Cati, furiosa. —¡Y amaba a mi padre!

—¡Embustero! ¡Te odio! —gritó ella encolerizada.

—¡Le amaba! —repitió Linton, arrellanándose en su sillón y malignamente complacido de la agitación que embargaba a su prima.

—Cállese, señorito —intervine. —¡Eso es una falsedad inventada por su padre!

—No es cuento —replicó él. —Sí, Cati, le amaba, le amaba, le amaba...

Cati, fuera de sí, dio un violento empellón a la silla, y él cayó sobre su propio brazo. Le acometió un acceso de tos, que duró tanto que a mí misma me asustó. Cati rompió a llorar amargamente, pero no dijo nada. Linton, cuando dejó de toser, quedó en silencio mirando a la lumbre. Cati, a su vez, cesó de llorar, y se sentó al lado de su primo.

—¿Cómo se siente ahora, señorito? —le pregunté pasado un rato.

—¡Ojalá se encontrara ella como yo! ¡Qué cruel es y qué implacable! Hareton no me pega nunca. Y hoy, que yo me encontraba mejor... —replicó él, terminando por prorrumpir en llanto.

—No te he pegado —contestó Catalina, mordiéndose los labios para no volver a exaltarse.

Gimió y suspiró, notándose que lo hacía a propósito para aumentar la aflicción de su prima.

—Lamento haberte hecho daño, Linton —dijo ella, al fin, traspasada de pena—; pero a mí un empellón como aquel no me hubiera lastimado, y creí que a ti tampoco. ¿Te duele? No quiero volver a casa con el pensamiento de haberte hecho daño. ¡Contéstame!

—No puedo —respondió el joven. —Tú, como no la padeces, no sabes lo que es esta tos. No me dejará dormir en toda la noche. Mientras tú descansas tranquilamente yo me ahogaré, aquí solo. No puedes figurarte las noches que paso.

Y el muchacho empezó a gemir, tanta era la pena que le inspiraban sus propios sufrimientos.

—No será la señorita quien vuelva a molestarle —dije yo. —Si no hubiese venido no habría perdido usted nada. Pero no se preocupe, que no volverá a importunarle, estese tranquilo...

—¿Quieres que me vaya, Linton? —preguntó Catalina.

—No puedes rectificar el mal que me has hecho —replicó él. —¡A no ser que quieras seguir molestándome hasta producirme fiebre!

—Entonces, ¿me voy?

—Por lo menos, déjame solo. Me es imposible ahora seguir hablando contigo.

Ella se resistía a marcharse; pero al fin como él no le contestaba, cedió a mis instancias y se dirigió hacia la puerta seguida por mí. Pero antes de que llegáramos oímos un grito que nos hizo volver. Linton se había dejado caer de su silla y se retorcía en el suelo. Era una chiquillada de niño mal educado que quiere molestar todo lo posible.

Comprendí por este detalle cuál era su verdadero carácter y la locura que sería tratar de complacerle. En cambio, la señorita se

aterrorizó, y, deshecha en llanto, trató de con—solarle. Pero él no dejó de gritar hasta que le faltó el aliento.

—Mire —le dije—: voy a levantarle y a sentarle, y allí retuérzase cuanto quiera. No podemos hacer otra cosa. Ya se habrá usted convencido, señorita, de que no se convienen ustedes mutuamente, y que la falta de usted no es lo que tiene enfermo a su primo. ¡Ea!, ya está... Ahora, cuando él sepa que no hay nadie para hacer caso de sus caprichos, se tranquilizará solo.

Cati le puso una almohada bajo la cabeza y le ofreció agua. Él la rechazó y empezó a hacer dengues sobre la almohada, cual si fuese incómoda como una piedra. Cati quiso arreglársela bien.

—Esta es demasiado baja —dijo el muchacho. —No me sirve. Cati puso otra sobre la primera.

—¡Ahora queda alta en exceso! —murmuró el joven.

—Entonces, ¿qué hago? —dijo ella, desesperada.

Linton se inclinó hacia Cati, que se había arrodillado a su lado, y descansó la cabeza sobre el hombro de la joven.

—No, eso no es posible —intervine yo. —Conténtese con la almohada, señorito Heathcliff. No podemos entretenernos más con usted.

—Sí podemos —repuso la joven. Ahora va a ser bueno ya. Estoy pensando en que me sentiré más desdichada que él esta noche

si me voy con la idea de haberle perjudicado. Dime la verdad, Linton. Si mi visita te ha perjudicado, no debo volver.

—Ahora debes venir para curarme —alegó él—, ya que me has puesto peor de lo que estaba con tu presencia.

—Yo no he sido la única culpable —contestó la muchacha. —Has sido tú con tus arrebatos y tus llantos. Vaya, seamos amigos. ¿Quieres de verdad volver a verme?

—¡Ya te he dicho que sí! —replicó el muchacho con impaciencia.

—Siéntate y déjame que me recueste en tu regazo. Mamá lo hacía así cuando estábamos juntos. Estate quieta y no hables, pero canta o recítame alguna balada, o cuéntame un cuento. Anda.

Cati recitó la balada más larga que recordaba. Aquello le agradó mucho. Linton le pidió luego que recitara otra, y otra después, y así siguió la cosa hasta que el reloj dio las doce, y sentimos regresar a Hareton, que venía a comer.

—¿Vendrás mañana, Cati? —preguntó él cuando la joven, contra su voluntad, empezaba a levantarse para irse.

—No —repuse yo—, ni mañana ni pasado.

Pero ella opinaba lo contrario, sin duda, a juzgar por la expresión que puso Linton cuando ella se inclinó para hablarle al oído.

—No volverá usted, señorita —le dije. —No se le ocurrirá semejante cosa.

Mandaré arreglar la cerradura para que no pueda usted escaparse.

—Puedo saltar por el muro —repuso ella en broma. —Elena, la Granja no es una prisión ni tú un carcelero. Tengo ya casi diecisiete años y soy una mujer. Y Linton se repondría seguramente si yo le cuidara. Tengo más edad y más juicio que él; no soy tan niña. Él hará lo que yo le diga si le mimo un poco. Cuando se porta bien, es adorable. ¡Cuánto me gustaría que viviera en casa! Una vez acostumbrados el uno al otro, no reñiríamos nunca. ¿No te agrada Linton, Elena?

—¿Agradarme? ¡Es el chico más insoportable que he visto en mi vida! Menos mal que no llegará a cumplir veinte años, según dijo el mismo señor Heathcliff. Mucho dudo que pueda vivir hasta la primavera. Y no creo que su familia pierda nada porque se muera. Hemos tenido suerte con que no se quedara en casa. Cuanto mejor le hubiéramos tratado, más pesado y más egoísta se hubiera vuelto. Celebro mucho, señorita, que no haya ninguna posibilidad de que él llegue a ser su esposo.

Mi compañera se puso seria al oírme, ofendida de que hablase con tanta frialdad de la muerte de su primo.

—Es más joven que yo —repuso—, y lógicamente debiera vivir más, o, por lo menos, tanto como yo. Está ahora tan fuerte como cuando vino. No tiene más que un constipado, igual que papá. Y si dices que papá se pondrá bueno, ¿por qué no va a ponerse bueno él?

—No hablemos más —dije. —Si usted se propone volver a Cumbres Borrascosas, se lo diré al señor, y si él lo autoriza, conformes. Si no, no se renovará la amistad con su primo.

—Ya se ha renovado —argumentó Cati ásperamente.

—Pero no continuará —aseguré.

—Ya veremos —replicó. Y espoleando la jaca partió al galope, obligándome a apresurarme para alcanzarla.

Llegamos un poco antes de comer. El señor, creyendo que veníamos de pasear por el parque, no nos pidió explicaciones. En cuanto entré me cambié de zapatos y medias, ya que tenía empapados unos y otras; pero la mojadura había producido su efecto, y a la mañana siguiente tuve que guardar cama en la que permanecí tres semanas seguidas, lo que no me había ocurrido antes, ni, gracias a Dios, me ha vuelto a suceder.

Mi señorita me cuidó tan solícita y cariñosamente como un ángel. Quedé muy abatida por el prolongado encierro, que es lo peor que puede sucederle a un temperamento activo. Cati dividía su tiempo entre el cuarto del señor y el mío. No tenía diversión alguna, no estudiaba ni apenas comía, consagrada a cuidarnos como la más abnegada enfermera.

¡Muy buen corazón debía tener cuando tanto se ocupaba de mí y tanto quería a su padre! Ahora bien: el señor se acostaba temprano, y yo después de las seis no tenía necesidad de nada, de modo que a Cati le sobraban las horas siguientes al té. Yo no adiviné lo que la pobrecita hacía después de esa hora. Y

cuando venía a darme las buenas noches, y notaba el vivo color de sus mejillas, nunca se me ocurrió que la causa de ello fuera, no el fuego de la biblioteca, como suponía, sino una larga carrera a través de los campos.

C A P Í T U L O XXIV

Pasadas las tres semanas de enfermedad, empecé a salir de mi cuarto y a andar por la casa. La primera noche pedí a Cati que me leyese alguna cosa, porque yo me sentía con la vista fatigada después de la dolencia. Estábamos en la biblioteca, y el señor se había acostado ya. Notando que Cati cogía mis libros, como a disgusto, le dije que eligiese ella misma entre los suyos el que quisiese. Lo hizo así y leyó durante una hora, pero después empezó a interrumpir la lectura con frecuentes preguntas:

—¿No estás cansada, Elena? ¿No valdría más que te acostaras? Vas a recaer si estás tanto tiempo levantada.

—No estoy cansada, querida —respondía yo.

Al notarme imperturbable, recurrió a otro método para hacerme comprender que no tenía ganas de leerme nada. Bostezó y me dijo:

—Estoy fatigada, Elena.

—No leas más. Podemos hablar un rato —respondí.

Pero el remedio fue peor. La joven estaba impaciente y no hacía más que mirar el reloj. Al fin, a las ocho, se fue a su alcoba, rendida de sueño, según me dijo. A la noche siguiente la escena se repitió, aumentada, y al tercer día me dejó pretextando dolor de cabeza. Empezó a extrañarme aquello y

resolví ir a buscarla a su aposento y aconsejarla que se estuviese conmigo, ya que si se sentía fatigada podía tenderse en el sofá. Pero en su habitación no encontré rastro alguno de ella. Los criados me dijeron que no la habían visto. Escuché a la puerta del señor. El silencio era absoluto. Volví a su habitación, apagué la luz y me senté junto a la ventana.

Hacía una luna espléndida. Una ligera capa de nieve cubría el suelo. Pensé que acaso la joven habría resuelto bajar al jardín a tomar el aire. Al ver una figura que se deslizaba junto a la tapia creí que era la señorita, pero cuando salió de la sombra reconocí a uno de los criados. Durante un trecho oteó la carretera, después salió de la finca y volvió a aparecer llevando de la brida a Minny. La señorita iba a su lado. El criado condujo cautelosamente la jaca a la cuadra. Cati entró por la ventana del salón y subió sigilosamente a la alcoba. Cerró la puerta y se quitó el sombrero. Cuando estaba despojándose del abrigo yo me levanté de pronto. Al verme, la sorpresa la dejó inmóvil.

—Mi querida señorita Catalina —le dije, aunque me sentía tan agradecida por lo bien que me había cuidado que me faltaban las fuerzas para reprenderla.

—¿Adónde ha ido usted a estas horas? ¿Por qué se empeñó en engañarme? Dígame dónde ha estado.

—No he ido más que hasta el final del parque —dijo. —¿No ha ido a otro sitio?

—No.

—¡Oh, Catalina! —exclamé disgustada. —Bien sabe usted que ha obrado mal, porque de lo contrario no me diría esa mentira. No sabe cuánto me afecta. Preferiría estar tres meses enferma, que oír decir una cosa falsa.

Se acercó a mí y me abrazó.

—No te enfades, Elena —me dijo. —Te lo contaré todo.

Le prometí que no la reñiría, y nos sentamos junto a la ventana. Ella empezó su relato.

—Desde que enfermaste, Elena, he ido diariamente a Cumbres Borrascosas, excepto tres días antes y dos después de haber salido tú de tu cuarto. A Miguel le soborné para que me sacase a Minny de la cuadra todas las noches, dándole estampas y libros. No le reñirás a él tampoco, ¿verdad? Solía llegar a las Cumbres a las seis y media y me estaba dos horas. Luego volvía a casa galopando. No creas que era una diversión, más bien me he sentido desgraciada allí en muchas ocasiones. Si acaso, me he sentido feliz a lo sumo una vez por semana. Como el primer día que te quedaste en cama yo había convenido con Linton en volver a verle, aproveché la oportunidad. Pedí a Miguel la llave del parque, asegurándole que tenía que visitar a mi primo, ya que él no podía venir porque su presencia no le agradaba a papá. Después hablamos de lo de la jaca, y le ofrecí libros, sabiendo que es aficionado a leer. No puso muchas dificulta—des en complacerme, porque, además, piensa despedirse pronto para casarse.

»Cuando llegué a Cumbres Borrascosas, Linton se puso muy contento. Zillah, la criada, arregló la habitación y encendió un buen fuego. Nos dijo que José estaba en la iglesia y que Hareton se dedicaba a andar con los perros por los bosques (y, según me enteré después, a apoderarse de nuestros faisanes), de modo que nos encontrábamos libres de estorbos. Zillah me trajo vino y tortas. Linton y yo nos sentamos al fuego y pasamos el tiempo riendo y charlando. Estuvimos planeando los sitios a que iríamos en verano, y...

Bueno, no te hablo de eso, porque dirás que son tonterías. »Por poco reñimos a propósito de nuestras distintas opiniones. Él me aseguró que lo mejor para pasar un día de julio era estar tumbado de la mañana a la noche entre los matorrales del campo, mientras las abejas zumban alrededor, las alondras cantan y el sol brilla en un cielo claro. Eso constituye para él el ideal de la dicha. El mío consistía en columpiarse en un árbol florido mientras sopla el viento de poniente, y por el cielo corren nubes blancas, y cantan, además de las alondras, los mirlos, los jilgueros y los cuclillos. A lo lejos se ven los pantanos, entre los que se destacan umbrías arboledas y la hierba ondula bajo el soplo de la brisa, y los árboles y las aguas murmuran, reinando la alegría por doquier. Él aspiraba a verlo todo sumido en la paz, yo en una explosión de júbilo. Le argumenté que su cielo parecía medio dormido, y él respondió que el mío medio borracho. Le dije que yo me dormiría en su paraíso, y él respondió que se marcaría en el mío. Al fin resolvimos que

probaríamos ambos sistemas, y nos besamos y quedamos amigos.

»Estuvimos sentados cosa de una hora, y luego, pensando yo que podríamos jugar en aquel salón tan amplio si quitábamos la mesa, se lo dije a Linton, proponiéndole jugar a la gallina ciega (como he hecho contigo a veces,

¿te acuerdas, Elena?) y llamar a Zillah para que se divirtiese con nosotros. Él no quiso, pero accedió a que jugásemos a la pelota. En un armario lleno de juguetes viejos encontramos dos. Una tenía marcada una C y otra una H, yo quería la C, porque significaba Catalina, pero él no quiso la otra porque estaba medio rota. Le gané siempre, se puso de mal humor y volvió a sentarse. Le canté dos o tres canciones de las que tú me has enseñado y recobró el buen humor. Al irme me rogó que volviese al día siguiente, y se lo prometí. Monté en Minny y regresamos veloces como el viento. Pasé la noche soñando en Cumbres Borrascosas y en mi querido primo.

»Al día siguiente me encontré algo triste, tanto porque estabas enferma como porque me hubiese agradado que papá tuviera noticias de mis paseos y consintiera en ellos. Pero la tristeza se disipó en cuanto estuve a caballo.

»Esta noche me sentiré feliz también —pensaba yo—, y Linton, mi hermoso Linton, también.

»Cuando subía trotando por el jardín de las Cumbres salió a mi encuentro aquel Earnshaw, cogió las bridas y acarició el cuello

de Minny, diciéndome que era un bonito animal. Parecía como si esperara que le hablase. Yo le dije que tuviera cuidado para que la jaca no le diese una coz. Él contestó, con su tosco acento habitual, que no le haría mucho daño, aunque le cocease, y echó una ojeada a sus patas, sonriendo. Fue a abrir la puerta, y mientras lo hacía me dijo, señalando a la inscripción, y con una estúpida muestra de contento:

»—Señorita Catalina, ya sé leer aquello.

»—¡Qué extraordinario! —dije. —Ya veo que se va cultivando usted.

»Él deletreó las sílabas de la inscripción: «Hareton Earnshaw."

»—¿Y las cifras? —le pregunté, al ver que se paraba.

»—Eso no lo he aprendido aún —respondió.

» ¡Qué torpe! —dije riendo.

»El muy zafio me miró con asombro, como si no supiera reírse también. No sabía distinguir si se trataba de una muestra de amistad o de una burla, pero yo le saqué de dudas aconsejándole que se fuera, ya que iba a buscar a Linton y no a él. A la luz de la luna pude verle ruborizarse. Se separó de la puerta y desapareció. Era una verdadera imagen del orgullo ofendido. Sin duda se figuraba que se había elevado a la altura de Linton por aprender a deletrear su nombre, y quedó estupefacto al ver que yo no lo apreciaba así.

—Un momento, señorita —interrumpí. —No seré yo quien la riña, pero no me complace su proceder. Si hubiera pensado que Hareton es tan primo de usted como Linton, habría comprendido que obraba usted injustamente. Por lo menos, la intención de Hareton, al procurar ponerse al nivel de Linton, ya habla mucho en su favor. Y crea que no aprendió para lucirse de ello, sino porque antes le había humillado usted por su ignorancia, y él, rectificándola, quiso hacerse grato a sus ojos. No obró usted bien burlándose de él. Si a usted la hubieran criado en las mismas condiciones que él no sería menos torpe. Era un niño inteligente y despierto, y me duele que se le desprecie sólo porque el villano de Heathcliff le haya rebajado de tal manera.

—Supongo, Elena, que no vas a ponerte a llorar por esto — exclamó la joven, sorprendida. —Espera y verás...

»—Cuando entré, Linton estaba medio tumbado. Se levantó un poco y me saludó.

»—Esta noche no me encuentro bien, querida Catalina — dijo. — Habla y yo te escucharé. Antes de irte tienes que prometerme volver de nuevo.

»Al saber que estaba enfermo, le hablé tan dulcemente como pude, procurando no incomodarle ni preguntarle nada. Yo había llevado un libro, me pidió que le leyera algo, e iba a complacerle cuando Earnshaw entró de repente cerrando la puerta con

violencia. Cogió a Linton por un brazo y le arrojó al suelo bruscamente.

»—¡Lárgate a tu habitación! —profirió, con la voz airada y el rostro contraído de rabia. —Llévatela contigo, y si viene a verte, libraos bien de aparecer por aquí. ¡Fuera los dos!

»Y obligó a Linton a irse a la cocina. A mí me amenazó con el puño. Muy asustada, dejé caer el libro, y él de una patada lo lanzó fuera de la puerta, que cerró furioso detrás de nosotros. Oí una maligna risa, y al volverme distinguí junto al fuego a ese odioso José, que se frotaba las manos y decía:

» ¡Ya sabía yo que acabaría echándoles fuera! Es todo un hombre, ¡sí! Y se va espabilando... Él sabe muy bien quién debía ser el verdadero amo aquí. ¡Ja, ja, ja! Bien les ha chasqueado, ¿eh?

»—¿Adónde vamos? —pregunté a mi primo sin atender al viejo.

»Linton temblaba y se había puesto pálido. Te aseguro, Elena, que no estaba nada guapo en aquel momento. Daba miedo mirarle. Su delgado rostro y sus grandes ojos ardían de impotente furor. Pulsó el picaporte de la puerta, pero no pudo abrirla, porque estaba cerrada por dentro.

»José se echó a reír de nuevo burlonamente.

»—¡Ábreme o te mato! —rugió Linton. —¡Te mato, demonio!

»—¡Mira, mira! —dijo el criado. —Ahora es el genio del padre el que habla por su boca. ¡Claro, todos tenemos parte del padre y

parte de la madre! Pero no temas, Hareton, muchacho, no te haré nada...

»Cogí las manos de Linton y quise separarle de la puerta, pero gritó de tal modo que no me atreví a insistir. De pronto, un terrible ataque de tos apagó sus gritos, echó una bocanada de sangre por la boca y cayó al suelo. Me precipité al patio, asustadísima, y llamé a Zillah. Ella dejó las vacas que estaba ordeñando y corrió hacia mí. Mientras le explicaba lo sucedido procuré atraerla junto a Linton Earnshaw, que había salido, se llevó a su cuarto al pobre enfermo. Zillah y yo le seguimos, pero Hareton me ordenó que me fuese a casa. Le contesté que él había matado a Linton, y quise entrar. Pero José cerró la puerta con llave y me preguntó si me había vuelto tan loca como mi primo. En fin: yo me quedé allí llorando, hasta que volvió la criada diciéndome que dentro de poco estaría mejor y que no había por qué llorar de aquel modo. Luego me hizo ir al salón a pesar mío.

»Yo me mesaba los cabellos, Elena. Lloré hasta abrasarme los ojos. Y ese rufián que te inspira tantas simpatías se atrevió a encararse conmigo varias veces, y hasta me ordenó callar. Le dije que iba a contárselo todo a papá, y que a él le llevarían a la cárcel y le ahorcarían, lo que le asustó mucho. Se marchó para ocultar su miedo. Me convencieron por fin de que me fuera. Cuando yo estaba a unos cien metros de la casa, él apareció de pronto y detuvo a Minny.

»Estoy muy disgustado, señorita Catalina —empezó a decir—, pero es que...

»Yo, temiendo que quisiera asesinarme, le di un latigazo. Me soltó y profirió horribles maldiciones. Volví a casa al galope, medio enajenada.

»Aquella noche no te vine a ver ni al día siguiente volví a Cumbres Borrascosas, aunque lo deseaba mucho. Temía oír decir que Linton había muerto, y me espantaba la idea de encontrarme con Hareton. En fin: al tercer día reuní mis fuerzas y me atreví otra vez a escaparme. Fui a pie, creyendo que podría deslizarme sin que me vieran hasta el cuarto de Linton. Pero los perros delataron mi presencia con sus ladridos. Zillah me recibió diciéndome que el muchacho estaba mucho mejor, y me llevó a su cuartito, limpio y bien alfombrado, donde encontré a Linton leyendo el libro que le llevé. Pero tenía tan mal humor que se pasó una hora sin abrir la boca, y cuando al fin lo hizo fue para decirme que yo era la culpable de todo y no Hareton. Entonces me levanté, y, sin contestarle salí. Me llamó, pero no hice caso y me fui resuelta a no visitarle más. Pero al otro día me resultaba tan penoso irme a acostar sin saber de él, que mi decisión se esfumó antes de que llegase a madurar. Cuando Miguel me preguntó si ensillaba a Minny contesté afirmativamente, y a poco galopaba hacia las colinas. Como para entrar en el patio tenía que pasar ante la fachada, no era oportuno ocultar mi presencia.

»—El señorito está en el salón —me dijo Zillah.

»Earnshaw estaba también allí, pero se fue al entrar yo.

Linton estaba medio dormido en un sillón. Le hablé gravemente y con toda sinceridad.

»—Mira, Linton: como no me aprecias y te figuras que vengo a propósito para perjudicarte, no pienso volver más. Esta es la última vez. Despidámonos, y di al señor Heathcliff que eres tú quien no me quieres ver, para que él no invente más inexactitudes...

»Siéntate y quítate el sombrero, Cati —repuso. Debías ser más buena que yo, porque eres más dichosa. Papá habla tanto de mis defectos, que no te debe extrañar que yo haya perdido la fe en mí mismo. Cuando pienso en ello siento tanto dolor y tanta decepción, que aborrezco a todos. Verdaderamente, soy despreciable y de tan pésimo carácter, que creo que harás bien en no volver, Cati. Sin embargo, no quisiera otra cosa que ser bueno y amable como tú. Seguramente lo sería si tuviera buena salud. Te has portado tan bien, que te amo tanto como si fuera digno de tu amor. No puedo impedir el mostrarte como soy; pero lo siento de verdad, me arrepiento de ello y me arrepentiré mientras viva.

»Yo comprendí que hablaba sinceramente y que debía perdonarle, aunque fuera para pelearnos un instante después. A pesar de la reconciliación, los dos nos pasamos el tiempo llorando.

Me dolía pensar en el mal carácter de Linton, que incomodaría siempre a sus amigos y le haría padecer a sí mismo.

»Desde aquella noche le visité siempre en su habitación. Su padre había regresado al día siguiente. Que yo recuerde sólo tres días hemos estado en buena relación y fuimos felices, el resto de nuestras entrevistas han transcurrido angustiosamente, ora por el egoísmo que Linton demuestra, o bien por lo que dice que sufre. Pero me he acostumbrado ya, y no me disgusto. En cuanto al señor Heathcliff, procura deliberadamente no encontrarse conmigo. El domingo, al llegar, le oí injuriar a Linton por el modo que había tenido de comportarse conmigo el día anterior. No sé cómo lo sabría, a no ser que estuviera escuchando. Linton, en efecto, me había molestado. Yo entré y le dije a Heathcliff que eso era cosa mía exclusivamente. Él se echó a reír y me contestó que se alegraba de que yo tomase la cosa de este modo. Recomendé a Linton que en lo sucesivo me dijera en voz baja las cosas que pudieran hacer creer a los demás que reñíamos.

»Ya lo has oído bien, Elena. Si dejo de ir a las Cumbres habrá dos personas que sufran. Si no se lo dices a papá y sigo yendo, nadie sufrirá nada. ¿Verdad que no se lo dirás? Sería una crueldad muy grande.

—Ya lo pensaré, señorita —repuse. —No quiero contestarle sin pensarlo.

Y lo pensé en presencia de mi amo, a quien relaté todo lo sucedido, menos el detalle de las charlas de Linton con Cati, y sin aludir a Hareton. El señor se disgustó mucho más de lo que aparentó. A la mañana siguiente supo Cati que yo había traicionado su secreto y también que las visitas se habían terminado. Lloró y rogó a su padre que se compadeciese de Linton. Lo más que pudo conseguir fue que su padre escribiera al muchacho diciéndole que podía venir a la Granja si gustaba, pero que Cati no volvería a Cumbres Borrascosas. Y creo que si hubiese sabido cuál era el carácter y el verdadero estado de salud de su sobrino, ni siquiera hubiera accedido a darle aquel pequeño consuelo.

C A P Í T U L O XXV

—Todo esto, señor —dijo la señora Dean—, sucedió el invierno pasado. Nunca se me hubiera ocurrido pensar que un año más tarde, habría yo de distraer con el relato de ello a un forastero ajeno a la familia. Ahora que,

¿quién sabe si seguirá usted siendo un extraño siempre? Dudo mucho que sea posible ver a Cati Linton sin enamorarse de ella. Sí, sonríase, pero lo cierto es que se le nota animado cada vez que la menciono. Además, ¿por qué me ha pedido usted que cuelgue su retrato sobre la chimenea y...?

—¡Bueno, bueno, amiga mía! —repuse. —Suponga que yo me enamorase de ella. ¿Cree usted que ella se enamoraría de mí? Lo dudo, y no quiero arriesgarme. Además, yo pertenezco al mundo activo y debo volver a él.

mos, siga contándome

—Catalina —continuó la señora Dean— obedeció a su padre, ya que le quería a él más que a nadie. El amo le habló sin enojo, pero con la natural inquietud de quien se siente próximo a dejar lo que más quiere entre riesgos y enemigos, y en tales circunstancias, que sólo podría el objeto de su afecto tener como guía el recuerdo de sus palabras.

A mí me dijo pocos días después:

—Me hubiera agradado que mi sobrino escribiera o viniese. Dime sinceramente tu opinión sobre él, Elena. ¿Ha mejorado? ¿Puede esperarse que mejore cuando se desarrolle?

—Está muy enfermo, señor, y no es fácil que viva. Sí le puedo asegurar que no se parece a su padre. Si la señorita Cati se casase con él se dejaría llevar por ella, siempre que la señorita no extremase su indulgencia hasta la tontería. Pero ya tendrá usted tiempo de conocerle y de pensar si conviene o no... Le faltan cuatro años para ser mayor de edad.

Eduardo suspiró, y a través de la ventana miró hacia la iglesia de Gimmerton.

El sol de febrero iluminaba débilmente la tarde neblinosa, y a su luz distinguíamos confusamente los abetos y las lápidas del cementerio.

—A pesar de lo mucho que he rogado a Dios para que ello sucediera, ahora me asusto —murmuró como para sí. Creía que el recuerdo de la hora en que bajé a aquella iglesia para casarme no sería tan feliz como el pensamiento del momento en que había de yacer en la fosa. Cati me ha hecho muy feliz, Elena. He pasado dichosamente al lado suyo las veladas de invierno y los días de verano. Pero no he sido menos feliz cuando erraba entre aquellas lápidas, al lado de la vieja iglesia, en las tardes de junio, en que me sentaba junto a la tumba de su madre y pensaba en la hora en que había de ir a reunirme con ella... y ahora, ¿qué me cabe hacer en bien de Cati? Que

Linton sea hijo de Heathcliff y se la lleve, no me importaría nada, si ello pudiera consolarla de mi falta. ¡Ni siquiera me importa que Heathcliff se considere triunfante! Pero si Linton es un instrumento de su padre, no puedo abandonarla en sus manos, mucho me duele hacer sufrir a Catalina, pero es preferible. ¡Hija mía!

¡Preferiría llevarla yo mismo a la tumba!

—Si usted faltase, lo que Dios no permita —contesté—, yo seguiré siendo la amiga y la consejera de Cati. Pero ella es una buena muchacha y no se empeñará en seguir el mal camino.

Avanzaba la primavera, mas mi amo no se reponía. A veces paseaba por el parque con su hija, quien lo consideraba como una señal de que su padre estaba mejor. Y pensaba que curaría al ver encendidas sus mejillas y brillantes sus ojos.

El día en que la señorita cumplía los diecisiete años, el señor no fue al cementerio. Llovía. Yo le dije:

—No irá usted esta tarde, ¿verdad?

—Este año no iré más adelante —respondió.

Escribió de nuevo a Linton indicándole que deseaba verle, y segura estoy de que si el aspecto del chico no hubiera sido calamitoso, hubiera ido. Contestó, sin duda aconsejado por Heathcliff, diciendo que éste no estaba de acuerdo con que visitase la Granja; pero que podía encontrar a su tío alguna vez que éste saliese de paseo, ya que deseaba verle. Añadía que le

rogaba que no se obstinase en separarle por más tiempo de Catalina.

«No pretendo —decía con sencilla elocuencia— que Cati me visite aquí, pero le suplico que la acompañe usted alguna vez paseando hacia Cumbres Borrascosas y que nos permita hablar un poco en su presencia. No hemos hecho nada que justifique esta separación, y usted mismo lo reconoce. Querido tío, mándeme una nota mañana diciéndome en qué sitio que no sea la Granja de los Tordos quiere que nos encontremos. Espero que usted se convenza de que no tengo el carácter de mi padre. Él afirma que tengo más de sobrino de usted que de hijo suyo. Aunque mis defectos me hagan indigno de Cati, ya que ella me los perdona, usted debía seguir su ejemplo. Mi salud va mejorando; pero ¿cómo voy a curarme mientras esté rodeado de seres que no me han querido ni querrán nunca?»

A Eduardo le hubiera complacido acceder, pero no se sentía con fuerzas para acompañar a su hija. Escribió a su sobrino diciéndole que aplazasen las entrevistas para el verano, y que, entretanto, no dejase de escribirle, y que él le aconsejaría y haría en su obsequio cuanto pudiese.

Linton, de por sí, tal vez lo hubiera echado todo a perder con sus quejas; pero sin duda le vigilaba su padre, ya que el muchacho se amoldó a todo, y en sus cartas se limitaba a decir que le angustiaba mucho la separación de su prima, y que deseaba que su padre les procurase una entrevista lo antes

posible, ya que, si no, pensaría que pretendía entretenerle con vanas esperanzas.

Tenía en nuestra casa una poderosa aliada en la persona de Cati, así que entre los dos acabaron convenciendo al señor de que una vez a la semana les dejase dar un paseo a caballo por los pantanos bajo mi vigilancia. Cuando llegó junio, el señor se encontraba peor aún. Cada año guardaba una parte de sus rentas para aumentar los bienes de su hija; pero sentía el natural deseo de que ella, cuando él faltase, no tuviese que abandonar la casa paterna. El mejor medio de conseguirlo era que se casase con el heredero legal. No podía suponer que el joven Linton se consumía casi tan rápidamente como él, porque como ningún médico iba a las Cumbres, no había posibilidad de saber noticia alguna del verdadero estado del muchacho. Yo misma, viendo que él hablaba de pasear a caballo por los pantanos con tanta seguridad, creí que acaso se engañasen mis suposiciones, por—que no me cabía en la cabeza que un padre tratase con tal crueldad a un hijo moribundo, como luego averigüé que Heathcliff le había tratado, empeñándose en que sus planes se realizaran antes de que la muerte del muchacho los impidiera.

C A P Í T U L O XXVI

A principios de verano, Eduardo, aunque de mala gana, accedió a que los primos se entrevistasen. Salimos Cati y yo. El día era bochornoso y sin sol, mas no amenazaba lluvia. Nos habíamos citado en el hito de piedra de la encrucijada. Pero no encontramos a nadie allí. Llegó a corto rato un muchachito y nos dijo que el señorito Linton estaba un poco más allá y que nos agradecería muchísimo que nos acercásemos algo.

—El señorito Linton —repuse— ha olvidado que su tío puso como condición que las entrevistas fueran en terrenos de la Granja.

—Podemos hacerlo —dijo Cati— viniendo hacia aquí cuando nos encontremos.

Le avistamos a medio kilómetro de su casa, tumbado sobre los matorrales. No se levantó hasta que estuvimos muy cerca de él. Nos apeamos, y él dio unos pasos hacia nosotras. Estaba tan pálido y parecía tan débil, que no pude por menos de exclamar:

—Pero, ¡señorito Linton, hoy no está usted para pasear! Me parece que se encuentra usted muy enfermo.

Cati le miró, asombrada y entristecida, y la bienvenida que le preparaba se convirtió en una pregunta de si se hallaba peor que otras veces.

—Estoy mejor —respondió él, ahogándose, temblando, mientras le cogía la mano, como en busca de apoyo, y fijaba en ella sus ojos azules.

—Entonces es que has empeorado desde la última vez que te vi —insistió su prima. —Estás más delgado, y...

—Es que estoy cansado —repuso el joven. Sentémonos: hace demasiado calor para pasear. Suelo encontrarme mal por las mañanas. Papá dice que es que estoy creciendo muy deprisa.

Cati, disgustada, se sentó, y él se acomodó a su lado.

—Esto se parece al paraíso que tú anhelabas —dijo la joven, esforzándose en bromear. —¿No te acuerdas que convinimos en pasar dos días, uno como a ti te agradara y otro a mi gusto? Lo de hoy es tu ideal, aparte de que hay nubes; pero eso resulta más bonito que el sol... Si la semana que viene te encuentras bien, iremos a caballo al parque de la Granja y pondremos en práctica mi concepto del paraíso.

Se notaba que Linton no recordaba nada de lo que ella le decía, y que le costaba mucho trabajo mantener una conversación. Demostraba tal falta de interés, que Cati no podía ocultar su desilusión. La volubilidad del joven, que, con mimos y caricias, solía hacerse acreedor al cariño, se había convertido ahora en una apática dejadez. En lugar de su desgana infantil de antes, se apreciaba en él el pesimismo amargo del enfermo incurable que no quiere ser consolado y que considera insultante la alegría de los demás. Catalina reparó que él consideraba

nuestra compañía más como una carga que como un placer, y no vaciló en proponer que nos marcháramos. Linton, al oírlo, cayó en una extraña agitación. Miró horrorizado en dirección de las Cumbres, y nos rogó que permaneciéramos con él media hora más.

—Yo creo —dijo Cati— que en tu casa te encontrarás mejor que aquí. Hoy no te entretienen mi conversación, ni mis canciones, ni nada... En estos seis meses te has hecho más formal que yo. Ahora, que si creyese que ello te divertía, me quedaría contigo con mucho gusto.

—Quédate un poco más, Cati —dijo el joven. —No digas que estoy mal, ni lo pienses. Es el calor y el bochorno que me abruman. Antes de llegar tú, he andado mucho. No digas al tío que me encuentro tan mal. Dile que estoy bastante bien. ¿Lo harás?

—Le diré que me lo has dicho así, Linton. Pero no puedo asegurarle que estés bien —dijo, extrañada, la señorita.

—Vuelve a verme el jueves, Cati —murmuró él, esquivando su mirada.

—Y dale muchas gracias al tío por haberte dejado venir. Y, mira...: si te encuentras a mi padre, no le digas que he estado taciturno, porque se enfadaría si...

—No me importa que se enfade —repuso Cati, creyendo que el enfado sería hada ella.

—Pero a mí, sí —contestó, estremeciéndose, su primo. —No le hagas que se disguste conmigo, Cati, porque le temo.

—¿Así que es severo con usted, señorito? —intervine yo. —¿De modo que se ha cansado de ser tolerante?

Linton me miró y guardó silencio. Inclinó la cabeza sobre el pecho, y durante diez minutos le oímos suspirar. Cati se entretenía en coger arándanos, y los repartía conmigo, sin ofrecerle a él por no incomodarle.

—¿Ha transcurrido ya la media hora, Elena? —me preguntó Cati al oído.

—Yo creo que no debemos quedarnos más. Linton se ha dormido, y papá nos espera.

—Tenga usted paciencia hasta que se despierte — respondí—. ¡Qué prisa tiene en irse! Tanta como impaciencia tenía por reunirse con él.

—¿Para qué quería verme? —contestó Catalina. —Yo preferiría que estuviese como antes, a pesar de su mal humor de entonces. Da la impresión de que me quiere ver únicamente por complacer a su padre. Y no me agrada venir sólo por ese motivo. Me alegro de que Linton esté mejor, pero siento que se haya vuelto menos cariñoso conmigo.

—¿Usted cree que está mejor? —pregunté.

—Creo que sí —repuso—, porque ya sabes cuánto le gustaba exhibir sus propios sufrimientos. No es que esté tan bien como me ha rogado que diga a papá, pero debe de estar mejor.

—A mí me parece, señorita —contesté —, que está mucho peor.

Linton despertó en aquel momento, sobresaltado, y preguntó si alguien le había llamado por su nombre.

—No —dijo Cati. Debes de haberlo soñado. No comprendo cómo puedes dormirte en el campo sobre todo por la mañana.

—Me pareció oír a mi padre —dijo él. —¿Estás segura de que no me ha llamado nadie?

—Segurísima —dijo su prima. —Únicamente hablamos Elena y yo acerca de ti. Dime, Linton: ¿estás en realidad más fuerte que en el invierno? Porque si lo estás, es bien seguro que me quieres menos... Anda, dime: ¿estás mejor?

Linton rompió en lágrimas al contestar:

—Sí...

Y seguía mirando a un lado y a otro, bajo la obsesión de la voz de su padre. Cati se puso en pie.

—Tenemos que marcharnos —le afirmó—, y me voy muy decepcionada.

Pero a nadie se lo diré. No te figures que por miedo al señor Heathcliff.

—¡Cállate! —murmuró Linton. Mira: Allí está.

Cogió el brazo de Cati y quiso retenerla, pero ella se soltó presurosamente y llamó a Minny, que acudió enseguida.

—¡El jueves volveré, Linton! —gritó. —¡Adiós! ¡Vamos, Elena!

Y nos fuimos. Él casi no reparó en nuestra marcha. Tanta era la preocupación que le producía la llegada de su padre.

En el camino, Cati sintió, en lugar del disgusto que la había invadido, una especie de compasión y sentimiento, combinado con dudas sobre las verdaderas circunstancias mentales y físicas en que se hallaba Linton. Yo participaba de ellas, pero le aconsejé que reservásemos nuestro juicio hasta la siguiente entrevista. El señor nos pidió que le contáramos lo sucedido. Cati se limitó a transmitirle la expresión de la gratitud de su sobrino, refiriéndose muy someramente a lo demás. Yo la imité, porque, en realidad, no sabía qué decir.

C A P Í T U L O XXVII

Pasaron otros siete días, y en el curso de ellos el estado de salud de Eduardo Linton fue empeorando de día en día. De hora en hora se agravaba tanto como antes en un mes. Procurábamos, sin resultado, engañar a Cati. Ella adivinaba la terrible probabilidad, que de minuto en minuto se convertía en certidumbre. El jueves siguiente no se atrevió a hablar a su padre de la cita, y lo hice yo. El mundo de Cati estaba reducido a la biblioteca y a la alcoba de su padre. Su rostro, con tantas vigilias y disgustos, había palidecido. Así pues que el señor nos autorizó, gustoso, a hacer aquella excursión, que, según él pensaba, ofrecería un cambio en la vida habitual de su hija. El señor se consolaba esperando que, después que él faltase, ella no quedaría sola del todo.

Según entendí, el señor Linton creía que su sobrino se le parecía en lo moral tanto como en lo físico. Naturalmente, las cartas de Linton no hacían referencia alguna a sus propios defectos. Claro está que yo tenía la debilidad, disculpable, de no sacarle de su error, pues de nada hubiera servido amargarle sus últimos momentos con cosas que no podían remediarse.

Salimos por la tarde, una dorada tarde de agosto. La brisa de las colinas era tan saludable, que se diría que tenía el poder de hacer revivir a un moribundo. En el rostro de Cati se reflejaba el paisaje: sombra y luz brillaban a intervalos en él, pero el sol se

disipaba pronto, y se notaba que su pobre corazoncito se reprochaba el haber abandonado, siquiera fuese por poco tiempo, el cuidado de su querido padre.

Vimos a Linton esperando donde la otra vez. Cati echó pie a tierra y me dijo que, como se proponía estar allí poco tiempo, valía más que yo no me apease siquiera y que me quedase allí mismo al cuidado de la jaca. Pero yo la acompañé, porque no quería alejarme ni un momento del tesoro que estaba confiado a mi custodia. Linton nos recibió con más animación que la otra vez, aunque no revelaba ni energía ni satisfacción, sino más bien temor.

—¡Cuánto has tardado! —dijo—: Creí que no ibas a venir... ¿Está mejor tu padre?

—Debías serme sincero —indicó Catalina— y decirme francamente que no te hago falta. ¿Por qué me haces venir si sabes que esto no vale más que para disgustarnos?

Linton tembló de pies a cabeza, y la miró suplicante y avergonzado; pero ella no estaba en humor de soportar su extraña conducta.

—Mi padre está muy enfermo —siguió Cati. —Si no tenías ganas de que te viniese a ver, debiste haberme avisado, y así, no habría tenido que separarme de papá. Explícate claramente: no andemos con tonterías. No voy a estar andando de la ceca a la meca por esas afectaciones tuyas.

—¡Mis afectaciones! —murmuró el muchacho. —¿A qué afectaciones te refieres, Cati? No te enfades, ¡por Dios! ...

Despréciame si quieres, porque verdaderamente soy despreciable; pero no me odies. Reserva el odio para mi padre. Respecto a mí, debe bastarte con el desdén.

—¡Chico!, ¿Qué absurdo estás diciendo? —exclamó Cati, excitada. —

¿Pues no estás temblando? ¡Cualquiera diría que teme que le pegue! Anda, vete... Es una barbaridad hacerte salir de casa con el propósito de que... ¿De qué? ¿Qué nos proponemos? ¡Suéltame la ropa! Nunca debiste haberte manifestado complacido de la compasión que yo sentía hacia ti cuando te veía llorando. Elena, dile tú que ese proceder suyo es vergonzoso. Levántate. ¡No te arrastres como un reptil!

Linton, sollozante, se había dejado caer en el suelo, y parecía sentir un terror convulsivo.

—¡Oh, Cati! —exclamó, llorando. —Estoy procediendo como un traidor, si, pero si tú me dejas, ellos me matarán. Querida Cati: mi vida depende de ti.

¡Y tú has dicho que me amabas! ¡No te vayas, mi buena, mi dulce y amada Cati! Si tú quisieras... él me dejaría morir a tu lado.

Viéndole tan acongojado, la señorita se compadeció. —¿Si yo quisiera el qué? —preguntó. ¿Quedarme? Explícate y te

complaceré. Me vuelves loca con todo lo que dices. Ábreme tu corazón, Linton. ¿Verdad que no te propones ofenderme? ¿No es cierto que evitarías que me hiciesen daño alguno si estuviera en tu mano? Yo creo que para ti mismo eres, en efecto, cobarde; pero que no serías capaz de traicionar a tu mejor amiga.

—Mi padre me ha amenazado —declaró el muchacho, —y le tengo miedo... ¡No, no me atrevo a decírtelo!

—Pues guárdatelo —contestó Cati desdeñosamente. —Yo no soy cobarde.

Ocúpate de ti. Yo por mí no tengo miedo.

Él se echó a llorar y comenzó a besar las manos de la joven, pero no se resolvió a hablar. Yo, por mi parte, meditaba en aquel misterio, y había resuelto en mi interior que ella no padeciese ni por Linton ni por nadie. Entretanto, oí un ruido entre los matorrales y vi al señor Heathcliff, que se dirigía hacia nosotros. Aunque oía, sin duda, los sollozos de Linton, no miró a la pareja, sino que me habló a mí, empleando el tono casi amistoso con que siempre me trataba, creo que sinceramente, y me dijo:

—Me alegro de verte, Elena. ¿Cómo os va? —y agregó en voz baja—: Me han dicho que Eduardo Linton se está muriendo. ¿Es tal vez una exageración?

—Es absolutamente cierto —repuse—, y si para nosotros es muy triste, creo que para él constituye una dicha.

—¿Cuánto tiempo crees que vivirá? —me preguntó.

–No sé. Es que —prosiguió, mirando a Linton, que no se atrevía ni a levantar la cabeza (y la propia Cati parecía estar en el mismo caso bajo el poder de su mirada)— se me figura que este muchacho va a darme mucho que hacer aún, y sería de desear que su tío se largase de este mundo antes que él.

¿Cuánto hace que este cachorro se dedica a esos lloros? Ya le he dado algunas leccioncitas de llanto. ¿Suele encontrarse a gusto con la muchacha?

—¿A gusto? Lo que se muestra es angustiadísimo. Creo que, en vez de pasear por el campo con su novia, debía estar en la cama cuidadosamente atendido por un médico.

—Así sucederá dentro de dos días —respondió Heathcliff. — ¡Linton, levántate! ¡No te arrastres por el suelo!

Linton había vuelto a dejarse caer, sin duda asustado por la mirada de su padre. Trató de obedecerle, pero sus escasas fuerzas se habían agotado, y volvió a caer lanzando un gemido. Su padre le incorporó y le hizo recostarse sobre un pequeño talud recubierto de césped.

—Levántate, maldito —dijo brutalmente, aunque procuraba reprimirse.

—Lo intentaré, padre —respondió, jadeando—; pero déjame solo. Cati, dame la mano. Ella te podrá decir que... estuve alegre, como tú querías.

—Cógete a mi mano —respondió Heathcliff. —Cati ahora te dará el brazo.

¡Así! Sin duda, pensará usted, joven, que soy el diablo cuando tanto me teme.

¿Quiere usted acompañarle hasta casa? En cuanto le toco, se echa a temblar...

—Querido Linton —manifestó Catalina—, no puedo acompañarte hasta Cumbres Borrascosas, porque papá no me lo permite. Pero tu padre no te hará nada. ¿Por qué le temes?

—No entraré más en esa casa —aseguró él— si no me acompañas tú.

—¡Silencio! —gritó su padre. Es preciso respetar los escrúpulos de Catalina. Elena, acompáñale tú. Será preciso que siga tus consejos: llamaremos al médico.

—Acertará usted —contesté— pero el acompañar a su hijo no me es posible. Tengo que quedarme con mi señorita.

—Sigues tan altanera como de costumbre —comentó Heathcliff. — Y, ya que no te compadeces del chiquito, vas a hacerme que le pinche sin quererlo.

¡Ea!, valiente, ven acá. ¿Quieres volver conmigo a casa?

E hizo ademán de sujetar al joven; pero él se apartó, se cogió a su prima y le suplicó, frenético, que le acompañase. Verdaderamente resultaba difícil negarse a lo que se pedía de tal modo. Las causas de su terror permanecían ocultas; pero lo

cierto es que el muchacho estaba espantado y con todas las apariencias de volverse loco si el acceso nervioso aumentaba.

Llegamos, pues, a la casa. Cati entró y yo permanecí fuera esperándola, pero el señor Heathcliff me empujó y me forzó a entrar, diciéndome:

—Mi casa no está apestada, Elena. Me siento hospitalario. Pasa. Con tu permiso, voy a cerrar la puerta.

Y echó la llave. Yo sentí un vuelco en el corazón.

—Tomaréis el té antes de volveros —siguió diciendo. —Hoy estoy solo. Hareton ha salido con el ganado, y Zillah. y José se han ido a divertirse. Yo estoy acostumbrado a la soledad; pero cuando encuentro buena compañía, lo prefiero. Siéntese junto al muchacho, señorita Linton. Ya ve que le ofrezco lo que tengo, me refiero a Linton, y si no es gran cosa, lo lamento mucho. ¡Cómo me mira usted! Es curioso que siempre me siento atraído hacia los que parecen temerme. De vivir en un país menos escrupuloso y donde la ley fuera menos rígida, creo que me dedicaría a hacer la vivisección de esos dos como entretenimiento vespertino.

Dio un puñetazo en la mesa y exclamó:

—¡Voto a... !¡Les odio!

—No tengo miedo de usted —dijo Cati, que no había percibido la última parte de la charla de Heathcliff.

Y se acercó a él. Brillaban sus ojos.

—¡Venga la llave! —exigió. —No comeré aquí aunque me muera de hambre.

Heathcliff cogió la llave y se quedó mirando a Cati, sorprendido. La joven se precipitó sobre él y casi logró arrancársela. Heathcliff reaccionando, aferró la llave.

—Sepárese de mí, Catalina Linton —ordenó—, o la tiro al suelo de un puñetazo, por mucho que ello conturbe a la señora Dean.

Pero ella, sin atenderle, volvió a agarrarse a la llave.

—¡Nos iremos! —exclamó. Y viendo que con las manos y las uñas no lograba hacer abrir la mano cerrada de Heathcliff, le clavó los dientes. Heathcliff me lanzó una mirada que me paralizó momentáneamente. Cati, atenta a sus dedos, no le veía la cara. Entonces él abrió la mano y soltó la llave, pero a la vez cogió a Cati por los cabellos, la derribó de rodillas y le golpeó violentamente la cabeza. Aquella diabólica brutalidad me puso fuera de mí. Me lancé hacia él gritando:

— ¡Villano, villano!

Pero un golpe en pleno pecho me hizo enmudecer. Como soy gruesa, me fatigo en seguida, y entre la rabia que me dominaba y una cosa y otra sentí que el vértigo me ahogaba como si se me hubiera roto una vena. Todo concluyó en dos minutos. Cati, al quedar suelta, se llevó las manos a las sienes, cual si creyese que ya no tenía la cabeza en su sitio. Temblando como un junco, la pobrecita fue a apoyarse en la mesa.

—Ya ves —dijo el malvado, agachándose para coger la llave que había caído al suelo— que sé castigar a los niños traviesos. Ahora vete con Linton y llora cuanto se te antoje. Dentro de poco seré tu padre, y tu único padre, además, y cosas como las de hoy te las encontrarás con frecuencia, puesto que no eres débil y estás en condiciones de aguantar lo que sea... ¡Cómo vuelva ese mal genio a subírsete a la cabeza, tendrás todos los días una ración como la de ahora!

Cati corrió hacia mí, inclinó su cabeza sobre mi regazo y rompió a llorar. Su primo permanecía silencioso en un rincón, contento, al parecer, de que la tormenta hubiera des—cargado sobre cabeza distinta a la suya. Heathcliff se levantó, y él mismo preparó el té. El servicio ya estaba dispuesto. Vertió la bebida en las tazas.

—Fuera tristeza —me dijo, ofreciéndome una taza—, y sirve a esos niños traviesos. No tengas miedo; no está envenenada. Me voy a buscar vuestros caballos.

En cuanto se fue, comenzamos a buscar una salida. Pero la puerta de la cocina estaba cerrada, y las ventanas eran excesivamente angostas, incluso para la esbeltez de Cati.

—Señorito Linton —dije yo—, ahora va usted a decirnos qué es lo que su padre se propone, y de lo contrario cuente que yo le vapulearé a usted como él ha hecho con su prima.

—Sí, Linton, dínoslo —agregó Catalina. — Todo ha sucedido por venir a verte, y si te niegas a hablar serás un ingrato.

—Dame el té y luego te lo diré —repuso el joven. —Señora Dean, márchese un momento. Me molesta tenerla siempre delante. Cati, te están cayendo las lágrimas en mi taza. No quiero ésa. Dame otra.

Cati le entregó otra y se limpió las lágrimas. Me molestó la serenidad del muchacho. Comprendí que había sido amenazado por su padre con un castigo si no lograba atraernos a aquella encerrona, y que, una vez conseguido, no temía ya que cayese sobre él mal alguno.

—Papá quiere que nos casemos —dijo, después de beber un sorbo de té.

—Y como sabe que tu padre no lo permitirá ahora, y, además el mío tiene miedo de que yo me muera antes, es preciso que nos casemos mañana por la mañana. Así que tienes que quedarte toda la noche aquí y luego de hacer lo que quiere mi padre venir a buscarme al día siguiente y llevarme contigo.

—¿Llevarle con ella? —exclamé. —¿Ese hombre está loco o cree que los demás somos idiotas? Pero ¿es posible que usted se imagine que esta robusta y hermosa joven se va a casar con un miserable desdichado como usted? ¿Se figura que nadie en el mundo le aceptaría a usted por marido? Se merece usted una buena zurra por habernos hecho venir con sus cobardes mañas y... ¡No me mire así, porque tengo ganas de castigar su maldad y su estupidez con una paliza!

Le di un empujón y sufrió un ataque de tos. Enseguida empezó a llorar.

Cati me impidió hacerle nada.

—¡Quedarme aquí toda la noche! —dijo. —¡Si es preciso, quemaré la puerta para salir!

E iba a poner en práctica su amenaza. Pero Linton, asustado por las consecuencias que ello acarrearía para él, se incorporó, la sujetó entre sus débiles brazos y dijo entre lágrimas:

—¿No quieres salvarme, Cati? ¿No quieres llevarme contigo a la Granja?

No me abandones, Catalina. Debes obedecer a mi padre.

—Debo obedecer al mío —replicó ella. —¿Qué ocurriría si yo pasase toda la noche fuera de casa? Ya debe de estar angustiado viendo que no vuelvo. He de salir de aquí a toda costa. Tranquilízate, no te pasará nada. Pero no te opongas, Linton. A mi padre le quiero más que a ti.

El muchacho sentía tanto miedo a Heathcliff, que se sintió hasta elocuente. Cati, a punto de enloquecer, rogó a Linton que dominase su vergonzoso miedo. Y, entretanto, nuestro carcelero volvió a entrar.

—Vuestros caballos se han escapado —anunció. —Pero, ¡Linton! ¿Estás llorando otra vez? ¿Qué te ha hecho tu prima? Anda, vete a acostar. Dentro de poco podrás devolver a tu prima sus violencias. Suspiras de amor, ¿eh? ¡Claro, no hay nada mejor en

el mundo! Bueno, acuéstate. Zillah no está hoy aquí, así que tendrás que arreglártelas solo. ¡Silencio! Cuando estés acostado no temas que yo vaya. Has tenido la fortuna de hacer bastante bien las cosas. Yo me ocuparé del resto.

Mientras hablaba, había abierto la puerta de la habitación de su hijo, y éste penetró por ella con el aspecto de un perro temeroso de un castigo. Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Heathcliff se acercó al fuego, junto al cual nosotras permanecíamos silenciosas. Cati levantó la mirada, y de un modo instintivo se llevó la mano a la mejilla al ver acercarse a Heathcliff. Él la miró y dijo:

—Conque no me temías, ¿eh? Pues ahora tu valentía está bien escondida.

Pareces terriblemente asustada.

—Claro que lo estoy —respondió la joven—, porque si me quedo aquí, papá se llevará un disgusto horrible. ¡Oh, no quiero causárselo cuando él se encuentra como está! ... Señor Heathcliff, déjeme marchar. Me casaré con Linton. Papá está conforme. ¿Para qué obligarme a lo que estoy dispuesta a hacer?

—¡Que la obligue, si se atreve! —grité. —Hay leyes, gracias a Dios. ¡Las hay, hasta en este rincón del mundo! ¡Yo misma lo denunciaría! ¡Lo haría aunque fuese mi propio hijo! ¡Qué canallada!

—¡Silencio! —ordenó el malvado. —¡Demonio con el alboroto! No me interesa oíros. Catalina, me alegraría extraordinariamente saber que tu padre está desconsolado. La satisfacción no me dejaría dormir. No podías haber encontrado mejor medio para persuadirme a que te retenga veinticuatro horas en mi casa. Y respecto a casarte con Linton, es bien cierto que sucederá, puesto que no saldrás de aquí hasta haberlo hecho.

—Entonces envíe a Elena a decir que no me pasa nada, y cáseme ahora mismo —dijo Catalina, llorando con desconsuelo. ¡Pobre papá! Va a pensar que nos hemos perdido. ¿Qué haremos, Elena?

—Tu padre se figurará que te has cansado de cuidarle y que te has ido a expansionarte un poco —contestó Heathcliff. —No negarás que has entrado en mi casa voluntariamente, aunque él te lo tenía prohibido. Y es muy natural que te aburras de cuidar a un enfermo que, al fin y al cabo, no es más que tu padre. Mira, Catalina: cuando naciste, tu padre había dejado ya de ser feliz. Probablemente te maldijo por venir al mundo (y yo lo hice también, desde luego) justo es, pues, que te maldiga al salir de él. Yo le imitaré. Puedes estar segura de que disto mucho de quererte. Llora, llora, ésta será en adelante tu principal distracción. ¡A no ser que Linton te consuele, como parecía esperar tu previsor padre! Me divertí de verdad leyendo sus cartas a Linton, con sus consejos y los ánimos que le daba. En su última carta encarecía a mi joya que cuidase de la suya cuando la tuviera en su poder. ¡Qué cariñoso y qué paternal!

Pero Linton tiene necesidad de su capacidad de afecto para sí mismo. Y sabrá muy bien hacer el papel de tiranuelo doméstico. Es muy capaz de atormentar a todos los gatos que se le presenten, siempre y cuando se les limen los dientes y se les corten las uñas. ¡Cuándo vuelvas a tu casa podrás contar a su tío mucho sobre sus gentilezas!

—Tiene usted razón —dije. —Explíquele a Cati que el carácter de su hijo se parece al de usted, y supongo que la señorita Catalina lo pensará otra vez antes de consentir en contraer matrimonio con semejante reptil...

—Por ahora no tengo ganas de hablar de sus buenas cualidades —repuso él. —O le acepta, o se queda encerrada aquí, y tú con ella, hasta que se muera tu amo. Puedo teneros aquí tan ocultas como haga falta. ¡Y si lo dudas, anímala a que rectifique, y verás!

—No rectificaré —intervino Cati. —Si es preciso, me casaré ahora mismo, con tal de poder ir enseguida a la Granja. Señor Heathcliff, es usted un hombre cruel, pero no un demonio, y creo que no se propondrá por maldad destrozar mi felicidad de un modo irreparable. Si papá cree que he huido de su lado y muere antes de mi regreso, no podré soportar la vida. Mire: no lloro ya, pero me arrodillo ante usted y no me levantaré ni apartaré mi vista de su rostro hasta que usted me mire. ¡Míreme, no vuelva la cara! No estoy ofendida porque me haya usted pegado. ¿No ha amado nunca a nadie, tío? ¿Nunca?

Míreme, y si me ve tan desdichada, no podrá por menos de compadecerme.

—¡Suéltame y apártate, o te pateo! —gritó Heathcliff. —¡No sueñes con halagarme! ¡Te odio!

Y una sacudida recorrió su cuerpo, como si, en efecto, el contacto de Catalina le repugnase. Me puse en pie y me preparé a lanzarle un torrente de insultos; pero al primero que proferí me amenazó con encerrarme en una habitación a mí sola, y hube de callar. Mientras tanto, empezaba a oscurecer. A la puerta sentimos ruido de voces. Heathcliff se precipitó fuera. Conservaba su perspicacia, bien al contrario que nosotras. Le oímos hablar con alguien dos o tres minutos. Volvió solo al cabo de un rato.

—Creí —dije a Cati— que sería su primo Hareton. ¡Si llegara, tal vez se pusiese de nuestra parte!

—Eran tres criados de la Granja —replicó Heathcliff, que me oyó.

—Podías haber abierto la ventana y chillar. Pero estoy seguro que esa muchacha se alegra de que no lo hayas hecho. En el fondo celebra tener que quedarse.

Ambas comenzamos a lamentarnos de la ocasión que habíamos perdido. A las nueve nos mandó que subiésemos al cuarto de Zillah. Yo aconsejé a mi compañera que

obedeciésemos, pues tal vez desde allí podríamos salir por la ventana o una claraboya. Pero la ventana era muy estrecha, y una trampilla que daba al desván estaba bien cerrada, de modo que nuestros intentos fueron inútiles. Ninguna de las dos nos acostamos. Cati se sentó junto a la ventana esperando que llegase la aurora, y sólo respondía con suspiros a mis ruegos de que descansase un poco. Por mi parte, me senté en una silla y comencé a hacer un severo examen de conciencia sobre mis faltas, de las que me imaginaba que provenían todas las desventuras de mis amos.

Heathcliff vino a las siete y preguntó si la señorita estaba levantada. Ella misma corrió a la puerta y contestó afirmativamente.

—Vamos, pues —dijo Heathcliff, llevándosela fuera. Quise seguirla, pero cerró la puerta con llave. Le rogué me soltase.

—Ten un poco de paciencia —contestó. Dentro de un rato te traerán el desayuno.

Golpeé la puerta furiosamente y sacudí con fuerza el picaporte. Cati inquirió los motivos de prolongar mi encierro. Él repuso que duraría una hora más. Y los dos se fueron. Al cabo de dos o tres horas oí pasos, y una voz que no era la de Heathcliff me dijo:

—Te traigo comida. Abre.

Obedecí, y vi a Hareton, que traía provisiones para todo el día.

—Toma —dijo, entregándomelas.

—Atiéndeme un minuto —comencé a decir.

—No —respondió, marchándose sin hacer caso de mis súplicas.

Todo el día y la noche siguientes seguí encerrada. Pero mi prisión se prolongó más aún: cinco noches y cuatro días en total. A nadie vi sino a Hareton, que venía todas las mañanas. Cumplía bien su papel de carcelero, ya que era insensible, sordo y mudo a todo intento de excitar sus instintos de justicia o su compasión.

C A P Í T U L O XXVIII

La mañana —mejor dicho, la tarde— del quinto día sentí aproximarse a la habitación un paso breve y ligero, y Zillah penetró en el aposento, ataviada con su chal encarnado y con su sombrero de seda negra y llevando una cestilla colgada al brazo.

—¡Oh, querida señora Dean! —exclamó al verme. —¿No sabe usted que en Gimmerton se asegura que se había usted ahogado en el pantano del Caballo Negro, con la señorita? Lo creí hasta que el amo me dijo que las había encontrado y las había hospedado aquí. ¿Cómo está usted? ¿Qué les pasó? Encontrarían ustedes alguna isla en el fango, ¿no es eso? ¿Las salvó el amo, señora Dean? En fin: lo importante es que no ha padecido usted mucho, por lo que veo.

—Su amo es un canalla —contesté—, y esto le costará caro. El haber inventado esa historia no le servirá de nada. ¡Ya se sabrá todo!

—¿Qué quiere usted decir? —exclamó Zillah. —En todo el pueblo no se hablaba de otra cosa. Como que al entrar dije a Hareton: «¡Qué lástima de aquella mocita y de la señora Dean, señorito! ¡Qué cosas pasan!» Hareton me miró asombrado, y entonces le conté lo que se rumoreaba en el pueblo. El amo estaba oyéndonos, y me dijo:

»“Sí, Zillah, cayeron en el pantano, pero se salvaron. Elena Dean está instalada en tu cuarto. Cuando vayas dile que ya se puede ir; toma la llave. El agua del pantano se le subió a la cabeza, y hubiera vuelto a su casa delirando. En fin: la hice venir, y ya está bien. Dile que si quiere que se vaya corriendo a la Granja y avise de mi parte que la señorita llegará a tiempo para asistir al funeral del señor.”

—¡Oh, Zillah! —exclamé. — ¿Acaso ha muerto el señor Linton?

—Cálmese, amiga mía; todavía, no. Siéntese, aún no está usted bien. He encontrado al doctor Kennett en el camino y me ha dicho que el enfermo quizá resista un día más.

Pero en vez de sentarme me precipité fuera. En el salón busqué a alguien que pudiese hablarme de Cati. La habitación tenía las ventanas abiertas y estaba llena de sol, pero no se veía a nadie. No sabía adónde dirigirme, y vacilaba sobre lo que debía hacer, cuando una tos que venía del lado del fuego llamó mi atención. Y entonces vi a Linton junto a la chimenea, chupando un terrón de azúcar y mirándome con indolencia.

—¿Y la señorita Catalina? —pregunté, creyendo que, al encontrarlo solo, le haría confesar por temor.

Pero él siguió chupando como un tonto.

—¿Se ha marchado? —pregunté.

—No —me contestó. —Está arriba. No se irá; no la dejaríamos.

—¿Que no la dejarían? ¡Mentecato! Dígame dónde está o verá usted lo que es bueno.

—Papá sí que te hará ver lo que es bueno a ti como intentes subir — contestó Linton. —Él me ha dicho que no tengo por qué andarme con contemplaciones con Cati. Es mi mujer, y es vergonzoso que quiera marcharse de mi lado. Papá asegura que ella desea que yo muera para quedarse con mi dinero, pero no lo tendrá ni se irá a su casa, por mucho que llore y patalee.

Siguió en su ocupación, entornando los ojos.

—Señorito —le dije, —¿ha olvidado lo bien que ella se portó con usted el invierno pasado, cuando usted le aseguraba que la quería y ella venía diariamente, lloviese o nevase, para traerle libros y cantarle canciones? ¡Pobre Cati! Cada vez que dejaba de venir lloraba pensando en que se entristecería usted, y que entonces afirmaba que ella era demasiado buena para usted. Ahora, en cambio, finge creer en las mentiras que le dice su padre y se pone con él de acuerdo, a pesar de saber que les engaña a los dos... ¡Bonito modo de demostrar gratitud!

Linton torció los labios y se quitó de ellos el terrón de azúcar.

—¿Es que venía a Cumbres Borrascosas precisamente porque le odiaba a usted? —proseguí. —¡Usted mismo lo diría! ¡Y de su dinero, ella no sabe siquiera si tiene usted un poco o mucho! ¡Y la abandona, sola, ahí arriba, en una casa extraña! ¡Usted, que tanto se lamentaba de su ausencia! Cuando se quejaba de sus penas, ella se compadecía, y ahora usted no se apiada de ella.

Yo, que no soy más que una antigua criada suya, he llorado por Cati, como puede ver, y usted, que ha asegurado quererla y que tiene motivos para adorarla, se reserva sus lágrimas para sí mismo y se está ahí sentado tranquilamente... ¡Es usted un egoísta cruel!

—No puedo con ella —dijo él. —No quiero estar a su lado. Llora de un modo inaguantable. Y no cesa de llorar aunque la amenace con llamar a mi padre. Ya le llamé una vez y él la amenazó con ahogarla si no se callaba; pero en cuanto salió, ella empezó otra vez con sus gemidos, a pesar de las muchas veces que le grité que me estaba importunando y no me dejaba dormir.

—¿Está ausente el señor Heathcliff? —me limité a preguntar, viendo que aquel cretino era incapaz de comprender el dolor de su prima.

—Está hablando en el patio con el doctor Kennett — contestó. — Creo que el tío, al fin, se está muriendo. Y lo celebro, porque de ese modo yo seré el dueño de su casa. Cati dice siempre «mi casa», pero en realidad es mía. Míos son sus lindos libros, y sus pájaros, y su jaca Minny. Así se lo dije cuando ella me prometió regalármelo todo si le daba la llave y la dejaba salir. Entonces se echó a llorar, se quitó un dije que llevaba al cuello con un retrato de su madre y otro del tío cuando eran jóvenes y me lo ofreció si le permitía escaparse. Esto sucedió ayer. Le dije que también me pertenecían y fui a quitárselos.

»Entonces, esa vengativa mujer me dio un empellón y me lastimó. Yo lancé un chillido —lo cual la espanta siempre— y acudió papá. Al sentir que venía rompió en dos el medallón, y me dio el retrato de su madre mientras intentaba esconder el otro, pero cuando papá llegó y yo le expliqué lo que sucedía, me quitó el que ella me había dado y le mandó que me entregase el otro. Ella no quiso y él la tiró al suelo, le arrancó el retrato y lo pisoteó.

—¿Y qué le pareció a usted el espectáculo? —interrogué, para llevar la conversación adonde me convenía.

—Yo hice un guiño —respondió. —Siempre guiño los ojos cuando mi padre pega a un perro o a un caballo, porque lo hace muy reciamente. Al principio me alegré de que la castigara. También ella me había hecho daño al empujarme. Cuando papá se fue, ella me hizo ver cómo le sangraba la boca, porque se había cortado con los dientes cuando papá le pegó. Después recogió los restos del retrato, se sentó con la cara a la pared y no ha vuelto a dirigirme la palabra. Creo a veces que la pena no la deja hablar. Pero es un ser avieso; no hace más que llorar, y está tan pálida y tan huraña que me asusta.

—¿Puede usted coger la llave cuando le parece bien? —pregunté.

—Cuando estoy arriba, sí —contestó— pero ahora no puedo subir.

—¿En qué sitio está? —volví a preguntar.

—Es un secreto, y no te lo diré –respondió. —No lo saben ni siquiera Hareton ni Zillah. ¡Ea! Estoy cansado de hablar contigo. Márchate.

Apoyó la cara en un brazo y cerró los ojos.

Yo pensé que lo mejor era ir a la Granja sin ver a Heathcliff y en ella buscar auxilio para la señorita. El asombro de la servidumbre al verme llegar fue tan grande como su alegría. Al advertirles que la señorita estaba a salvo también, varios se precipitaron a anunciárselo al señor, pero yo me anticipé a todos. Había cambiado mucho en tan pocos días. Esperaba, resignado, la muerte. Estaba muy joven. Aún no tenía más que treinta y nueve años, pero representaba diez menos. Al verme entrar pronunció el nombre de Cati. Me incliné hacia él y le dije:

—Luego vendrá Catalina, señor. Está bien, y creo que vendrá esta noche.

Al principio temí que la alegría le perjudicase, y, en efecto, se incorporó en el lecho, miró en torno suyo y se desmayó. Pero se recobró enseguida, y entonces le conté lo ocurrido, asegurando que Heathcliff me había obligado a entrar, lo que, en rigor, no era totalmente cierto. De Linton hablé lo menos que pude y no detallé las brutalidades de su padre para no causar al señor mayor amargura. Él comprendió que uno de los objetivos que se proponía su enemigo era apoderarse de su fortuna y de sus propiedades para su hijo, pero no alcanzaba a adivinar el porqué no había querido esperar hasta su muerte, ya que el

señor Linton ignoraba que él y su sobrino se llevarían poco tiempo el uno al otro en abandonar este mundo. En todo caso, resolvió modificar su testamento, dejando la herencia de Cati no en sus manos, sino en las de otros herederos, personas de confianza, concediéndole sólo el usufructo y luego la plena posesión a sus hijos, caso de que los tuviera. Así, los bienes de Catalina no irían a Heathcliff aunque muriese su hijo.

De acuerdo con sus instrucciones, envié a un hombre en busca del procurador, y a otros cuatro, estos armados, a buscar a la señorita. El primero de ellos volvió anunciando que había tenido que estar dos horas esperando al señor Green, y que éste vendría al siguiente día, ya que tenía que hacer en el pueblo. En cuanto a los otros, regresaron sin cumplir su misión, y dijeron que Cati estaba tan enferma que no podía salir de su cuarto, y que Heathcliff no había permitido que la vieran. Les reproché como se merecían, y resolví no decir nada a mi amo, porque estaba resuelta a presentarme en Cumbres Borrascosas en cuanto amaneciera, llevando una tropa entera, si era menester, para tomar al asalto las Cumbres si no me entregaban a la cautiva. Me juré repetidas veces que su padre había de verla, aunque aquel endemoniado villano encontrara la muerte en su casa intentando impedirlo.

Afortunadamente, no hubo necesidad de emplear tales recursos. A eso de las tres, bajaba yo a buscar un jarro de agua, cuando, atravesando el vestíbulo, sentí un golpe en la puerta. Me sobresalté.

«Debe de ser Green», pensé, sosegándome.

Y seguí con la intención de mandar que abrieran. Pero el golpe se repitió, y entonces, dejando el jarro, fui a abrir yo misma. Fuera, brillaba la luna. El que venía no era el procurador. La señorita me saltó al cuello, exclamando:

—¿Vive papá todavía?

—Sí, ángel mío —respondí. —¡Gracias a Dios que ha vuelto usted con nosotros!

Ella quería ir sin descanso al cuarto del señor, pero yo la hice sentarse un momento para que descansara, le di agua y le froté el rostro con el delantal para que le salieran los colores. Luego añadí que convenía que entrara yo primero para anunciar su llegada y le rogué que dijese que era feliz con el joven Heathcliff. Al principio me miró con asombro, pero luego comprendió.

No pude asistir a la entrevista de ella y su padre, así que me quedé fuera y esperé un cuarto de hora, al cabo del cual me atreví a entrar y acercarme al enfermo. Todo estaba tranquilo. La desesperación de Cati era tan silenciosa como el placer que su padre experimentaba. Con los ojos extasiados contemplaba el rostro de su hija.

Murió sintiéndose feliz, señor Lockwood... Besó a Cati en las mejillas y dijo:

—Me voy a su lado, y tú, querida hija, vendrás después con nosotros...

Y no hizo ni un movimiento ni dijo una palabra más. Su mirada continuaba estática y fija. El pulso le fue faltando gradualmente, hasta que su alma le abandonó. Murió tan apaciblemente, que ninguno nos percatamos del momento exacto en que había sucedido.

Catalina estuvo sentada allí hasta que salió el sol. Sus ojos estaban secos, quizá porque ya no le quedaran lágrimas en ellos o quizá por la intensidad de su dolor. A mediodía continuaba lo mismo, y me costó trabajo lograr que fuese a reposar un rato. A esa hora apareció el procurador, que ya había pasado primero por Cumbres Borrascosas para recibir instrucciones. El señor Heathcliff le había comprado, y por ello se retrasó en venir a casa de mi amo. Felizmente éste no se había vuelto a preocupar de nada desde que llegara su hija.

El señor Green se apresuró a dictar órdenes inmediatas. Despidió a todos los criados, excepto a mí, y hasta hubiese dispuesto que a Eduardo Linton se le enterrara en el panteón familiar, a no haberme opuesto yo ateniéndome al testamento. Éste, por fortuna, estaba allí y hubo que cumplir estrictamente sus disposiciones.

El sepelio se apresuró todo lo posible. A Catalina, que era ya la señora Heathcliff, le consintieron estar en la Granja hasta que sacaron el cuerpo de su padre. Según ella me contó, su dolor

había, por fin, inducido a Linton a ponerla en libertad. Oyó a Heathcliff discutir en la puerta con los hombres que yo había enviado, y entendió lo que él les decía. Entonces se desesperó de tal modo, que Linton, que estaba en la salita en aquel momento, se aterrorizó, cogió la llave antes de que su padre volviera, abrió, dejó la puerta sin cerrar, bajó y pidió que le dejaran dormir con Hareton. Catalina partió antes de romper el alba. No atreviéndose a marchar por la puerta por temor a que los perros ladrasen, buscó otra salida, y habiendo hallado la habitación de su madre, se descolgó por el abeto que rozaba la ventana. Estas precauciones no evitaron que su cómplice sufriera el correspondiente castigo.

C A P Í T U L O XXIX

La tarde después del entierro, la señorita y yo nos sentamos en la biblioteca, meditando y hablando del sombrío porvenir que se nos presentaba.

Pensábamos que lo mejor sería conseguir que Catalina fuese autorizada a seguir habitando la Granja de los Tordos, al menos mientras viviera Linton. Yo sería su ama de llaves, y ello nos parecía tan relativamente bueno, que dudábamos de conseguirlo. No obstante, yo tenía esperanzas. De pronto, un criado —ya que, aunque estaban despedidos, éste no se había marchado aún— vino a advertirnos de que «aquel diablo de Heathcliff» había entrado en el patio y quería saber si le daba con la puerta en las narices.

No estábamos tan locas como para mandar que lo hiciese, ni él nos dio tiempo a nada. Entró sin llamar ni pedir permiso; era el amo ya y usaba de sus derechos. Llegó a la biblioteca, mandó salir al criado y cerró la puerta.

Estaba en la misma habitación donde dieciocho años atrás entrara como visitante. A través de la ventana brillaba la misma luna y se divisaba el mismo paisaje otoñal. No habíamos encendido la luz, pero había bastante claridad en la cámara y se distinguían bien los retratos de la señora Linton y de su esposo. Heathcliff se acercó a la chimenea. Desde aquella época no había cambiado mucho. El mismo semblante, algo

más pálido y más sereno tal vez, y el cuerpo un tanto más pesado. No había más diferencia que ésta.

—¡Basta! —dijo sujetando a Catalina, que se había levantado y se disponía a escaparse. — ¿Adónde vas? He venido para llevarte a casa. Espero que procederás como una hija sumisa y que no inducirás a mi hijo a desobedecerme. No supe de qué modo castigarle cuando descubrí lo que había hecho. ¡Cómo es un alfeñique! Pero ya notarás en su aspecto que ha recibido su merecido. Mandé que le bajasen, le hice sentarse en una silla, ordené que saliesen José y Hareton, y durante dos horas estuvimos los dos solos en el cuarto. A las dos horas ordené a José que volviese a llevárselo, y desde entonces cada vez que ve mi presencia le asusta más que la de un fantasma. Según Hareton, se despierta por la noche chillando o implorándote que le defiendas. De modo, que quieras o no, tienes que venir a ver a tu marido. Te lo cedo para ti sola, preocúpate tú de él.

—Podía usted dejar que Cati viviera aquí con Linton —intercedí yo. —Ya que los detesta usted, no les echará de menos. No harán más que atormentarle en su presencia.

—Pienso alquilar la Granja —respondió—, y además deseo que mis hijos estén a mi lado, y que esta muchacha trabaje para ganarse su pan. No voy a sostenerla como una holgazana, ahora que Linton ha muerto. Vamos, date prisa y no me obligues a apelar a la fuerza.

—Iré —dijo Cati. —Aunque usted ha hecho todo lo posible para que nos aborrezcamos el uno al otro, Linton es el único cariño que me queda en el mundo y le desafío a usted a que le haga padecer cuando yo esté presente.

—Aunque te erijas en su defensor —respondió Heathcliff—, no te quiero tan bien que vaya a quitarte el tormento de atenderle mientras viva. No soy yo quien te hará aborrecerle. Su dulce carácter se encargará de ello. Como consecuencia de tu fuga y de las consecuencias que tuvo para él, le vas a hallar tan agrio como el vinagre. Ya le oí explicar a Zillah lo que haría si fuese tan fuerte como yo: el cuadro era admirable. Mala inclinación no le falta, y su misma debilidad le hará encontrar algún medio con que sustituir la fuerza de que carece.

—Al fin y al cabo es su hijo —dijo Cati. —Sería milagroso que no tuviera mal carácter. Gracias que el mío es mejor y me permitirá perdonarle. Sé que me ama, y por eso le amo yo también. En cambio, señor Heathcliff, a usted no le ama nadie, y por muy desgraciados que nos haga ser, nos desquitaremos pensando que su crueldad procede de su desgracia. ¿Verdad que es usted desgraciado? Está usted tan solitario como el demonio y es tan envidioso como él. Nadie le ama y nadie le llorará cuando muera. ¡Le compadezco a usted!

Catalina habló en lúgubre tono de triunfo. Parecía dispuesta a amoldarse al ambiente de su futura familia y a gozarse, como ellos, en el mal de sus enemigos.

—Tendrás que compadecerte de ti misma —replicó su suegro— si sigues aquí un minuto más. Coge tus cosas, bruja, y vente.

Ella se fue. Yo comencé a rogarle que me permitiera ir a Cumbres Borrascosas para hacer los menesteres de Zillah, mientras ésta se encargaba de mi puesto en la Granja, pero él se negó rotundamente. Después de hacerme callar, examinó el cuarto. Al ver los retratos, dijo:

—Voy a llevarme a casa el de Catalina. No me hace falta para nada, pero...

Se acercó al fuego, y con una que llamaré sonrisa, ya que no habría palabras con que definirlo, si no, dijo:

—Te voy a contar lo que hice ayer. Ordené al sepulturero que cavaba la fosa de Linton que quitase la tierra que cubría el ataúd de Catalina, y lo hice abrir. Creí que no sabría separarme de allí cuando vi su cara. ¡Sigue siendo la misma! El enterrador me dijo que se alteraría si seguía expuesta al aire. Arranqué entonces una de las tablas laterales del ataúd, cubrí el hueco con tierra (no el lado del maldito Linton, que ojalá estuviera soldado con plomo, sino el otro), y he sobornado al sepulturero para que cuando me entierren a mí quite también el lado correspondiente de mi féretro. Así nos confundiremos en una sola tumba, y si Linton nos busca no sabrá distinguirnos.

—Es usted un malvado —le dije. —¿No le da vergüenza turbar el reposo de los muertos?

—A nadie le he turbado en su reposo, Elena, y, en cambio, me he desahogado un poco. Me siento mucho más tranquilo, y así es más fácil que podáis contar con que no saldré de mi tumba cuando me llegue la hora.

¡Turbarla! Dieciocho años lleva turbándome ella a mí, dieciocho años, hasta anoche mismo... Pero desde ayer me he tranquilizado.

He soñado que dormía al lado de ella mi último sueño, con la mejilla apoyada en la suya.

—¿Y qué hubiera usted soñado si ella se hubiera disuelto bajo tierra, o cosa peor?

—¡Que me disolvía con ella, y entonces me hubiera sentido aún más feliz!

¿Te figuras que me asustan esas transformaciones? Esperaba que se hubiera descompuesto cuando mandé abrir la caja; pero me alegro de que no comience su descomposición hasta que la comparta conmigo. Luego tú no sabes lo que me sucede... Pero empezó así: yo creo en los espíritus y estoy convencido de que existen y viven entre nosotros. Y desde que murió no hice más que invocar al suyo para que me visitase. El día que la enterraron nevó. Cuando oscureció me fui al cementerio. Soplaba un viento helado y reinaba la soledad. Yo no temí que el simple de su marido fuese tan tarde, y no era probable que nadie merodease por allí. Al pensar que sólo me separaban de ella dos metros de tierra blanda, me dije: «Quiero volver a

tenerla entre mis brazos. Si está fría, lo atribuiré a que el viento del norte me hiela; si está inmóvil, pensaré que duerme.»

»Cogí una azada y cavé con ella hasta que tropecé con el ataúd. Entonces me puse a trabajar con las manos, y ya crujía la madera cuando me pareció percibir un suspiro que sonaba al mismo borde de la tumba. «¡Si pudiese quitar la tapa —pensaba— y luego nos enterraran a los dos!» Y me esforzaba en hacerlo. Pero sentí otro suspiro. Y me pareció notar un tibio aliento que caldeaba la frialdad del aire helado. Bien sabía que allí no había nadie vivo; pero tan cierto como se siente un cuerpo en la oscuridad, aunque no se le vea, tuve la sensación de que Catalina estaba allí y no en el ataúd, sino a mi lado. Experimenté un inmediato alivio. Suspendí mi trabajo y me sentí consolado. Ríete, si quieres, pero después de que cubrí la fosa otra vez tuve la impresión de que me acompañaba hasta casa. Estaba seguro de que se hallaba conmigo y hasta le hablé. Cuando llegué a las Cumbres recuerdo que aquel condenado de Earnshaw y mi mujer me cerraron la puerta. Me contuve para no romperle el alma a golpes, y después subí precipitadamente a nuestro cuarto. Miré en torno mío con impaciencia. ¡La sentía a mi lado, casi la veía, y, sin embargo, no lograba divisarla! Creo que sudé sangre de tanto como rogué que se me apareciese, al menos un instante. Pero no lo conseguí. Fue tan diabólica para mí como lo había sido siempre durante mi vida. Desde entonces, unas veces más y otras menos, he sido víctima de esa misma tortura. Ello me ha sometido a una tensión nerviosa tan

grande, que si mis nervios no estuviesen tan templados como cuerdas de violín, no hubiera resistido sin hacerme un desgraciado, como Linton.

»Si me hallaba en el salón con Hareton, se me figuraba que la vería cuando saliese. Cuando paseaba por los pantanos creía que la encontraría al volver. En cuanto salía de casa regresaba creyendo que ella debía de andar por allá. Y si se me ocurría pasar la noche en su alcoba me parecía que me golpeaban. Dormir allí resultaba imposible. En cuanto cerraba los ojos, la sentía al otro lado de la ventana, o entrar en el cuarto, correr las tablas y hasta descansar su adorada cabeza en la misma almohada donde la ponía cuando era niña. Entonces abría los ojos para verla, y cien veces los cerraba y los volvía a abrir, y cada vez sufría una desilusión más. Esto me aniquilaba hasta el punto de que a veces lanzaba gritos, y el viejo tuno de José me creía poseído del demonio. Pero ahora que la he visto estoy más sosegado. ¡Bien me ha atormentado durante dieciocho años, no centímetro a centímetro, sino por fracciones del espesor de un cabello, engañándome año tras año con una esperanza que no se había realizado nunca!

Heathcliff salió y se secó la frente, húmeda de sudor. Sus ojos contemplaban las rojas brasas del fuego. Tenía las cejas levantadas hacia las sienes, y una apariencia de dolorosa tensión cerebral le daba un aspecto conturbado. Al hablar se dirigía a mí vagamente. Yo callaba. No me agradaba aquel modo de expresarse.

Después de una breve pausa, descolgó el retrato de la señora Linton, lo puso sobre el sofá y lo contempló fijamente. Cati entró en aquel momento y dijo que estaba pronta a marchar en cuanto ensillasen el caballo.

—Envíame eso mañana —me dijo Heathcliff. Y agregó, dirigiéndose a ella: —Hace una buena tarde y no necesitas caballo. Cuando estés en Cumbres Borrascosas tendrás de sobra con los pies.

—¡Adiós, Elena! —dijo mi señorita, besándome con sus helados labios. —

No dejes de ir a verme.

—Te librarás muy bien —advirtió él. —Cuando te necesite para algo ya vendré a visitarte. No quiero que fisgues en mi casa.

Hizo señal a Cati de que le siguiera, y ella le obedeció, lanzando una mirada hacia atrás que me desgarró el corazón.

Los vi desde la ventana descender por el jardín. Heathcliff cogió el brazo de Catalina, a pesar de que ella se negaba, y con rápido paso desaparecieron bajo los árboles del camino.

C A P Í T U L O XXX

Una vez fui a las Cumbres, pero no pude verla más desde que se marchó. José no me dejó pasar. Me dijo que la señora estaba bien y que el amo se hallaba fuera. Gracias a Zillah, que me ha contado algo, puedo saber si viven o no. Zillah considera a Cati muy orgullosa y no la quiere. Al principio, la señorita le pidió que le hiciera algunos servicios, pero el amo lo prohibió y Zillah se congratuló, por holgazanería y por falta de juicio. Esto causó a Cati una indignación pueril, y ha incluido a Zillah en el número de sus enemigos. Hace seis semanas, poco antes de llegar usted, mantuve una larga conversación con Zillah, y me contó lo siguiente:

Al llegar a las Cumbres, la señora, sin saludarnos siquiera, corrió al cuarto de Linton y se encerró en él. Por la mañana, mientras Hareton y el amo estaban desayunándose entró en el salón temblando de pies a cabeza y preguntó si se podía ir a buscar al médico, ya que su marido estaba muy malo.

—Ya lo sé —respondió Heathcliff— pero su vida no vale ni un cuarto de penique, y ni eso me gastaré en él.

—Pues si no le auxilia, se morirá, porque yo no sé qué hacer — dijo la joven.

—¡Sal de aquí —gritó el amo— y no me hables más de él! No nos importa nada de lo que le ocurra. Si quieres, cuídate tú, y si no, enciérrale y déjale.

Ella entonces pidió mi ayuda, pero yo le contesté que el muchacho ya me había dado bastante que hacer, y que ahora era ella quien debía cuidarle, según había ordenado el amo.

No puedo decir cómo se las entendieron. Me figuro que él debía pasarse gimiendo día y noche, sin dejarla descansar, como se deducía por sus ojeras. Algunas veces venía a la cocina como si quisiera pedir socorro, pero yo no estaba dispuesta a desobedecer al señor. No me atrevía a contrariarle en nada, señora Dean, y aunque bien veía que debía haberse llamado al médico, no era yo quién para tomar la iniciativa, y por eso no intervine para nada. Una o dos veces, después que nos habíamos acostado, se me ocurría ir a la escalera y veía a la señora llorando, sentada en los escalones, de modo que enseguida me volvía, temiendo que me pidiese ayuda. Aunque la compadecía, ya supondrá usted que no era cosa de arriesgarme a perder mi empleo. Por fin, una noche, entró resueltamente en mi cuarto y me dijo:

—Avisa al señor Heathcliff de que su hijo se muere. Estoy segura de ello.

Y se fue. Un cuarto de hora permanecí en la cama, escuchando y temblando. Pero no sentí nada.

«Debe de haberse equivocado —pensé. Linton se habrá repuesto; no hay por qué molestar a nadie» Y volví a dormirme. Pero el sonido de la campanilla que tenía Linton para su

servicio me despertó y el amo me ordenó que fuera a decirles que no quería volver a oír aquel ruido.

Entonces le comuniqué el recado de la señorita. Empezó a maldecir, y luego encendió una vela y subió al cuarto de su hijo. Le seguía y vi a la señora sentada junto a la cama, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Su suegro acercó la vela al rostro de Linton, le miró y le tocó, y dijo a la señora:

—¿Qué te parece de esto, Catalina?

—Digo que qué te parece, Catalina —repitió él.

—Me parece —contestó ella que él se ha salvado y que yo he recuperado la libertad... Debía parecerme muy bien, pero —prosiguió con amargura— me ha dejado usted luchando sola durante tanto tiempo contra la muerte, que sólo veo muerte a mi alrededor, y hasta me parece estar muerta yo misma.

Y lo parecía en realidad. Yo le hice beber un poco de vino. Hareton y José, a quienes nuestro ir y venir había despertado, entraron entonces. José me parece que se alegró de la muerte del muchacho. En cuanto a Hareton, estaba con—fuso, y más que de pensar en Linton se preocupaba de mirar a Catalina. El señor le hizo volverse a acostar. Mandó a José que llevara el cadáver a su habitación, y a mí me hizo volverme a la mía. La señora se quedó sola.

Por la mañana me hizo llamarla para desayunar. Catalina se había desnudado y estaba a punto de acostarse. Me anunció

que se sentía mal, lo que no me extrañó, y se lo indiqué al señor Heathcliff. Este me dijo:

—Bueno, déjala que descanse. Sube de cuando en cuando a llevarle lo que necesite, y después del entierro, cuando creas que esté mejor, avísamelo.

Zillah siguió diciéndome qué Catalina había continuado metida en su cuarto durante quince días. Ella le visitaba dos veces diarias y procuraba mostrarse amable con la señorita, pero ésta la rechazaba violentamente. Heathcliff subió a verla una vez para mostrarle el testamento de Linton. Ce— día a su padre todos sus bienes y cuantos habían pertenecido a su esposa. Le habían obligado a firmar aquello mientras Cati estaba con su padre el día que éste falleció. La herencia se refería a los bienes muebles, ya que las tierras, por ser menor de edad, no tenía Linton derecho a le—garlas. Pero Heathcliff ha hecho valer también sus derechos a ellas en nombre de su difunta mujer y en el suyo propio. Creo que legalmente tiene razón; pero, en todo caso, como Catalina carece de dinero y de amigos, no ha podido disputárselas.

—Sólo yo —siguió diciéndome Zillah—, excepto esa vez que subió el amo, iba a su cuarto. Nadie se ocupaba de ella. El primer día que bajó al salón fue domingo por la tarde. Al llevarle la comida me había dicho que no podía soportar el frío que hacía arriba. Le contesté que el amo iba a ir a la Granja de los Tordos y que Hareton y yo no la incomodaríamos. Así que en cuanto sintió el trote del caballo de Heathcliff, bajó, vestida de

negro, con sus rubios cabellos peinados lisos por detrás de las orejas.

José y yo solemos ir los domingos a la iglesia (se refieren a la capilla de los metodistas o baptistas, ya que la iglesia ahora no tiene pastor), pero yo creí que debía quedarme en casa —continuó Zillah— porque no sobra que una persona de edad vigile a los jóvenes, y Hareton, a pesar de su timidez, no es precisamente un chico modelo. Yo le había ad—vertido de que su prima bajaría seguramente a hacernos compañía, y que como ella solía guardar la fiesta dominical, valía más que él no trabajase ni estuviese repasando las es— copetas mientras ella permanecía abajo. Se ruborizó al oírme, se miró la ropa y las manos e hizo desaparecer el aceite y la pólvora. Comprendí que quería ofrecerle su compañía y que deseaba presentarse a ella con mejor aspecto, y para ayudarle a ello, le ofrecí mis servicios. Se puso muy turbado y empezó a jurar.

—Señora Dean —dijo Zillah, comprendiendo que su conducta me desagradaba—, usted podrá pensar que la señorita es demasiado fina para Hareton, y puede que esté usted en lo cierto; pero le aseguro que me gustaría rebajar un poco su orgullo. Además, ahora es tan pobre como usted y como yo. Es decir, más, porque seguramente usted tiene sus ahorros y yo hago lo posible para reunirlos. Así que no está la señorita como para andar con tonterías.

Hareton aceptó la ayuda de Zillah, y hasta se puso de buen humor, y cuando Catalina llegó trató de hacerse agradable a ella.

—La señorita —siguió contándome Zillah— entró tan fría como el hielo y tan altanera como una princesa. Yo le ofrecí mi asiento y Hareton también, diciéndole que debía estar transida de frío.

—Hace un mes que lo estoy —contestó ella tan despectivamente como le fue posible.

Cogió una silla y se sentó separada de nosotros. Cuando hubo entrado en calor miró en torno suyo, y al divisar unos libros en el aparador intentó cogerlos. Pero estaban demasiado altos, y viendo sus inútiles esfuerzos, su primo se decidió a ayudarla. Comenzó a echarle los libros según los iba alcanzando y ella los recogía en su falda extendida.

El muchacho se sintió satisfecho con esto. Es verdad que la señora no le dio las gracias, pero a él le bastaba con haberle sido útil, y hasta se aventuró a mirar los libros mientras lo hacía ella, señalando algunas páginas ilustradas que le llamaban la atención. No se desanimó por el desprecio con que Catalina le quitaba las láminas de los dedos, pero se separó un poco, y en vez de mirar los libros la miró a ella.

Catalina siguió leyendo o intentando leer. Hareton, entretanto, ya que no podía distinguir su cara, se contentaba con contemplar su cabello. De pronto, casi inconsciente de lo que

hacía, y más bien como un niño que se resuelve a tocar lo que está mirando, se le ocurrió alargar la mano y acariciarle uno de sus rizos, más suavemente que lo hubiera hecho un pájaro. Ella dio un salto como si le hubieran clavado un cuchillo en la garganta.

—¡Vete! ¿Cómo te atreves a tocarme? —gritó, disgustadísima. —¿Qué haces ahí plantado? ¡No puedo soportarte! Si te acercas, me voy.

El señor Hareton retrocedió, se sentó y permaneció inmóvil. Ella siguió absorta en los libros. Al cabo de media hora Hareton me dijo por lo bajo:

—Ruégale que nos lea alto, Zillah... Estoy aburrido de no hacer nada, y me gustaría oírla. No digas que soy yo quien se lo pide. Hazlo como cosa tuya.

—El señor Hareton quisiera que usted nos leyese algo, señorita —me apresuré a decir. Se lo agradecería mucho.

Ella frunció las cejas y contestó:

—Pues di al señor Hareton que no acepto ninguna de las amabilidades hipócritas que me hagáis. ¡Os desprecio y no quiero saber nada de vosotros! Cuando yo hubiera dado hasta la vida por una palabra afectuosa, os mantuvisteis apartados de mí. No me quejo. He bajado porque arriba hacía mucho frío, pero no para entreteneros ni para disfrutar de vuestra compañía.

—Yo no te he hecho nada —comenzó a decir Earnshaw. —No tengo culpa de nada...

—Tú eres una cosa aparte —respondió la señora—, y no se me ha ocurrido pensar en ti...

—Pues yo —contestó él— más de una vez he rogado al señor Heathcliff que me permitiera atenderte.

—Cállate —ordenó ella. Me iré por esa puerta, no sé adónde, antes de seguir oyendo tu desagradable voz.

Hareton musitó que por su parte podía irse, aunque fuese al infierno; descolgó su escopeta y se marchó a cazar. Y ahora él ya habla con todo desembarazo delante de ella, y ella se ha retirado otra vez a su soledad. Pero a veces el frío de las heladas la hace bajar y buscar nuestra compañía. Por mi parte yo me mantengo tan altiva como ella. Ninguno de nosotros la quiere, ni ella se lo merece. En cuanto se le dice la menor cosa, ya salta y replica sin respetar nada. Se atreve a insultar hasta al amo, y cuanto más la castiga él, más maligna se vuelve ella.

—Al principio de oír contar esto a Zillah —siguió la señora Dean— decidí dejar este empleo, alquilar una casa y llevarme a Cati. Pero el señor Heathcliff hubiera permitido esto tanto como a Hareton montar una casa por su cuenta propia. Así que no veo solución al asunto, a no ser que la señorita se case, y ésa es una cosa que no está en mi mano conseguir.

De esta manera concluyó su historia la señora Dean. Por mi parte, a pesar de los vaticinios del doctor, me voy reponiendo

muy rápidamente. Sólo estamos a mediados del mes de enero, pero dentro de un par de días me propongo montar a caballo, ir a Cumbres Borrascosas y notificar a mi casero que pasaré en Londres los venideros seis meses, y que se busque otro inquilino para la Granja cuando llegue octubre. No quiero en modo alguno pasar otro invierno aquí.

C A P Í T U L O XXXI

El día de ayer fue claro, frío y sereno. Como me había propuesto, fui a las Cumbres. La señora Dean me rogó que llevase una nota suya a su señorita, a lo que accedí, ya que no creo que haya en ello segunda intención. La puerta principal estaba abierta, pero la verja, no. Llamé a Earnshaw, que estaba en el jardín, y me abrió. El muchacho es tan bello que no se hallaría en la comarca otro parecido. Le miré atentamente. Cualquiera diría que él se empeñaba en deslucir sus cualidades con su zafiedad.

Pregunté si estaba en casa el señor Heathcliff, y me dijo que no; pero que volvería a la hora de comer. Eran las once, y manifesté que le esperaría. Él entonces soltó los utensilios de trabajo y me acompañó, pero en calidad de perro guardián y no para sustituir al dueño de la casa.

Entramos. Vi a Cati cocinando unas legumbres. Me pareció aún más hosca y menos animada que la vez anterior. Casi no levantó la vista para mirarme y continuó su faena sin saludarme ni con un ademán.

«No veo que sea tan afable —reflexioné yo— como se empeña en hacérmelo creer la señora Dean. Una beldad, sí lo es, pero un ángel, no» Hareton le dijo con aspereza que se llevase sus cosas a la cocina.

—Llévalas tú —contestó la joven.

Y se sentó en un taburete al lado de la ventana, entreteniéndose en recortar figuras de pájaros y animales en las mondaduras de nabos que tenía a un lado. Yo me aproximé, con el pretexto de contemplar el jardín, y dejé caer en su falda la nota de la señora Dean.

—¿Qué es eso? —preguntó Cati en voz alta, tirándola al suelo.

—Una carta de su amiga, el ama de llaves de la Granja —contesté, incomodado por la publicidad que daba a mi discreta acción y temiendo que creyera que el papel procedía de mí.

Entonces quiso cogerla, pero ya Hareton se había adelantado, guardándosela en el bolsillo del chaleco, y diciendo que primero había de examinarla el señor Heathcliff.

Cati volvió la cara silenciosamente, sacó un pañuelo y se lo llevó a los ojos. Su primo luchó un momento contra sus buenos instintos, y al fin sacó la carta y se la tiró con un ademán lo más despreciativo que pudo. Cati la recogió, la leyó, me hizo algunas preguntas sobre los habitantes, tanto personas como animales de la Granja, y al fin murmuró, como para sí misma:

—¡Cuánto me gustaría ir montada en Minny!¡Cuánto me gustaría subir allá! Estoy fatigada y hastiada, Hareton.

Apoyó su linda cabeza en el alféizar de la ventana, y dejó escapar no sé si un bostezo o un suspiro, sin preocuparse de si la mirábamos o no.

—Señora Heathcliff —dije al cabo de un rato—, usted cree que yo no la conozco, y, sin embargo, creo conocerla profundamente. Así que me extraña que no me hable usted. La señora Dean no se cansa de alabarla, y sufrirá una desilusión si me vuelvo sin llevarle más noticias suyas que las de que no ha dicho nada sobre su carta.

Me preguntó, extrañada:

—¿Elena le estima mucho a usted?

—Mucho —balbucí.

—Pues entonces dígale que le contestaría gustosamente, pero que no tengo con qué. Ni siquiera poseo un libro del que poder arrancar una hoja.

—¿Y cómo puede usted vivir aquí sin libros? —dije. Yo, que tengo una gran biblioteca, me aburro en la Granja, así que sin ellos debe de ser desesperante la existencia aquí.

—Antes yo tenía libros y me pasaba el día leyendo —me contestó—, pero como el señor Heathcliff no lee nunca, se le antojó destruirlos. Hace varias semanas que no veo ni sombra de ellos. Una vez revolví los libros teológicos de José, con gran indignación de éste, y otra vez, Hareton, encontré un almacén de ellos en tu cuarto: tomos latinos y griegos, cuentos y poesías... Todos, antiguos conocidos míos... Me los traje aquí, y tú me los has robado, como las urracas, por el gusto de robar, ya que no puedes sacar partido de ellos. ¡Hasta puede que aconsejaras al señor Heathcliff, por envidia, que me arrebatase

mis tesoros! Pero la mayor parte de ellos los retengo en la memoria, y de eso sí que no podéis privarme.

Hareton se ruborizó cuando su prima reveló el robo de sus riquezas literarias y desmintió enérgicamente sus acusaciones.

—Quizás el señor Hareton siente deseos de emular su saber, señora —dije yo, acudiendo en socorro del joven, y se prepara a ser un sabio dentro de algunos años mediante la lectura.

—¡Sí, y que entretanto me embrutezca yo! —alegó Cati. —Es verdad: a veces le oigo cuando intenta deletrear, ¡y dice cada tontería! ¿Por qué no repites aquel disparate que dijiste ayer? Me di cuenta cuando apelabas al diccionario para comprender lo que significaba aquella palabra, y te oí jurar y maldecir cuando no comprendiste nada.

Noté que el joven pensaba que era injusto burlarse de su ignorancia y a la vez de sus esfuerzos para corregirla. Yo compartí su sentimiento, y recordando lo que me contara la señora Dean sobre el primer intento de Hareton para disipar las tinieblas en que le habían educado, comenté:

—Todos hemos tenido que empezar alguna vez, señora, y raro es el que no haya tropezado en el umbral del conocimiento. Si entonces nuestros maestros se hubiesen burlado de nosotros, aún seguiríamos dando tropezones.

—Yo no me propongo limitar su derecho a instruirse —repuso ella—, pero él no tiene derecho a apoderarse de lo que me pertenece, y profanarlo con sus errores y faltas de

pronunciación. Mis libros de versos y en prosa eran sagrados para mí, por los recuerdos que me despertaban, y me es odioso verlos mancillados cuando los repite su boca. Además, ha elegido para aprender mis obras favoritas, como si lo hiciera a propósito para molestarme...

Durante unos instantes, el pecho de Hareton se agitó en silencio. Estaba colérico y mortificado, y le costó mucho dominarse. Yo me puse en pie y me asomé a la puerta. Él salió de la habitación, y a los pocos minutos volvió cargado con media docena de libros. Se los echó a Cati en el regazo y dijo:

—Ahí los tienes. No quiero volver a verlos más, ni a leerlos, ni a ocuparme para nada de lo que dicen.

—Yo no los quiero —contestó ella. Me harían recordarte, y los odiaría.

Sin embargo, abrió uno, que mostraba haber sido manoseado muchas veces, y comenzó a leer un pasaje con la pronunciación lenta y dificultosa de alguien que estuviera aprendiendo a leer. Después se echó a reír y lo tiró.

—¡Escuchad! —dijo después. Y comenzó a recitar de la misma manera los versos de una antigua balada.

Él no pudo aguantar más. Oí —sin sentirme inclinado a censurarle del todo

— un bofetón que hizo callar la provocativa lengua de la muchacha. Ella había hecho todo lo posible para exasperar los

incultos, pero susceptibles, sentimientos de amor propio de su primo, y a éste no se le ocurría otro argumento que aquel tan contundente para saldar la cuenta. Después él cogió los libros y los arrojó al fuego. Me di cuenta de que este holocausto que hacía en aras de su rencor le era muy penoso. Supuse que mientras los veía arder recordaba el placer que su lectura le había producido, y también pensé en el entusiasmo con que había empezado secretamente a estudiar. Él se había limitado a trabajar y a hacer una vida vegetativa hasta que Cati se cruzó en su camino. El desprecio que ella le demostraba y la esperanza de que algún día le felicitase habían sido los motivos de su afán de aprender, y he aquí que, por el contrario, ella premiaba sus esfuerzos con burlas.

—¡Mira para lo que le valen a un bruto como tú! —gimió Catalina, chupándose el labio lastimado y asistiendo al incendio con indignados ojos.

—Más te valdría callar —repuso furioso.

Y se dirigió muy agitado hacia la puerta. Me aparté para dejarle pasar; pero en el mismo umbral se tropezó con el señor Heathcliff, que llegaba en aquel momento y que le preguntó, poniéndole una mano en el hombro:

— ¿Qué te pasa, muchacho?

—Nada —contestó el joven. Y se alejó para devorar a solas su pena. Heathcliff le miró y murmuró, ignorando que yo estaba allí al lado:

—Sería extraordinario que yo me rectificase. Pero cada vez que me propongo ver en su cara el rostro de su padre veo el de ella. Me es insoportable mirarle.

Bajó la vista y entró. Estaba pensativo. Noté en su rostro una expresión de inquietud que las otras veces no observara, y me pareció más delgado. Su nuera, al verle entrar, había huido a la cocina.

—Me alegro de que ya pueda salir de casa, señor Lockwood —dijo Heathcliff respondiendo a mi saludo—, aunque hasta cierto punto sea por egoísmo, ya que no me sería fácil encontrar otro inquilino como usted en esta soledad. No crea que no me he preguntado algunas veces cómo se le ha ocurrido venir aquí.

—Sospecho que por un capricho tonto, como es un necio capricho el que ahora me aconseja marcharme —contesté. Me vuelvo a Londres la semana próxima, y creo oportuno advertirle que no me propongo renovar el contrato de la Granja de los Tordos cuando venza. No pienso volver a vivir allí más.

—¿Se ha cansado usted de aislarse del mundo? Bueno, pero si espera usted que le condone los alquileres de los meses que le faltan, pierde usted el tiempo. No renuncio a mis derechos jamás.

—No he venido a pedirle que renuncie a nada —respondí incomodado. Y, sacando la cartera del bolsillo, agregué: Si quiere, liquidaremos ahora mimo.

—No es necesario —respondió con frialdad, —Seguramente usted dejará objetos suficientes para cubrir su débito, en el supuesto de que no vuelva usted. No me corre prisa. Tome asiento y quédese a comer con nosotros. ¡Cati! Sirve la mesa.

Cati compareció trayendo los cubiertos.

—Tú puedes comer con José en la cocina —le dijo Heathcliff, aparte—, y estarte allí hasta que éste se vaya.

Ella le obedeció y acaso no se le ocurrió siquiera lo contrario. Viviendo como vivía entre palurdos y misántropos es muy fácil que no supiese apreciar otra clase mejor de gente cuando por casualidad la encontraba.

Heathcliff, melancólico y huraño, a un lado y Hareton, mudo, a otro— transcurrió muy poco alegremente. Me despedí en cuanto pude. Me hubiese gustado salir por la puerta de atrás para ver otra vez a Cati y para molestar al viejo José, pero no pude hacer lo que me proponía porque mi huésped mandó a Hareton que me trajese el caballo, y él mismo me acompañó hasta la salida.

« ¡Qué tristemente viven en esta casa! —medité mientras bajaba por el camino. —¡Y qué hermoso y romántico cuento de hadas hubiese sido para la señora Linton Heathcliff el que nos hubiésemos enamorado, como su bondadosa aya quería, y hubiésemos marchado juntos a la bulliciosa ciudad»

C A P Í T U L O XXXII

En septiembre del año pasado un amigo me invitó a hacer estragos con él en los cotos de caza que poseía en el Norte, y, de camino, pasé, sin esperarlo, a poca distancia de Gimmerton. El mozo de cuadra de la posada en que me había parado para que mis caballos bebiesen, dijo al ver un carro cargado de avena recién segada:

—Ese viene de Gimmerton. Siempre siegan tres semanas después que en los demás sitios.

—¿Gimmerton? —dije.

El recuerdo de mi residencia en aquel lugar casi se había esfumado en mi memoria.

— ¡Ah, ya! —agregué. ¿Está lejos de aquí?

—Unos veinte kilómetros de mal camino —me contestó el mozo.

Sentí un repentino deseo de visitar la Granja de los Tordos. No era mediodía aún, y pensé que pasaría la noche bajo el techo de la que todavía era mi casa, tan bien por lo menos como en una posada. Y, de paso, podía arreglar mis cuentas con el dueño, lo que me evitaría más adelante hacer un viaje con aquel objeto. Así que, después de descansar un rato, encargué a mi criado que averiguase el camino de la aldea, y no sin fatigar a nuestras cabalgaduras, llegamos a Gimmerton al cabo de tres horas.

Dejé al criado en el pueblo y me dirigí a través del valle. La parda iglesia me pareció aún más parda y el desolado cementerio más desolado aún. Una oveja pacía el exiguo césped que cubría las tumbas. El aire, demasiado caluroso, no me impidió gozar del bello panorama. Si no hubiera estado la estación tan adelantada creo que me hubiese sentido tentado a quedarme una temporada allí.

En invierno no había nada más sombrío, pero en verano nada más agradable que aquellos bosquecillos escondidos entre los montes y aquellas extensiones cubiertas de matorrales.

Alcancé la Granja antes de ponerse el sol y llamé a la puerta. Pero sus habitantes estaban en la parte trasera, a juzgar por la ligera humareda que salía de la chimenea de la cocina, y no me sintieron. Entonces entré en el patio. En la puerta, una niña de nueve a diez años se entretenía haciendo calceta y una vieja fumaba una pipa.

—¿Está la señora Dean? —pregunté a la anciana.

— ¿La señora Dean? No. Vive en las Cumbres.

—¿Es usted la guardiana de la casa?

—Sí —contestó.

—Pues yo soy Lockwood, el inquilino de la casa. Quiero pasar aquí la noche. ¿Hay alguna habitación preparada?

—¡El inquilino! —exclamó estupefacta. —¿Cómo no nos avisó de su llegada? En toda la casa, señor, no hay siquiera un cuarto en condiciones.

Se quitó la pipa de la boca y se lanzó dentro de la casa. La niña la siguió, y yo la imité. Pude comprobar que la anciana no había faltado a la verdad, y, además, que mi presencia la había trastornado. Procuré calmarla diciéndole que iría a dar un paseo, y que entretanto me arreglase una alcoba para dormir y un rincón en la sala para cenar. No era preciso andar con limpieza ni barridos. Me bastaban un fuego y unas sábanas limpias. Ella mostró deseo de hacer cuanto pudiera, y si bien en el curso de sus trabajos metió la escoba en la lumbre confundiéndola con el atizador y cometió otras varias equivocaciones, no obstante me marché con la confianza de que al volver encontraría donde instalarme. El objetivo de mi paseo era Cumbres Borrascosas; pero antes de salir del patio se me ocurrió una idea que me hizo volverme.

—¿Están todos bien en las Cumbres? —pregunté a la anciana.

—Que yo sepa, sí —me contestó mientras salía llevando en la mano un cacharro lleno de ceniza.

Me hubiese gustado preguntarle la causa de que la señora Dean no estuviera ya en la Granja, pero, comprendiendo que no era oportuno interrumpirla en sus faenas, le volví la espalda y me fui lentamente. A mi espalda brillaba aún el sol, y ante mí se levantaba la luna. Salía del parque y escalé el pedregoso

sendero que conducía a la casa de Heathcliff. Cuando llegué a ella, del día sólo quedaba, en poniente, una leve luz ambarina. Pero una espléndida luna permitía divisar cada piedra del camino y cada brizna de hierba. No tuve que llamar a la verja: cedió al empujarla, Pensé que esto siempre era una mejora. Y aún apreció otra: una fragancia de enredaderas que inundaba el aire.

Puertas y ventanas estaban abiertas. Como es frecuente ver en aquellas regiones, un gran fuego brillaba en la chimenea, a pesar del calor. El salón de Cumbres Borrascosas es tan grande, que queda sitio de sobra para poder separarse del hogar. Las personas que había allí estaban sentadas junto a las ventanas. Antes de penetrar, las vi y las oí hablar, y me fijé en ellas con un sentimiento de curiosidad que, a medida que fui avanzando, se convirtió en envidia.

—Contrario —dijo una voz que sonaba tan dulcemente como una campanilla de plata. —¡Van tres veces, torpón! No te lo volveré a repetir.

¡Acuérdate, o te tiro de los pelos!

—Contrario —pronunció otra voz que procuraba suavizar su robusto tono.

—Ahora dame un beso en recompensa de haberlo dicho bien.

—No, no te lo daré hasta que lo pronuncies correctamente.

El locutor masculino volvió a reanudar su lectura. Era un hombre joven, correctamente vestido, que estaba sentado a la mesa y tenía un libro delante. Sus hermosas facciones brillaban de satisfacción, y sus ojos abandonaban con frecuencia la página para fijarse en una blanca y pequeña mano que se apoyaba en su hombro y le asestaba un cariño—so golpecito cada vez que su poseedora descubría semejantes faltas de atención. La dueña de la mano estaba en pie detrás del joven, y a veces sus cabellos rubios se mezclaban con los castaños de su compañero. Y su cara... Pero era una suerte que él no pudiese verle la cara, porque no hubiera podido conservar la serenidad. En cambio, yo sí la veía, y me mordí los labios de despecho pensando en la ocasión que había desperdiciado de hacer algo más que limitarme a mirar aquella sorprendente belleza.

Terminada la lección, en la que no faltaron algunos tropezones más, el alumno reclamó el premio ofrecido y lo recibió en forma de cinco besos, que tuvo la generosidad de devolver. A continuación se acercaron a la puerta, y por todo lo que hablaban, saqué en limpio que iban a pasear por los pantanos. Pensé que el corazón de Hareton Earnshaw, por muy silenciosa que permaneciera su boca, me desearía los más crueles tormentos de las profundidades infernales si en aquel instante me presentaba yo ante ellos, y me apresuré a refugiarme en la cocina.

Allí, sentada a la puerta, distinguí a mi antigua amiga Elena Dean, cosiendo y cantando una canción, frecuentemente

interrumpida por agrias palabras que salían del interior y cuyo tono destemplado distaba mucho de sonar musicalmente.

—Aunque fuera así, valía más oírlos jurar de la mañana a la noche que escucharte a ti —dijo aquella voz en respuesta a algún comentario de Elena ignorado por mí. —¡Clama al Cielo que no pueda uno abrir la Santa Biblia sin que inmediatamente comiences tú a cantar las alabanzas del demonio y las vergonzosas maldades mundanas! ¡Oh!, las dos estáis pervertidas y haréis que ese pobre muchacho pierda su alma! ¡Está embrujado! —añadía gruñendo.

¡Oh, Señor! ¡júzgalas Tú, ya que no hay ley ni justicia en este país!

—Sí, no debe de haberlas cuando no estamos retorciéndonos entre las llamas del suplicio, ¿verdad? Cállate, vejete, y lee tu Biblia sin ocuparte de mí. Voy a cantar ahora Las bodas del hada Anita, que, por cierto, es bailable.

Y la señora Dean iba a empezar, cuando yo me adelanté. Me reconoció al punto, y se levantó, gritando:

—¡Oh, señor Lockwood, bien venido sea! ¿Cómo es que ha venido usted sin avisar? La Granja de los Tordos está cerrada. Debió usted advertirnos que venía.

—Ya he dado órdenes allí, y podré arreglarme durante el poco tiempo que pienso estar —contesté. —Me marcho mañana. ¿Cómo la encuentro aquí ahora, señora Dean? Explíquemelo.

—Zillah se despidió, y el señor Heathcliff me hizo venir cuando usted se fue a Londres. Entre, entre... ¿Ha venido usted a pie desde Gimmerton?

—Vengo de la granja —repuse—, y quisiera aprovechar la oportunidad para liquidar con su amo, ya que no es fácil que se presente ocasión más propicia para los dos.

—¿Liquidar? —preguntó Elena, mientras me acompañaba al salón. —¿Qué hay que liquidar, señor?

—¡El alquiler!

—Entonces tendrá usted que entenderse con la señora, o, mejor dicho, conmigo, porque ella todavía no sabe llevar bien sus cosas, y soy yo quien me ocupo de todo.

La miré asombrado.

—Veo que usted todavía no sabe que Heathcliff ha muerto — añadió.

—¿Que ha muerto? ¿Cuándo?

—Hace tres meses. Siéntese, deme el sombrero, y se lo contaré todo. No ha comido usted aún, ¿verdad?

—Ya he mandado en casa que preparen cena. Siéntese usted también. No se me había ocurrido que aquel hombre hubiera muerto. ¿Cómo fue? Los jóvenes no volverán pronto...

—Sí, tardarán. Siempre les estoy reprendiendo, pero tardan más cada vez.

Bien, por lo menos, tome usted un vaso de cerveza. Está usted fatigado.

Y se fue por ella antes de que yo pudiera impedírselo. Oí como José le reprochaba el tener amigos a su edad y el hacerlos beber a costa de las bodegas del amo, lo que le parecía tan escandaloso que se sentía avergonzado de no haber muerto antes de asistir a ello.

—A los quince días de irse usted —empezó—, me llamaron para que fuese a Cumbres Borrascosas, lo que hice con el mayor placer, pensando en Cati. Al verla, quedé asustada y disgustadísima: tal era el cambio que apreció en ella desde que la viera por última vez. El señor Heathcliff no detalló los motivos por los que me hiciera venir. Se limitó a decirme que me reservase la salita para su nuera y para mí, ya que de sobra tenía con verla una o dos veces diarias. A ella esto le gustó. Yo comencé a pasarle ocultamente libros y cosas que tenía en la Granja y le agradaban, y esperábamos pasarlo bastante bien. Pero no tardamos en desengañarnos. Cati se volvió muy pronto melancólica y se irritaba por cualquier niñería. No le permitían salir del jardín, y esto aumentaba su disgusto, sobre todo a medida que iba entrando la primavera. Además, yo tenía que atender a las cosas de la casa, y ella tenía que quedarse sola, lo que la contrariaba hasta el extremo de que prefería bajar a la cocina para pelearse con José, que permanecer sola en su cuarto. Yo no hacía caso de todo eso; pero como Hareton tenía muchas veces que irse a la cocina cuando el amo quería estar

solo en el salón, ella principió a cambiar de modo de ser respecto a él. Siempre estaba hablándole, zahiriéndole, criticando la vida que llevaba.

—¿Verdad, Elena —dijo una vez—, que hace la misma vida de un perro o de una caballería? Trabaja, come y duerme sin preocuparse de más. ¡Qué vacía debe tener la cabeza y qué oscuro el espíritu! ¿Sueñas alguna vez, Hareton? ¿Qué sueñas? ¿Por qué no hablas?

Y miró a Hareton; pero él no se dignó contestarle, ni mirarla siquiera.

—Puede que ahora esté soñando —continuó Cati. —Ha hecho un movimiento como los que hace Juno.

—El señorito Hareton acabará pidiendo al amo que la envié a usted arriba si no se porta usted bien con él —le dije.

Hareton no sólo había hecho un movimiento, sino que hasta había llegado a cerrar amenazadoramente los puños.

—Ya sé por qué Hareton no habla nunca cuando yo estoy en la cocina — siguió ella. Tiene miedo de que me burle. Una vez empezó él solo a aprender a leer, y porque me reía de él, echó los libros al fuego. ¿Qué te parece, Elena?

— ¿Cree usted que hizo bien, señorita? —repuse.

—Puede que no me portase bien —contestó— pero yo no creía que él fuera tan tonto. Hareton, ¿quieres un libro?

Y le entregó uno que ella había estado leyendo, pero él lo tiró al suelo, amenazándola con partirle la cabeza si no le dejaba en paz.

—Bueno, me voy a acostar —dijo ella. Lo dejo en el cajón de la mesa.

Y se fue, después de advertirme por lo bajo que estuviese atenta para ver si Hareton cogía el libro. Pero, con gran sentimiento de Cati, no lo cogió. Ella estaba disgustada de la pereza de Hareton, y también de haber sido culpable de paralizar su deseo de aprender. Se aplicaba, pues, a remediar el mal. Mientras yo planchaba o hacía cualquier cosa, Cati solía leer en voz alta algún libro interesante. Si Hareton estaba presente, acostumbraba a interrumpir la lectura en los pasajes de más emoción. Luego dejaba el libro allí mismo, pero él se mantenía terco como un mulo, y no picaba el anzuelo. Los días lluviosos se sentaba al lado de José, y los dos permanecían quietos como estatuas al calor de la lumbre. Si la tarde era buena, Hareton salía a cazar, y Cati bostezaba, suspiraba y se empeñaba en hacerme hablar. Y luego, cuando lo conseguía, se marchaba al patio o al jardín, y acababa echándose a llorar.

El señor Heathcliff se hundía cada vez más en su misantropía y casi no permitía a Hareton que apareciese por la sala. El muchacho sufrió a primeros de marzo un percance que le relegó a vivir casi de continuo en la cocina. Merodeando por el monte, se le disparó la escopeta, y la carga le hirió en un brazo. Cuando llegó a casa, había perdido mucha sangre.

Hasta que estuvo curado, tuvo que permanecer en la cocina casi continuamente. A Cati le agradó que estuviera allí. Me incitaba constantemente a hacer algo abajo para tener motivos de bajar ella.

El lunes de Pascua, José fue a llevar ganado a la feria de Gimmerton. Pasé la tarde en la cocina repasando ropa. Earnshaw estaba sentado junto al fuego, tan sombrío como de costumbre, y la señorita se divertía en echar el aliento a los cristales de la ventana y trazar figuras con el dedo. De cuando en cuando canturreaba o hacía alguna exclamación, o bien miraba a su primo, que seguía inmóvil, fumando, mirando al fuego. Dije a Cati que me tapaba la luz, y entonces ella se acercó a la chimenea. Al principio no me fijé en nada, pero luego oí que decía.

—¿Sabes, Hareton, que... ahora... me gustaría que fueras mi primo si no te mostraras tan rudo y enfadado?

Hareton guardó silencio:

—¿Me oyes, Hareton? ¡Hareton, Hareton! —siguió ella.

—¡Quítate de en medio! —dijo él hoscamente.

—Venga esa pipa —respondió la joven.

Y antes de que él pudiera reparar en nada, se la arrancó de la boca y la echó al fuego. Él la insultó groseramente y cogió la pipa.

—Espera —exclamó Cati. —Quiero hablarte y no puedo hacerlo teniendo esas nubes ante la cara.

Él repuso:

—¡Déjame y vete al diablo!

—No quiero —insistió ella. —No sé qué hacer para que me hables. Cuando te llamo tonto no pretendo insultarte ni quiero dar a entender que te desprecie. Anda, Hareton, atiéndeme, eres mi primo.

—No tengo nada que ver contigo, ni con tu soberbia, ni con tus condenadas burlas —replicó el joven. —¡Antes me iré al infierno que volver a mirarte! ¡Quítate de ahí!

Catalina frunció el entrecejo y se sentó junto a la ven—tana mordiéndose los labios y tarareando para dominar sus deseos de echarse a llorar.

—Debía usted hacer las paces con su prima, señorito Hareton —le aconsejé—, puesto que ella está arrepentida de haberle provocado. Si fuesen ustedes amigos, ella le convertiría en otro hombre.

—¡Sí, sí! —contestó. —Me odia y no me considera digno ni de limpiarle los zapatos. Aunque me dieran una corona, no me expondría más a ser motivo de burla para ella por intentar agradarle.

—Yo no te odio —dijo Cati llorando. —Eres tú el que me odia a mí. ¡Me odias tanto o más que al señor Heathcliff!

—Eres una embustera —aseguró Earnshaw. —¡Después de haberle incomodado tantas veces por defenderte! Y eso a pesar de que me hacías enfadar y te burlabas de mí... Si sigues molestándome, iré a decirle que he tenido que marcharme de aquí por culpa tuya.

—Yo no sabía que me defendieras —contestó ella, secándose los ojos—, me sentía desgraciada y os odiaba a todos. Pero ahora te lo agradezco y te pido perdón. ¿Qué más quieres que haga?

Se acercó al hogar y le alargó la mano. Hareton se puso sombrío como una nube de tormenta, apretó los puños y miró al suelo. Pero ella comprendió que aquello no era odio, sino testarudez, y, después de un instante de indecisión, se inclinó hacia él y le besó en la mejilla. Enseguida, creyendo que yo no la había visto, se volvió a la ventana. Yo moví la cabeza en señal de censura, y ella murmuró:

—¿Qué iba a hacer, Elena? No quería mirarme ni darme la mano, y no he sabido probarle de otro modo que le quiero y que deseo que seamos buenos amigos.

Hareton tuvo la cara baja varios minutos, y cuando la volvió a alzar no sabía dónde poner los ojos.

Catalina empaquetó en papel blanco un bonito libro, lo ató con una cinta, escribió en el envoltorio estas palabras: «Al señor Hareton Earnshaw», y me encargó que yo entregase el regalo al destinatario.

—Si lo acepta —me dijo—, indícale que iré yo a enseñarle a leerlo bien, y si lo rechaza, adviértele que me iré a mi habitación.

Yo hice todo lo que me decía. Hareton no abrió los dedos para coger el libro, pero no lo rechazó tampoco, así que se lo puse sobre las rodillas y me volví a mis ocupaciones. Cati se apoyó de codos sobre la mesa. Sonó de pronto el crujido del papel, que Hareton quitaba del libro, y ella entonces se levantó y fue a sentarse junto a su primo. Él se estremeció y se le encendió el rostro. La acritud y la aspereza huyeron de él. Al principio no supo pronunciar ni una palabra mientras ella le hablaba:

—Me harás muy dichosa si lo dices. Él murmuró algo que yo no pude oír.

—¿Entonces seremos amigos? —agregó Cati.

—No —dijo él—, porque cuanto más me conozcas más te avergonzarás de

mí.

—¿Así que te niegas a ser amigo mío? —continuó ella sonriendo

dulcemente y aproximándose más al muchacho.

Ya no oí lo demás que se decían, pero al mirarles distinguí dos rostros tan alegres inclinados sobre el mismo libro, que comprendí que, a partir de aquel momento, se había hecho la paz entre los dos enemigos. El libro que miraban tuvo la virtud de hacerles permanecer embelesados hasta que llegó José. El

pobre hombre se escandalizó al ver a Cati y a Hareton sentados juntos, y a ella apoyando su mano en el hombro de su primo. Tan asombrado quedó, que ni siquiera supo exteriorizar su sorpresa, sino con profundos suspiros que lanzaba mientras abría su Biblia sobre la mesa y apilaba sobre ella los sucios billetes de Banco, que eran el producto de sus transacciones en la feria. Finalmente, llamó a Hareton.

—Toma ese dinero, muchacho, y llévaselo al amo —dijo. —Ya no podremos seguir aquí. Tenemos que buscarnos otro sitio donde estar.

—Vámonos, Catalina —dije yo a mi vez—, ya he acabado de planchar.

—Todavía no son las ocho —respondió la joven, levantándose a su pesar.

—Voy a dejar ese libro en la chimenea, Hareton, y mañana traeré más.

—Cuantos libros traiga usted, los llevaré al salón —intervino José—, y milagro será que vuelva usted a verlos. Así que haga lo que le parezca.

Catalina le amenazó con que los libros de José responderían de los daños que pudieran sufrir los suyos, se rio al pasar al lado de Hareton y subió a su cuarto con el corazón menos oprimido que hasta entonces. La intimidad entre los muchachos se desarrolló rápidamente aunque tuvo algunos eclipses. El buen deseo no era suficiente para civilizar a Hareton y tampoco la

señorita era un modelo de paciencia, pero como los dos tendían a lo mismo, ya que uno amaba y deseaba apreciar, y el otro se sentía amado y deseaba que le apreciasen, los resultados no se hicieron esperar.

Como usted ve, señor Lockwood, no era tan difícil conquistar el corazón de Cati. Pero ahora celebro que no lo intentara usted. La unión de los dos muchachos coronará todos mis anhelos. El día de su boda no envidiaré a nadie. Me sentiré la mujer más feliz de toda Inglaterra.

C A P Í T U L O XXXIII

El martes siguiente, Earnshaw estaba aún imposibilitado de trabajar. Meice cargo enseguida de que en lo sucesivo no me sería fácil retener a la señorita a mi lado como hasta entonces. Ella bajó antes que yo y salió al jardín, donde había visitado a su primo. Al ir a llamarlos para desayunar, vi que le había persuadido a arrancar varias matas de grosellas, y que estaban trabajando en plantar en el espacio resultante varias semillas de flores traídas de la Granja. Quedé espantada de la devastación que en menos de media hora habían operado. A Cati se le había ocurrido plantar flores precisamente en el sitio que ocupaban los groselleros negros, a los que José quería más que a las niñas de sus ojos.

—¡Oh! —exclamé. —En cuanto José vea esto se lo dirá al señor. ¡Y no sé cómo va usted a disculparse! Vamos a tener una buena rociada, se lo aseguro. No creía que tuviera usted tan poco caletre, señor Hareton, como para hacer ese desastre porque la señorita se lo haya dicho.

—Me había olvidado que eran de José —repuso Earnshaw desconcertado.

—Le diré que fue cosa mía.

Comíamos siempre con el señor Heathcliff, y yo ocupaba el lugar del ama de casa, repartiendo la comida y preparando el té. Cati acostumbraba a sentarse a mi lado, pero aquel día se

sentó junto a Hareton. No era más discreta en sus demostraciones de afecto que antes lo fuera en las de enemistad.

—Procure no mirar ni hablar mucho a su primo —le aconsejé al entrar.

—Es seguro que ello ofendería al señor Heathcliff y le indignaría contra los dos.

—Haré lo que me dices —repuso.

Pero al cabo de un momento empezó a darle con el codo y a echarle florcitas en el plato de la sopa.

Él no osaba hablarle ni casi mirarla, pero ella le provocaba hasta el punto de que el muchacho estuvo dos veces a punto de soltar la risa. Yo fruncí el entrecejo. Ella miró al amo, que al parecer estaba absorto en sus propios pensamientos, como de costumbre. Se puso seria, pero al cabo de un momento empezó otra vez a hacer niñerías, y esta vez Hareton no pudo contener una ahogada carcajada. El señor Heathcliff dio un respingo y nos miró. Cati le miró a su vez con el aire rencoroso y provocativo que él odiaba tanto.

—Felicítate de que estás lejos de mi alcance —dijo él. —¿Qué demonio te aconseja mirarme con esos infernales ojos? Bájalos y procura no recordarme que existes. Creí que te había quitado ya las ganas de reírte.

—He sido yo —murmuró Hareton.

—¿Qué? —preguntó el amo.

Hareton bajó los ojos y guardó silencio. Heathcliff, después de contemplarle un instante, volvió a quedar taciturno y se sumió en su comida y en sus meditaciones. Ter—minábamos ya y los jóvenes se habían levantado discretamente, lo que disipó mi temor a nuevas complicaciones, cuando José se presentó en la puerta. Le temblaban los labios y le fulguraban los ojos. Comprendí que había descubierto el atentado cometido contra sus preciados arbustos. Empezó a hablar moviendo las mandíbulas como una vaca al rumiar, lo que hacía difícil de entender sus palabras:

—Quiero cobrar mi sueldo e irme. Había soñado morir en la casa en que he servido sesenta años, y me proponía, para estar tranquilo, subir todas mis cosas al desván y cederles la cocina a ellos. Mucho me costaba abandonarles mi puesto a la lumbre, pero lo podía soportar. Mas ahora también me arrebatan el jardín, y eso, amo, es superior a mis fuerzas. Hinque usted la cabeza bajo el yugo si le parece bien, pero yo no tengo esa costumbre, y un viejo no se habitúa con facilidad a nuevas cargas. Prefiero ganarme el pan picando piedra en los caminos.

—¡Silencio, idiota! —interrumpió Heathcliff. —¿Qué te ha hecho? Yo no quiero saber nada de tus peleas con Elena. Por mí, que te tire a la carbonera, si se le antoja.

—No se trata de Elena —dijo José. — No me iría por Elena, a pesar de que es una malvada. Gracias a Dios, no puede

contaminar el alma de los demás. No es tan linda como para hacer caer a nadie en tentación. Se trata de esa desgraciada mozuela, que ha embrujado a nuestro muchacho hasta el extremo de que —¡se me parte el corazón!—, no sólo ha olvidado cuanto he hecho por él, sino que ha llevado su ingratitud hasta arrancar una fila entera de las mejores plantas de grosella que yo había plantado en el jardín.

Y comenzó a lamentarse de Earnshaw y de su ingrata condición.

—Este imbécil debe de estar borracho —dijo Heathcliff. —¿De qué te acusa Hareton?

—He quitado dos o tres groselleros —repuso el joven, —pero volveré a colocarlos.

Cati puso su lengua a contribución:

—Queríamos plantar flores allí —afirmó—, y yo tuve la culpa, porque fui quien se lo dijo a Hareton.

—¿Y quién demonios te dio permiso para semejante cosa? Y a ti, Hareton,

¿quién te mandó obedecerla?

Él callaba, pero ella continuó:

—Bien puede usted cederme unos metros del jardín para plantar flores después que me ha quitado todas mis tierras...

—¿Tus tierras, insolente bribona? ¿Cuándo has tenido tierras tú?

—Y mi dinero —remachó ella, pagando la mirada de odio de Heathcliff con otra igual, mientras mordisqueaba un trozo de pan que le había sobrado de la comida.

El amo quedó un momento confuso, pero enseguida se levantó y la miró rencorosamente.

—Vale más que se siente usted —dijo ella. —Hareton me defenderá si intenta pegarme.

—Si Hareton no te echa fuera del salón ahora mismo le apalearé hasta enviarle al infierno —barbotó Heathcliff. — ¡Condenada bruja! ¿Conque quieres rebelarte contra mí? Échala, Hareton. ¿No me oyes? ¡Elena, como aparezca ante mi vista otra vez, la mato!

Hareton, en voz baja, trataba de persuadirla a que se fuera.

—Llévala a rastras —ordenó ferozmente Heathcliff. —Nada de charla. Y se acercó, dispuesto a hacerlo él en persona.

—No le obedeceré nunca más, canalla —dijo Catalina. —Y Hareton no tardará en odiarle tanto como yo.

—Cállate — dijo el joven. —No le hables así.

—¿Vas a dejar que me pegue? —preguntó ella.

—¡Vámonos! —respondió el joven. Pero Heathcliff la había alcanzado ya.

—Ahora lárgate tú —intimó a Earnshaw. —¡Maldita bruja! Esto es demasiado, haré que se arrepienta de una vez.

La había agarrado por el cabello. Hareton trató de separarle de ella y le rogó que no la maltratase. Los ojos de Heathcliff despedían centellas. Ya iba yo a auxiliar a Catalina, cuando de pronto él le soltó el cabello, la cogió por el brazo y la miró fijamente. Luego le tapó los ojos con la mano, procuró dominarse y dijo a Catalina:

—Ten mucho cuidado en no enfurecerme, porque si no, te aseguro que un día te mato. Vete con la señora Dean, estate con ella y dile a ella todas las desvergüenzas que se te antojen. ¡Y si Hareton Earnshaw te presta oído, ya le haré que se vaya a ganarse el pan donde le parezca bien! ¡Tú harás de él un perdido y un pordiosero! ¡Llévatela de aquí, Elena! ¡Idos todos!

Me llevé a la señorita que, contenta de haberse librado de la tormenta, no se resistió. Hareton se fue detrás de nosotras y el señor Heathcliff se quedó solo. Yo había aconsejado a Cati que comiera en su cuarto, pero cuando Heathcliff vio que el sitio de la joven estaba vacío, me mandó llamarla. Él no habló con nadie, comió poco y se fue enseguida diciendo que no volvería hasta el anochecer. Los dos primos se instalaron, en ausencia del amo, en el salón, y oí a Hareton reprochar a su prima la actitud que había adoptado con Heathcliff. Le dijo que no quería oírla tratarle así, que él le defendería aunque fuese el diablo en persona, y que si ella quería injuriar a alguien, prefería que le injuriase a él mismo, como antiguamente. Cati comenzó a molestarse, pero él le tapó la boca preguntándole si a ella le gustaría oír hablar mal de su padre. Ella comprendió entonces

que Hareton estaba unido a Heathcliff por las cadenas de la costumbre y que sería cruel intentar romperlas. Así que en lo sucesivo se mostró bondadosa, y no creo desde entonces haberle oído murmurar ni una sílaba contra Heathcliff en presencia de su primo.

Después de este incidente, la intimidad de los jóvenes aumentó, y continuaron sus tareas de maestra y alumno. Cuando yo acababa de trabajar, entraba para verlos y el tiempo se me iba mirándolos embobada. De Cati estaba orgullosa hacía mucho tiempo, y ahora empezaba a esperar que también él me procuraría muchas satisfacciones, ya que los quería a ambos casi como si fuesen hijos míos. El buen natural de Hareton se libraba rápidamente de las sombras que la ignorancia y el rebajamiento en que le criaran habían acumulado sobre él, y los sinceros elogios que le dirigía Cati estimulaban más aún su aplicación. A medida que interiormente se animaba, se animaba también su rostro y sus facciones se dignificaban. Ya no se parecía al tosco muchacho a quien encontré el día que fui a buscar a la señorita al risco de Penniston.

Mientras yo reflexionaba sobre estas cosas y ellos seguían entregados a su ocupación, volvió Heathcliff. Entró de improviso y tuvo tiempo para examinarnos a su sabor antes de que nosotros nos diéramos cuenta de que había llegado. Yo pensé que era imposible contemplar un cuadro más apacible, y que hubiera sido una diabólica indignidad reprenderlos. Los rojos destellos de la lumbre iluminaban sus cabezas inclinadas

con pueril avidez, pues aunque ella contaba ya dieciocho años y él veintitrés, ambos tenían aún mucho que aprender.

Ambos levantaron simultáneamente la vista y se encontraron con la del señor Heathcliff. No sé si ha notado usted lo semejantes que ambos tienen los ojos: son idénticos a los de Catalina Earnshaw. Cati no se parece a su madre más que en esto, y si acaso en la anchura de la frente y en ciertos detalles de la nariz que, sin que ella se lo proponga, le hacen parecer altanera. Hareton se parece aún más a Catalina Earnshaw. Siempre lo habíamos notado, pero en aquella época, en que sus sentidos y sus facultades mentales se habían despertado, la semejanza se acentuaba aún más. Acaso ese parecido desarmara a Heathcliff. Se acercó a la lumbre y, al mirar al joven, su agitación cambió de sentido. Le cogió el libro que tenía en la mano, y después de examinarlo se lo devolvió. Hizo señal a Cati de que se fuese, y Hareton salió con ella. Yo iba a seguirles, pero Heathcliff me retuvo.

—¡Qué desenlace más pobre! ¿No es cierto? —me dijo después de reflexionar un poco sobre la escena que había presenciado. —Es una consecuencia bastante absurda de mis violentos esfuerzos. Después de que me proveo de herramientas suficientes para echar abajo las dos casas y me entrego a unos trabajos casi hercúleos, resulta que me falta la voluntad para consumar mi obra. He vencido a mis antiguos enemigos y ahora puedo, si quiero, completar mi venganza en sus descendientes. Pero ¿para qué? No me interesa ya ni quiero

molestarme en levantar siquiera la mano contra ellos. Pero no te figures que me propongo deslumbraros ahora con un gesto magnánimo. ¡Nada de eso! Lo que pasa es que he perdido el gusto de destruirles, y me siento con muy pocas ganas de destruir nada. Estoy a punto de sufrir un extraño cambio, Elena, y la sombra de esa transformación me envuelve ya. La vida corriente no me interesa, y casi no me ocupo de comer ni beber. Esos muchachos son las únicas cosas que presentan una apariencia material ante mis ojos, y una apariencia que me causa un dolor de agonía. En ella no quisiera ni pensar, sólo el verla me vuelve loco. Él me produce otra sensación, y, no obstante, no quisiera volverle a ver. Si pretendo explicarte los recuerdos que él me produce, puede que me creyeras demente. Pero mi pensamiento está siempre tan oculto dentro de mí mismo, que siento la tentación de transmitirlo a alguien. No digas a nadie nada de lo que estoy hablando. Ha—ce cinco minutos, Hareton me parecía, más que un ser humano, un símbolo de mi juventud. Si llego a hablarle, hubiera parecido que mis palabras eran insensatas. Su parecido con Catalina me la recordaba de un modo terrible. Ahora que no es eso lo que más me impresiona en él, porque todo me recuerda a Catalina sin necesidad de Hareton. Si miro al suelo creo ver las facciones de ella grabadas en las baldosas. En los árboles y en las nubes, en todas las cosas durante el día y llenando el aire durante la noche, veo su imagen. ¡Creo verla en las más vulgares facciones de cada hombre y cada mujer, y hasta en mi rostro! El mundo es para mí una espantosa colección de recuerdos diciéndome

que ella vivió y que la he perdido. Y es más: Hareton me parecía el fantasma de mi amor, la encarnación de mis salvajes esfuerzos para conservar mi derecho a él.

¡Y mi degradación, y mi orgullo, y mi felicidad, y mis sufrimientos! En fin: es una locura hablarte de estas cosas. Pero así comprenderás por qué no quiero estar con ellos. A pesar de mi repugnancia hacia la soledad, su compañía no me conviene. Al contrario, contribuye a agravar las torturas constantes que me persiguen. Por otra parte, todo se combina para que vea con indiferencia la intimidad de los dos. Ya no puedo ocuparme de ellos.

—¿A qué cambio se refería usted, señor Heathcliff? —le dije, alarmada.

En realidad no me parecía que corriese riesgo alguno. Rebosaba salud y vigor, y su razón no me preocupaba, ya que desde muy niño había sido aficionado a lo misterioso y se complacía en hablar de cosas fantásticas. Podía estar más o menos monomaníaco, a propósito de su amor perdido, pero en todo lo demás razonaba tan bien como yo.

—No sabré precisamente de qué se trata hasta que llegue —me contestó.

—Por ahora sólo lo intuyo.

—¿Presiente usted una enfermedad? —pregunté.

—No, Elena.

—¿Tiene usted miedo a morirse?

—No tengo miedo de morir, ni presiento la muerte, ni espero morirme. ¿A santo de qué me moriría? Tengo buena salud, y mis costumbres son muy ordenadas. Lógicamente debo permanecer en este mundo, y permaneceré hasta que no quede ni un pelo en mi cabeza. ¡Mas, con todo, no puedo seguir en esta situación! ¡A cada momento necesito recordarme a mí mismo que he de respirar, que ha de latirme el corazón...! Me pasa una cosa así como si tuviese que forzar a un muelle muy duro a que se mantuviese en la posición en que debe estar. He de violentarme para hacer el más pequeño acto que no se relacione con el pensamiento continuo que me devora y he de violentarme para fijarme en cualquier cosa, animada o inanimada, que no se refiera a la única cosa que llena el mundo para mí. Sólo experimento un deseo, y todo mi ser y todas mis facultades se concentran en él. Durante tanto tiempo y de tal modo lo he deseado, que estoy seguro de conseguirlo pronto, ya que ha devorado toda mi existencia. Y el deseo de que su realización se anticipe me sofoca. ¡Vaya! Lo que te he dicho no me ha aliviado, pero te explicará muchas cosas de mi modo de ser. ¡Dios mío, qué horrible lucha y qué ganas de que se acabe!

Comenzó a pasear por la habitación, murmurando para sí cosas horrorosas.

Llegué a sospechar que, como José aseguraba, la conciencia había convertido en un infierno su vida terrena. Y estaba preocupada por el fin que todo aquello podría tener. Él no solía

mostrar una actitud semejante, pero era indudable que no mentía cuando aseveraba que aquel era su estado de ánimo habitual. Viéndole ordinariamente, nadie se lo hubiera figurado. Usted, señor Loockwood, no se lo figuró cuando trabó conocimiento con él. Y en la época a la que ahora me refiero era igual, aunque más amigo aún de la soledad y quizá más taciturno cuando estaba con alguien.

C A P Í T U L O XXXIV

A los pocos días, el señor Heathcliff comenzó a prescindir de comer con nosotros, aunque no llegó a excluir del todo a Hareton y a Cati de su compañía. Optaba generalmente por ausentarse él y, al parecer, le bastaba con comer una vez cada veinticuatro horas.

Una noche, cuando toda la familia estaba acostada, le sentí bajar la escalera y salir. A la mañana siguiente no había regresado aún. Estábamos en abril. El tiempo era tibio y hermoso. La lluvia y el sol habían dado verdor a la hierba, y los manzanos que hay junto a la tapia del lado del sur estaban en flor. Cati, después de desayunarse, se empeñó en que yo cogiese una silla y fuese a hacer labor bajo los abetos. Después persuadió a Hareton, que ya estaba curado, para que cavase y arreglase un poco las flores, que al fin habían trasladado a aquel sitio para calmar a José. Yo miraba plácidamente el cielo azul y aspiraba el aroma del aire primaveral. De pronto, la señorita, que había ido hasta la entrada del parque a recoger raíces de primorosa para su plantación, volvió diciendo que había visto llegar al señor Heathcliff.

—Y, además, me ha hablado —agregó, asombrada.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Hareton.

—Que me fuera corriendo. Pero me lo dijo de un modo tan raro y tenía un aspecto tan poco corriente, que no pude por menos de pararme un momento para mirarle.

—Pues ¿qué le pasaba?

—Estaba muy excitado, alegre, hasta casi risueño... ¡Bueno, esto muy poco!

—Sin duda le sientan bien los paseos nocturnos —dije yo, tan extrañada como ella. — Y como ver al amo alegre no era un espectáculo ordinario, me las imaginé para buscar un pretexto y entrar. Heathcliff estaba ante la puerta, en pie, pálido y temblando. Pero sus ojos irradiaban un extraño placer que cambiaba completamente su semblante.

—¿Le sirvo el desayuno? —pregunté. —Después de andar por ahí fuera toda la noche, debe usted de estar hambriento.

Me hubiese agradado preguntarle adónde había ido, pero no me atrevía a hacerlo directamente.

—No tengo hambre —contestó, volviendo la cabeza. Hablaba con displicencia, como si adivinase que yo deseaba conocer el motivo de su buen humor. Yo pensé que tal vez aquel momento fuera oportuno para hacerle algunas reflexiones.

—No creo que haga usted bien en salir —le amonesté— a la hora de estar en la cama, sobre todo ahora que el aire es muy húmedo. Va a coger usted un enfriamiento o unas fiebres. ¡A lo mejor lo ha cogido ya!

—Puedo soportar lo que sea —me contestó—, y me alegrará mucho si así consigo estar solo. Anda, entra y no me fastidies.

Pasé y pude apreciar entonces que respiraba muy dificultosamente.

«Sí —pensé— se ha puesto enfermo. ¡Cualquiera sabe lo que habrá estado haciendo!» Al mediodía comió con nosotros. Le di un plato rebosante y pareció dispuesto a hacerle los honores después de su largo ayuno.

—No tengo catarro ni fiebre, Elena —dijo, refiriéndose a mis palabras de por la mañana—, y verás qué bien como.

Cogió el tenedor y el cuchillo, y cuando iba a probar el plato cambió de actitud, como si hubiera perdido el apetito súbitamente. Soltó los cubiertos, miró por la ventana ansiosamente y se fue. Mientras comíamos estuvo dando vueltas por el jardín. Hareton propuso irse a preguntarle por qué se había marchado, temeroso de que le hubiésemos disgustado con alguna cosa.

—¿Viene? —preguntó Cati a su primo, cuando éste regresaba.

—No —repuso Hareton—, pero no está enfadado. Al contrario, está muy contento. Se incomodó porque le llamé dos veces y me mandó que me volviese contigo. Parecía muy sorprendido de que a mí no me bastase con tu compañía.

Yo coloqué su plato al lado de la lumbre para que no se enfriase. Heathcliff volvió dos horas después. No se había

calmado. Bajo sus negras cejas se notaba la misma anormal expresión de alegría, la misma cara pálida y la misma sonrisa en sus dientes entreabiertos. El cuerpo le temblaba, pero no como cuando se tiembla de frío o de decaimiento, sino como cuando uno está excitado. Parecía una cuerda demasiado tensa.

—¿Ha tenido usted alguna buena noticia, señor Heathcliff? —le pregunté.

—Me parece encontrarle muy animado.

—No sé de dónde me van a dar buenas noticias — respondió. — A lo único que me siento animado es a comer. Y, al parecer, hoy no se come aquí.

—Tome, tome la comida —repuse. —¿Por qué no come?

—No la quiero todavía —dijo inmediatamente. Elena, haz el favor de decir a Hareton y a la muchacha que no vengan por acá. Quiero estar solo.

—¿Le han dado algún motivo para que los destierre? — pregunté.

—Vamos, señor Heathcliff; dígame qué le pasa. ¿Dónde estuvo usted anoche? No se lo pregunto por curiosidad. Es que...

—Me lo preguntas por una curiosidad tonta –respondió—, pero, no obstante, te contestaré. Esta noche he estado a las puertas del infierno. Hoy, en cambio, estoy a las puertas de mi paraíso.

Sólo un metro me separa de él. Y ahora, márchate. No verás nada que te asuste si dejas de espiarme.

Barrí el salón y limpié la mesa y me marché completamente perpleja.

Heathcliff no salió del salón en toda la tarde y nadie interrumpió su soledad. A las ocho, aunque no me había llamado, creí conveniente llevarle luz y la comida. Le vi apoyado en el antepecho de una ventana, pero no miraba hacia fuera, sino hacia el interior. Del fuego sólo restaban cenizas. El aire suave y húmedo de la tarde serena había invadido la habitación, y en la calma del crepúsculo podía escucharse incluso el choque de la corriente contra las piedras. Yo dejé escapar una exclamación de disgusto al ver el fuego apagado y comencé a cerrar las ventanas, hasta que llegué a aquella en que él estaba recostado.

—¿La cierro? —pregunté, notando que no se movía. Mientras le hablaba, la luz de la bujía iluminó su rostro.

Y su expresión me causó, señor Lockwood, un terror indescriptible. Con sus negros ojos, su palidez de fantasma y su terrible sonrisa, me pareció un espíritu del otro mundo. Asustada, solté la vela y quedamos en tinieblas.

—Ciérrala —dijo él con su voz acostumbrada. —¡Qué torpe eres! ¿Por qué sostenías la vela horizontalmente? Trae otra.

Salí, loca de horror, y dije a José:

—El amo dice que le lleves una luz y le enciendas el fuego.

Yo no me atrevía a volver a entrar. José entró en el salón llevando una palada de brasas y una bujía, pero salió enseguida, trayendo de paso la comida del amo, y nos dijo que éste se iba a acostar y que hasta el día siguiente no comería nada.

Sentimos a Heathcliff subir la escalera, mas no se fue a su habitación, sino a aquella donde está la cama con tabiques de madera. Como la ventana de ese cuarto es bastante ancha, se me figuró que acaso quería salir por ella sin que lo averiguáramos.

«¿Será un duende o un vampiro?», me pregunté.

Yo había leído cosas acerca de esos horribles demonios encarnados. Pero al recordar que yo misma le había cuidado cuando era niño, cómo había asistido a su desarrollo hasta que llegó a la juventud y cómo había seguido paso a paso casi toda su vida, reconocí que era absurdo dejarme llevar de tales errores.

«Sí; pero ¿de dónde procedía aquella negra criatura que un buen hombre recogió para su propio mal? », repetía dentro de mí la superstición. Y yo me debatía en un laberinto de suposiciones, medio dormida ya, buscando alguna definición que concretase lo que era Heathcliff. En sueños evoqué toda su vida, y al final me figuré que asistía a su muerte y a su sepelio, de todo lo cual no recuerdo otra cosa sino que me veía muy

preocupada para saber qué inscripción habíamos de poner en su tumba, y hasta hablé sobre ello con el sepulturero, concluyendo todo con poner únicamente: «Heathcliff», ya que no tenía apellido conocido. Y, en verdad, esto sucedió así, como verá usted, señor Lockwood, si entra en el cementerio.

Con la aurora recuperé el sentido común. Me levanté y fui a ver si en el jardín había huellas, pero no vi nada.

«Se habrá quedado en casa», pensé.

Preparé el desayuno y aconsejé a Hareton y a Cati que ellos lo tomaran primero. Optaron por desayunar en el jardín, bajo los árboles, y les llevé allí una mesa.

Cuando entré otra vez en la casa, encontré el amo hablando con José sobre asuntos de la finca. Le dio claras y precisas instrucciones sobre lo que trataban, pero noté que hablaba muy deprisa y daba otras exageradas muestras de excitación. José salió y Heathcliff se sentó en su sitio habitual. Le llevé un tazón de café. Lo aproximó hacia sí, apoyó mirar a la pared de enfrente, examinándola de arriba abajo con tal concentración, que hasta suspendió la respiración durante medio minuto.

—Coma —exclamé, poniéndole en la mano un pedazo de pan— coma y tome el café antes de que se enfríe. Lo tiene usted delante hace una hora...

No pareció fijarse en mí. Sonrió de un modo tan horrible, que hubiera preferido verle rechinar los dientes antes de sonreír de aquella manera.

—¡Señor Heathcliff! —grité. —Me mira usted como si estuviese contemplando una visión del otro mundo. ¡Por amor de Dios!

—Y tú habla más bajo, por amor de Dios también — contestó. — Mira alrededor y dime si estamos solos.

—Desde luego —contesté— desde luego que sí.

Pero, no obstante, miré como si lo dudara. Él separó el tazón y lo demás y apoyó los codos sobre la mesa.

Reparé entonces en que no concentraba la vista en la pared, sino como a unos dos metros de distancia. Viese lo que viese, ello le hacía a la vez estremecerse de placer y de dolor, o por lo menos, lo parecía, a juzgar por la expresión de su rostro. Lo que creía ver no permanecía inmóvil, ya que los ojos de Heathcliff cambiaban constantemente de dirección. Yo traté de convencerle de que comiese, pero estérilmente. Cuando a veces, atendiendo a mis ruegos, tendí la mano hacia un trozo de pan, sus dedos se crispaban antes de alcanzarlo, y enseguida se olvidaba de ello.

Me senté pacientemente y procuré distraerle de su obsesión. Al fin se levantó disgustado y me dijo que yo le impedía comer en paz. Agregó que en lo sucesivo le dejara el servicio en la mesa y me fuera. Y después de pronunciar estas palabras salió al jardín, bajó lentamente por el sendero y desapareció a través de la verja.

Transcurrieron las horas muy angustiosamente para mí y otra vez llegó la noche. Me acosté muy tarde y no pude conciliar el

sueño. Él volvió después de las doce, pero se encerró en su habitación de abajo en lugar de irse a su alcoba. Escuché un rato y, al cabo, me vestí y bajé.

Percibí los pasos del señor Heathcliff, que paseaba lentamente. De cuando en cuando respiraba hondamente, de un modo tan angustioso, que parecía gemir. También le oí murmurar algunas palabras, entre las cuales distinguí claramente el nombre de Catalina, acompañado de alguna otra expresión de amor o de dolor. Parecía que hablaba con alguien con palabras que saliesen del fondo de su alma. No me atreví a entrar en la habitación; pero para distraer su atención empecé a revolver el fuego de la cocina. Él me sintió antes de lo que yo esperaba. Salió y dijo:

—¿Es ya de día, Elena? Trae la luz.

—Están dando las cuatro —contesté. —Si necesita vela para subir, puede encenderla aquí, en la lumbre.

—No subo —respondió. Prepara este aposento.

—Tengo que encender bien las ascuas antes de traerlas —dije, mientras tomaba una silla y empuñaba el fuelle.

Heathcliff paseaba de un lado a otro y parecía casi completamente absorto en sí mismo. Los suspiros entrecortaban su respiración.

—Cuando amanezca tengo que mandar a buscar a Green —me dijo.

—Quiero hacerle unas consultas sobre cosas legales ahora que todavía estoy en pleno juicio. Aún no tengo redactado mi testamento y no sé qué haré con mis bienes. Siento mucho no poder hacerlos desaparecer de la faz de la Tierra.

—No diga eso, señor Heathcliff —respondí—, y déjese de testamentos. Aún le quedará tiempo de arrepentirse de las muchas injusticias que ha cometido usted. Nunca creí posible que sus nervios se alterasen tanto como lo están ahora. Y es que lleva usted tres días haciendo una vida que no la hubiera resistido ni un coloso. Coma algo y descanse. Mírese al espejo y verá que le urgen una y otra cosa. Tiene usted chupadas las mejillas y los ojos inyectados en sangre. ¡Claro! Está muerto de hambre y de sueño...

—No creas que no como ni duermo porque dependa de mí. No lo hago deliberadamente. En cuanto pueda, comeré y dormiré. Pero pedírmelo ahora es como pedir a un náufrago que nade cuando está a una braza de la orilla. Primero llegaré a ella y ya descansaré luego. Bueno, no pensemos en el señor Green. Y respecto a mis injusticias, como no he cometido ninguna, de ninguna tengo que arrepentirme. Soy demasiado feliz, y, sin embargo, aún no lo soy tanto como quisiera serlo. La felicidad de mi alma aniquila mi cuerpo, y, no obstante, no le basta con lo que tiene...

—¡Extraña felicidad es la suya, señor! —comenté. —Si usted quisiera oírme sin enfadarse, le daría un consejo que le permitiría sentirse más dichoso.

—¿Qué consejo? Dámelo.

—Ya sabe usted, señor Heathcliff, que desde los trece años ha vivido usted una vida egoísta e impía. Seguramente que desde entonces no ha cogido usted una Biblia. Debe usted de haber olvidado las enseñanzas cristianas y quizá no le sobrará volverlas a repasar. ¿Qué habría de malo en llamar a un sacerdote para que le recordase las enseñanzas de Cristo y le hiciese comprender cuánto se ha separado usted de ellas y lo mal dispuesto que está su espíritu para salvarse, a menos que no se arrepienta antes de morir?

—Más que enfadarme, te agradezco que me hables de eso, Elena, porque así me recuerdas que tengo que darte instrucciones sobre mi entierro. Mandarás que me sepulten al atardecer. Tú y Hareton podéis acompañarme, si os parece bien, y no te olvides de hacer que el sepulturero obedezca las instrucciones que le di. No hace falta que acuda cura alguno ni que se recen responsos. ¡Te aseguro que yo he alcanzado ya mi cielo, y si algún otro hay, no me interesa nada!

—¿Y si por empeñarse en no comer se muriese y por esa causa no le quisieran enterrar en tierra sagrada? —observé, disgustada de su indiferencia.

—¿Qué le parecería?

—No se dará ese caso —contestó—, pero, si ocurre, ocúpate de que me entierren allí en secreto. Y si no lo haces así, ya te

demostraré de un modo tangible que los muertos no se disuelven en la nada.

Cuando oyó que se levantaban los demás de la casa, se fue a su cuarto, y yo respiré, aliviada. Pero, por la tarde, después que salieron Hareton y José, me fue a buscar a la cocina y me pidió que me sentase a su lado en el salón. Necesitaba compañía, al parecer. Yo le contesté que su aspecto y su conversación me intimidaban, y que ni mi voluntad ni mi estado de nervios me permitían acompañarle.

—Ya veo que me tienes por un demonio —dijo, riendo lúgubremente. Me consideras demasiado horrible para vivir en una casa normal —y volviéndose a Cati, que se escondía detrás de mí al acercarse él, añadió, medio en broma: Y tú, ¿no quieres venir conmigo? No, claro. Para ti debo de ser peor que el diablo todavía. Pero allí dentro hay alguien que no me rehusará su compañía.

No pidió a nadie más que le acompañase. Al oscurecer se fue a su cuarto. Toda la noche le oímos quejarse y hablar solo. Hareton quería entrar, pero yo le mandé a buscar al señor Kennett. Cuando éste vino, encontramos que la puerta del amo estaba cerrada por dentro. Heathcliff nos mandó al diablo, aseguró que se encontraba mejor y ordenó que le dejásemos en paz. Así que el médico se marchó.

La noche siguiente fue muy lluviosa. Estuvo diluviando hasta el amanecer. Cuando salí al jardín por la mañana, vi que la

ventana del cuarto de la cama de tablas, donde estaba Heathcliff, se hallaba abierta y la lluvia entraba por ella a raudales.

«Si estuviese en la cama —dije para mí—, se hubiera calado. Debe de haberse levantado o salido. ¡Vaya, voy a verle sin más miramientos!» Encontré otra llave que servía para abrir la puerta de la habitación, y entré. No viendo a nadie en el cuarto separé los paneles corredizos del lecho de tablas. El señor Heathcliff estaba en él, tendido de espaldas. Tenía en los labios una especie de sonrisa, y sus ojos miraban fijamente de un modo agudo y feroz. El corazón se me heló.

Pero no podía creer que estuviese muerto. Mas su cabeza y su cuerpo, así como las sábanas, estaban chorreando, y él no se movía. Los postigos de la ventana, movidos por el viento, se agitaban de un lado a otro y le habían lastimado una mano que tenía apoyada en el alféizar. No obstante, no sangraba. Cuando le toqué, no dudé más. Estaba muerto y rígido. Cerré la ventana, separé de la frente de Heathcliff su largo cabello y traté de cerrarle los párpados para ocultar aquella terrible mirada, pero no lo conseguí. Sus ojos parecían burlarse de mí, y sus dientes, brillando entre los labios entreabiertos, también. Asustada, llamé a José. El viejo alborotó y rezongó y se negó en redondo a hacer nada con el cadáver.

¡El diablo se ha llevado su alma! —gritó. — ¡Y por lo que dependa de mí, también cargará con sus restos! ¡Mira qué malvado! Está enseñando los dientes a la Muerte...

Y el viejo trató de imitar su mueca para mofarse de él. Por su aspecto, creí que hasta iba a bailar de alegría alrededor del lecho. Sin embargo, recobró su compostura, e hincándose de rodillas y levantando las manos al cielo, dio gracias a Dios de que el amo legítimo y la antigua estirpe recuperasen al fin los derechos que les correspondían.

El suceso me dejó anonadada, y sin querer recordé con tristeza los antiguos tiempos. El pobre Hareton fue el que más se disgustó de todos nosotros. Toda la noche veló junto al cadáver, llorando amargamente. Apretaba la mano del muerto, besaba su áspero y sarcástico rostro, que sólo él se atrevía a mirar, y mostraba el dolor sincero que brota siempre de los pechos nobles, aunque sean duros como el acero bien templado.

El señor Kennett se vio bastante perplejo para diagnosticar las causas de la muerte. No le hablé de que el amo había pasado sin comer los cuatro últimos días para evitar que esto acarreara complicaciones. Por mi parte, estoy segura de que aquello fue efecto y no causa de su singular enfermedad.

Le dimos sepultura como había ordenado, no sin que el vecindario se escandalizase. Hareton, yo, el sepulturero y los seis hombres que transportaban el ataúd compusimos todo el cortejo fúnebre. Los seis hombres se marcharon después que se bajó el ataúd a la fosa, pero nosotros nos quedamos aún. Hareton, con la cara arrasada en lágrimas, cubrió la tumba de verde hierba. Ahora creo que su sepulcro está tan florido como los otros dos que se hallan junto a él, y espero que también su

ocupante descanse en paz. Pero si preguntara usted a los lugareños, le dirían que el fantasma de Heathcliff se pasea por los contornos. Hay quien asegura haberle visto junto a la iglesia y en los pantanos, y hasta dentro de esta casa. «Eso son habladurías», diría usted, y yo opino lo mismo. Y no obstante, ese viejo que está junto al fuego, en la cocina, jura, que, desde que murió Heathcliff, lo ve a él, y a Catalina Earnshaw, todas las noches de lluvia, siempre que mira por las ventanas de su cuarto. Y a mí me sucedió una cosa muy rara hace alrededor de un mes. Había ido yo a la Granja una oscura noche que amenazaba tempestad, y al volver a las Cumbres encontré a un muchacho que conducía una oveja y dos corderos. Lloraba desconsoladamente, y me figuré que los corderos eran díscolos y no se dejaban conducir.

—¿Qué te pasa, chiquillo? —le pregunté.

—Ahí abajo están Heathcliff y una mujer –balbució— y no me atrevo a

pasar, porque quieren cogerme.

Yo no vi nada, pero ni él ni las ovejas quisieron seguir su camino y le aconsejé que siguiera por otro. Seguramente iba pensando, mientras andaba a campo traviesa, en las tonterías que habría oído contar y se figuraría ver el fantasma. Pero, con todo, y con eso, ahora no me gusta salir de noche, ni me agrada quedarme sola en esta casa tan tétrica. No lo puedo remediar. Así que

tendré una gran alegría el día en que los primos se vayan a vivir a la Granja.

—¿Así que se instalan en la Granja?

—En cuanto se casen —repuso la señora Dean —, y piensan casarse el día de Año Nuevo.

—¿Quién se queda a vivir aquí?

—Pues José, y acaso un mozo para acompañarle. Se arreglarán en la cocina, y cerraremos el resto de la casa.

Yo comenté:

—A disposición de los fantasmas que quieran habitar en ella, ¿no?

—No, señor Lockwood —contestó Elena, moviendo la cabeza. — Yo creo que los muertos reposan en sus tumbas; pero, sin embargo, no se debe hablar de ellos con ligereza.

En aquel momento crujió la verja del jardín. Los paseantes volvían a casa.

Cuando se detuvieron en la puerta para mirar una vez la luna — o, más exactamente, para mirarse el uno mas al otro, a la luz luna —, sentí otra vez un irresistible impulso de marcharme. Así que, deslizando un pequeño recuerdo en la mano de la señora Dean, y desoyendo sus protestas por la brusquedad con que marchaba, salí por la cocina mientras los novios abrían la puerta del salón.

Esta manera de partir hubiera confirmado las opiniones de José sobre los que suponía galantes devaneos de su compañera de servicio, a no haberle dado una garantía de mi respetabilidad el dulce sonido de un soberano de oro que arrojé a sus pies.

De regreso, di un rodeo para pasar al lado de la iglesia. Observé cuánto había avanzado en seis meses la paulatina ruina del edificio. Más de una ventana ostentaba negros agujeros en lugar de cristales, y aquí y allá sobresalían pizarras sobre el alero, lentamente desgastado por las lluvias del otoño.

No tardé en descubrir las tres lápidas sepulcrales, colocadas en un talud, cerca del páramo. La de en medio estaba amarillenta y cubierta de matorrales, la de Linton sólo adornada por el musgo y la hierba que crecía a su pie, y la de Heathcliff, todavía completamente desnuda.

Yo no me detuve a su lado, bajo el cielo sereno. Y siguiendo con los ojos el vuelo de las libélulas entre las plantas silvestres y las campánulas y escuchando el rumor de la suave brisa entre el césped, me admiró que alguien pudiera atribuir inquietos sueños a los que dormían en tumbas tan apacibles.

InfoLibros.org